



BIBLIOTECA ELECTRÓNICA
de
GEMINIS PAPELES DE SALUD

<http://www.herbogeminis.com>

MARTES 17 DE MAYO DE 2011

"El imperialismo del siglo XXI" (Capítulo I – Parte I): La teoría clásica del imperialismo

Claudio Katz (especial para ARGENPRESS.info)

Este artículo es un capítulo de un libro sobre el imperialismo contemporáneo de próxima aparición.

Resumen

La teoría marxista del imperialismo surgió en un período de grandes guerras por la apropiación del botín colonial. Se forjó en una lucha política contra las justificaciones del militarismo y la expectativa pacifista de evitar la conflagración.

Lenin sintetizó este enfoque en su polémica con Kautsky. Caracterizó las causas de la dinámica belicista y promovió una postura de rechazo revolucionario de la guerra. Luxemburg, Bujarin y Trotsky aportaron otros fundamentos al mismo planteo, en el contexto omnipresente de la sangría bélica. Hay que distinguir esta dimensión política de los problemas teóricos en debate.



Los cuestionamientos a la tesis de la asociación ultra-imperial se basaban en la ausencia de entrelazamientos capitalistas multinacionales y en la preeminencia de disputas territoriales. A principios del siglo XX prevalecían concertaciones nacionales y choques internacionales. Lenin se inspiró en teorías del proteccionismo, la hegemonía financiera, los monopolios y las inversiones externas de Hilferding, que también incentivaron la concepción ultra-imperial de Kautsky.

El líder bolchevique rechazaba la interpretación subconsumista de Luxemburg, pero coincidía con su caracterización del imperialismo, como una etapa de grandes convulsiones. Las divisiones políticas entre revolucionarios y reformistas no se extendían al análisis conceptual del imperialismo. Estas caracterizaciones albergaban un complejo campo de elaboraciones cruzadas. Por esta razón, las discusiones sobre la dimensión económica de la etapa, no presentaron el mismo tono polémico que las divergencias frente a la guerra. En este terreno quedaron pendientes muchos temas sin resolución nítida.

La concepción marxista del imperialismo está emparentada con el folleto escrito por Lenin, en el marco de la Primera Guerra mundial y la revolución bolchevique. Ese trabajo alcanzó gran difusión, fue citado y objetado con pasión e influyó sobre varias generaciones de militantes e investigadores. Este perdurable impacto del texto indujo a olvidar el contexto que rodeó a su elaboración. (1)

Preparación de la guerra

El siglo XX comenzó con un gran impulso económico. En las economías metropolitanas predominaba la prosperidad, la innovación tecnológica y la transformación administrativa de las grandes empresas. Como ese crecimiento capitalista incentivó las conquistas de ultramar, el imperialismo se transformó en un concepto dominante. Perdió peso la vieja asociación del término con el despotismo bonapartista francés y ganó terreno su identificación con la supremacía británica de la era victoriana.

Luego de ocupar Egipto (1882) e imponerse en Sudáfrica (1899-1902), Inglaterra forjó una Unión Imperial, que precipitó las confrontaciones territoriales entre las potencias. El retroceso de Francia contrastó con el avance de Alemania, que subió la apuesta y quebrantó los equilibrios europeos. En el continente americano la victoria estadounidense sobre España (1898) ilustró la irrupción de otro competidor y en el Extremo Oriente, Japón desplegó un protagonismo análogo.

El ocaso marítimo de Gran Bretaña sepultaba varias décadas de estabilidad geopolítica y los litigios se acentuaron, cuando los desafiantes del viejo colonialismo comenzaron a extender su empuje productivo al plano territorial. Las disputas por el reparto de las antiguas posesiones otomanas, austro-húngaras y rusas acrecentaron las tensiones entre los codiciosos contendientes.

El aplastamiento de China por Japón, la expansión norteamericana hacia el Pacífico y la conversión de Alemania en la segunda potencia naval del planeta prepararon el estallido general, en un marco de cambiantes alianzas y vertiginosos realineamientos. Gran Bretaña intentó sostener su imperio reforzando el control de las minas sudafricanas y las exacciones impositivas de la India. Trató de tender un cerco al ingreso de mercancías y capitales foráneos, pero no logró contener el avance de sus rivales.

El imperialismo que estudio Lenin corresponde a esa etapa de gestación de los dramáticos enfrentamientos inter-imperiales. El adjetivo “clásico” es muy útil para precisar la especificidad del período comprendido entre 1880 y 1914. Esa fase anticipó las sangrientas matanzas de entre-guerra y preparó el ambiente de una era de catástrofes.

La época analizada por el líder bolchevique constituyó la antítesis de la etapa previa de conflictos acotados y equilibrios militares pos-napoleónicos (1830-1880). Todas las potencias fueron obligadas a renovar sus credenciales en el campo de batalla. La efervescencia militarista, la agresividad racista y la intolerancia chauvinista conducían al tendal de muertos, mutilados y destrozos que rodeó a la Primera Guerra mundial.

El objetivo de todas las matanzas era un botín colonial apetecido por las potencias metropolitanas, que depredaban la periferia, ensanchando las brechas entre ambas regiones. La expansión imperial fue naturalizada con variadas justificaciones colonialistas, basadas en el mito de la superioridad europea.

Se multiplicaron las convocatorias morales a extender la civilización, los llamados religiosos a evangelizar a los pueblos primitivos y las exhortaciones educativas a erradicar la ignorancia. No faltaron las consideraciones biológicas para mejorar la pureza racial y las propuestas económicas, para auxiliar a las naciones subdesarrolladas.

Pero la sangría colonial suscitó también fuertes cuestionamientos en los centros metropolitanos. La crítica liberal al malgasto de ultramar sacudió primero a Inglaterra y se extendió luego a Estados Unidos. En ambos centros tuvo gran impacto la resistencia de los países sometidos.

Estas protestas eran también intensas entre los pueblos que reclamaban independencia nacional, en

las fronteras de los viejos imperios en declive (Rusia, Austria, Turquía). La crítica al colonialismo recobró fuerza en países de larga tradición revolucionaria (Francia) y en naciones que albergaban una insurgente clase obrera (Alemania). En este contexto emergió el análisis de Lenin. Todas sus caracterizaciones contemplan problemas debatidos con gran intensidad, en el socialismo europeo de la época.

Ruptura de la socialdemocracia

El líder bolchevique encabezaba el ala izquierda de la socialdemocracia rusa, que a su vez integraba la II Internacional. Participaba activamente en las discusiones de ese agrupamiento, cuyo epicentro era Alemania. El partido socialista germano era una organización obrera de masas, con gran predicamento sindical y fuerte protagonismo parlamentario.

Los debates sobre el imperialismo desataron una fuerte polémica interna, cuando el gobierno presionó a los socialistas para que aprobaran los créditos de guerra, necesarios para el financiamiento de la acción colonial. La corriente derechista influenciada por Bernstein aceptó esta exigencia, argumentando que el país debía protegerse frente a las agresiones externas, asegurando la paz desde una “posición de fuerza”. Justificaba, además, la expansión imperial, afirmando que Europa debía contribuir a la civilización de los pueblos más atrasados.

La vertiente centrista encabezada por Kautsky se opuso. Denunció los crímenes coloniales y presagió terribles consecuencias de una escala bélica. Explicó, además, que Alemania intentaba contrarrestar su arribo tardío al reparto mundial, con acciones militaristas desenfrenadas. Pero esta crítica no le impidió cambiar de actitud frente al acrecentamiento de las presiones oficiales, para alinear a los parlamentarios socialistas con la causa patriótica.

Para evitar el inminente desangre, Kautsky propuso arrastrar a las clases dominantes a una perspectiva de paz. Consideraba que la guerra era un proyecto exclusivo de los financistas y proveedores de armamentos, resistido o aceptado con desgano por la mayoría de los capitalistas. Estimaba que el gasto militar constituía un privilegio de las burocracias y una carga para la burguesía. Consideraba que el imperialismo no era una necesidad económica del capitalismo, sino tan sólo un curso ruín de ese sistema, que podía revertirse con el concurso de los empresarios. (2)

Con este enfoque convocó a evitar la guerra, mediante un desarme internacional acordado entre las principales potencias. Esperaba frenar la escala militar a través de conferencias internacionales, cortes de arbitraje y negociaciones inter-gubernamentales. Apostaba a un liderazgo británico-alemán, que sería auspiciado en ambas partes por las fracciones industriales (interesadas en la prosperidad de los negocios) y enfrentadas con los financistas (que lucraban con la guerra). Estas caracterizaciones eran compartidas por muchos teóricos socialdemócratas. (3)

Luego de muchas vacilaciones Kautsky avaló la aprobación de los créditos de guerra. Esta decisión precipitó una ruptura definitiva con la izquierda del partido. Lenin compartió este rechazo y propició junto a este sector la construcción de una nueva Internacional, opuesta a la capitulación socialdemócrata. Retomaron la denuncia del colonialismo y proclamaron el apoyo activo a la resistencia antiimperialista de los pueblos invadidos.

Este nuevo agrupamiento adoptó un perfil revolucionario. Cuestionó la ilusión de mitigar los conflictos internacionales mediante el desarme y subrayó el carácter efímero de los acuerdos concertados entre las potencias. Destacó que las apetencias coloniales conducían a confrontaciones bélicas, que expresaban necesidades (y no opciones) del capitalismo.

Esta postura fue encabezada en Alemania por Luxemburg, que subrayaba la imposibilidad de

congelar la expansión de ultramar. Describía cómo la dinámica competitiva conducía a la sistemática violación de los pactos acordados entre los beligerantes. Cuestionaba especialmente la expectativa de desactivar los preparativos bélicos, con exhortaciones morales o llamados al respeto del derecho internacional.

Luxemburg cuestionaba las políticas exteriores capitalistas basadas en ambiciones de lucro, que corroían la estabilidad de todos los acuerdos internacionales. Objetaba las ilusiones de Kautsky y convocaba a la lucha por el socialismo, como única forma de impedir la matanza de los pueblos. Esta visión sintonizaba plenamente con el enfoque de Lenin. (4)

Notas:

- 1) Lenin, Vladimir, El imperialismo, fase superior del capitalismo, Buenos Aires, Quadrata, 2006.
- 2) Kautsky Karl “Germany, England and World Policy”, august 1900, Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming).
- 3) Parvus (Alexander Helphand), “Before the Hottentot Elections”, January 1907, Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming). Hilferding Rudolf, “German Imperialism and Domestic Politics”, October 1907, Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming).
- 4) Luxemburg Rosa “Petty Bourgeois or Proletarian World Policy?”, august 1911, Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming). Luxemburg Rosa “Peace Utopias”, may 1911, Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming).

Claudio Katz es economista, investigador y profesor. Miembro del EDI (Economistas de Izquierda).

MIÉRCOLES 18 DE MAYO DE 2011

"El imperialismo del siglo XXI" (Capítulo I – Parte II): La teoría clásica del imperialismo

Las causas del militarismo

El líder bolchevique encaró una polémica más frontal contra Kaustky. Consideraba que las guerras inter-imperialistas eran inevitables, en cierto estadio de la acumulación. Estimaba que los capitalistas debían lanzarse a la conquista exterior, una vez completado el desenvolvimiento de los mercados internos. Esta compulsión derivaba en confrontaciones por los mercados y las fuentes de abastecimiento.

El carácter violento de estas pugnas obedecía a juicio de Lenin al agotamiento de extensiones coloniales, ya repartidas entre las viejas potencias. Esa distribución reducía los márgenes de cualquier negociación. Los imperialismos emergentes estaban obligados a disputar territorios, al tener bloqueado su ascenso. La intensidad de la acumulación y la estrechez de las regiones apetecidas imponían estos desenlaces bélicos.

En estos choques se jugaba el manejo de las materias primas necesarias para el desenvolvimiento industrial de cada metrópoli. Todas las tratativas ensayadas para evitar las confrontaciones, fracasaban por esa imposibilidad de acordar el reparto de las áreas que proveían insumos.



Lenin resaltaba el desinterés de todas las potencias por estabilizar soluciones de compromiso. Se indignaba frente a la ceguera que exhibían los socialdemócratas, ante la hipocresía oficialista. Consideraba que esa retórica anesthesiaba la conciencia popular, al generalizar ilusiones que enmascaraban la preparación de la guerra. También estimaba que las rivalidades económicas se transmitían a la esfera militar y cuestionaba tanto las utópicas expectativas de desarme, como los llamados a la cooperación de los industriales.

Con el mismo argumento objetaba la presentación del militarismo, como un simple acto electivo de las clases dominantes. Entendía que el armamentismo era indisociable del capitalismo y de las consiguientes confrontaciones entre potencias. Consideraba absurdo presentar al imperialismo como una “política preferida del capital”, al estimar que esa orientación constituía una necesidad para el conjunto de los opresores.

Siguiendo esta caracterización, Lenin destacaba la inutilidad de cualquier intento de persuasión de los acaudalados. Consideraba que estos sectores discutían en la mesa de negociación, lo que resolvían en las trincheras. Por esta razón los acuerdos de un periodo se transformaban en confrontaciones de la fase ulterior. Cuestionaba las ingenuas creencias en la primacía del primer curso y alertaba contra las falsas expectativas pacifistas.

Lenin no aceptaba la presentación de la guerra como una decisión aberrante de las elites. Estimaba que el curso belicista correspondía a tendencias objetivas del capital, derivadas de la competencia por la ganancia. Sostenía que el único sendero de pacificación genuina era el inicio de una transición al socialismo. El estallido de la Primera Guerra confirmó las caracterizaciones de Lenin y puso de relieve todos los errores de la apuesta pacifista de Kautsky.

Esta diferencia de percepciones obedeció a causas y posturas políticas. El dirigente bolchevique detectó las principales contradicciones del capitalismo de su época y mantuvo una actitud revolucionaria. El líder socialdemócrata privilegió sus deseos a la consideración de las tendencias reales y demostró una gran permeabilidad a las exigencias de los poderosos.

Estas asimetrías ilustraron también la distancia que separaba a los políticos revolucionarios y reformistas de ese período. El punto en discordia era el rechazo o la resignación frente a una guerra inter-imperialista. Lenin encabezó la resistencia al desangre bélico e impulsó el internacionalismo. Su teoría del imperialismo se cimentó en esta estrategia política.

JUEVES 19 DE MAYO DE 2011

"El imperialismo del siglo XXI" (Capítulo I – Parte III): La teoría clásica del imperialismo

El sentido de la polémica

La discusión sobre los intereses en juego en las acciones imperiales dividía en forma categórica a los marxistas de esa época. Aunque Lenin reconocía el carácter lucrativo de la guerra para los financistas y fabricantes de armas, resaltaba la dinámica estructuralmente militarizada del capitalismo. Consideraba que las conflagraciones eran el mecanismo utilizado por los poderosos para zanjar sus principales diferendos. Esos enfrentamientos



dirimían, además, las relaciones de fuerza y reabrían la expansión económica. La guerra cumplía una función depuradora de los capitales obsoletos.

Luxemburg presentó otra explicación del mismo diagnóstico. Describió cómo el imperialismo servía para descargar los sobrantes invendibles en las metrópolis. Las dificultades para vender esos productos (y asegurar la consiguiente realización de la plusvalía), forzaba la búsqueda de mercados adicionales en la periferia. La conquista de estas regiones aportaba una válvula de escape a los desajustes creados por ritmos de acumulación superiores a la capacidad de consumo de la población. (5)

Otras interpretaciones convergentes ponían el acento en las contradicciones creada por la internacionalización del capital. Trotsky sostenía que el sistema había alcanzado a principio del siglo XX una dimensión mundial, que desbordaba los marcos vigentes para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Esa estrechez de las economías nacionales forzaba una sucesión de expansiones externas, que terminaban en conflictos armados. (6)

Todos estos enfoques resaltaban en común las causas objetivas de la guerra. Cuestionaban la reducción socialdemócrata del problema a una conspiración de los bancos y la industria militar. Destacaban que esa simplificación omitía el generalizado compromiso de los principales sectores de las clases dominantes con la acción imperial.

Lenin fue el principal vocero de estas posturas y su texto resumía el programa de todas las vertientes de la izquierda frente a la guerra. El escrito subrayaba que los enfrentamientos bélicos expresaban contradicciones, que el capitalismo no podía regular. Por esta razón objetaba la propuesta de desarme, señalando que la paz debía conquistarse, junto a una lucha popular simultánea por la erradicación de la explotación.

Esta visión criticaba la búsqueda de concertaciones y equilibrios entre las potencias, que promovía Kautsky, resaltando el carácter coercitivo del capitalismo. Recordaba que las burguesías necesitaban ejércitos, marinos y cañones para imponer tratados de libre-comercio, forzar el cobro de las deudas y garantizar los réditos de la inversión externa.

Lenin intentaba presentar una caracterización política completa de las fuerzas en pugna. No sólo distinguía dos bloques de agresores y agredidos, corporizados en los capitalistas y los trabajadores. También llamaba la atención sobre las diversas formas de opresión nacional, que generaba la belicosidad imperialista en la periferia. En oposición la expectativa de Kautsky de avanzar hacia una paulatina distensión en estas áreas, proponía extender la resistencia contra la guerra a todo el universo colonial.

El líder bolchevique destacaba la existencia de dramáticas conversiones de antiguas víctimas en nuevos victimarios imperiales. Alemania ya no libraba guerras defensivas contra el expansionismo ruso, sino que actuaba como potencia ocupante de regiones vecinas. El registro de estos cambios era vital para impugnar las justificaciones de la belicosidad germana, con falsos enunciados de soberanía.

Lenin escribió su folleto en un terrible escenario de inmólación popular al servicio de lucro. El tono virulento del texto refleja la conmoción que suscitaba esa masacre. Es importante recordar ese contexto omnipresente de la guerra, para comprender la función política del libro y registrar en este marco los problemas teóricos en juego.

¿Asociación o rivalidad?

Kaustky concibió su propuesta de desarme como parte de un proyecto de desenvolvimiento pacífico del capitalismo. Consideraba que ese proceso sería factible, si los grupos capitalistas de los principales países concertaban una asociación “ultra-imperialista”.

Estimaba posible erradicar la amenaza guerrera, conformando una red multinacional de empresas, que actuarían en común en áreas específicas. Kautsky resaltaba el interés de muchas fracciones burguesas por realizar negocios conjuntos, que superaran las viejas rivalidades. Pensaba que las conflagraciones inter-imperialistas bloqueaban esa convergencia y propugnaba la erradicación de esa traba, mediante una neutralización de la carrera armamentista. (7)

El líder socialdemócrata deducía esa posibilidad de la preeminencia alcanzada por las grandes corporaciones. Si se evitaba la guerra, la nueva red de alianzas conduciría a federaciones políticas, que consolidarían un nuevo cuadro de tolerancia internacional y negocios asociados.

Lenin rechazó esa tesis de manera contundente. Consideró que la teoría del “ultra-imperialismo” era un “ultra-disparate”, basado en la falsa expectativa de alianzas permanentes, entre capitalistas de distinto origen nacional. Para el líder bolchevique esa concertación era una burda fantasía. Estaba concebida a partir de razonamientos abstractos, que presuponían escenarios económicos inviables.

La principal objeción que Lenin interponía a ese modelo era la naturaleza conflictiva del capitalismo. Para el dirigente ruso el modo de producción vigente estaba sujeto a un desarrollo desigual, que multiplicaba los desequilibrios e intensificaba las contradicciones. Estimaba que las tensiones se acumulaban con la expansión del sistema, impidiendo la concreción de asociaciones empresarias estables. Pensaba que los acuerdos ultra-imperiales eran tan impracticables, como la disipación de la competencia militar. (8)

Pero Lenin no expuso este argumento de forma genérica. Lo refería a la coyuntura bélica que imperaba al comienzo del siglo XX. La presión hacia la colisión militar era tan fuerte, que tornaba imposible la constitución de las compañías multinacionales.

Lenin registraba cuál era la tendencia geopolítica predominante en ese momento, aplicando el realismo que signó toda su acción política. Percibía claramente el agotamiento del período de alianzas que había prevalecido durante la etapa precedente. Observaba que en el nuevo siglo, la competencia asfixiaba los compromisos y el proyecto ultra-imperial sucumbía, ante la inminencia de la guerra. Kautsky había perdido el olfato básico para captar este contexto.

El análisis de Lenin estaba específicamente referido a esa coyuntura. No desconocía, ni objetaba la existencia de tendencias asociativas entre los distintos grupos capitalistas. Incluso postulaba una teoría del monopolio que resaltaba la intensidad de las concertaciones, los pactos de caballeros, las coaliciones y los acuerdos secretos, entre los principales grupos de financistas e industriales.

Esos compromisos eran explícitamente reconocidos como una tendencia dominante. Pero Lenin restringía su viabilidad a las firmas y los bancos del mismo origen nacional. Esta caracterización se basaba en una minuciosa lectura de los datos de la época. Las concertaciones eran numerosas, pero sólo incluían acuerdos entre capitalistas norteamericanos, alemanes, franceses o ingleses. No se extendían a los entrelazamientos multinacionales.

Para Lenin esta combinación de acuerdos nacionales y disputas internacionales era un rasgo predominante del capitalismo. Consideraba que a principios del siglo XX, la internacionalización de la economía no se extendía a la gestión global de este proceso y estimaba que el choque entre ambas tendencias inducía a la guerra. Al igual que Bujarín destacaba la fractura creada por capitales que cruzaban las fronteras y estados que se retraían hacia la administración cerrada, para proteger

territorios, mercados y materias primas. La expansión global chocaba con esta restricción, generando batallas inter-imperiales por el reparto del mundo. (9)

Esta interpretación reconocía la creciente gravitación de las asociaciones capitalistas, pero restringía su alcance al ámbito nacional. La tendencia a la internacionalización que subraya Kautsky era aceptada en ciertas áreas restrictivas (migraciones, circulación de capital), pero desechada como curso prevaleciente del capitalismo.

Este enfoque remarcaba la gravitación de las presiones nacionalizadoras en todas las actividades centrales de la producción, las finanzas y el comercio. El impulso globalizador era neutralizado por las fuerzas que estimulaban el repliegue de los cuerpos nacionales y la conformación de bloques competitivos. Esta autarquía bloqueaba la internacionalización, potenciaba el gasto militar y generalizaba las conflagraciones bélicas. (10)

La crítica de Lenin al ultra-imperialismo de Kautsky se inspiraba, por lo tanto, en un análisis concreto del capitalismo de ese período. Resaltaba el predominio de la rivalidad sobre la asociación internacional, mediante un registro de las evidencias de ese momento. Observaba en la coyuntura bélica una confirmación de las tendencias al choque, en desmedro de las presiones hacia la concertación.

Este mismo razonamiento utilizó Lenin para remarcar la primacía de la crisis sobre la prosperidad, en el debut de la prolongada turbulencia de entre-guerra. El líder bolchevique no le asignaba a las regresiones económicas un carácter absoluto, como lo prueba su polémica con los populistas en torno al desarrollo capitalista de Rusia.

En oposición a los teóricos narodnikis -que descalificaban la posibilidad de ese desenvolvimiento- Lenin detallaba todas las áreas de potencial expansión del capitalismo, en la atrasada economía rusa. Todos sus diagnósticos estaban invariablemente referidos a situaciones, contextos y momentos específicos. (11)

La polémica contra el ultra-imperialismo estaba condicionada por ese escenario. Su objetivo era cuestionar las terribles consecuencias políticas de un diagnóstico irrealista y un razonamiento asustadizo, que negó primero la inminencia de la guerra y desconoció posteriormente los efectos de esa matanza.

Notas:

5) Luxemburg, Rosa, La acumulación del capital. Editorial sin especificación, Buenos Aires, 1968, (cap 25, 26, 27). Luxemburg Rosa "Perspectives and Projects", Classical Analyses of Imperialism, 1915, Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming)

6) Trotsky León, Tres concepciones de la revolución rusa. Resultados y perspectivas, Editorial El Yunque, Buenos Aires, 1975.

7) Kautsky Karl, "Imperialism", september 1914, New Left Review, n 59, 1970, London.

8) Lenin Vladimir, "Prólogo", Bujarin Nikolai, La economía mundial y el imperialismo, Pasado y presente n 21, Buenos Aires, 1971.

9) Bujarin Nikolai, El imperialismo y la acumulación de capital, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973, (cap 5).

10) Bujarin Nikolai, La economía mundial y el imperialismo, Pasado y presente n 21, Buenos Aires, 1971.

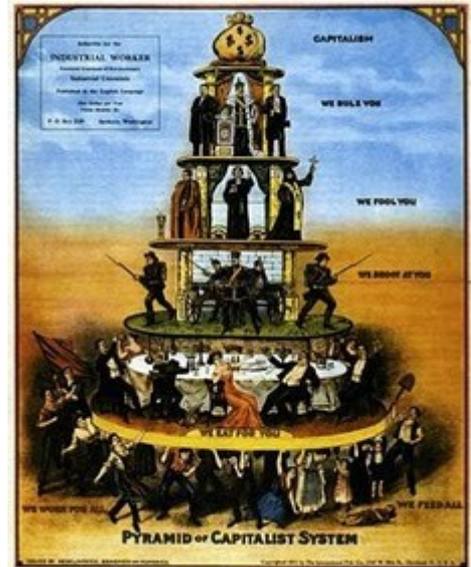
11) Lenin Vladimir, El desarrollo del capitalismo en Rusia, Editorial Ariel, Barcelona 1974.

"El imperialismo del siglo XXI" (Capítulo I – Parte IV): La teoría clásica del imperialismo

La interpretación económica

La caracterización leninista del imperialismo recogía en cuatro terrenos, la visión expuesta por el economista socialdemócrata Hilferding. Retomaba, en primer lugar, la existencia de un viraje general hacia el proteccionismo, iniciado por Gran Bretaña para contrarrestar las amenazas de sus concurrentes.

La vieja potencia marítima se defendía elevando las tarifas aduaneras en sus dominios. Amurallaba su imperio con restricciones al comercio, para limitar las pérdidas ocasionadas por su declinación industrial. Los británicos forjaron primero una federación de colonias (India, África) y luego una asociación de países subordinados (Canadá, Australia, Sudáfrica). (12)



Esta política provocó la inmediata reacción de sus rivales, que instauraron bloques semejantes en sus zonas de influencia (Francia) y aceleraron la creación de regiones protegidas (Alemania). Lenin consideró que este cambio consagraba el pasaje del libre-comercio al proteccionismo y transformaba las disputas acotadas (por el liderazgo exportador), en guerras comerciales entre duros contendientes (atrincherados en fortalezas aduaneras).

El segundo rasgo tomado de Hilferding fue la creciente gravitación de los banqueros, en desmedro de otros sectores capitalistas. Lenin consideraba que los financistas habían dejado atrás su rol de intermediarios, para imponer la subordinación de sus pares del comercio y la industria.

El líder bolchevique resaltaba la aparición de una oligarquía financiera que obtenía enormes lucros con la emisión de títulos, la especulación inmobiliaria y el control de los paquetes accionarios. Consideraba que esta supremacía reforzaba el carácter rentista-usurero de los estados imperiales, frente a un conglomerado de estados-deudores sometidos. Por esta razón definía al imperialismo como una era del capital financiero.

Hilferding había desarrollado esta caracterización para el caso específico del capitalismo alemán. En sus investigaciones describió cómo los bancos controlaron la industria, financiando las operaciones y supervisando los procesos comerciales. Retrató la supremacía que lograron los financistas en todos los circuitos de la acumulación, a través del crédito, el manejo de las sociedades anónimas y la administración de las bolsas. (13)

Lenin se inspiró también en los análisis de la economía inglesa que expuso Hobson. Este estudio resaltaba la nueva preeminencia lograda por las altas finanzas, mediante la recepción de los dividendos generados en el exterior. Este control forjó una plutocracia, que monopolizaba todos los resortes del funcionamiento imperial. (14)

En tercer lugar, Lenin atribuyó las tendencias guerreristas del imperialismo al peso dominante alcanzado por los monopolios. Consideraba que esa preeminencia constituía una novedad del período, resultante de la creciente escala de las empresas y la elevada centralización y

concentración del capital. Estimaba que este predominio reforzaba la influencia de los carteles, que podían concertar el manejo de los precios mediante acuerdos entre los grandes grupos.

Esta caracterización fue directamente extraída de la investigación de Hilferding, que estudió la organización monopólica de la producción germana. Un puñado de corporaciones entrelazadas con los bancos y orientadas por el estado, controlaba los procesos de formación y administración de los precios.

Lenin expuso algunos comentarios críticos de este estudio y objetó especialmente ciertos presupuestos teóricos sobre el carácter del dinero. Pero estas observaciones no modificaron su aceptación de las tesis monopolistas postuladas por Hilferding.

El cuarto rasgo retomado por el dirigente bolchevique fueron los mecanismos de apropiación externa. Aquí subrayó la preeminencia de la exportación de capitales, como forma de absorber las ganancias extraordinarias gestadas en la periferia. Ilustró las modalidades que adoptaban las inversiones de ultramar (ferrocarriles, minas, irrigación) y detalló cómo multiplicaban el lucro de las grandes empresas.

Esta caracterización se inspiró en la clasificación expuesta por Hilferding, para periodizar la evolución histórica del capitalismo. De una era colonial inicialmente mercantilista (que facilitó la industrialización europea), se había saltado a una expansión manufacturera de las grandes potencias (en torno a los mercados internos). Este desenvolvimiento quedaba ahora superado por la nueva fase de exportación de capitales.

La afinidad de Lenin con el cuadro de proteccionismo, hegemonía financiera, monopolios e inversiones externas retratado por Hilferding se extendieron también a la teoría de la crisis. El líder ruso nunca desarrolló una versión peculiar de esta problemática y adscribió en general a la interpretación expuesta por el analista alemán. Este pensador asociaba las convulsiones periódicas del sistema, con la irrupción de desproporcionalidades entre las distintas ramas de la economía. A medida que progresaba la acumulación, estas desigualdades salían a la superficie, expresando desequilibrios más profundos de sobre-producción de mercancías o sobre-acumulación de capitales. (15)

A Lenin le interesaba demostrar cómo estos trastornos económicos desembocaban en conflagraciones inter-imperialistas. Analizaba de qué forma cada rasgo productivo, comercial o financiero de la nueva época, acrecentaba las rivalidades dirimidas bajo el fuego de los cañones.

Pero un problema de esta conclusión era su total incompatibilidad con la postura política adoptada por Hilferding, que tomó partido a favor del social-patriotismo. No solo apoyó la participación alemana en la guerra, sino que adoptó actitudes de fuerte compromiso con el belicismo.

Es importante recordar que este economista alemán influyó -al mismo tiempo- sobre Lenin y sobre su oponente Kautsky. Su visión combinaba elementos de crítica al sistema vigente, con una aceptación del “capitalismo organizado” como modalidad predominante. Resaltaba especialmente la evolución hacia formas de planificación concertada, bajo el comando de las grandes corporaciones.

El economista germano estimaba, además, que ese escenario exigía la reversión de las políticas proteccionistas, el librecambismo y el afianzamiento de un largo período de pacificación. La planificación a escala nacional que pronosticaba Hilferding convergía con el diagnóstico de equilibrio ultra-imperial que postulaba Kautsky.

La teoría del imperialismo de Lenin incluía, por lo tanto, una fuerte tensión con su inspirador

económico. Las tesis del líder bolchevique se ubicaban en las antípodas del texto adoptado como referencia. Resaltaba las crisis y los desequilibrios, que ese fundamento teórico objetaba. En el plano político ese desencuentro era aún más pronunciado.

Teoría y política

El divorcio de Lenin con Hilferding constituyó la contracara de su reencuentro con Luxemburg. La teoría del imperialismo que postulaba la revolucionaria polaco-alemana se inspiraba en fundamentos económicos distintos a los expuestos por el dirigente ruso. Pero estas divergencias no impidieron la confluencia política en estrategias comunes, frente al pacifismo socialdemócrata.

La metodología desarrollada por Luxemburg difería sustancialmente del abordaje leninista. Intentó deducir la teoría del imperialismo de los textos de Marx, buscando una continuidad directa con el modelo conceptual de “El Capital”. Por esta razón, partió de los esquemas de reproducción ampliada expuestos en el segundo tomo de esa obra, para evaluar cuáles eran los obstáculos que enfrentaba el funcionamiento del sistema a escala internacional, en la nueva época imperialista. (16)

Este intento no llegó a buen puerto, puesto que contenía una confusión básica: los esquemas de Marx estaban concebidos como una mediación abstracta, para clarificar la circulación general del capital. Constituían un paso previo al estudio concreto de la dinámica del sistema. Luxemburg utilizó erróneamente estos razonamientos en forma empírica, para buscar los puntos de asfixia del capitalismo de su época. Indagó el problema por el lado equivocado, al convertir un esquema destinado a visualizar el funcionamiento del sistema, en un modelo de la crisis de este modo de producción.

Pero este infructuoso intento era mucho más fiel al planteo de Marx, que el abordaje ensayado por Lenin. Buscaba establecer los puntos de continuidad y ruptura de la época imperialista con el periodo previo, siguiendo los preceptos de la economía marxista. El teórico bolchevique estudió, en cambio, directamente las características de la nueva etapa utilizando un gran material empírico. Pero no definió en qué medida esas fuentes eran compatibles con la teoría expuesta en “El Capital”.

Luxemburg mencionaba las características resaltadas por Lenin, pero no le asignaba la misma relevancia al proteccionismo, a la supremacía financiera y al monopolio. Relativizaba estas transformaciones, buscando conservar el hilo conductor desarrollado por Marx.

En otros campos las diferencias de Luxemburg con Lenin eran mayores. En lugar de identificar al imperialismo con la exportación de capitales, asociaba ese período con la necesidad de encontrar mercados foráneos, para las mercancías invendibles en los países metropolitanos.

La revolucionaria alemana estimaba que las esferas coloniales eran imprescindibles, para realizar la plusvalía que necesita el capitalismo para su reproducción. Pensaba que las economías atrasadas constituían una válvula de escape, para las limitaciones que enfrentaba el capital en los países centrales. Observaba al imperialismo como un proceso de ampliación del mercado mundial, que contrarrestaba las dificultades para vender las mercancías en sus áreas de fabricación. Estimaba que este obstáculo obedecía a la estrechez del poder adquisitivo, que generaba la continuidad de los bajos salarios, el alto desempleo y la creciente pauperización. (17)

Esta concepción estimaba que el capital emigra de un país a otro, para contrapesar el consumo insuficiente, que provoca el aumento de la explotación. Esta visión tenía puntos en común con la teoría de la crisis postulada por Kaustky y gran afinidad con el enfoque de Hobson. Este autor consideraba que todos los rasgos del imperialismo obedecían en última instancia a la necesidad de exportar capitales sobrantes, gestados en las metrópolis por la polarización social.

Lenin rechazaba esta interpretación subconsumista no sólo por su reivindicación de otra teoría de la crisis, basada en desproporcionalidades sectoriales y excedentes de productos (y capitales). Había polemizado durante un largo período con los exponentes rusos de las teorías populistas, que resaltaban las restricciones del consumo. Objetaba conceptualmente esos razonamientos e impugnaba las consecuencias políticas de un enfoque, que estimaba imposible el desarrollo del capitalismo en Rusia.

La convergencia revolucionaria de Lenin con Luxemburg no expresaba, por lo tanto, afinidades en el terreno económico. Pero reflejaba las coincidencias en la caracterización del imperialismo, como una etapa de grandes crisis y convulsiones. Por otra parte, la oposición política frontal del líder bolchevique con Hilferding, no anulaba sus convergencias teóricas, en la evaluación de rasgos centrales del capitalismo.

Es importante registrar esta variedad de combinaciones, para erradicar la imagen de unanimidad en el análisis del imperialismo, en torno a dos bloques homogéneos de revolucionarios y reformistas. Esta divisoria efectivamente rigió en la actitud de ambos campos frente a la guerra. Pero no se extendió a la interpretación conceptual de fenómeno. La teoría del imperialismo incluía un complejo y cruzado terreno de variadas elaboraciones.

Los temas abiertos

Las caracterizaciones económicas del imperialismo que formuló Lenin fueron presentadas en un tono menos polémico que sus conclusiones políticas. Las observaciones sobre proteccionismo, la hegemonía financiera, los monopolios o la inversión extranjera no plantearon controversias equivalentes al problema de la guerra. Esta diferencia confirma dónde ubicaba el centro neurálgico de su teoría e indica también la existencia de una gran variedad de posturas en juego, en la evaluación del capitalismo de la época.

En esas caracterizaciones el análisis del proteccionismo suscitaba cierta unanimidad. Aquí Lenin coincidía con Hobson, Hilferding y también con Kautsky, puesto que todos remarcaban la existencia de un generalizado viraje hacia la autarquía. Lo que provocaba divergencias era la actitud política frente a esta transformación. Mientras que la izquierda denunciaba el cierre aduanero sin ningún elogio al librecambismo, los reformistas tendían a idealizar esa etapa. (18)

En el análisis de la hegemonía financiera había mayores disidencias. Lenin sostenía enfáticamente esta tesis, frente a Kautsky que señalaba el predominio de coaliciones entre distintos sectores dominantes, sin necesaria preeminencia de los banqueros. Estimaba que los principales promotores del giro imperial eran los industriales, que necesitaban conquistar regiones agrarias para asegurarse el abastecimiento de materias primas. Como la actividad manufacturera crecía a un ritmo más acelerado que el agro (incorporando mayor progreso técnico), sólo el dominio colonial permitía atenuar el encarecimiento de los insumos.

Esta visión era compartida por otros economistas -como Parvus- que resaltaban la existencia de múltiples alianzas entre banqueros e industriales. Destacaban la importancia de esos acuerdos, para enfrentar las batallas competitivas a escala internacional. (19)

Algunos teóricos muy influyentes -como Bauer- polemizaron abiertamente con la presentación del imperialismo, como un pasaje de la dominación industrial a la supremacía financiera. Cuestionaban el carácter unilateral de esa visión, señalando que ignoraba el peso estratégico de la gran industria en el desenvolvimiento del capitalismo. (20)

Otro tema que suscitaba discusiones era el nuevo papel de las distintas formas de monopolio. La importancia que Lenin asignaba a este proceso no era compartida por otros autores. Este rasgo efectivamente pesaba en la economía germana, que había relegado a la pequeña empresa frente a las grandes corporaciones. Pero el estudio de Hobson de la economía inglesa no le asignaba la misma relevancia a esa concentración de firmas. En el debate marxista de esa época no se contemplaban estudios equivalentes del imperialismo francés y muy pocos estudiosos consideraban el perfil del capitalismo norteamericano o japonés.

Finalmente, en el análisis de la exportación de capitales Lenin coincidía con Kautsky, frente a un considerable número de enfoques opuestos. Los dos autores más enfrentados en los debates de esa etapa destacaban en común la gravitación de la inversión externa.

Para el líder bolchevique, este rasgo proyectaba a escala internacional la primacía de las finanzas y los monopolios. Para el dirigente socialdemócrata esa característica expresaba la presión ejercida por los capitales sobrantes, que no encontraban rendimientos lucrativos en las economías metropolitanas.

Esta visión era impugnada no sólo por Luxemburg, en su interpretación del imperialismo como desagote de las mercancías sobrantes. Otros pensadores como Bauer destacaban la existencia de continuidades con el período colonial precedente. Subrayaban la persistencia de viejas formas de pillaje y depredación de recursos, para asegurar el abastecimiento de los insumos. Los debates económicos sobre el imperialismo clásico abarcaban, por lo tanto, un amplio espectro de problemas sin resoluciones nítidas.

Pero no hay que perder de vista lo esencial. La teoría marxista del imperialismo surgió en un período de grandes guerras por la apropiación del botín colonial y aportó un fundamento político al rechazo revolucionario de la guerra. Correspondió a una etapa de ausencia de entrelazamientos capitalistas multinacionales y preeminencia de disputas territoriales. El cambio de este escenario generó la necesidad de elaborar nuevas interpretaciones.

Notas:

12) Hilferding Rudolf, "German Imperialism and Domestic Politics", October 1914, *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, forthcoming)

13) Hilferding Rudolf, *El capital financiero*, TECNOS, Madrid, 1973, (cap 13, 14)

14) Hobson John, *Estudio del imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.

15) Hilferding *El capital financiero*, (cap 15, 16, 17, 20)

16) Marx Carlos, *El Capital*, Tomo II (sección 3, cap 21), Fondo de Cultura Económica, México 1973.

17) Luxemburg, Rosa. *La acumulación del capital*. Editorial sin especificación, Buenos Aires, 1968, (cap 25, 26, 27).

18) Kautsky Karl "Germany, England and World Policy" *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, forthcoming). Kautsky Karl "The War in South Africa", November 1899, *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, forthcoming).

19) Parvus (Alexander Helphand), "Colonies and Capitalism in the Twentieth Century", June 1907, *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, forthcoming)

20) Bauer Otto, "On British Imperialism", January 1907, *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, forthcoming)

Bibliografía:

-Arrighi Giovanni. *Geometría del imperialismo*, Siglo XXI, 1978, México, (cap 1, 2, 4)

-Bauer Otto *National and International Viewpoints on Foreign Policy*, *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I* (Brill, forthcoming).

- Borón Atilio. "Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional", en Nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004
- Callinicos Alex. Social Theory, Polity Press, 1999, Great Britain (cap 8)
- Day Richard, Gaido Daniel, "Introduction", Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming)
- Grossman Henryk, La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista, Siglo XXI, México, 1979, (Parte B)
- Hilferding Rudolf, "The Party Congress and Foreign Policy", Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I" (Brill, forthcoming)
- Hobsbawm Eric Historia do marxismo, vol 4,5,6, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1985
- Hobsbawm Eric. La era del imperio, Crítica, Buenos Aires 1999, (Introducción, cap 1,2 6, 12,13, Epílogo)
- Lichtheim George Breve historia del socialismo, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Rosdolsky, Román. Génesis y estructura de El Capital de Marx. Siglo XXI, México, 1979, (parte 7, cap 30)
- Valier Jacques. "Imperialismo y revolución permanente". Comunicación n 26, Madrid, 1975.

JUEVES 26 DE MAYO DE 2011

El imperialismo contemporáneo

Este artículo forma parte de un libro de próxima aparición sobre las teorías actuales del imperialismo.

Resumen

Al concluir la segunda guerra mundial el escenario del imperialismo clásico quedó transformado por la nueva etapa de prosperidad y desaparición de las confrontaciones bélicas entre potencias. Estados Unidos logró una supremacía militar inédita y subordinó a sus rivales, en lugar de demolerlos. La confrontación con la URSS no se equiparó con los viejos choques inter-imperiales, dado el carácter no capitalista del sistema vigente en ese país.



El contexto económico quedó igualmente transformado por la nueva asociación internacional de capitales, la irrupción de compañías multinacionales, la disminución del proteccionismo, la recuperación del protagonismo industrial y la reorientación de la inversión externa hacia las económicas desarrolladas.

La actualización de la teoría del imperialismo estuvo bloqueada por una actitud ritualista hacia el enfoque clásico, que asignaba vigencia perdurable a un periodo específico del siglo XX. Esta postura impedía comprender el nuevo marco de solidaridad miliar occidental y asociación multinacional.

Tres interpretaciones de los años 70 reabrieron la investigación, al resaltar el papel superimperial de Estados Unidos, el entrelazamiento ultra-imperial de las firmas y el carácter acotado de la concurrencia inter-imperialista. Plantearon acertadamente nuevos problemas, que no lograron resolver.

La mundialización neoliberal ha introducido una nueva etapa, que universaliza el capitalismo. Hay transformaciones cualitativas en todas las áreas. La inestabilidad del modelo y la indefinición de la

tónica de crecimiento, no desmienten el cierre del esquema de posguerra. Las características del nuevo período no se clarifican dirimiendo la presencia o ausencia de una onda larga. Se ha consumado un giro comparable al observado a fin del siglo XIX y a mediados de la centuria pasada, que genera novedosos desequilibrios financieros, productivos y comerciales.

En esta etapa se expande el radio de acción imperial a todo el planeta, con mayores entrelazamientos económicos globales que afectan a los pueblos y regiones desfavorecidas. El imperialismo neoliberal acentúa las diferencias con la era clásica y profundiza las tendencias de posguerra.

Al concluir la segunda guerra mundial el escenario del imperialismo quedó totalmente transformado. El sostenido crecimiento y la mejora del nivel de vida inauguraron un período de significativa prosperidad en los países centrales. La reducción del desempleo creó situaciones próximas al pleno empleo, que facilitaron el aumento del consumo y la generalización de un sistema protección social.

Los principales teóricos marxistas bautizaron la nueva etapa de posguerra con distintas denominaciones (“capitalismo tardío”, “capitalismo de estado”, “capitalismo monopolista de estado”). Muchos estudios destacaron la sustitución de las formas de acumulación extensiva por mecanismos intensivos y el reemplazo del trabajo taylorista por esquemas fordistas. Otras investigaciones señalaron el nuevo gigantismo de las empresas y la inédita intervención estatal en la economía. Estos cambios modificaron el perfil del imperialismo, recreando un marco de estabilidad, en torno a nuevos equilibrios geopolíticos.

El contexto político-militar

La principal singularidad de período fue la ausencia de guerras inter-imperiales. A diferencia de la etapa clásica, los conflictos armados no desembocaron en conflagraciones generalizadas. Persistieron los enfrentamientos, pero ya no hubo confrontaciones directas por el reparto del mundo. Las rivalidades sólo generaron escaramuzas geopolíticas, que no se proyectaron a la esfera miliar.

La vieja identificación del imperialismo con el choque entre potencias capitalistas quedó desactualizada y este cambio transformó el paisaje europeo. En lugar de rivalizar por las posesiones coloniales, los competidores del Viejo Continente iniciaron un proceso de unificación regional.

El predominio estadounidense determinó el viraje de la etapa. Ningún conflicto anterior se había zanjado con semejante preeminencia. La abrumadora superioridad norteamericana quedó consagrada con la formación de una alianza atlántica (OTAN), bajo el mando del Pentágono. Estados Unidos ejerció una dominación explícita y reafirmó su autoridad con la disuasión nuclear. Impuso la localización de las Naciones Unidas en Nueva York y estableció en el Consejo de Seguridad un sistema de consultas para supervisar todos los acontecimientos mundiales.

Este reinado se asentaba también en la aplastante superioridad económica. Estados Unidos manejaba el 50% de la producción industrial, acumulaba monumentales acreencias y adaptaba el sistema monetario mundial a sus necesidades, mediante la hegemonía del dólar (acuerdos de Bretton Woods).

Pero lo más novedoso fue la estrategia que eligieron las elites norteamericanas para consolidar su supremacía. En lugar de demoler a los rivales derrotados, auspiciaron la reconstrucción económica y el sometimiento político-militar de sus adversarios. El auxilio multimillonario concedido a Europa y Japón fue la contracara de la actitud asumida por Gran Bretaña y Francia (frente a Alemania) al

concluir la primera guerra mundial. En lugar del tratado de Versalles se introdujo un Plan Marshall.

Mediante esta combinación de reconstrucción económica, subordinación política y protección militar, Estados Unidos consolidó el sistema de alianzas subalternas, que posteriormente utilizó para contrarrestar el resurgimiento de sus rivales. Cuando en los años 60 Alemania y Japón recuperaron competitividad, el gendarme norteamericano hizo valer su primacía. Recurrió a drásticas medidas comerciales, tecnológicas y monetarias, para preservar sus ventajas y reformuló los términos de la convivencia con sus subordinados. Pero estas tensiones no recrearon en ningún momento, el viejo escenario de rivalidades destructivas.

Alemania y Japón aprovecharon la exención de gastos armamentistas para recuperar terreno en la producción y el comercio, pero no proyectaron estos avances al terreno militar. Tampoco contemplaron la preparación de una revancha. Aceptaron el rol protector ofrecido por Estados Unidos, avalando el “imperialismo por invitación” que les ofreció la primera potencia. Todos los conflictos que suscitó la unipolaridad estadounidense se procesaron sin alterar este dato geopolítico.

Ha sido muy frecuente relativizar la novedad de este cuadro, afirmando que el antagonismo entre superpotencias persistió durante posguerra, a través de un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Se considera que esa confrontación fue análoga a todas las batallas precedentes por la hegemonía imperial.

Pero estas pugnas entre Occidente y el denominado “bloque socialista” incluyeron una diferencia esencial con todos los choques inter-imperiales precedentes: el carácter no capitalista del sistema vigente en la ex URSS. Existen numerosas caracterizaciones sobre este régimen social, pero nadie ha podido demostrar que estuvo gobernado por una clase dominante, propietaria de los medios de producción y guiada por la meta de acumular capital.

La burocracia que manejaba ese sistema, buscaba ampliar su influencia global y mantuvo fuertes disputas con Estados Unidos por el control de territorios estratégicos. En esas tensiones sostuvo parcialmente a los movimientos de liberación nacional, que resistían el poder estadounidense. Pero en la mayoría de los casos estas acciones eran repuestas defensivas, tendientes a preservar una coexistencia pacífica con el coloso norteamericano. (1)

El carácter no capitalista de la URSS invalida su presentación como otro actor imperial de batallas por el reparto del mundo. La capa dirigente de ese país tenía ambiciones expansionistas y reforzaba su presencia global, chocando con Estados Unidos en el manejo de las áreas de influencia. También intercalaba esas pugnas con la revisión periódica de los acuerdos de equilibrio territorial establecidos al concluir la guerra (tratado de Yalta). Pero esas pretensiones de mayor poder regional no convertían al régimen de la Unión Soviética en una variante “social-imperialista” de la expansión colonial. El uso contemporáneo del término imperialismo sólo tiene sentido para aquellas potencias que actúan bajo el mandato del capital. No se aplica a situaciones ajenas a ese principio.

Transformaciones económicas

Los cambios económicos de posguerra tuvieron el mismo alcance que las modificaciones geopolíticas, a partir del significativo avance registrado en la asociación internacional de los capitales. Se consumó un entrelazamiento financiero, comercial e industrial sin precedentes. Esta amalgama alteró radicalmente la concurrencia inter-imperial que prevaleció durante la época de Lenin.

El creciente gigantismo de las empresas que subrayaba el líder bolchevique volvió a cobrar importancia con la expansión de los oligopolios, en desmedro de las pequeñas compañías. La

necesidad de ampliar mercados, reducir costos y aumentar la productividad acentuó la preeminencia de las corporaciones frente a las empresas de pequeño porte.

Pero a diferencia del período precedente, las alianzas entre grandes firmas no quedaron restringidas a compañías del mismo origen nacional. Irrumpió un nuevo tipo de empresa multinacional, que asoció a los capitalistas norteamericanos, japoneses y europeos, alterado la vieja divisoria entre bloques de competidores nacionales.

En este marco, el proteccionismo perdió peso frente a las presiones librecambistas desplegadas por las empresas mundializadas. Estas compañías requirieron mayor movilidad del capital y creciente flexibilidad comercial, para actuar en todos los rincones del planeta. El cerrojo arancelario era congruente con los bloques belicistas del imperialismo clásico, pero obstruía los negocios internacionalizados de posguerra.

Este viraje de las tarifas hacia la liberalización repitió un giro ya consumado en otras oportunidades. El capitalismo nunca se atuvo a una modalidad comercial invariable. El pasaje del libre-cambio a la protección -que los teóricos clásicos observaban como un giro definitivo del sistema- constituyó en realidad, sólo un eslabón de incontables virajes.

Tampoco la primacía financiera mantuvo la irreversible hegemonía que imaginaban los analistas de la etapa precedente. Al compás del fuerte crecimiento de posguerra, los industriales recuperaron terreno y retomaron su protagonismo en la generación de plusvalía. Este resurgimiento fue en gran medida determinado por la internacionalización de las firmas norteamericanas, que implantaron filiales en Europa y Oriente

Durante este período la exportación de capital recobró un papel significativo, pero tuvo un alcance más limitado en las inversiones metropolitanas en la periferia. Las principales corrientes de colocación de fondos foráneos se consumaron entre las propias economías desarrolladas. Los capitales norteamericanos afluyeron con mayor intensidad al viejo continente que a los países dependientes y la misma dirección tuvieron las inversiones externas posteriores de Europa y Japón. Esta tendencia apuntó a reforzar una gestión internacionalizada de los negocios, en torno a las empresas multinacionales.

Pero este proceso incluyó también un aumento de las ventas mundiales y una creciente confiscación de los recursos de la periferia. El comercio entre las economías desarrolladas se intensificó, junto a la depredación de las riquezas del Tercer Mundo.

Los tres mecanismos de apropiación externa del imperialismo volvieron a coexistir, sin nítidas primacías de uno sobre otro. La remisión de utilidades por inversiones externas operó junto al comercio inequitativo y el sometimiento de las economías subdesarrolladas. La magnitud de todos estos cambios tornó impostergable la revisión de la teoría del imperialismo.

Primeras actualizaciones

El texto de Lenin mantuvo su influencia durante la posguerra, a través de numerosas reediciones y traducciones. Este apetito de lectura sintonizaba con la expectativa de extensión del socialismo por todo el mundo. El reconocimiento logrado por el libro convalidaba sus aciertos políticos en el debate sobre la guerra y premiaba la crítica a las ingenuidades pacifistas.

La tesis leninista brindaba, además, argumentos contra las nuevas teorías socialdemócratas, que identificaban la alianza transatlántica y la descolonización con “el fin del imperialismo”. Estas concepciones omitían la persistencia de la violencia imperial, especialmente en el Tercer Mundo.

Pero las lecturas más atentas del texto comenzaron a percibir su falta de actualidad. El ensayo de Lenin describía un contexto ya inexistente de guerra inter-imperialistas. También la primacía de las rivalidades económicas había quedado neutralizada por la interpenetración mundial de los grandes capitales. La preeminencia norteamericana contradecía, además, el escenario clásico.

Estos contrastes no disminuyeron el lugar dominante del texto bolchevique, en todos los estudios sobre el imperialismo. El grueso de la producción teórica marxista intentaba actualizar con las nuevas cifras, las tendencias expuestas por Lenin. Se buscaba especialmente corroborar la continuidad del monopolio y del proteccionismo y demostrar la centralidad de las exportaciones de capital y la persistente hegemonía financiera.

Estos trabajos estaban afectados por una actitud ritualista, que eludía el análisis de las tendencias contrapuestas a la caracterización clásica. Los manuales de economía política editados en la URSS y otras elaboraciones dogmáticas expresaban esa postura acrítica. (2)

Estos enfoques transformaban el escenario inter-imperial de principio del siglo XX en un dato inmutable de la historia. Le asignaban vigencia perdurable al diagnóstico de una coyuntura. Al congelar la etapa estudiada por Lenin como el único período valedero sacralizaban el texto, olvidando la función política que tuvo cuando fue elaborado. Esta actitud cerraba todos los caminos para una actualización fructífera de la teoría del imperialismo.

Otras visiones intentaron -con muchas vacilaciones- la revisión del problema. Buscaban demostrar, por un lado, la vigencia de los rasgos clásicos, pero reconocían por otra parte las insuficiencias de la concepción tradicional. Mientras subrayaban la continuidad del monopolio y la supremacía del capital financiero, señalaban la ausencia de conflictos bélicos inter-imperialistas y la gravitación de Estados Unidos. Cuestionaban las lecturas talmúdicas de Lenin, pero preservando su visión del tema.

La reconsideración del problema exigía ir más allá del simple cómputo de los elementos vigentes y obsoletos de la teoría clásica. Había que jerarquizar el significado de las tendencias persistentes y de los procesos ya agotados. Los enfoques acríticos diluían dos datos claves de la nueva época: la ausencia de guerras inter-imperiales y la mayor asociación económica entre capitales de distinto origen.

El diagnóstico de Lenin había quedado anacrónico por estar referido a una etapa ya concluida del desarrollo capitalista. Las tendencias de 1880-1914 no tenían vigencia en 1945-75 y por esta razón, las principales reflexiones de posguerra giraban en torno a otros problemas.

La dificultad de muchos marxistas para aceptar este cambio obedeció a una incompreensión del planteo de Lenin. Desconocían que el enfoque estaba más centrado en la crítica política al pacifismo social-patriota, que en la evaluación económica del capitalismo. La gran contribución aportada en el primer terreno, no implicaba validez de las caracterizaciones expuestas en el segundo terreno. Esta confusión obstruyó el análisis y generó muchas simplificaciones en la interpretación del imperialismo, que no distinguían la existencia de dos niveles autónomos de la reflexión sobre tema.

Los mejores estudios sobre el imperialismo de los años 70 incorporaron de hecho estas distinciones. Revisaron la teoría clásica, destacando la existencia de múltiples interpretaciones marxistas (Brown) y resaltaron el significado polisémico de la noción de imperialismo (Owen). También pusieron de relieve la ambigüedad de un concepto que incluye al mismo tiempo definiciones de la etapa, caracterizaciones de tensiones entre países centrales y evaluaciones de las relaciones entre el centro y la periferia (Sutcliffe). (3)

Con estas miradas comenzó un rescate del significado contemporáneo del imperialismo. Se retomó el método de Lenin para interpretar una nueva realidad, observando cómo el desarrollo desigual de capitalismo genera desequilibrios, en la reproducción jerarquizada y polarizada de este sistema.

Tres modelos

En los años 70 aparecieron tres interpretaciones para caracterizar el nuevo escenario. Estos enfoques resaltaron la gravitación de tendencias superimperialistas, ultra-imperialistas e inter-imperialistas.

La primera variante -postulada por Sweezy, Magdoff o Jalee- remarcó el papel dominante de Estados Unidos, como coloso económico y gendarme mundial. Remarcó el peso de sus corporaciones industriales y su gravitación militar, mediante estudios que subrayaron también la importancia de las resistencias antiimperialistas del Tercer Mundo. Esta tesis recogió elementos de muchas teorías sobre el hegemonismo estadounidense de la época, que reflejaban el apabullante liderazgo logrado por la primera potencia. (4)

Pero las caracterizaciones superimperialistas no evaluaron el alcance de esa primacía del gigante del Norte y no llegaron a esclarecer el nuevo tipo de relaciones establecidas entre el poder norteamericano y las restantes potencias.

La segunda corriente puso el acento en los procesos de asociación ultra-imperial, mediante importantes trabajos de Hymer, Murray y Nicolaus. Indagaron la formación de una nueva clase capitalista en torno a las empresas multinacionales, a partir de estudios del mercado del eurodólar y de distintos análisis sobre la influencia decreciente de los estados nacionales. También investigaron la forma en que este proceso erosionaba las rivalidades entre potencias y deterioraba las condiciones de trabajo. (5)

Este enfoque inauguró el estudio contemporáneo de la asociación internacional de capitales y comenzó a registrar sus consecuencias sobre los estados nacionales. Pero no logró evaluar el impacto de estos cambios sobre la dinámica del imperialismo.

La segunda vertiente fue a su vez enriquecida por los trabajos de Poulantzas, que estudiaron cómo la internacionalización de la economía incentivaba la formación de fracciones capitalistas mundializadas, al interior de los estados nacionales. Palloix aportó, además, importantes investigaciones sobre la forma en que la internacionalización de la economía globaliza la reproducción del capital, en ciclos mercantiles, monetarios y productivos. (6)

Todos estos enfoques que ponían de relieve la preeminencia de cursos ultra-imperialistas, suscitaron la reacción de los defensores a ultranza de la tesis clásica. Estas críticas destacaron el reducido alcance de la actividad multinacional y el continuado protagonismo de los estados nacionales. Pero los objetores nunca lograron explicar por qué razón habían perdido fuerza las tendencias bélicas y económicas del período precedente.

Finalmente la tercera corriente encabezada por Mandel destacó la continuidad parcial de las rivalidades inter-imperialistas. Cuestionó por un lado, la tesis superimperial señalando que la hegemonía norteamericana no evolucionaba hacia supremacías económicas de largo plazo. Destacó que esa hegemonía no transformaba la subordinación de las potencias asociadas en formas de sujeción colonial.

Por otra parte, objetó la perspectiva ultra-imperialista, señalando el carácter improbable de una fusión entre corporaciones de distinto origen nacional y remarcó el continuado aumento de la

competencia económica, en un marco de distensión militar. De esta tendencia dedujo un pronóstico de acrecentamiento de la concurrencia intercontinental, en un cuadro alejado de la confrontación bélica. (7)

Este modelo de tensiones inter-imperiales atenuadas fue compartido por otros teóricos como Rowthorn, que cuestionaron la exageración del poder norteamericano, evaluando que el continuado antagonismo económico entre las grandes potencias, no tendría proyecciones militares. (8)

Este tercer enfoque sugirió acertadamente la preeminencia de un avance del regionalismo, que permanecería distanciado de los viejos bloques belicistas del pasado. Pero no arribó a conclusiones nítidas y tampoco elaboró conceptos representativos de la nueva situación. Vaciló en la evaluación del rol estadounidense y no logró dirimir el predominio de tendencias a la asociación o a la competencia.

Todas las caracterizaciones en juego suscitaron fuertes polémicas, acompañadas de los adjetivos y etiquetas en boga durante esa época. Los cuestionamientos a los “errores kautskianos” convivieron con los elogios a los “aciertos leninistas”. Pero esta contraposición impedía comprender lo que se intentaba indagar. La nueva integración internacional de capitales no recreaba el modelo concebido por el dirigente socialdemócrata y la competencia en curso no resucitaba el esquema postulado por el líder bolchevique.

Las investigaciones de los años 70 crearon los fundamentos para superar la obsolescencia del enfoque clásico, pero no condujeron a conclusiones satisfactorias. Su principal mérito fue incentivar el estudio de la nueva realidad con modelos de supremacía, integración y rivalidad imperial. Aunque dieron lugar a una síntesis adecuada, abrieron una discusión que puso de relieve los problemas a resolver.

La tesis superimperialista omitía la inexistencia de relaciones de subordinación entre las economías desarrolladas, equiparables a las vigentes en la periferia. El enfoque transnacionalista desconocía la continuidad de las rivalidades entre las corporaciones, ahora mediadas por otra conformación de clases y los estados. La visión de concurrencia inter-imperialista minusvaloraba la ausencia de confrontaciones bélicas y el avance registrado en la integración de los capitales. (9)

La complejidad del tema impulsó a buscar fórmulas combinatorias de las concepciones en disputa, que se mantuvieron posteriormente. Se resaltó especialmente cómo la existencia de tendencias a la asociación, genera tensiones que obligan a reforzar liderazgos, para contener la concurrencia inter-imperialista. Esta rivalidad socava la gravitación de la superpotencia impidiendo la estabilización del sistema. (10)

Esta misma idea de mayor entrecruzamiento de capitales sin desemboques definidos ha sido señalada también, para destacar la existencia de múltiples desequilibrios. Estas tensiones son generadas por una trama distante del imperialismo clásico y carente de sustituto definido. (11) En este contexto la irrupción del neoliberalismo abrió nuevas pistas de indagación.

La nueva etapa

Desde la mitad de los años 80 la mundialización neoliberal introdujo cambios de un alcance semejante al registrado durante la posguerra. A partir de una ofensiva general contra las conquistas populares, estas modificaciones generaron una expansión del capital hacia nuevos sectores (privatizaciones, educación, salud, pensiones) y nuevos territorios (ex países socialistas).

Este ataque patronal deterioró las condiciones de trabajo en los países avanzados y empobreció a la

periferia, en un contexto de repliegue de los sindicatos y reflujo de las ideas anticapitalistas. Las grandes corporaciones aprovecharon las fuertes diferencias internacionales de salarios, para acrecentar sus lucros e introdujeron nuevas formas de control patronal del proceso de trabajo. Esta agresión se basó en amenazas de traslado de las firmas hacia otros países.

Este cambio en las relaciones sociales de fuerza a favor del capital desembocó, a su vez, en incrementos sustanciales de la tasa explotación, que ampliaron las desigualdades, recompusieron el nivel de los beneficios y revitalizaron la acumulación.

Al incentivar la competencia global con aumentos de la productividad desgajados de las compensaciones salariales, el nuevo modelo se distanció del fordismo. La sistemática transferencia de actividades fabriles hacia el continente asiático potenció la concurrencia por incrementar la producción, con menores costos y generar mayores ganancias.

Esta mutación se ha sostenido en una revolución informática que generaliza el uso de las computadoras, en los procesos de fabricación y en la gestión financiera o comercial de las empresas. Esta innovación radical incrementó el nivel de productividad, abarató el transporte y masificó las comunicaciones.

Las transformaciones de las últimas décadas ampliaron también el consumo, no solo de las elites y los sectores gerenciales. Un importante sector de las clases medias ha sido incorporada un nuevo patrón de adquisiciones basado en el endeudamiento creciente. Esta modalidad reforzó la gravitación de los bancos, que han cumplido un papel clave en la consolidación del neoliberalismo. Restablecieron los mecanismos de disciplina y auto-ajuste en las empresas y recompusieron el circuito de la acumulación.

El modelo actual introdujo un corte con la etapa precedente y cerró el período de convulsiones, que acompañó al agotamiento del boom de posguerra. La nueva etapa revirtió la retracción de los mercados y el deterioro de la tasa de ganancia, que predominó durante las crisis de 1974-75 y 1981-82. Sobre estos pilares se consumó la expansión de la inversión hacia las regiones favorecidas por el nuevo esquema. (12)

Este diagnóstico es frecuentemente objetado por las caracterizaciones que destacan la vulnerabilidad financiera del modelo neoliberal, su reducido aporte al crecimiento o su dependencia de los vaivenes del mercado. (13)

Pero ninguno de estos rasgos desmiente la existencia de un nuevo período. Indican la presencia de áreas de gran inestabilidad, sin refutar la vigencia de una etapa diferenciada. Quiénes consideran que el modelo actual es más inestable que su antecesor, no cuestionan la preeminencia que ha logrado. Cualquiera sean las controversias sobre el grado de coherencia que rodea al neoliberalismo, es evidente que este esquema introdujo un cambio radical en la dinámica del capitalismo.

El período actual no presenta un nítido escenario global de prosperidad o estancamiento. Aquí se evidencia una diferencia importante con los modelos precedentes del siglo XX. Mientras que las transformaciones cualitativas son incuestionables, las tendencias del nivel de actividad mantienen un alto grado de ambigüedad. Hay nuevas formas de consumo segmentado, normas de producción globalizada, tipos de comercio liberalizado, finanzas des-reguladas y otra modalidad de competencia entre las empresas transnacionales. Pero estas transformaciones no definen un perfil de intensidad o quietismo productivo.

El período actual es muy singular, puesto que no repite la tónica depresiva de 1914-1945, ni la

pujanza de 1945-75. La economía mundial se ha distanciado del comportamiento homogéneo que mantuvo en los períodos precedentes. Coexisten situaciones variadas de estancamiento en Europa, ascenso y recaída de Japón, vaivenes de Estados Unidos, despliegues asiáticos y mutaciones en la semi-periferia y regresiones de la periferia.

Desequilibrios inéditos

El nuevo contexto no se clarifica dirimiendo la presencia o ausencia de una onda larga Kondratieff. Algunos autores postulan la presencia de este ciclo, resaltando la vigencia de tasas de crecimiento elevadas en numerosas actividades y zonas geográficas. Otros objetan la existencia de este curso, subrayando el reducido promedio global de ascenso del PBI. (14)

La discusión es más conceptual que empírica, ya que no existe un dato universalmente indicativo de la tónica que asume un período. Un promedio de crecimiento elevado no tiene la misma validez para fines del siglo XIX, que para la mitad de la centuria siguiente o el debut del siglo en curso. Lo mismo rige para las distintas zonas. El incremento del 5% anual del PBI que se considera elevado para Estados Unidos es muy bajo para China.

En realidad, la existencia de una nueva etapa del capitalismo no requiere un correlato definido en la fase del ciclo económico. La vigencia del periodo neoliberal es parcialmente independiente de ese ritmo de la producción. La era de posguerra ha sido totalmente sustituida, sin dar lugar a otra onda de pujanza económica general.

Lo importante es reconocer que el patrón de acumulación precedente (de consumo masivo y uniformidad de producto) ha quedado reemplazado por un nuevo esquema (de consumo más flexible y producción más variada). Desde la irrupción del neoliberalismo en 1978-80, este modelo se asienta en el incremento del desempleo, la feminización del trabajo, la polarización de las calificaciones, la segmentación del mercado laboral y el uso de las nuevas tecnologías.

Algunos enfoques reconocen la magnitud de transformaciones en curso en ciertos campos, como la disminución del campesinado o la penetración del capital en numerosos ámbitos de la vida social. Pero cuestionan la existencia de rupturas significativas en el campo económico, tecnológico o cultural. (15)

Pero la universalización geográfica y sectorial del capitalismo que ha llevado a cabo el neoliberalismo, no se restringe a una u otra esfera. Ha impactado sobre el conjunto del sistema, produciendo un giro comparable al observado a fin del siglo XIX y a mediados del siglo XX.

Este viraje se verifica también en los desequilibrios específicos que actualmente presenta el sistema. Las crisis del neoliberalismo difieren significativamente de las convulsiones que afloraron en los años 60 o 70. Son contradicciones resultantes de nuevos problemas y no arrastres del pasado. Las tensiones que generaba el modelo keynesiano fueron clausuradas por el ascenso neoliberal, que inauguró otro tipo de desajustes.

La hipertrofia financiera actual obedece a mecanismos de titularización, derivados y apalancamientos, gestados al cabo de dos décadas de internacionalización de las finanzas, desregulación bancaria y gestión bursátil de las grandes firmas. La sobreproducción de mercancías presenta un inédito alcance global, resultante de la competencia por abaratar costos, localizando plantas en países con bajos salarios y alta explotación de la fuerza de trabajo. Las desproporcionalidades mundiales -que han creado los desbalances comerciales y el endeudamiento- se desenvuelven por carriles impensables hace cuatro décadas.

El neoliberalismo cambió el escenario económico. Redujo los ingresos salariales, pero expandió el consumismo, la riqueza patrimonial y el endeudamiento familiar. Recompuso la tasa de ganancia acentuando la explotación y desvalorizando parcialmente los capitales obsoletos. Pero afectó potencialmente el nivel de rentabilidad, con aumentos de la productividad basados en tecnologías capital-intensivas que expanden el desempleo.

El nuevo modelo genera el tipo de crisis que salieron a flote durante la burbuja japonesa (1993), la caída del Sudeste Asiático (1997), el desplome de Rusia (1998), el desmoronamiento de las Punto.Com (2000) y el descalabro de Argentina (2001). La eclosión financiera del 2008-09 constituye la manifestación más aguda de estos estallidos y abrió una posibilidad de ocaso del neoliberalismo, que hasta ahora no se ha verificado.

El desprestigio ideológico de este esquema no ha impedido su persistencia. Pero el modelo restableció formas descontroladas de funcionamiento capitalista erosionó los diques que morigeraban los desequilibrios del sistema. El capitalismo se ha tornado más ingobernable y opera con niveles de inestabilidad muy superiores al pasado.

El imperialismo neoliberal

¿Cuál son los efectos de esta nueva etapa neoliberal sobre la dinámica imperial? El impacto más visible es la extensión geográfica del capitalismo y el consiguiente incremento de la escala, en que se desenvuelven las acciones imperialistas. El sistema dominante ha logrado un inédito nivel de expansión, especialmente luego del colapso de la Unión Soviética y la paulatina incorporación de China al orden global. Esta ampliación de la esfera capitalista facilitó, a su vez, la consolidación del neoliberalismo.

Se puede establecer cierto paralelo entre esta expansión y la sucesión de conquistas de la periferia que acompañaron al surgimiento del imperialismo clásico. Al principio del siglo XX y al concluir esa centuria, el modo de producción vigente incorporó vastas regiones no capitalistas, a su campo de acción.

Pero la ampliación de esa época absorbía zonas muy atrasadas y de gran subdesarrollo. En cambio en las últimas décadas el ensanchamiento se consumió en regiones que habían comenzado procesos de erradicación del capitalismo.

En múltiples terrenos hay más semejanzas con la posguerra, que con la era precedente. A diferencia de lo ocurrido durante el período clásico, el imperialismo contemporáneo refuerza la asociación económica entre empresas de distinto origen nacional. La mundialización neoliberal imprimió un nuevo impulso a este proceso.

La nueva etapa ha potenciado también la gestión internacionalizada de los negocios que realizan las grandes compañías, fragmentando los procesos de fabricación y lucrando con las diferencias nacionales de productividades y salarios.

Este curso multiplicó la movilidad de los capitales y las mercancías, restringiendo al mismo tiempo el tránsito de las personas. Los capitalistas favorecen el traslado de trabajadores para potenciar la competencia laboral, pero bloquean las corrientes emigratorias que desestabilizan su control de la vida política y social.

Las distintas tendencias en juego tienden a reforzar la asociación internacional de capitales. Esta evolución consolida el principal rasgo económico que diferenció al imperialismo de posguerra de su precedente clásico. La mayor integración diluye las posibilidades de choque entre bloques

proteccionistas y acentúa el distanciamiento del periodo actual con la época de Lenin. Algunos autores han introducido el término de “imperialismo neoliberal” para describir el nuevo contexto. Esta noción podría ser utilizada para ilustrar qué tipo de articulación dominante genera a escala mundial, una nueva etapa del capitalismo. (16)

También el rasgo geopolítico que más distinguió al imperialismo de posguerra de su antecesor clásico se ha reforzado en las últimas dos décadas. La ausencia de conflictos bélicos directos entre las principales potencias ha persistido sin modificaciones bajo el neoliberalismo. El acompañamiento de Europa y Japón a las principales agresiones del Pentágono se ha mantenido como un dato clave del escenario internacional.

En las últimas tres décadas no se ha vislumbrado ningún retorno a las tensiones bélicas de principios del siglo XX. Los presagios de esta regresión que se formularon con el resurgimiento de Japón, el fin de la guerra fría o la unificación de Alemania fueron desmentidos por el curso de los acontecimientos. No existe ningún atisbo de reaparición de los bloques militares antagónicos dentro de la tríada.

Las disputas por los mercados y los abastecimientos de la periferia persisten. Pero ninguna potencia está dispuesta a poner en riesgo la continuidad del capitalismo, con agresiones que fracturen el bloque de las economías desarrolladas.

Los conflictos posibles se delinearán contra las nuevas sub-potencias, que comienzan a emerger entre varios países con grandes recursos militares, demográficos y naturales o con cierta experiencia de dominación militar a escala regional (China, Rusia, India, Brasil, Sudáfrica). Estas naciones cuentan con prósperas clases capitalistas locales, que buscan ampliar su lugar en el escenario mundial y ya no aceptan el trato periférico del pasado.

El nuevo polo de acumulación asiática y la ausencia de subordinación militar a Estados Unidos por parte de Rusia y China (en contraposición a las restantes clases dominantes del planeta), constituyen dos novedades importantes, en comparación al imperialismo de posguerra. Pero todavía es prematuro evaluar cuál será el efecto de estas modificaciones, en el marco de las tensiones económico-sociales que generan la desigualdad, la exclusión y la marginalidad del capitalismo neoliberal.

Estas tensiones se manifiestan en todos los campos, pero son particularmente visibles en el plano financiero. En los ciclos de prosperidad, el crédito se expande aceleradamente a escala global, a través de los mecanismos creados por la liberalización bancaria. Pero en los períodos críticos, cualquier caída de Wall Street se transmite velozmente a todas las colocaciones especulativas del planeta. La mundialización financiera reduce drásticamente la capacidad que detentaban los estados, para afrontar de manera autónoma esos vendavales. Los dispositivos de contención que se utilizaban con instrumentos cambiarios o monetarios o bancarios han quedado seriamente afectados.

La misma interacción se verifica en el plano comercial. El grado de apertura de todas las economías se amplió significativamente, a través de un ritmo ascendente de las transacciones, que supera el nivel de actividad productiva. Con argumentos de especialización complementaria se generalizaron convenios de libre comercio, que en las fases de prosperidad benefician a las grandes empresas y en los períodos recesivos acrecientan las dificultades de colocación de las mercancías excedentes.

Por otra parte, el avance de la internacionalización productiva reestructura la división del trabajo y acrecienta la presencia de las empresas transnacionales en el comercio mundial. Pero esta ampliación potencia también la velocidad de transmisión de los desequilibrios mundiales, especialmente en los cuellos de botella de la inversión y en los trastornos para asegurar la provisión

de insumos estratégicos. El imperialismo del siglo XXI está afectado por todos los desequilibrios de la etapa neoliberal.

Este período consolida la modificación radical del escenario clásico que se produjo en la posguerra, con la desaparición de las confrontaciones bélicas entre potencias. El análisis del imperialismo contemporáneo requiere superar la simple repetición de la teoría tradicional y la asignación de vigencia infinita a una etapa específica de principio del siglo XX. Una interpretación actual debe registrar el impacto de la mundialización neoliberal, que ha expandido el radio de acción imperial a todo el planeta, reforzando el rol militar dominante de Estados Unidos. La comprensión de este liderazgo requiere un análisis más detallado.

Notas:

- 1) Hemos desarrollado este tema en: Katz Claudio, *El porvenir del socialismo*. Primera edición: Editorial Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004 (cap 2)
- 2) Ver por ejemplo: Afanásiev L y otros autores, *Manual de economía política del capitalismo*, Editorial Granica, Buenos Aires, 1974. También: Testa Víctor, *El Capital Imperialista*, Editorial Fichas, Buenos Aires 1975
- 3) Brown Barrat Michael. “Una crítica de las teorías marxistas del imperialismo”, Owen Robert, “Introducción”, Sutcliffe Bob, “Conclusión”, en Owen Robert, Sutcliffe Bob. *Estudios sobre la teoría del imperialismo*, Era, México, 1978.
- 4) Sweezy Paul, Magdoff Harry, “The crisis of American Capitalism”. *The deepening crisis of U.S. Capitalism*, Monthly Review Press, 1981. Jalee Pierre *El Tercer Mundo en la Economía Mundial, Siglo XXI*, 1976, Buenos Aires
- 5) Hymer Stephen. *Empresas multinacionales e internacionalización del capital*. Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1972. Nicolaus Martín. “La contradicción universal”. *El imperialismo hoy*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1971. Murray, Robin, “The Internationalization of Capital and the Nation State”, *New Left Review* 69, 1971.
- 6) Poulantzas Nicos. “Internacionalización” *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, Madrid 1981. Palloix Christian, *Las firmas multinacionales y el proceso de internacionalización*, México, Siglo XXI. Ver también: Leucate Christian. *Internacionalización del capital e imperialismo*, Fontamara, Barcelona 1978.
- 7) Mandel, Ernest. *El capitalismo tardío*, ERA, México, 1978, (cap 10). Mandel Ernest, “Las leyes del desarrollo desigual”, *Ensayos sobre el neocapitalismo*, Era, México, 1969.
- 8) Rowthorn Bob, “El imperialismo en la década de 1970”, en *Capital monopolista y capital monopolista europeo*, Granica, Buenos Aires, 1971.
- 9) Este balance planteamos en: Katz Claudio. “El imperialismo del siglo XXI”, *ESECONOMIA*, Instituto Politécnico Nacional, número 7, año 2, verano 2004, México
- 10) Ver este debate en: Husson Michel. “Le fantasme du marché mondial”. *Contretemps*, n 2, septembre 2001.
- 11) Ver: Ramírez Roberto, “El imperialismo en el nuevo siglo”, *Socialismo o Barbarie* N° 13, noviembre 2002.
- 12) Hemos desarrollados estas caracterizaciones en: Katz Claudio, “Las tres dimensiones de la crisis”, Número 37/38 de la revista *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Año XX, Vol. XIX, 2010. Katz Claudio, “Capitalismo contemporáneo: etapa, fase y crisis”, *Ensayos de Economía*, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, vol 13, n 22, septiembre 2003, Medellín. Katz Claudio, “Mito y realidad de la revolución informática”, *Eseconomía*. Instituto Politécnico Nacional, número 6, año 2, invierno 2003-04, México. Katz Claudio, “Crisis global: las tendencias de la etapa”, *Aquelarre*, Revista de Centro de la Universidad de Tolima, Colombia, vol 9, n 18, 2010.
- 13) Por ejemplo: O’Hara Phillip, “A new financial social structure of accumulation in the US for long wave upswing?”, *Review of radical political economy*, vol 34, n 3, summer 2002. O’Hara Phillip, “A new transnational corporate social structure of accumulation for long wave upswing in

the world economy?", *Review of Radical Political Economics*, vol 36, n 3, summer 2004. Kotz David, "Neoliberalism and the Social Structure of Accumulation", *Review of Radical Political Economics*, vol 35, n 3, summer 2003.

14) En el primer caso: Martins Carlos Eduardo, "Los impasses de la hegemonía de Estados Unidos", *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, CLACSO Siglo XXI 2007. En el segundo Wallerstein Immanuel, *Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas -mundo*, 2004, Akal, Madrid, (cap 28).

15) Por ejemplo: Wood Ellen Meiksins, "Modernity, postmodernity or capitalism?", *Monthly Review*, vol 48, n 3, July-August 1996.-Wood, Ellen Meiksins. "What is postmodern agenda?" *Monthly Review*, vol 47, n 3, July-August 1995, New York.

16) Dumenil Gerard, Ley Dominique. *El imperialismo en la era neoliberal*, *Revista de Economía crítica* n 3, 2005.

Bibliografía:

-Ahmad Aijaz. "Imperialismo de nuestro tiempo". *El nuevo desafío imperial*, *Socialist Register* 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.

-Albo Gregory. "La vieja y la nueva economía del imperialismo". *El nuevo desafío imperial*, *Socialist Register* 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.

-Arrighi Giovanni. *Geometría del imperialismo*, Siglo XXI, 1978, México, (Introducción, cap 1, 3, 4)

-Artous Antoine. "Les nouveaux profils de l'imperialisme. *Critique Communiste*, n 175, Printemps 2005

-Bensaid Daniel. *Le nouvel Internationalisme*, Paris, Textuel, 2003.

-Blackledge Paul, "Editorial introduction: Ellen Meiksins Wood and Empire of Capital", *Historical Materialism* vol 15, Issue 3, 2007.

-Borón Atilio, "La cuestión del imperialismo". *La teoría marxista hoy*, CLACSO, Buenos Aires, 2006.

-Bromley Simon, "Reflections of Empire", *Historical Materialism*, vol 11, issue 3, 2003.

-Chesnais Francois, "Alcance y rumbo de la crisis financiera", 25-1-08, www.vientosur.info/documentos,

-Dos Santos Theotónio. "El renacimiento del desarrollo". *Oikos*, n 1, año 9, 1 er semestre 2005

-Gindin Sam, Panitch Leo, "Superintending Global Capital," *New Left Review*, 35, Sept/Oct 2005

-Gowan Peter, "Cosmopolitisme liberal et gouvernance global", *Contretemps*, n 2, septembre 001

-Gowan Peter, "US hegemony today", "Imperialism Now", *Monthly Review*, vol 55, n 3, July-August 2003.

-Halevi Joseph, Varoufakis Yanis. "The global minotaur", *Imperialism Now*, *Monthly Review*, vol 55, n 3, July-August 2003

-Harvey David. *A brief history of Neoliberalism*, Oxford University Press, New York, 2005 (ca 1)

-Harvey David. *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998, (cap 4, 5, 7 y 9)

-Hobsbawm Eric. *Historia del siglo XX*, Crítica, Buenos Aires 1998 (Cap 4,8, 9)

-Holloway Steven, "Relations among core capitalist states: the Kaustky-Lenin debate reconsidered", *Canadian Journal of Political Science*, vol 16, n 2, June 1983

-Husson Michel. "Un capitalisme vert est-il possible?", Hussonet.free.fr (

-Jessop Bob. "Fordismo y posfordismo: una reformulación crítica". *Crisis del estado de bienestar*. Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 1999.

-Katz Claudio, "Los mitos del libre-comercio". *DIAGONAL*, N 13, 15 SEP - 28 SEP 2005
Asociación Punto y Coma, Comunicación, Madrid.

-Katz Claudio. "Desequilibrios y antagonismos de la mundialización". *Realidad Económica* n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.

-Katz Claudio. *La economía marxista, hoy*. Seis debates teóricos, Maia Ediciones, Madrid, 2009, (cap 6)

- Kemp Tom, “La teoría marxista del imperialismo” Owen Robert, Sutcliffe Bob. Estudios sobre la teoría del imperialismo, Era, México, 1978.
- Kennedy Paul, Auge y caída de las grandes potencias, Ediciones de Bolsillo, Barcelona 2004.
- Martínez González Tablas Angel. “Una mirada a la economía mundial desde las teorías del imperialismo” Congreso de Economía del Desarrollo. Málaga, diciembre de 2007.
- Panitch Leo, Gindin Sam. “Capitalismo global e imperio norteamericano”. El nuevo desafío imperial, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005
- Panitch Leo, Leys Colin. “Las finanzas y el imperio norteamericano”. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005
- Sassen Saskia, “De ciudadanos a meros sobrantes”, Clarín, 16-6-2010 -Sassen Saskia, “El estado nación está encontrando límites”, La Nación, 20-6-2010
- Serfati Claude. “La economía de la globalización y el ascenso del militarismo”. Coloquio Internacional Imperio y Resistencias. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6 de octubre de 2005.
- Taab William. Imperialism: In tribute to Harry Magdoff, Monthly Review vol 58, n 10, march 2007
- Wood Ellen Meiskins. Empire of Capital, Verso 2003 (Cap 6)

JUEVES 2 DE JUNIO DE 2011

El papel imperial de Estados Unidos

Este artículo forma parte de un libro de próxima aparición sobre las teorías actuales del imperialismo.

Resumen

El imperialismo contemporáneo se sostiene en la protección internacional que brinda el gendarme norteamericano a todas las clases dominante. Estados Unidos actúa como un sheriff global para confrontar con la insurgencia popular y la inestabilidad geopolítica. Como la primera potencia garantiza la reproducción mundial del capital, obtiene un gran financiamiento externo acumulando desequilibrios, que serían inadmisibles para cualquier otro país. La supremacía del Pentágono determina la gravitación de Wall Street, el dólar y los Bonos del Tesoro.



El estado norteamericano ha internacionalizado su actividad, a través de instituciones que actúan de manera conjunta en la esfera nacional y mundial. Mantiene además, vínculos privilegiados con todas las elites del planeta y armoniza los intereses de las empresas locales y mundializadas.

La supremacía imperial se apoya en una ideología americanista de coerción, que diaboliza a los cambiantes enemigos y naturaliza el ejercicio de la violencia. Este imperialismo cultural se expande celebrando el mercado y exaltando el individualismo competitivo.

El americanismo tiene un doble sustento de belicismo e hipocresía. El uso de la fuerza y la búsqueda de consentimientos se alternan en función de cada coyuntura internacional. Las peculiaridades del imperialismo estadounidense obedecen a un origen no colonialista, que sustituyó el anexionismo por la presión militar y el sometimiento económico.

La efectividad de la superioridad militar estadounidense es dudosa. Existen crecientes contradicciones entre la voluntad, la tentación y la capacidad hegemónica, en un contexto de segmentación económica y fractura social. Cada acción desestabiliza, además, las relaciones de

competencia y cooperación con los socios. El imperialismo contemporáneo afronta fuertes desfases. La superioridad militar coexiste con gran diversidad de competidores económicos y creciente dispersión del poder político.

El principal sostén del imperialismo contemporáneo es la intervención militar norteamericana. El gendarme estadounidense desenvuelve sus acciones a través de un sistema de bases militares (entre 700 y 1000), distribuidas en 130 países. Desde estas instalaciones resulta posible desplegar acciones bélicas coordinadas, en todos los rincones del planeta. La presencia global que asegura este dispositivo no tiene precedentes en la historia.

El sheriff del planeta

A pesar de contar con el 5 % de la población mundial, Estados Unidos maneja el 40% del gasto militar planetario. Este control indisputado de las fuerzas militares occidentales surgió del desenlace de la segunda guerra. El país emergió como una superpotencia vencedora, encargada de garantizar la supremacía capitalista sobre el adversario soviético. Desde ese momento todos los gobiernos norteamericanos han propiciado algún tipo de tensiones bélicas, frente a cada desafío de algún competidor.

Con esta finalidad priorizan el uso militar de las innovaciones tecnológicas y desarrollan una política de amenazas en el terreno atómico. Mediante estas presiones mantienen la superioridad bélica sobre sus viejos enemigos de la guerra fría y sobre cualquier contendiente potencial.

El militarismo norteamericano es amedrentador y se basa en una cultura de la violencia interna que se proyecta hacia el exterior. La tradición de conquistas fronterizas, el uso habitual de las armas, la privatización de la seguridad y la brutalidad del complejo carcelario signaron la historia de un país, que actúa como sheriff internacional.

Esta supremacía militar constituye un rasgo distintivo del imperialismo contemporáneo, en comparación al precedente clásico. Explica en gran medida la ausencia de conflagraciones inter-imperiales y el grado de asociación mundial de capitales.

La principal función del arsenal norteamericano es garantizar la reproducción capitalista en todo el orbe. Cumple una función de protección, que cuenta con el visto bueno de todas las clases dominantes. Estos sectores observan al garante estadounidense como un respaldo de última instancia, frente a la insurgencia popular o la inestabilidad geopolítica.

Este sostén se materializa en una red de alianzas, que le permite al Pentágono ejecutar sus acciones internacionales a través de organismos formalmente asociados (OTAN). Esas instituciones disfrazan el control norteamericano de las decisiones militares, mediante despliegues de efectivos con máscaras de neutralidad (Cascos Azules).

Este arrollador liderazgo bélico determina la influencia gravitante que ejerce Estados Unidos en los principales organismos internacionales (Consejo de Seguridad de la ONU). Otras instancias más informales (G 20) dependen también de las convocatorias y agendas, que establece la primera potencia.

El Pentágono y Wall Street

El sostenimiento financiero de la estructura militar norteamericana se internacionalizó en las últimas décadas. A diferencia de la posguerra, el complejo industrial-militar ya no cubre sus gastos mediante la recolección de impuestos internos. Como el resto de la actividad estatal, depende de la

continuada absorción de los capitales externos, que solventan un déficit fiscal monumental.

La primera potencia socorre militarmente a sus aliados y garantiza la reproducción global del capital. Pero solventa su actividad con préstamos externos y necesita, por lo tanto, exhibir solidez bélica. Esta combinación de exigencias conduce a un reforzamiento constante de la apuesta armamentista, como única forma de asegurar la afluencia de capitales foráneos a la economía norteamericana. La colocación exitosa de bonos del tesoro exige una persistente sucesión de agresiones, que a su vez aceitan la financiación de nuevas matanzas.

Estados Unidos mantiene un lugar preeminente en la economía mundial. Sus empresas lideran numerosos sectores, se encuentran altamente internacionalizadas y comandan la innovación tecnológica. El país cuenta con una poderosa infraestructura, exporta productos alimenticios básicos y preserva el sistema financiero más gravitante del planeta. Pero a diferencia del pasado es también el principal deudor mundial y utiliza su abrumadora superioridad bélica para transferir desequilibrios a otros países.

Este mecanismo opera especialmente en el plano financiero. El potencial militar yanqui brinda seguridades a un sistema bancario de gran proyección internacional. Las entidades norteamericanas fijan las pautas globales no solo por su gravitación específica, sino también por la percepción de solvencia político-militar que transmiten al conjunto de los inversores. La confianza en el Citibank o el Bank of America está muy conectada con la credibilidad que trasmite el Departamento de Estado.

En este mismo cimiento se apoya también la capacidad del dólar para definir tipos de cambio, la incidencia de la Reserva Federal para determinar las tasas de interés y la influencia de Wall Street para fijar la tónica bursátil internacional. En los períodos de crisis esta función de garante del capital se acrecienta y los capitales temerosos emprenden vuelo hacia los refugios que ofrecen el billete, los bonos o las acciones norteamericanas.

Ningún otro país brinda a los capitalistas la dupla de garantías que genera la hermandad entre el Pentágono y Wall Street. En este campo, Estados Unidos detenta una ventaja mayúscula. La supremacía militar es un recurso de mayor impacto general, que la eficiencia de un banco o el rédito de una tasa de interés.

Solo el lugar imperial que mantiene Estados Unidos explica la inusitada absorción de capitales por parte de una economía con altísimo déficit comercial, desequilibrio fiscal, importaciones masivas y alto consumo. Ningún otro país podría sostener esta explosiva mixtura de desajustes.

Los desequilibrios norteamericanos han sido muy útiles para los proveedores y prestamistas del país. Pero han creado riesgosos desbalances, que exigen mayor confiabilidad político-militar en la primera potencia. Nadie vende a un comprador endeudado, ni renueva el crédito a un cliente en rojo, si el adquirente no cuenta con alguna cualidad que justifique operar en la cornisa. El poderío bélico norteamericano es el principal atributo que explica esa continuidad, especialmente en las últimas tres décadas de neoliberalismo.

Un Estado internacionalizado

Estados Unidos desenvuelve un rol imperial por medio de un estado que protege a todas las clases dominantes del planeta. Ese organismo ha internacionalizado su actividad a lo largo del siglo XX, mediante una creciente simbiosis de organismos nacionales y globales. Esta combinación le permite intervenir directamente en la reproducción mundial del capital, mediante una red de instituciones que nunca operó en las potencias imperialistas precedentes. (1)

La articulación entre funcionamiento interno y coordinación externa se gestó durante la conversión de Estados Unidos en potencia dominante. Los principales organismos del país conectaron el monitoreo de la dinámica local con el sostenimiento del orden internacional e influyeron por esta vía para garantizar el desenvolvimiento global del capitalismo.

Este enlace es ampliamente visible en el terreno militar. En Washington se definen los movimientos ejecutados en bases marítimas y aéreas, que están localizadas en todo el planeta. La OTAN instrumenta las prioridades del Pentágono, la CIA espía a todos los gobiernos y los marines entrenan a efectivos de todos los países aliados. El manejo de casi la mitad del presupuesto bélico mundial conduce a una gestión simultánea de los gastos internos de seguridad y las erogaciones exteriores de defensa. La protección fronteriza está permanentemente combinada con la intervención planetaria.

Este protagonismo global del aparato estatal estadounidense se extiende a todas las áreas de la economía, mediante una administración global de la moneda, las finanzas y el circuito bursátil. La cotización del dólar, las definiciones de la Reserva Federal y el comportamiento cotidiano de Wall Street ejercen un impacto decisivo sobre la coyuntura internacional. Lo que decide un alto funcionario norteamericano afecta a los mercados internacionales.

Este empalme de gestión nacional e internacional en el seno de un mismo estado es más evidente en el terreno geopolítico. El visto bueno o el veto que Washington transmite a sus pares de otros países es siempre crucial. Ese poder puede observarse siguiendo la actitud de los legisladores republicanos y demócratas en el Congreso. En ese organismo se debaten iniciativas para el resto del mundo, con la misma naturalidad que se auspician reglamentos o leyes estadounidenses.

Esta misma postura adoptan los mandatarios norteamericanos a la hora de transmitir consejos, preocupaciones o exigencias a otros países. Frente a cada convulsión internacional, los medios de comunicación priorizan la divulgación de la opinión presidencial estadounidense. Este comportamiento es tan usual, que ya nadie se interroga sobre el carácter anómalo de esa reacción. El escenario inverso de un líder europeo, asiático, africano o latinoamericano opinando sobre lo que debería hacer el gigante del Norte es simplemente impensable.

La primera potencia ensambla intereses nacionales y mundiales, a través de una compleja estructura de asociaciones económicas, geopolíticas y financieras. Estas entidades vinculan al establishment norteamericano con sus colegas de otras regiones, aprovechando la prioridad que asignan las elites de todo el planeta a su relación con Estados Unidos.

La simbiosis nacional-mundial del estado norteamericano cobra forma a través de instituciones económicas (Tesoro, Reserva Federal, Departamento de Agricultura, nexos con el FMI y las multinacionales), militares (Pentágono, CIA, FBI) y culturales (fundaciones, universidades, embajadas). Mediante intensas disputas por cuotas de poder, recursos y personal, estos organismos definen las estrategias que deberán prevalecer en cada circunstancia internacional. Resoluciones decisivas para la marcha de los asuntos mundiales emergen de este proceso de selección de alternativas, al interior del aparato estatal norteamericano.

En los períodos de estabilidad, las disidencias que suscita la adopción de estas políticas permanecen en la sombra o se concilian mediante fórmulas de consenso. Por el contrario, en las coyunturas críticas, las desinteligencias emergen a la superficie y son expuestas públicamente por la prensa, para zanjar la primacía de las orientaciones en disputa.

Este tipo de controversias no guarda el menor parentesco con la vigencia de la democracia, puesto

que el debate busca desentrañar la efectividad de las distintas estrategias imperiales. En las discusiones sobre la forma de dirimir una guerra (Vietnam, Irak, Afganistán), nunca se contemplan los intereses genuinos del pueblo estadounidense.

La estructura estatal norteamericana conjuga en forma inédita, la coordinación externa con la cohesión interna. Al cabo de un largo proceso de internacionalización, ese organismo articula el poder nacional con la intervención mundial. Esta acción toma en cuenta también la necesaria convivencia de las empresas locales con las firmas globalizadas. El primer grupo prioriza el desenvolvimiento del mercado interno y el segundo los negocios foráneos.

Ambas fracciones tradicionalmente protagonizaron tensiones, que se reflejaron en políticas de mayor aislamiento o intervención mundial. Desde la posguerra el balance de fuerzas se ha inclinado a favor del segmento globalizado, pero sin neutralizar por completo la resistencia de sus oponentes. Los grupos mundializados actúan dentro de un aparato de raíces locales y amoldan los requerimientos de la acción imperial a esa estructura nacional-estatal.

El impacto del americanismo

Un importante cimiento de la supremacía imperial estadounidense se localiza en el plano ideológico. La justificación americanista del intervencionismo irrumpió en la posguerra, cobró importancia durante la guerra fría y se ha renovado en las últimas décadas. Renueva los mitos que inicialmente contraponían el bienestar y el pluralismo del “mundo libre”, con la escasez y el totalitarismo del “comunismo”. Este contraste entre felicidad norteamericana y pesadumbre soviética endulzaba un estilo de vida occidental, que debía defenderse con la fuerza de las armas.

Estas acciones no tenían el mismo alcance en cualquier punto del planeta. Implicaban cordialidad, complicidad y conveniencia con los aliados de la triada y violencia extrema en el Tercer Mundo. El americanismo ganó influencia mediante este doble parámetro de consideración hacia los socios y brutalidad frente a los enemigos. El consentimiento hacia Europa y Japón permitió concentrar las presiones sobre el bloque soviético y la periferia.

Estados Unidos naturalizó la acción militar para sostener la ilusión de una vida agraciada, mediante la perdurable sociedad que estableció el Pentágono con Hollywood. De este matrimonio surgió la imagen misionera de los marines, como salvadores de una civilización amenazada por cambiantes enemigos. El Departamento de Estado modificó periódicamente la fisonomía racial, idiomática y nacional de los adversarios a penalizar por parte de la sociedad occidental.

Ese relato presentó a la guerra como un devenir inexorable, que requiere heroicidad y patriotismo para alcanzar objetivos supremos. La invasión de países y la masacre de inocentes fueron ocultadas y la violencia se convirtió en un acontecimiento banal. Quedó naturalizada su aceptación como dato invariable, mientras millones de espectadores asimilaban el escenario bélico por repetición audiovisual.

El americanismo es una ideología directamente asociada con la coerción, que disuelve su contenido en la fascinación creada por las imágenes. Esta anulación de la razón, los afectos y el sentido, permite trastocar los enemigos diabolizados. Un día son comunistas, en otro momento son los talibanes y a la semana siguiente le toca el turno a los narcotraficantes.

La americanización del mundo fue logrado mediante la exportación de las mercancías culturales, que comercializan Hollywood, Disney o CNN. Estos productos multiplicaron consumos mediáticos, que sustituyeron los imaginarios tradicionales divulgados por las familias, las iglesias y las escuelas. Cuando este espectáculo se transformó en un negocio comparable a cualquier mega-

actividad industrial o financiera, el imperialismo cultural consolidó su influencia, Las audiencias masivas dependientes de la publicidad crearon una masa internacional también sometida al mensaje militar estadounidenses.

A esta penetración contribuyó la universalización del inglés, como idioma de grandes imperios del siglo XIX y XX y como lengua franca de los grupos dominantes. Una variedad mayúscula de individuos provenientes de incontables nacionalidades comparten culturas, entretenimientos, sensibilidades y pautas de consumo definidas en Nueva York, Los Ángeles y Chicago. Esta familiaridad corona, a su vez, la cooptación educativa de estos sectores a los centros académicos norteamericanos. Allí se generan perdurables relaciones de intercambio, dependencia financiera y autoridad intelectual con las universidades del Norte.

El americanismo prosperó también como ideología imperial por su exaltación acrítica del capitalismo en estado puro. Este mensaje es compartido por todas las clases dominantes del mundo, que ponderan el contractualismo espontáneo, las ventajas de la desigualdad social y los méritos de la colonización mercantil de todas las áreas de la vida social.

La empresa es adulada como un campo de cristalización del talento, que permite desplegar el espíritu aventurero de los inversores y la creatividad de los gerentes. Este elogio de la firma es complementado con una veneración del individualismo, como virtud suprema de la personalidad. La acumulación es vista como una larga travesía de capitalistas heroicos, que en el pasado construyeron industrias y en la actualidad forjan redes informáticas. Este progreso es atribuido al reinado del mercado y al ansia de superación, que despierta la competencia por el beneficio.

El americanismo protege estos valores. Generaliza un clima de amenaza latente y consiguiente necesidad de contrarrestar la acción de los enemigos de la libre empresa. Para neutralizar este peligro hay que desplegar marines y bombardear poblaciones ignorantes, que obstruyen el florecimiento de los negocios. Sólo la afinidad burguesa hacia este mensaje explica la internacionalización de una ideología de basamento norteamericano.

El origen estadounidense de esta cosmovisión no es casual. En ningún otro país del mundo florecieron con tanta intensidad los patrones culturales del capitalismo. Sólo allí se forjó una tradición de celebración irrestricta del mercado, bajo el impacto de corrientes inmigratorias heterogéneas, que fueron tentadas por el sueño americano. Este desarraigo facilitó la generalización de creencias en el rápido ascenso social, la primacía del egoísmo competitivo y la ruptura con las costumbres ancestrales de la cooperación solidaria. Los esquemas narrativos simplificados de deslumbramiento capitalista que se desarrollaron en esta sociedad se transformaron en la ideología del imperialismo contemporáneo. (2)

Esta función también obedece a la obsolescencia del viejo discurso colonialista, que reivindicaba la captura de territorios como actos sublimes de nobles misioneros. La opresión de los nativos estaba naturalizada y se identificaban la demolición de la vida local con la superación de la ignorancia. Esa ideología postulaba la superioridad del hombre blanco e impulsaba (con estandartes eurocentristas), la limpieza étnica de poblaciones esclavizadas.

Como las potencias guerreaban entre sí, el desprecio hacia los aborígenes era complementado con fuertes reivindicaciones chauvinistas. Los ingleses justificaban su belicosidad con argumentos de supremacía aristocrática, los franceses con tradiciones de liderazgo cultural y los alemanes con teorías de pureza racial. Cada imperialismo promovía su expansión, alegando alguna virtud singular de su identidad nacional.

El americanismo sustituye esa exaltación de una comunidad occidental frente a otra por un

ensalzamiento general del capitalismo. Reemplaza el mensaje colonial por una vacua veneración de la libertad, buscando suscitar identificaciones emblemáticas con los ideales de bienestar y democracia.

Las causas de la excepcionalidad

El americanismo tiene un doble sustento de belicismo e hipocresía. El primer componente estigmatiza al enemigo y el segundo pondera los derechos humanos. Estos pilares provienen de una tradición que combina ambos lenguajes. Los códigos guerreros se inspiran en la política de invasiones que practicó Theodore Roosevelt y la retórica de la convivencia se nutre del legado presbiteriano-liberal de Woodrow Wilson. Lo más común ha sido el pasaje de un discurso al otro, para motorizar la misma maquinaria. En algunos casos se recurre al garrote y en otros al consenso internacional.

Las posturas de vaquero y cruzado religioso corresponden habitualmente a los intereses directos de la industria petrolera y de los contratistas militares. Las exhortaciones pacifistas están en manos de los diplomáticos y los académicos del establishment. Con mutaciones permanentes de ambos sectores se implementan las acciones imperiales.

Los belicistas no ocultan su racismo, ni su desprecio por las minorías oprimidas y utilizan los emblemas misioneros de un país, que consideran destinado a custodiar los valores del mundo libre. La vertiente opuesta pondera las normas constitucionales, enaltece la convivencia y presenta las incursiones militares como actos obligados de contención de enemigos impiadosos. Con esa ideología universalista se difunden actitudes altruistas de auxilio al resto del mundo. Se supone que todas las acciones están motivadas por el idealismo y no incluyen expectativas de retribución por los sacrificios realizados.

Los belicosos predominaron durante las gestiones de Reagan y Bush. Impusieron el retorno explícito de la coerción y la exhibición de fuerza militar, sin muchas consideraciones morales. Reintrodujeron reivindicaciones imperiales explícitas y llamados a ejercer la supremacía global sin ningún tipo de prevenciones.

Los liberales, en cambio, encabezaron los gobiernos de Carter, Clinton y lideran actualmente la administración de Obama. Difunden discursos amigables y promueven un ejercicio de la dominación consensuado con los socios del Primer Mundo. Ensayan una combinación permanente del uso de la fuerza con la búsqueda de consentimientos.

El doble sustento de estas políticas exteriores en gran medida obedece al origen histórico no colonialista del imperialismo estadounidense. Esta peculiaridad se verifica en la forma en que ha sido definido por distintos autores. Algunos subrayan su carácter informal (Panitch) y otros su desenvolvimiento no territorial (Callinicos), siempre distanciado de los patrones clásicos de dominación (Petras). Destacan su prescindencia de colonias fuera del entorno próximo (Wood) y su desapego de los protectorados (Hobsbawm). (3)

Estas peculiaridades se extienden incluso el sistema internacional de bases militares. Estas instalaciones implican una ocupación restringida de territorios y una sujeción política acotada de las zonas aledañas. El imperialismo norteamericano ejerce su control miliar del planeta, sin arrastrar las rémoras del expansionismo europeo de ultramar. Se forjó extendiendo su radio territorial, con muchas anexiones fronterizas y pocas colonias.

El período inicial de establecimiento de dominios directos fue relativamente breve, en comparación a la norma de sometimiento económico que prevaleció desde la posguerra. Por esta razón, las

exhibiciones de voluntad conquistadora siempre estuvieron sucedidas por engañosos reconocimiento de la soberanía ajena. La coerción militar mantuvo un equilibrio con las presiones políticas y los imperativos económicos.

Estos mecanismos imperiales se ubicaron en las antípodas del anexionismo, que intentó por ejemplo practicar el nazismo alemán. Los propósitos de conquista norteamericana siempre estuvieron encubiertos con defensas retóricas de la auto-determinación nacional.

El contraste más llamativo es con el precedente británico. Estados Unidos retomó primero el modelo semicolonial, que los ingleses habían ensayado en América Latina, concediendo autonomía política para jerarquizar el sometimiento económico. Cuando la primera potencia alcanzó su status dominante pleno, abandonó todos los vestigios de ese esquema. Esta política es muy distinta a la orientación que mantuvo su antecesor hasta último momento en la India, África u Oriente.

Estas diferencias obedecen a las condiciones en que actuaron ambas potencias. Gran Bretaña se vio obligada a salir rápidamente al exterior para colocar sobrantes industriales, importar materias primas y asegurar su preeminencia financiera ante los rivales. En cambio Estados Unidos forjó su dominio a partir de una base territorial propia de gran extensión. No emergió de una localización pequeña (como Holanda o Portugal), ni mediana (como Gran Bretaña o Francia), sino del enorme asentamiento que poblaron torrentes masivos de inmigrantes.

El gigante del Norte contó con un margen temporal suficiente para ampliar primero su frontera agrícola y desenvolver posteriormente un vasto mercado interno. Siguiendo el mismo ritmo erigió una industria protegida y una banca poderosa. Cuando maduró su retaguardia salió a la conquista plena del mundo.

Estados Unidos pudo expandirse primero en un territorio maleable y diversificado. Desarrolló un modelo económico auto-céntrico (ligado al mercado interior) y no extrovertido (dependiente del mercado mundial). Luego del triunfo del Norte en la guerra civil apuntaló el proyecto proteccionista contra las tendencias librecambistas del Sur. De allí emergió una solidez industrial, que posteriormente reforzaron las grandes corporaciones, actuando en un mercado integrado con formas de organización vertical.

De este esquema surgió una economía imperial más consistente que el modelo británico de empresa mediana especializada y altamente dependiente de los abastecimientos y mercados externos. El país fue además poblado por inmigrantes atraídos por la movilidad social y desarraigados de todo pasado no mercantil.

Estados Unidos consolidó una superioridad militar que Gran Bretaña no alcanzó siquiera, durante el esplendor victoriano. El dominio bélico norteamericano supera desde la posguerra al logrado por su antecesor en 1830-70. Incluye un control del espacio mucho más significativo que el manejo precedente de los mares. Se apoya en una supremacía global y no debe lidiar con amenazas permanentes de los rivales. El secreto de su dominación radica, en última instancia, en la aptitud para comandar un imperialismo acabadamente capitalista, en la madurez de este sistema.

Capacidad y efectividad

Estados Unidos mantiene una aplastante superioridad militar, pero la efectividad de ese predominio es cada vez más dudosa. El uso de la fuerza está sometido a limitaciones, que generan muchas preguntas sobre la capacidad real de la primera potencia para ejercer el poder global.

Algunos autores retoman distintos estudios que distinguen tres variables: voluntad, tentación y

capacidad hegemónica. Evalúan con estos criterios, la fuerza real que puede desplegar el gigante del Norte. Las dos primeras intencionalidades emergen a la superficie cotidianamente, pero su concreción está sometida a crecientes interrogantes. (4)

Estados Unidos ha perdido la superioridad económica contundente que sostenía inicialmente su primacía militar. La productividad y competitividad industrial norteamericana han caído significativamente, en comparación a los promedios de posguerra. Los cimientos del poder se han invertido y en la actualidad las ventajas militares compensan el deterioro económico. La supremacía estadounidense ya no presenta el carácter absoluto e integral que exhibía en la primera mitad del siglo XX.

Este cambio no implica declinación absoluta. Expresa un proceso de reorganización productiva y financiera, que ha segmentado la estructura económica norteamericana. Los sectores internacionalizados ganan espacio en desmedro de las ramas que operan exclusivamente para el mercado interno.

El avance de las empresas mundializadas a costa de las empresas que sólo actúan en el plano local es muy significativo. Los segmentos globalizados que desenvuelven actividades enlazadas con el mercado mundial (aeronáutica, computadoras, electrónica, finanzas) han desplazado a las franjas puramente domésticas. Este viraje produce una fuerte regresión industrial de los sectores y localidades atados a la vieja configuración interna. (5)

La prosperidad de las compañías que actúan en el exterior se afianza a costa de las empresas que han quedado fuera de esa carrera. Por esta razón, las ganancias que receptan el primer tipo de firmas supera ampliamente al promedio nacional y acapara el grueso de los beneficios obtenidos durante la era neoliberal. (6)

La localización externa de estas compañías y su fuerte internacionalización productiva tiene un correlato directo en la mundialización de las finanzas. Los ingresos financieros que obtienen las entidades a través de negocios internacionalizados son también más elevados que las ganancias generadas dentro del país.

Las consecuencias de esta segmentación de la economía sobre el ejercicio del poder imperial son muy inciertas. Pero es evidente que incentivan un despliegue más vasto de intervenciones políticas y militares mundiales, acorde al salto consumado con la globalización económica. Habrá que ver cuál es la factibilidad real de estas acciones.

Estados Unidos necesita reafirmar su liderazgo conduciendo nuevas guerras, cuyos resultados finales nadie puede anticipar. La instrumentación de estas sangrías se ha tornado más compleja con la eliminación de la conscripción obligatoria. Cada agresión externa exige ahora mayor inventiva, despliegue ideológico y acción psicológica por parte del Pentágono. Estas iniciativas son indispensables para preservar cierta tolerancia popular frente a estos atropellos y contrarrestar los temores a una represalia de las víctimas.

Bush introdujo la guerra preventiva para estimular este alineamiento bélico y utilizó el 11 septiembre, como un Pearl Harbor de movilización patriótica. Los especialistas militares complementaron esta política, incentivando expectativas en la concreción de guerras electrónicas sin costos humanos. Con estas fantasías han buscado resucitar el sostén masivo al belicismo oficial.

Pero en los hechos cada nuevo emprendimiento bélico potencia las tensiones internas, especialmente entre los sectores militaristas (interesados en el rédito bélico de los operativos) y los funcionarios del establishment económico (que privilegian las consecuencias sobre los negocios). El

primer grupo se guía por proyecciones geopolíticas y metas de acrecentamiento del poder estadounidense. El segundo sector promueve el multilateralismo y resiste las acciones que afectan la estabilidad jurídica o la obtención de beneficios inmediatos.

La preeminencia de uno u otro grupo siempre ha sido muy variable. En las últimas décadas los militaristas impusieron sus prioridades en Medio Oriente (sostén irrestricto de Israel) y los grupos económicos ganaron la partida en Asia (privilegio de los negocios con China). Pero la balanza entre ambos sectores muta con frecuencia y las posturas en discordia suscitan fuertes choques políticos.

Cada acción militar desestabiliza, además, las relaciones norteamericanas con sus aliados de la tríada. Para ejercer su dominación, la primera potencia debe recrear un equilibrio entre competencia y cooperación con sus socios. Buscando ese balance tolera el desarrollo de fuerzas militares aliadas, mientras fomenta asociaciones militares que no cuestionen su jefatura.

El logro de estos objetivos es muy complejo. Estados Unidos debe cooptar, comprometer y subordinar a sus rivales, sin someterlos por completo. Necesita generar relaciones de aceptación y no de mera imposición. Debe mantener con sus pares del Primer Mundo vínculos de coordinación, que difieran cualitativamente de la dominación impuesta a la periferia. Este balance entre el suprematismo (acciones en detrimento de rivales) y el hegemonismo (iniciativas en cuadro asociado) recrea tensiones constantes.

Un escenario variable

Estados Unidos ejerce un liderazgo con limitaciones y no está en condiciones de actuar con patrones superimperiales de total unilateralidad. Hace valer su superioridad, sin desbordar los equilibrios que sostienen su dominación.

Pero el simple ejercicio del poder conduce a la multiplicación de aventuras con resultados impredecibles. Nadie puede anticipar cómo y cuándo estas acciones conducirán a un final tormentoso, pero esta posibilidad siempre amenaza a una potencia enredada en brutalidades mayúsculas.

La propia supremacía ideológica de Estados Unidos es socavada por esa sucesión de atrocidades. No es lo mismo administrar periódicamente la violencia que justificar permanentemente su utilización. La coerción sistemática tiende a desembocar en aislamiento e impotencia.

Una situación de este tipo fue afrontada por la ideología estadounidense durante la fuerte oleada de cuestionamientos que signó a los años 70. Esta crisis fue revertida con la derechización neoliberal de las últimas décadas, pero un nuevo clima de insatisfacción afecta nuevamente al americanismo

El mayor interrogante es el efecto de estos procesos sobre la propia población estadounidense, que enfrenta un contexto muy diferente al pasado. Los réditos económicos ya no se distribuyen en toda la estructura social y la acción imperial externa tiende a reforzar la fractura, entre los segmentos enriquecidos y las masas pauperizadas.

Esta polarización modifica sustancialmente todos los comportamientos y reacciones. Los pobres, los desocupados y los excluidos aportan ahora la carne de cañón requerida por las multinacionales y las elites de millonarios.

Esta segmentación social socava también la legitimidad política interna de muchas operaciones. No hay que olvidar las limitaciones que tradicionalmente enfrentó un país distanciado del colonialismo clásico, para utilizar masivamente la fuerza en guerras internacionales. Cada acción bélica exige

generalizar una motivación especial, que empuje a la población a aceptar esa cruzada.

El imperialismo contemporáneo se sostiene, por lo tanto, en la protección internacional que brinda el gendarme estadounidense a todas las clases dominante. El estado norteamericano ha internacionalizado su actividad y usufructúa de una ideología americanista, que es compartida por vastos sectores capitalistas del planeta. Como la primera potencia garantiza la reproducción mundial del capital, acumula desequilibrios económicos que serían inadmisibles para cualquier otro país.

Pero afronta un escenario de limitaciones al ejercicio de su dominación. Mantiene una superioridad militar abrumadora, que se desdibuja en área económico y pierde solvencia en el campo geopolítico. La capacidad coactiva no implica consistencia para articular coaliciones, ni consenso para ejercitar la fuerza.

Notas:

- 1) Esta caracterización expone: Panitch Leo, "The state, globalisation and the new imperialism", *Historical Materialism*, vol 9, winter 2001.
- 2) Esta tesis desarrolla: Anderson Perry, "Fuerza y consentimiento", *New Left Review*, n 17, septiembre-octubre 2002.
- 3) Panitch Leo, Gindin Sam, "Capitalismo global e imperio norteamericano", *El nuevo desafío imperial*, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005. Callinicos Alex, "La teoría marxista y el imperialismo en nuestros días", *Razón y Revolución*, n 56, Buenos Aires, 2010. Petras James, Veltmeyer, "Construcción imperial y dominación", *Los intelectuales y la globalización*, Abya-Yala, Quito, 2004. Wood Ellen Meiskins, *Empire of Capital*, Verso 2003, (Cap 6 y 7). Hobsbawm Eric, "Crisis y ocaso del imperio", *Clarín-Ñ*, 15-10-05. Hobsbawm Eric "Un imperio que no es como los demás", *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, junio de 2003.
- 4) Boron Atilio, "La cuestión del imperialismo". *La teoría marxista hoy*, CLACSO, Buenos Aires, 2006.
- 5) Un análisis de este cambio en: Halevi Joseph, Varoufakis Yanis, "The global minotaur", *Imperialism Now*, *Monthly Review*, vol 55, n 3, July-August 2003.
- 6) Por ejemplo, en el año 2000 las ganancias de las filiales en el exterior de Estados Unidos equivalían al 53% de las ganancias domésticas. Llegaron a esa cifra a partir de un crecimiento regular que comenzó con 10% en 1943. Dumenil Gerard, *Ley Dominique*. *El imperialismo en la era neoliberal*. *Revista de Economía crítica* n 3, 2005.

Bibliografía:

- Ahmad Aijaz. "Imperialismo de nuestro tiempo". *El nuevo desafío imperial*, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.
- Alí Tariq, "Con Dilma, EUA continuarán sem policial na America do Sul", *Folha de Sao Paulo*, 25-11-2010
- Arrighi Giovanni. *El largo siglo XX*. Akal, 1999 (cap 1, 3, 4, epílogo).
- Brenner Robert. "What Is, and What Is Not, Imperialism?" *Historical Materialism* vol 14.4, 2006.
- Bromley Simon, "Reflections of Empire", *Historical Materialism*, vol 11, issue 3, 2003.
- Fiori José Luis. "Crisis y hecatombes", *Valor Económico*, Sao Paulo, 26-3-08.
- Foster John Bellamy, "The new geopolitics of Empire", *Monthly Review*, vol 57, n 8, January 2006.
- Foster John Bellamy, "The rediscovery of imperialism", *Monthly Review*, vol 54, n 6, November 2002.
- Gill Stephen. "Las contradicciones de la supremacía de Estados Unidos". *El Imperio Recargado*, CLACSO, Buenos Aires, 2005
- Gindin Sam "Anticapitalism", *Monthly Review*, n 9 vol 53, february 2002.
- Gindin Sam, Panitch Leo, "Superintending Global Capital," *New Left Review*, 35, Sept/Oct 2005.
- Gowan Peter, "Cosmopolitisme liberal et gouvernance global", *Contretemps*, n 2, septembre 2001

- Gowan Peter, "US hegemony today", "Imperialism Now", Monthly Review, vol 55, n 3, July-august 2003
- Grahl John. "La Unión Europea y el poder norteamericano". El imperio recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Harvey David. "In what ways is the new imperialism really new?", Historical Materialism vol 15, Issue 3, 2007.
- Hudson Michael. "Financiamiento bélico, financiamiento mundial" Rebelión, 27/07/2003.
- Jameson Fredric, "El posmodernismo como lógica cultural del capitalismo tardío", Ensayos sobre el pos-modernismo, Imago Mundi 1991.
- Martínez Osvaldo, "Crisis económica global, guerra económica y gasto militar", La Haine, 7-11-10
- Panitch Leo, "A tarefa dos novos movimentos políticos" Brasil do Fato, 24-10-08
- Panitch Leo, Leys Colin. "Las finanzas y el imperio norteamericano". El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Petras James. "El imperialismo cultural". Voces y culturas, n 4, 2do semestre 1992.
- Petras James. "El neo-imperialismo". El mundo de los trabajadores, n 2, 2004.
www.geocities.com/revista
- Petras James. "Estado imperial, imperialismo e imperio". Pensar a contracorriente. Volumen II, segunda edición, 2005.
- Petras James. "Imperialismo y antiimperialismo". Laberinto, n 15, octubre 2004, Málaga.
- Rodríguez José Luís. "Gasto militar y economía mundial", CIEM, La Habana, 2010.
- Rude Christopher. "El rol de la disciplina en la estrategia imperial. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Sutcliffe Bob. "Imperialism Old and New" Historical Materialism, vol 14.4, 2006.
- Taab William, "The two wings of the eagle", Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-August 2003.
- Vakaloulis Michel, Le capitalisme post-moderne, Puf, Paris, 2001, (cap 11, 12, 13).
- Wallerstein Immanuel, "US weakness and struggle for hegemony", Monthly Review, vol 55, n 3, July-august 2003.
- Wood Ellen Meiksins. "Logics of Power: A Conversation with David Harvey", Historical Materialism, vol 14.4, 2006.

VIERNES 10 DE JUNIO DE 2011

Gestión colectiva y asociación económica imperial

Resumen

El imperialismo contemporáneo se caracteriza por una gestión colectiva de la tríada. Existe un interés compartido en desarrollar una administración común bajo la protección norteamericana. Esta pauta se ha verificado en las guerras recientes, que corroboraron la subordinación de Japón y los límites de la autonomía europea.



El imperialismo colectivo no implica un manejo equitativo del orden mundial, pero sí asociaciones que modifican radicalmente el viejo escenario de guerras inter-imperiales. Este nuevo marco tiene ciertas semejanzas con el concierto de las naciones de principio del siglo XIX.

Las agresiones imperiales conjuntas (guerras globales) coexisten con acciones al servicio específico de cada potencia (guerras hegemónicas). La tendencia norteamericana a convertir a sus socios en vasallos determina muchos pasajes de la primera modalidad a la segunda. Todas las

incursiones se implementan con el pretexto de la seguridad colectiva, que ha sustituido a la defensa nacional, como principio rector de la intervención armada

La solidaridad militar entre las potencias y la acción geopolítica coordinada obedece a la existencia de nuevas asociaciones económicas, entre capitales de distinto origen nacional. Este entrelazamiento se explica por el tamaño de los mercados requeridos para desenvolver actividades lucrativas. También expresa el nivel de centralización que alcanzó el capital y se verifica en la mundialización financiera, la internacionalización productiva y la liberalización comercial.

El avance de la internacionalización económica no tiene correspondencia directa en el plano estatal. El soporte de este proceso son los viejos estados nacionales, puesto que ninguna entidad global cuenta con sistemas legales, tradiciones sociales y legitimidad política suficiente, para asegurar la reproducción del capital. Esta contradicción genera múltiples desequilibrios.

El surgimiento del capitalismo se sostuvo en el estado burgués nacional y no es fácil reemplazarlo por otro organismo, más adaptado a la internacionalización. Esta falta de sincronía genera permanentes tensiones en la coordinación económica, la asociación política y la coerción militar del imperialismo colectivo.

Una característica distintiva del imperialismo contemporáneo es la gestión colectiva. Estados Unidos ejerce su superioridad militar, a través de acciones coordinadas con las principales potencias. Mantiene una asociación estratégica en la tríada y actúa en sintonía con sus aliados de Europa y Japón.

Esta política de concertación occidental busca reforzar la contundencia de las agresiones imperiales. Habitualmente las incursiones pretenden garantizar la apropiación de los recursos naturales de la periferia y asegurar el control de las principales vías del comercio internacional. Algunos autores utilizan el concepto “imperialismo colectivo” para retratar esta nueva modalidad de dominación coordinada. (1)

Surgimiento y consolidación

El imperialismo colectivo no introduce mecanismos equitativos en el manejo imperial. Estados Unidos es la fuerza dominante y hace valer su liderazgo en todos los terrenos, para obtener los principales lucros de la gestión conjunta. Al manejar la mitad del gasto bélico global, define cuáles son las operaciones militares prioritarias y dónde deben localizarse las presiones geopolíticas.

Este predominio del Pentágono reafirma la administración jerarquizada y la vigencia de una autoridad que tiene la última palabra. Las responsabilidades son desiguales y los frutos de la dominación se reparten en proporción al lugar que ocupa cada potencia, en la pirámide imperial.

Pero la gestión es colectiva, puesto que existe un interés compartido por todas las potencias del Primer Mundo. Esta convergencia explica la existencia de una asociación que surgió en la posguerra, a partir de la generalizada aceptación del padrinazgo militar estadounidense.

Las relaciones establecidas entre estos países no expresan simplemente la imposición del más fuerte. Reflejan también la demanda de protección que plantearon las clases dominantes de Europa y Japón a Estados Unidos, para enfrentar la insubordinación popular y la crisis socio-política que rodeó al debut de la guerra fría.

Los capitalistas de ambas regiones utilizaron la presencia militar norteamericana como escudo contra la oleada revolucionaria y los peligros del socialismo. Los marines desplegados en su

territorio contribuyeron a disciplinar a los trabajadores. Los viejos colonialistas europeos se coaligaron posteriormente con el mismo gendarme, para contrarrestar los levantamientos antiimperialistas de África y Asia.

El pánico suscitado por el proceso de descolonización reforzó este alineamiento y terminó consagrando la primacía del Pentágono, como un dato inamovible del orden mundial. Por esta razón, la alianza militar asimétrica gestada en torno a la OTAN se consolidó, como cimiento de la gestión colectiva.

Estos vínculos no se modificaron con el colapso de la URSS y el ascenso del neoliberalismo. La participación subordinada de Europa y Japón, en las principales acciones globales que propicia Estados Unidos se mantiene sin grandes cambios. La primera potencia define intervenciones imperiales, que los socios suelen avalar. Este patrón quedó reafirmado en las últimas guerras preventivas que lanzó el gendarme norteamericano, para pulverizar los principios de soberanía, con el visto bueno de la tríada. La iniciativa norteamericana y la subordinación de Europa y Japón se verificaron claramente en las agresiones del Golfo, Yugoslavia, Asia Central y Afganistán.

Habitualmente los socios nipones son añadidos a la escalada, sin muchas consultas. Transcurridas seis décadas desde la segunda guerra, las dimensiones del ejército japonés son insignificantes, la presencia de bases yanquis persiste en el país y el Departamento de Estado interviene en las principales decisiones políticas de Tokio. Este curso ha quedado reforzado por el renovado giro pro-norteamericano de las elites. Esta influencia condujo por ejemplo al envío de tropas a Irak.

El caso europeo es más complejo, pero está signado por las mismas pautas de un compromiso transatlántico que monitorea Estados Unidos. En las guerras recientes (Golfo-1991, Serbia -1999, Afganistán-2002, Irak-2003) se mantuvo la norma de contingentes europeos, bajo la dirección operativa norteamericana. La égida de la ONU y la supervisión del Pentágono se han verificado incluso dentro del Viejo Continente (Bosnia, Kosovo).

La asociación militar subordinada se extiende también a la fabricación de armas, que los europeos elaboran con normas compatibles o autorizadas por el Pentágono. Las mismas empresas que compiten en el sector civil (Airbus versus Boeing) están emparentadas en el campo militar. Todos los despliegues de envergadura son consultados con la comandancia estadounidense.

La demorada constitución de un ejército europeo ilustra esta dependencia y las continuadas tensiones dentro de la Comunidad. La unión del Viejo Continente es una construcción híbrida, que alcanzó formas de integración avanzadas en ciertas áreas (moneda) y alcances muy reducidos en otros campos (instituciones políticas). La defensa continúa sometida a responsabilidades exclusivas de cada estado nacional y no existe articulación fuera del ámbito condicionante de la OTAN.

Esta preeminencia de la alianza transatlántica no excluye cierta autonomía operativa, en las regiones que estuvieron tradicionalmente sometidas al manejo directo de Europa. En este campo funciona desde 1992 un pacto, que define los eventuales atributos de una fuerza de acción rápida.

Pero en los hechos, los dos países que concentran el 60% de gasto militar europeo (Gran Bretaña y Francia) tienen bien definido su radio de acción específico (África y ciertas zonas de Europa Oriental). Operan en consonancia con las decisiones de la ONU y las prioridades de la OTAN. Algunos autores denominan “alter-imperialismo” a esta combinación de subordinación y autonomía, que rige la política de las viejas potencias coloniales, actualmente atadas a la primacía norteamericana. (2)

El sentido de un concepto

El predominio norteamericano en la gestión imperial abre serios interrogantes sobre el carácter colectivo de esa administración. ¿Qué grado de acción tripartita existe en un bloque sometido al dictado de un mandante militar?

El término “imperialismo colectivo” puede sugerir que la tríada es un sistema de peso equivalente entre Estados Unidos, Europa y Japón, cuando es evidente la primacía del Pentágono. Por esta razón existen objeciones a la teoría de la gestión conjunta, que resaltan la asimetría impuesta por un gendarme, que despliega su poder ante los restantes miembros de la OTAN. Esta caracterización destaca que Japón actúa como un satélite y Europa sólo goza de una restrictiva autonomía regional.
(3)

Pero el concepto de imperialismo colectivo no implica una administración equitativa de los asuntos mundiales. La denominación puede brindar esa errónea imagen, pero constituye una categoría destinada a clarificar otros problemas. Reconoce sin vacilaciones que en la gerencia imperial los directivos norteamericanos están ubicados en la cúspide y los decisores europeos o japoneses ocupan rangos de menor relevancia.

Pero este escalafón jerarquizado no anula la existencia de un manejo conjunto. El imperialismo colectivo implica vigencia de estos rasgos de asociación. Europa y Japón actúan en común con Estados Unidos y no bajo la imposición de una bota norteamericana. Las clases dominantes de ambas regiones no son títeres del Departamento de Estado, ni siguen órdenes de la embajada yanqui, como por ejemplo ocurrió en el 2010 con la oligarquía golpista de Honduras. Actúan junto al hermano mayor, sin adoptar un comportamiento de satélites.

Estas precisiones son importantes para clarificar las diferencias existentes entre el imperialismo contemporáneo y su precedente clásico. En la actualidad rige una modalidad colectiva, que sustituye los viejos conflictos plurales por una administración conjunta. Este cambio aleja la posibilidad de guerras inter-imperialistas.

En la nueva configuración imperial, una potencia dominante actúa junto a un número significativo de socios subordinados. El viejo imperialismo estado-céntrico se ha convertido en un sistema interestatal, que opera como un bloque de estados conectados a la egida dominante de Estados Unidos.

Esta forma de gestión implica una ruptura de la prolongada historia de conflagraciones inter-imperialistas. Las viejas potencias que guerreaban entre sí hasta la primera mitad del siglo XX, ahora actúan en forma concertada. No dirimen sus diferencias en el terreno bélico, sino en un marco acotado de rivalidades económicas y políticas. La pugna entre distintos estados con intereses divergentes persiste, pero esas tensiones ya no tienen resolución militar.

Este viraje modifica sustancialmente los protagonistas y escenarios de las guerras. El arsenal de Occidente es utilizado en común, para asegurar el despojo imperial y el Tercer Mundo se ha transformado en un epicentro de matanzas, que consuman las potencias en forma coaligada.

La gestión colectiva imperial inaugura un contexto histórico inédito. La ausencia de conflagraciones entre grandes países coexiste con la superioridad reconocida de la primera potencia. En ciertos planos, este contexto tiene puntos en común con la era de pacificación pos-napoleónica, que lideró Gran Bretaña entre 1830 y 1870.

Los autores que han trazado esta comparación, subrayan los parecidos existentes entre el “Concierto de las Potencias” (que definió los equilibrios militares a principio del siglo XIX) con el monopolio

de armas nucleares, que gestiona el Consejo de Seguridad de la ONU. Resaltan las semejanzas entre el proceso de restauración que consagró el Congreso de Viena, con la involución generada por el desplome del ex campo socialista. También señalan analogías entre la pentarquía, que construyó hace dos centurias un orden contrarrevolucionario (Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y Francia) y la coordinación que rige bajo el imperialismo contemporáneo. (4)

El equilibrio del siglo XIX se rompió al calor de la expansión capitalista, que reabrió las rivalidades bélicas. El ascenso de Prusia erosionó primero la hegemonía de Inglaterra y desembocó posteriormente en la Primera Guerra Mundial. La segunda conflagración internacional fue más demoledora y puso en peligro la propia supervivencia del capitalismo.

Las clases dominantes emergieron aterrorizadas de estas experiencias y son muy conscientes de los peligros que rodean a esos enfrentamientos. Por esta razón forjaron un sistema de protección bajo el mando estadounidense e introdujeron una forma de manejo imperial colectivo, que perdura hasta la actualidad.

Guerras globales y hegemónicas

El sistema que erigieron las grandes potencias diluye el peligro de guerras inter-imperiales, pero está sometido a otras tensiones. Un factor de permanente inestabilidad es la tendencia norteamericana a transformar su primacía en control mayúsculo. Cada agresión concertada de la tríada contra algún blanco de la periferia, contiene siempre una advertencia implícita del Pentágono contra sus aliados. Estas amenazas socavan la consistencia de la gestión conjunta.

Estados Unidos necesita intensificar su acción militar global para hacer visible su superioridad militar. No puede usufructuar de su ventaja, si las mantiene siempre en reserva. Está compelido a utilizar además toda su artillería, para contrarrestar la pérdida de superioridad comercial e industrial. La agresividad norteamericana no quiebra al imperialismo colectivo, pero afecta su desenvolvimiento.

La tríada funciona sobre un cimiento de asimetrías militares que perturban la coordinación imperial. Esta contradicción se verifica en los conflictos que se desarrollan como guerras globales y los choques que dan lugar a guerras hegemónicas. Mientras que el primer tipo de confrontaciones emerge de acciones conjuntas, el segundo tipo de pugnas consume agresiones instrumentadas por cada potencia, al servicio de sus propios intereses.

Las guerras globales se diferencian en forma muy nítida de las viejas sangrías imperialistas. Implican acciones compartidas por todos los aliados, especialmente contra los países de la periferia. Incluyen un amplio despliegue militar, que es justificado con apelaciones a garantizar la “seguridad”.

Este último concepto es polimorfo y diluye las diferencias clásicas entre defensa exterior (ejército) y control interno (policía). Está dirigido contra enemigos difusos (“terrorismo”), que no tienen localización geográfica definida (“narcotráfico”). El argumento de la seguridad es utilizado para tornar porosas las fronteras e implementar guerras preventivas, que se sustentan en justificaciones imprecisas.

Las guerras globales son materializadas en nombre de un principio más amplio de “la seguridad colectiva”. Este criterio relega la defensa tradicional del territorio, como argumento central de la acción bélica. Se afirma que las mafias operan a escala mundial y deben ser combatidas en el mismo plano. Se estima que la globalización de la violencia torna obsoletos los antiguos principios de defensa nacional.

Pero en los hechos la “seguridad global” está en manos de la OTAN o del Consejo de Seguridad de la ONU y es utilizada de pretexto por las potencias imperialistas, para concertar alguna agresión. Con este argumento se implementaron, las guerras consensuadas de la era Clinton y la primera guerra del Golfo. La alianza que se forjó para llevar cabo ese desembarco incluyó a 26 países, tuvo asegurada una financiación repartida, contó con el visto bueno de todas las elites y siguió la escalada prescrita por la diplomacia imperial.

Estas incursiones multilaterales se llevan a la práctica, habitualmente, con algún estandarte de “intervención humanitaria” (Yugoslavia, Haití). Son precedidas por advertencias de la “comunidad internacional”, que alega alguna violación del derecho internacional. No exigen los acuerdos puntuales entre las potencias que se tramitaban en el pasado (dentro de la Sociedad de Naciones). Se procesan constantemente en los organismos permanentes que surgieron de la Segunda Guerra (Consejo de seguridad de la ONU).

Las guerras globales modifican sustancialmente la dinámica tradicional de las conflagraciones interestatales. Se basan en nuevos principios de intervención, regulados a escala mundial. Sustituyen parcialmente la función histórica que conservaba cada estado, para organizar de la guerra en función de sus propios criterios de soberanía territorial. Estos fundamentos han quedado reemplazados por una acción capitalista colectiva contra las insubordinaciones sociales y los peligros geopolíticos.

Pero el carácter global de estas intervenciones queda invariablemente socavado por el comando que ejerce Estados Unidos. Con una red de 51 instalaciones globales para realizar desplazamientos diarios de 60.000 efectivos en 100 países, la primera potencia tiende a convertir las acciones globales en incursiones propias.

En muchos casos Estados Unidos implementa directamente atropellos unilaterales para reafirmar su dominación. Estas iniciativas se consuman en las regiones que considera propias (Panamá, Granada) y en las zonas que incluyen recursos o localizaciones estratégicas. La invasión a Irak que realizó Bush II constituyó un ejemplo de esta variante de agresiones. Actualizó las incursiones concebidas por Reagan en los años 80, para restablecer la primacía norteamericana con explícitos actos de provocación.

Las guerras hegemónicas constituyen también un producto de la tendencia norteamericana a imponer sus propias exigencias y necesidades a todos sus socios. La primera potencia busca controlar a sus aliados, evitando conflictos dentro del mismo campo. Pero las acciones unilaterales que desarrolla contra terceros, son también advertencias contra los miembros de su propio campo. Esta duplicidad conduce a transformar muchas operaciones conjuntas en incursiones propias.

La guerra imperial común iniciada en el Golfo derivó por ejemplo en una guerra hegemónica de Estados Unidos en Irak. Aquí fue visible el giro del interés colectivo inicial hacia una pretensión propiamente norteamericana.

Este desemboque obedece a distintas razones. A veces surge del fracaso de los operativos, en otros casos deriva de ambiciones específicamente estadounidenses y en ciertas circunstancias es un resultado de la simple dinámica de la agresión. Los voceros de políticas más pluralistas (Kissinger, Nye) y más hegemónica (Huntington) se suceden, en función del perfil que asume cada conflicto.

El imperialismo colectivo opera mediante una mixtura de guerras globales. Resulta imposible sostener el primer tipo de operaciones sin la conducción norteamericana y es muy difícil mantener la segunda variante, sin alguna colaboración de los socios de la tríada.

Asociación y mundialización

La solidaridad militar entre las potencias y la acción geopolítica coordinada que impera bajo el imperialismo actual, también obedece a la existencia de nuevas asociaciones económicas entre capitales de distinto origen nacional. Estos entrelazamientos han influido significativamente en el giro del conflicto inter-imperial, hacia las políticas compartidas que se verifican desde posguerra. La amalgama económica acota las tensiones entre los viejos contrincantes e induce a procesar las diferencias en un marco común.

El origen de esta internacionalización del capital fue el sostén norteamericano a la reconstrucción de los países derrotados después de la segunda guerra. Estados Unidos no desmanteló la industria, ni sepultó los avances tecnológicos de sus adversarios, sino que les concedió créditos para forjar el marco asociado. Aunque el propósito principal de este apuntalamiento era contener el avance soviético, el auxilio americano favoreció la gestación del patrón económico que singulariza al imperialismo colectivo.

La reindustrialización conjunta y la constitución de formas de consumo compartidos afianzaron la interdependencia de la tríada. Se forjó un abastecimiento concertado de materias primas y un desenvolvimiento extra-territorial de empresas multinacionales, en áreas monetarias compatibles.

Cuando la reconstitución de posguerra concluyó y reapareció la rivalidad entre las potencias, salieron también a flote los límites de esta coexistencia. Estados Unidos hizo valer su primacía militar para conservar ventajas, pero nunca llevó esta presión a situaciones de ruptura.

Las empresas chocaron por el control de los principales negocios, pero en un marco de mutua penetración de los mercados. La incidencia inicial de las firmas norteamericanas en Europa y Japón fue sucedida posteriormente por un proceso inverso de gran presencia de inversores y capitales externos en la economía estadounidense.

Estados Unidos recurrió al señorazgo del dólar y a la unilateralidad comercial y sus socios respondieron con aumentos de competitividad, que acentuaron los problemas de la primera potencia. Pero nadie quebrantó el nuevo marco de internacionalización económica conjunta. Las presiones más fuertes hacia el mercantilismo quedaron frenadas por la magnitud de las inversiones, que las empresas localizaron en los mercados de sus rivales.

El mantenimiento de esta asociación se explica también por el tamaño de los mercados actualmente requeridos para desenvolver actividades lucrativas. Las grandes corporaciones necesitan actuar sobre estructuras de clientes, que desbordan las viejas escalas nacionales de producción y venta. La compulsión competitiva no sólo obliga a incursionar en el exterior, sino que impone una presencia permanente en los mercados foráneos. La gigantesca dimensión de estas operaciones crea entre los propios competidores, un fuerte sentimiento de preservación de la actividad global.

Por esta razón la asociación internacional de capitales presenta un carácter perdurable. Más allá de los vaivenes coyunturales, esta interpenetración expresa el elevado nivel de centralización que alcanzó el capital. Las empresas necesitan sostener la escala de su producción, con inversiones repartidas en varios países, a través de convenios de abastecimientos situados en muchas regiones. La internacionalización es un resultado de estas exigencias.

La manifestación más visible de este entrelazamiento es la gravitación alcanzada por las empresas transnacionales. Unas 200 compañías de este tipo controlan un tercio de la producción y el 70 % del comercio mundial. Gestionan el 75 % de las principales inversiones y casi todas las transacciones de productos básicos. Se ha estimado que un hipotético país conformado por estas compañías

ocuparía el octavo lugar en un ranking del poder económico y contaría con un PBI superior al vigente en 150 países. La “fábrica mundial” y el “producto mundial” no son la norma actual, pero constituye una tendencia del capitalismo contemporáneo. (5)

Estas compañías compiten entre sí, mediante segmentaciones productivas y especializaciones tecnológicas, para usufructuar de la explotación de la fuerza de trabajo. Protagonizan intensas carreras para reducir costos y ampliar las ganancias. Pero necesitan conservar un marco de convivencia global para sostener esta batalla.

La ofensiva del capital contra el trabajo que consumó el neoliberalismo reforzó esta asociación de capitales en los tres terrenos de mundialización financiero, internacionalización productiva y liberalización comercial. Este proceso es congruente con otras tendencias globalizantes, como la homogenización del consumo, los agro-negocios, las articulaciones fabriles y la deslocalización de la producción y los servicios.

Este salto de la mundialización constituye una transformación clave de la economía capitalista. Los cuestionamientos a la presentación apologética de este viraje -como un destino inexorable o favorable al progreso de la humanidad- no deben conducir a la negar su ocurrencia. Tal como sucedió en etapas precedentes capitalismo, un período de estabilización político-económica bajo el padrinazgo de la potencia dominante, facilita las transformaciones cualitativas del sistema. En el periodo actual la asociación económica apuntaló la gestión imperial conjunta.

Coordinación acotada

El significativo avance que se ha registrado en la internacionalización económica no tiene correspondencia directa en el plano estatal. Hay mayor asociación productiva, comercial y financiera, sin contraparte institucional. Sólo existe una variedad limitada de organismos globalizados (FMI, OMC, BM), en un marco de instituciones regionalizadas (UE, ASEAN, MERCOSUR, NAFTA). El soporte real de estas estructuras son los viejos aparatos estatales, que operan a escala nacional.

Este escenario ilustra el alcance limitado de una mundialización que avanza sin desbordar ciertas fronteras. Hay mayor movilidad de los capitales financieros, pero en radios controlados por los distintos países. El comercio internacional ha crecido por encima de la producción, pero mediante intercambios que atraviesan las aduanas. Las empresas transnacionales actúan en todo el planeta, pero amoldadas a las regulaciones que fija cada estado.

Los dueños de estas compañías mantienen sus pertenencias de origen y operan dentro de sistemas productivos, que utilizan parámetros de competitividad nacional. Estos indicadores influyen sobre el perfil que asumen todas las compañías.

Los estados nacionales persisten, por lo tanto, como un pilar subyacente de la nueva estructura crecientemente globalizada. Esos organismos continúan actuando como mediadores de la actividad económica y como coordinadores del imperialismo colectivo. A diferencia de pasado, las políticas económicas nacionales están sujetas a convenios y condicionamientos multilaterales. Pero el FMI o la OMC sólo pueden instrumentar sus propuestas, a través de los ministerios y los funcionarios de cada país.

Esta perdurabilidad de los estados nacionales obedece a su rol insustituible en la gestión de la fuerza de trabajo. Sólo partidos, sindicatos y parlamentos nacionales pueden negociar salarios, garantizar la estabilidad social y monitorear la segmentación laboral, que requiere el capitalismo.

Únicamente las instituciones que operan bajo el paraguas de los estados nacionales pueden negociar contratos, discutir despidos y limitar las huelgas que obstruyen la acumulación. Ninguna entidad global cuenta con sistemas legales, tradiciones sociales o legitimidad política suficiente, para asegurar esa disciplina de la fuerza laboral.

Esta gravitación de los estados nacionales -en un marco de creciente globalización- obedece, en parte, a la ausencia de burguesías mundiales. Hay mayor entrelazamiento de las clases dominantes de distintos países, pero no existen bloques transnacionales indistintos. Las convergencias multinacionales no han disuelto las viejas pertenencias, que aún cohesionan a los banqueros, a los industriales y a los rentistas. Esos alineamientos entre connacionales persisten, en un contexto de nueva gestión internacionalizada de los negocios.

Las viejas solidaridades de origen no han quedado sustituidas por los nuevos conglomerados transfronterizos. Lo que existe es una mayor integración mundial de actividades económicas, que genera afinidad de compromisos políticos-militares.

Pero estas asociaciones operan en el marco de los estados nacionales existentes, a través de cambios en el balance de fuerzas, entre los sectores locales y globalizados de cada grupo dominante. Estos equilibrios difieren sustancialmente en las distintas regiones.

En Estados Unidos se afirma la gravitación de los segmentos internacionalizados, pero persiste la incidencia de los grupos dependientes del mercado local. En Europa se está construyendo una clase capitalista continental, con distintos vínculos de asociación extra-regional en cada país. En Canadá, Suiza u Holanda el nivel de entrelazamiento mundial de los dominadores supera el promedio general y en Japón se sitúa por debajo de esa media.

Estas diferencias retratan la inexistencia de un proceso uniforme de transnacionalización. Demuestran el carácter sinuoso de un proceso, que continúa mediado por la ubicación que mantiene cada estado, en el concierto internacional de las naciones.

Los ritmos de mundialización de cada grupo dominante dependen a su vez de la inclinación transnacional de las capas gerenciales y burocráticas de cada país. El giro mundialista es más pronunciado en los altos funcionarios y directivos que comparten costumbres cosmopolitas.

Cuanto mayor es la responsabilidad de estos sectores en las empresas transnacionales o en los organismos internacionales, menor afinidad mantienen con su vieja pertenencia nacional. Frecuentemente preservan una identidad dual. Pero esta evolución no se extiende al grueso de las clases dominantes.

El proceso de integración multinacional se mantiene sujeto a las mediaciones de los viejos aparatos estatales, generando grandes contradicciones. Las clases dominantes utilizan, por ejemplo, el discurso de la globalización para atropellar a la clase obrera, pero bloquean la extensión de este principio a la libre movilidad de los asalariados. Aceptan la mundialización del capital, pero no del trabajo. Promueven la internacionalización de los negocios, pero rechazan su aplicación a cualquier acto de solidaridad social. Esta dualidad constituye tan sólo una muestra de las nuevas contradicciones en curso.

Límites y dimensiones

El imperialismo ha globalizado su acción, en un marco de rivalidades continuadas y pertenencias a estados diferenciados. Esta gestión común ha modificado las formas de la dominación, que en el pasado se conjugaban en plural (choque de potencias), en la actualidad se verbalizan en singular.

Hay un imperialismo colectivo en el centro de la escena internacional. Pero la inexistencia de un estado mundial preserva la gravitación de las instituciones nacionales. La reproducción internacionalizada del capitalismo continúa desenvolviéndose por medio de múltiples estados. Esta convivencia demuestra que no existe una relación mecánica, entre la integración global de los capitales y surgimiento de un estado planetario. Las propias fracciones internacionalizadas necesitan utilizar la antigua estructura estatal, para viabilizar políticas favorables a su inserción global.

Sólo desde esa plataforma pueden impulsar leyes que liberalicen la entrada y salida de los fondos financieros, medidas favorables a la reducción de los aranceles y políticas de promoción de las inversiones foráneas. No existe ningún otro mecanismo para instrumentar esas iniciativas. Únicamente las burocracias nacionales pueden promover o bloquear esos procesos.

Un resultado paradójico de la mundialización en curso es esta dependencia de las reglas vigentes en cada territorio. Ningún organismo multilateral puede asegurar la estabilidad de los negocios, sin el auxilio de legales o coercitivos tradicionales.

El estado burgués nacional es la construcción histórica que sostuvo el surgimiento del capitalismo. Esa entidad fijó todas las normas que rigen la competencia por beneficios surgidos de la explotación. No es fácil reemplazar ese organismo por otro más adaptado a la internacionalización que ha registrado el sistema. Esta falta de sincronía entre la mundialización del capital y sus equivalentes en terreno de las clases y los estados, genera permanente tensiones.

Hay mayor coordinación económica, pero los representantes políticos de los distintos estados no traducen directamente el interés transnacional de las empresas asociadas. Como todas negociaciones se procesan a través de mediaciones variadas, siempre emerge alguna disonancia. Incluso las convergencias económicas que se alcanzan en la OMC, el BM o el FMI, no tienen contrapartida directa en la ONU o el G 7. En última instancia, la creciente mundialización choca con rivalidades económicas, que socavan los paraguas políticos de esa internacionalización.

Este escenario de constantes desequilibrios fragiliza los organismos multilaterales, desestabiliza a los estados nacionales y reduce la legitimidad de todos los artífices de la mundialización. Los obstáculos que actualmente enfrenta el imperialismo colectivo provienen de ese debilitamiento.

Para cumplir con la meta neoliberal de internacionalizar los negocios atropellando a los trabajadores, los estados nacionales redujeron en las últimas décadas todas las conquistas de posguerra. Rentabilizaron los negocios, pero quebrantaron la autoridad burguesa acumulada durante la era de concesiones sociales. El resultado de esta gestión regresiva es una pérdida de legitimidad, que socava el propio sustento social que requiere la reproducción del capital.

Esta erosión se acentúa día a día con la delegación de facultades nacionales hacia los organismos supranacionales. Estas transferencias corroen las viejas soberanías, a medida que irrumpe el nuevo poder de decisión que asumen las instituciones regionales o globales. Un proceso destinado a fortalecer la mundialización termina deteriorando este objetivo, al amputar la autoridad a los viejos estados que sostienen la internacionalización en curso.

El capitalismo contemporáneo se encuentra sometido a una presión mundializante que acentúa los desequilibrios del sistema. La compulsión a expandir la acumulación a todos los rincones del planeta está afectada por los obstáculos que genera esa universalización. Por esta razón, las formas de gestión económica asociada que facilita el imperialismo colectivo están permanentemente obstruidas por tensiones geopolíticas.

La imagen armónica de la globalización como una sucesión de equilibrios mercantiles planetarios, sólo existe en la ensoñación neoliberal. El capitalismo realmente existente está acosado por tensiones intensas, que exigen la intervención imperial para asegurar la continuidad del sistema. Sin marines, pactos del G 20 y ultimátum de la ONU, ninguna empresa transnacional podría garantizar su actividad.

El imperialismo contemporáneo utiliza la violencia para brindar el mínimo de estabilidad que requiere la internacionalización del capital. Desenvuelve esta función en una triple dimensión de coordinación de económica, asociación política y coerción militar. Es importante registrar estas variadas dimensiones, para evitar las caracterizaciones unilaterales del fenómeno.

Cuando se denuncian sólo las atrocidades bélicas resulta posible suscitar la indignación colectiva, pero no se esclarecen las motivaciones geopolíticas, ni la lógica económica de estas tragedias. Cuando se pone el acento sólo en la perfidia de la diplomacia tradicional, queda ensombrecido el sostén militar y los intereses financieros e industriales que motivan el accionar imperialista. Cuando se resaltan únicamente los propósitos de lucro, no se capta la amplia gama de recursos políticos y armados que utilizan las potencias, para imponer sus prioridades.

En última instancia una visión totalizadora del imperialismo contemporáneo presupone una comprensión igualmente abarcadora del capitalismo actual. Las carencias en uno u otro terreno impiden entender la dinámica del sistema vigente.

Lo esencial es notar que el imperialismo contemporáneo incluye una gestión colectiva de la triada bajo la protección militar norteamericana. Esta preeminencia impide un manejo equitativo del orden mundial, pero introduce formas de administración que sustituyen el viejo escenario de guerras inter-imperiales por una combinación de de incursiones conjuntas y agresiones específicas de cada potencia. Esta solidaridad militar obedece, a su vez, al peso alcanzado por nuevas asociaciones económicas entre capitales de distinto origen nacional. Para comprender esta evolución es muy útil observar lo ocurrido en la última década.

Notas:

- 1) Amin Samir, El imperialismo colectivo, IDEP-CTA, Buenos Aires, 2004. Amin, Samir, "Geopolítica del imperialismo colectivo", en Nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004.
- 2) Serfati Claude. La mondialisation armée Textuel, Paris, 2001
- 3) Ver: Borón Atilio. "Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional", en Nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004. Borón Atilio, "La cuestión del imperialismo". La teoría marxista hoy, CLACSO, Buenos Aires, 2006.
- 4) Anderson Perry. "Algunas observaciones históricas sobre la hegemonía", C y E, año II, n 3, primer semestre 2010.
- 5) Hemos desarrollado este tema en: Katz Claudio. -"Desequilibrios y antagonismos de la mundialización". Realidad Económica n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.

Bibliografía:

- Achcar Gilbert. "Amérique suzeraine, Europe Vassale" Critique Communiste n 155, Printemps 1999.
- Amin Samir, "Empire and multitude", Monthly Review vol 57, n 6, November 2005
- Amin Samir, "US imperialism, Europe and the middle east", Monthly Review vol 56, n 6, November 2004.
- Amin Samir, Más allá del capitalismo senil, Paidós, Buenos Aires, 2003. (Cap 4, 5).
- Anderson Perry. "Apuntes sobre la coyuntura actual". New Left Review, n 48, 2008

- Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part I, *New Left Review*, no. 32, March/April 2005.
- Artous Antoine. "Les nouveaux profils de l'imperialisme. Critique Communiste, n 175, Printemps 2005.
- Bromley Simon, "Reflections of Empire", *Historical Materialism*, vol 11, issue 3, 2003.
- Castells Manuel. *La era de la información .Vol 2. La sociedad red*. Alianza Editorial, Madrid., 1996, (cap 5).
- Gibbs David. "Washington new interventionism" *Monthly Review* n 4, vol 53, september 2001.
- Gindin Sam "Anticapitalism". *Monthly Review* 9 vol 53, February 2002.
- Gowan Peter, "Cosmopolitisme liberal et gouvernance global", *Contretemps*, n 2, septembre 2001
- Halevi Joseph, Varoufakis Yanis. "The global minotaur", *Imperialism Now, Monthly Review*, vol 55, n 3, July-August 2003.
- Held David. *La democracia y el orden global*, Paidós, Barcelona, 1995.(cap 1, 4,5)
- Hobsbawm Eric "Crisis y ocaso del imperio". *Clarín-Ñ*, 15-10-05
- Hobsbawm Eric, "En la tercera crisis", www.elviejotopo.com/web/revistas, diciembre 2009
- Jessop Bob. "¿Hacia un estado de trabajo schumpeteriano?". *Crisis del estado de bienestar. Siglo del Hombre Editores*, Bogotá, 1999.
- Katz Claudio. "El imperialismo del siglo XXI". *ESECONOMIA*. Instituto Politécnico Nacional, número 7, año 2, verano 2004, México
- Kurz Robert Seis tesis sobre o carácter das novas guerras de ordenamento mundial. <http://www.widerspruch.at/streifzuege/> Março de 2003
- Mann Michael. "Globalisation is among other things, transnational, international and American", *Science and Society* vol 65, n 4, winter 2001-2002.
- Martínez Peinado Javier, "Globalización, capitalismo e imperialismo", *Viento Sur*, n 100, enero 2009.
- Panitch Leo, "The state, globalisation and the new imperailism", *Historical Materialism*, vol 9, winter 2001.
- Panitch Leo, Leys Colin. "Las finanzas y el imperio norteamericano". *El Imperio Recargado*, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Pijl Kees van der, "Globalisation or class society in transition?", *Science and Society* vol 65, n 4, winter 2001-2002.
- Pincon Michel, Pincon-Charlot Monique. *Sociologie de la bourgeoisie, La decouverte*, Paris, 2000.
- Salesse Yves. *Reformes et révolutions: propositions pour une gauche de la gauche*. Ed Agone, 2001, Marseille, (cap 5)
- Serfati Claude. "La economía de la globalización y el ascenso del militarismo". Coloquio Internacional Imperio y Resistencias. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6 de octubre de 2005.
- Serfati Claude. "La economía de la globalización y el ascenso del militarismo". Coloquio Internacional Imperio y Resistencias. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6 de octubre de 2005.
- Serfati Claude. "La euro-potencia y el militarismo europeo". *Viento Sur* n 74,
- Serfati Claude. "Violences de la mondialisation capitaliste". *Contretemps*, n 2, septembre 2001.
- Wood Ellen Meiksins, "Logics of Power", *Historical Materialism*, vol 14.4, 2006.
- Wood Ellen Meiskins. *Empire of Capital*, Verso 2003.(preface, introducción, cap1).
- Wood Meiskins Ellen, "A reply to critics" *Historical Materialism* vol 15, Issue 3, 2007
- Wood, Ellen Mesikins, *Democracy against capitalism*, Cambridge University Press, 1995, (cap 7).
- Zolo Danilo. *Cosmópolis. Perspectiva y riesgos de un gobierno mundial*, Paidós, Buenos Aires, 2000, (cap 1, 2).

Adversarios y aliados del imperio

Resumen

Estados Unidos refuerza su papel de gendarme para contrarrestar los desafíos de viejos enemigos, nuevos adversarios y tradicionales aliados. Extiende la red de bases militares e institucionaliza el terrorismo de estado. También invade con pretextos humanitarios a los países que albergan grandes recursos o tienen gravitación geopolítica.



Obama ha mantenido sin cambios esta política belicista y abandonó todas sus promesas de moderar la agresividad. Este belicismo genera una degradación moral que desestabiliza a la sociedad norteamericana y socava las tradiciones democráticas. El militarismo es apuntalado por formaciones derechistas, que aportan la base social de las cruzadas internacionales.

Estados Unidos intenta bloquear el ascenso de economías emergentes que tienen recursos demográficos y naturales o experiencia de dominación político-militar. Este grupo de países desarrolla acciones sub-imperiales y tiene mayor autonomía que sus precedentes de la posguerra. El imperialismo promueve la dispersión de ese bloque, mediante la cooptación de ciertos adversarios a una asociación unilateral. Busca especialmente establecer coordinaciones hegemónicas con India, Sudáfrica y Brasil.

La primera potencia intentó neutralizar por completo a Rusia cuando se desplomó la Unión Soviética, pero ha debido aceptar un status de presión militar y negociaciones. Frente al arrollador avance económico de China persiste una indefinición entre la beligerancia y el compromiso.

El gigante del Norte ejerce su liderazgo imperial con la resignada aprobación de Japón, cuya orfandad militar lo obliga a aceptar todas las presiones económicas. Europa conformó una Unión Monetaria, pero no logra cohesión bélica y se amolda a las pautas del Pentágono.

El imperialismo norteamericano intenta reafirmar su liderazgo imperial con controles, sanciones y restricciones a la proliferación nuclear. Define quiénes deben participar y ser excluidos de la disuasión. Estas negociaciones retratan el escenario imperial.

Desde el 11 de septiembre del 2001, Estados Unidos reforzó su papel de gendarme internacional. Inició un ciclo de agresiones tendientes a contrarrestar los desafíos que afronta en varios frentes, con acciones que apuntan contra sus viejos enemigos, sus nuevos adversarios y sus tradicionales aliados.

Intervencionismo generalizado

Desde el fin de la guerra fría el Pentágono ha extendido su red de bases militares. Ingresó en varias regiones anteriormente vedadas (Báltico, Europa Central, Ucrania, Asia Central), acrecentó su presencia en América Latina e irrumpió en África. Estados Unidos ejerce un rol determinante en los conflictos armados, como invasor, instigador, proveedor de pertrechos o sostén de los bandos en pugna. Actúa en forma directa o lateral en todas las sangrías de África (Sudán, Chad y Somalia), Asia (Sri Lanka y Pakistán) y Medio Oriente (Afganistán, Irak, Libia).

El rol jugado por la CIA en estos choques es sólo conocido mucho tiempo después de su ocurrencia. Hay un trabajo sucio de los servicios de inteligencia financiado con enormes partidas del presupuesto militar. La penetración del espionaje en las actividades tradicionales de la diplomacia tradicional se acrecienta día a día.

En las zonas de ocupación se recurre a bombardeos sistemáticos contra la población civil, que la prensa adicta describe como “daños colaterales”. Los asesinatos de ciudadanos indefensos son presentados como acciones necesarias contra el terrorismo. Disparar a mansalva y balear a los sospechosos son ejercicios habituales de los marines en Afganistán o Irak. (1)

Esa brutalidad aumenta en proporción al número de mercenarios incorporados a las tareas de ocupación. Las empresas de seguridad actúan sin ninguna atadura a las reglas militares y cuentan con protección oficial para comportarse como pistoleros. Estos actos de salvajismos son la carta de presentación que utilizan las compañías, para obtener nuevos contratos del Pentágono. (2)

La comandancia norteamericana monitorea formas inéditas de terrorismo de estado, mediante secuestros y torturas que se realizan en una red mundial de cárceles clandestinas. Los prisioneros soportan condiciones inhumanas, son trasladados de un punto a otro y tienen anulado el derecho de defensa. La mitad de los detenidos en Guantánamo es totalmente inocente de las acusaciones que condujeron a su secuestro.

También se ha perfeccionado el asesinato selectivo a través de unidades especializadas. El ajusticiamiento de Bin Laden constituye el ejemplo más reciente de esta modalidad de terrorismo estatal. El líder de Al Qaeda no fue apresado como otros personajes semejantes (Noriega, Sadam) para ser exhibido en algún tipo de tribunal, sino que fue directamente acribillado por un comando elogiado por Obama. El relato infantil que montó el Departamento de Estado para presentar ese crimen como un acto heroico, no logró ocultar que simplemente liquidaron un individuo desarmado.

La inmediata eliminación del cadáver incrementa las sospechas de una operación realizada con total impunidad extra-territorial. Al aplicar el método israelí de ultimar a los adversarios en cualquier parte del planeta, Estados Unidos convierte la violación de la legalidad internacional en un hábito de sus incursiones.

El desprecio por la vida humana es el fundamento de una nueva doctrina de guerra perpetua y destrucción de las poblaciones elegidas como blanco. La justificación de la agresión sigue un guión estándar de argumentos simplistas. Se presenta al enemigo como un “dictador hitlerista” (Sadam) y se invade el país para evitar un “holocausto de inocentes” (Haití, Sierra Leona). Los ataques ejemplares son alentados como forma de impedir que los “tiranos se envalentonen”, afectando la “seguridad mundial”. Toda la artillería es concentrada en un “eje del mal” de países ingobernables o “estados fallidos” (Corea del Norte, Irán o Venezuela). (3)

Estados Unidos afirma que debe ejercer su “responsabilidad en la protección de los civiles”. Pero termina consumando masacres, que se ubican en las antípodas de cualquier “intervención humanitaria”.

Las agresiones siempre se perpetran con alusiones a la libertad y la democracia, hasta que salen a flote los verdaderos propósitos. En ese momento se destapa que lo importante en Irak era el petróleo (y no las armas de destrucción masiva), que en Panamá el problema era el canal (y no las drogas) y que Afganistán es un sitio geopolítico esencial (con o sin Bin Laden). El imperialismo redobla la apuesta frente a cada obstáculo y responde con nuevas convocatorias guerreristas ante cualquier “peligro que afronte Occidente”.

Continuismo y degradación

Obama ha mantenido sin cambios esta política belicista y abandonó sus promesas de moderar la agresividad. Perpetúa Guantánamo, preserva la censura militar, avala la tortura, alienta a las tropas y repite las mismas vulgaridades que Bush sobre el terrorismo. Sólo modificó el estilo y transformó un discurso prepotente en retórica calibrada, para restablecer alianzas y obtener más recursos. Esta continuidad ha generado decepción y el receptor del premio Nobel de la paz ya fue penalizado por el electorado con expectativas progresistas.

Obama retoma la política de Bill Clinton, que encubrió con disfraces humanitarios los ataques a Somalia (1992-93), los bombardeos de Bosnia y los Balcanes (1995), la agresión a Sudán (1998), la incursión en Kosovo (1999) y el hostigamiento de Irak (1993-2003). Actualiza el paradigma de “guerras justas” y concertadas, que durante los años 90 se implementaron en nombre de la globalización y el multilateralismo. Con ese molde corrige los excesos de la soberbia unipolar de Bush, buscando garantizar los objetivos militares que comparten los legisladores demócratas y republicanos.

Pero el belicismo imperial genera una degradación moral que desestabiliza a la sociedad norteamericana. Las aberrantes torturas y azotes en las cárceles de Irak y la conducta de un ejército dominado por el racismo y el acoso de mujeres, generan fuertes repercusiones internas. Los testimonios y las perturbaciones psicológicas de los veteranos conmueven a gran parte de la población. La pérdida de la ética militar genera angustias entre muchos retornados del frente y existen numerosos casos de suicidio.

También la privatización de la guerra, a favor de mercenarios con mayores sueldos que sus pares regulares, potencia la descomposición del ejército. Esta formación combate sin motivaciones altruistas y sus efectivos se reclutan entre una sub-clase de pauperizados, minorías (latinos y afros) y grupos con problemas legales de drogadicción. Son incitados a la matanza a través de entrenamientos, que convierten al asesinato en un hecho corriente. Pero esas infamias acrecientan un malestar interno que comienza a tomar estado público.

La agresividad imperial externa se traduce, además, en un recorte de las libertades democráticas. Resulta imposible masacrar afuera y preservar dentro del país un sistema de información irrestricta. El giro hacia el totalitarismo interno incluye mayor control sobre la difusión de los acontecimientos bélicos.

El espionaje interno ha quedado desbordado en Estados Unidos por una enorme red de agencias. Estas entidades receptan y almacenan diariamente un cúmulo ingobernable de información, que nadie logra procesar y coordinar con alguna seriedad. El número creciente de personas con acceso a los sistemas clasificados ha deteriorado también el carácter confidencial de esa actividad y muchos secretos salen a la superficie.

Hay casos de hackers que difunden esa información por competencia informática o por simple afán de gloria. Pero también hay reacciones frente a la barbarie militarista. El periodismo militante tiende a multiplicarse para contrarrestar la censura de impuesta a la prensa. (4)

La militarización interna es un efecto de la paranoia, que ha generado la cruzada contra el terrorismo. El estado policial hace germinar fuerzas más descontroladas, entre una población habituada al uso de las armas, al racismo y a la persecución de inmigrantes. Algunas leyes en danza autorizan la detención de un individuo por cualquier tipo de sospecha.

La agresión imperial socava las tradiciones democráticas, a medida que la brutalidad externa incentiva el salvajismo en casa. El trato brutal que soportan los presos comunes es otro ejemplo de esta regresión. La tasa de encarcelamientos en Estados Unidos es cinco veces superior al promedio internacional. Los detenidos pobres no pueden solventar su defensa y existe un ambiente fascista en todas las prisiones, administradas como negocios privados.

En este clima militarista se apoya la derecha norteamericana, que perdió fuerza durante el ocaso de Bush y recupera posiciones ante la impotencia de Obama. Este sector incentiva la intolerancia y las supersticiones religiosas, con ideas trogloditas sobre el aborto y el uso del rifle. Su nuevo vocero del Tea Party aprovecha la desesperación que genera el desempleo, la fragilidad de los sindicatos y las dificultades de los movimientos críticos.

La propaganda reaccionaria es solventada por un sector de la plutocracia gobernante, que ha convertido las campañas electorales en torneos de gasto publicitario. Los medios de comunicación han perfeccionado todas sus técnicas de desinformación, para que la población ignore las barbaridades que realizan los marines.

Los distintos grupos derechistas conforman, en la actualidad, la base social del imperialismo norteamericano. Brindan soporte a todas las cruzadas internacionales, a través de mensajes esquizofrénicos. Por un lado exaltan la democracia y la libertad de todos los ciudadanos del mundo y por otra parte realzan la superioridad estadounidense y el desinterés por el resto del mundo. Esta ideología persigue varios objetivos geopolíticos.

Bloquear a los adversarios

El imperialismo norteamericano enfrenta actualmente el ascenso de un grupo de países de creciente gravitación, como China, India, Brasil, Sudáfrica o Rusia. Han sido bautizados con el término de emergentes por sus enormes recursos demográficos, naturales y militares o por su experiencia en la dominación político-militar. Esta irrupción representa un serio desafío para la primera potencia.

El ritmo de expansión de esos países no se detuvo con la crisis financiera del 2008-2010. Mientras que las economías centrales afrontaron los efectos de una severa recesión, los emergentes mantuvieron un importante nivel de actividad. Esa asimetría explica los intensos debates sobre acoples, desacoples y re-acoples, que rodearon a esa convulsión.

Este nuevo grupo de países se perfila como un tercer bloque, igualmente distanciado de las economías avanzadas y del Tercer Mundo. Mantienen una participación limitada en el PBI global, que se incrementa año tras año (del 14% en el 2007 % al 18% en el 2010). Este conglomerado creció tres veces más que las economías avanzadas durante el 2010, con deudas públicas en disminución y clases medias en expansión. Estos dos últimos indicadores presentan una evolución muy negativa en la tríada.

En el año 2000, sólo 26 de las mayores 500 empresas (por su nivel de capitalización bursátil) pertenecían al grupo emergente. En la actualidad llegan a 119 y han liderado varios procesos de adquisiciones de grandes firmas. Además, un tercio de los bonos de tesoro estadounidense se encuentra actualmente atesorado en sus Bancos Centrales. (5)

La nueva gravitación de estas economías quedó consagrada en el esquema de jerarquías mundiales que introdujo el G 20. Este agrupamiento modifica la administración de las turbulencias globales que imperó en los años 80 o 90, en torno al restringido G 7. Se ha conformado un nuevo club de participantes de las cumbres presidenciales, que marginó al G 192 de las Naciones Unidas, pero ensanchó el núcleo de los principales decisores.

Existen varias denominaciones para tipificar al nuevo agrupamiento. El término BRICs (que introdujo Goldman Sachs) es descriptivo y se emparenta con invenciones mediáticas muy ingeniosas, pero poco consistentes.

Lo importante es percibir cómo el ascenso de estas economías desafía los viejos liderazgos imperiales. Son países con rasgos semiperiféricos, que comienzan a ocupar las frecuentes situaciones intermedias que ha registrado la historia del capitalismo. En ese terreno se ubicaron en el pasado las potencias que alcanzaron liderazgos (Estados Unidos, Alemania, Japón), los países que no continuaron ese ascenso (Suiza, Bélgica, España) y los que se extinguieron como fuerzas relevantes (Italia).

Es evidente que la gravitación geopolítica de los emergentes aumenta, especialmente en los entornos regionales más próximos. Este rol se verifica en las acciones de ejercicio de la autoridad zonal, que en los años 60 fueron bautizadas con el término de “sub-imperialismo”. Estas iniciativas repiten los pasos recorridos por las potencias que buscaron alcanzar un status internacional significativo.

Este proceso suscita gran preocupación en los círculos conductores del imperialismo norteamericano, puesto que el ascenso de sus desafiantes actuales difiere del registrado durante la posguerra. En ese período emergieron varias economías occidentales asociadas (Canadá, Suecia, Australia) y un núcleo de aliados confiables (Japón, Alemania, Corea del Sur). Esos países mantenían una relación de estrecha subordinación hacia Estados Unidos, que no comparte el grupo que despunta en la actualidad.

Frente a este escenario, el gigante del Norte recurre a una variable combinación de presiones, alianzas y amenazas. Su estrategia general está dictada por el objetivo de frenar a China, disuadir a Rusia, cooptar a India y coordinar el avance de los poderes específicamente zonales de Brasil y Sudáfrica. Esta política también incluye sostener a Arabia Saudita, vigilar a Turquía y poner en cuarentena a Pakistán. Se consuma tomando distancia de las deliberaciones en la ONU y reforzando el sistema global de bases militares. (6)

El Departamento de Estado trabaja intensamente, para evitar que el grupo emergente se constituya como un bloque geopolítico independiente, con agendas propias e iniciativas coordinadas. Hasta el momento ese alineamiento sólo ha realizado algunas reuniones (Ekaterimburgo 2009, Brasilia 2010), que no definieron políticas comunes.

Estados Unidos pretende aprovechar el estadio inicial de este proceso, para promover la dispersión del grupo. Las élites de la primera potencia son conscientes de la existencia de un posible escenario multipolar de mayor equilibrio entre las fuerzas capitalistas del planeta. En este contexto se podría forjar un contrapeso, que los líderes norteamericanos buscan contrarrestar mediante la fractura del nuevo bloque.

El principal instrumento para propiciar esta división es la cooptación de ciertos adversarios a una asociación unilateral con el imperialismo dominante. Esta captura es presentada como una construcción de “nuevas gobernanzas mundiales”, que en los hechos preserva la conducción norteamericana. Pero esta política exige también reconocerle a cada sub-potencia, un derecho de opresión regional en sus esferas de influencia.

También en el plano económico Estados Unidos emite tentadoras ofertas de alianzas bilaterales. Aquí aprovecha la fuerte distancia que todavía separa a cualquier economía emergente de los países desarrollados. Por el alto nivel de pobreza y desigualdad, el ingreso per cápita de los BRICs se

mantiene muy por debajo del promedio de las principales potencias y del grueso de los países europeos.

Antes del estallido de la crisis reciente, el acceso comercial al mercado interno norteamericano constituía la principal carta de negociación estadounidense. Esa oferta se ha reducido, pero no ha desaparecido y permite tantear convenios bilaterales con cada país, para abastecer al principal importador del planeta.

Cooptación y fracturas

Para alentar las tendencias centrífugas, el imperialismo norteamericano refuerza a las relaciones privilegiadas que mantiene con las clases dominantes del bloque emergente. Esos sectores prosperaron bajo el neoliberalismo y se forjaron al calor de las privatizaciones, buscando emular el estilo de enriquecimiento y consumo de sus pares estadounidenses. Esta herencia de comportamientos choca con la consolidación de proyectos coordinados entre las economías que emergen.

Las elites de estos países no tienen ninguna intención antiimperialista. Priorizan alianzas con el padrino norteamericano. Observan con terror cualquier insubordinación popular en los escenarios sociales explosivos en que actúan.

La experimentada diplomacia norteamericana conoce estos contextos y apuesta a frustrar la consolidación de los emergentes, recordando los bruscos cambios del contexto internacional, que se han observado en las últimas décadas. Del ascenso de los “No Alineados” durante el auge de los Petrodólares, se pasó en los 80 a un colapso de endeudamiento y regresión de la periferia. Luego sobrevino el avance y estancamiento de Japón, el despertar y la crisis del Sudeste Asiático y las frustradas promesas de la Unión Europea. Si se repiten estas oscilaciones, la performance de las economías intermedias podría cambiar con vertiginosa celeridad.

Estados Unidos desenvuelve dos políticas muy distintas frente a los integrantes del bloque emergente. Un segmento es tratado con tolerancia y disposición a reconsiderar las formas de asociación con la primera potencia. Otro grupo recibe respuestas amoldadas a un rival a neutralizar. Mientras que India, Brasil y Sudáfrica son vistos como socios perdurables, Rusia y China son observadas con recelo y decisión de frenar su expansión.

La estrategia de asociación subordinada guía las relaciones con el primer grupo. Esta política incluye la aceptación de un nuevo margen de autonomía, para forjar coordinaciones hegemónicas en distintas regiones del planeta.

Este empalme es muy visible en el caso de la India. El viraje pro-norteamericano de sus clases dominantes es aprovechado por el imperialismo para reordenar el complejo ajedrez en una zona repleta de conflictos sociales, nacionales y fronterizos. Estados Unidos avala la gestión dominante de la India en sus áreas de influencia y aprueba por ejemplo la campaña contra los tamiles de Ceylán. (7)

Un visto bueno semejante reciben los gobernantes sudafricanos para estabilizar el sur del continente negro. La influencia geopolítica de esta ascendente sub-potencia se afianzó desde el fin del Apartheid, junto a la expansión de las empresas radicadas en Johannesburgo. Aunque este desenvolvimiento puede generar conflictos competitivos con las firmas norteamericanas, Estados Unidos incentiva la función ordenadora que cumple Sudáfrica en el continente más desgarrado del planeta. (8)

El mismo tipo de estrategia impera frente a Brasil, que también experimenta una fuerte expansión económica y geopolítica. Estados Unidos observa con disgusto como este país motoriza la gestación de una OEA sin su presencia (a través del Grupo Río), pero también toma nota del estrecho contacto con el Pentágono que ha mantenido durante la ocupación militar de Haití.

Esta acción ejemplifica las nuevas formas de convergencia hegemónica, que el poder estadounidense concede a su socio. Como Brasil no cuenta con armas nucleares, ni con tradiciones recientes de expansión militar, la primera potencia incentiva esta gestión común. (9)

China y Rusia

Las estrategias de alianza que promueve Estados Unidos con ciertos países difieren de las políticas impulsadas frente a los viejos adversarios de Rusia y China. Las décadas de fuerte conflicto se distendieron con el fin de la guerra fría, pero ambos países continúan encabezando el listado de rivales estratégicos. Frente a ellos persiste una actitud bélica de disuasión.

Estados Unidos intentó la neutralización total de Rusia cuando se desplomó la Unión Soviética. Vio la oportunidad de desarmar a su principal oponente de los años 50-60 y aprovechó el auto-destructivo giro neoliberal de las elites del país, para intentar la desmilitarización de su viejo enemigo. Robó secretos bélicos, infiltró las comandancias del ejército y sobornó a los funcionarios dispuestos a rematar por migajas los restos de la URSS.

Pero el imperialismo montó, además, un cerco con escudos anti-misiles avalado por sus nuevos vasallos de Europa del Este y Asia Central. Con este sistema colocó a su viejo antagonista en una situación de indefensión absoluta. El ingreso de los países bálticos y Polonia a la OTAN completó este cerrojo y la conversión de las viejas repúblicas soviéticas en satélites norteamericanos reforzó el asedio. Georgia se transformó en un servidor del imperio y los pequeños protectorados de la ONU (como Kosovo), utilizaron el disfraz de la independencia para instalar bases del Pentágono.

Pero esta política de sometimiento de Rusia suscitó finalmente una reacción de los propios dirigentes del país, que aprendieron en su nueva práctica de clase capitalista la conveniencia de sostener la integridad territorial. Los oligarcas que comandan la economía y los déspotas que manejan el estado captaron la imposibilidad de sostener sus negocios, si continuaba la desarticulación nacional que inició Yeltsin. Por esta razón comenzó el viraje de Putin hacia la reconstrucción del poder militar. El objetivo es asegurar el control sobre las enormes riquezas energéticas y proteger con la fuerza el petróleo, los oleoductos y los gasoductos. (10)

La brutal paliza que propinaron las tropas rusas a Georgia ejemplifica esa reacción. El país se endureció además con la OTAN y exigió congelar el sistema de misiles erigido en Europa Oriental, para encarar cualquier negociación sobre temas de seguridad. Dio por finalizado el desarme y duplicó en la última década el gasto militar.

En este nuevo marco Estados Unidos oscila entre continuar la presión fronteriza y aceptar el status bélico de Rusia. Por un lado tantea el mantenimiento de los misiles, compite por el control militar del Ártico y rivaliza por el patrocinio de regiones con recursos naturales. La crisis de Kirguistán se dirime, por ejemplo, como una disputa de influencias en un territorio con bases norteamericanas y rusas.

Pero por otra parte, el Departamento de Estado negocia con Rusia reconociendo autoridad sub-imperial. Esa actitud ha predominado frente a las demandas nacionales de los chechenos. El gigante eslavo perdió la primera oleada de batallas contra ese pueblo (1994-96) y lanzó una segunda guerra (desde 1999) con grandes masacres de la población civil. Estados Unidos oculta especialmente estas

matanzas por enemistad común ante cualquier insurrección islámica. En esta “lucha contra el terrorismo” Rusia y Norteamérica reencontraron estrechos puntos de acuerdo.

Pero la definición más compleja que enfrenta la primera potencia es la estrategia a seguir frente a China. Allí se localiza el principal competidor de la supremacía norteamericana. Es una amenaza que ya está a la vista en el terreno económico. El avance del rival oriental se ha tornado incontenible en las últimas décadas y se afianzó en la última crisis financiera.

China se afirma como segunda economía del mundo, luego de superar a Japón. Mantiene un promedio de crecimiento del 10% anual y se ha transformado en el mayor exportador del planeta. Encabeza la tabla mundial de fabricantes de autos y alberga el principal mercado de nuevos vehículos. Como se transformó en el principal usuario de energía, ya lidera la emisión de monóxido de carbono. (11)

Las consecuencias geopolíticas de ese progreso se vislumbran en la presencia de la sombra china, en todas las regiones con recursos naturales. Las empresas orientales conquistan espacios en los países asiáticos y en cualquier zona de África o América Latina con gas, petróleo, minerales o insumos agrícolas. Este dinamismo oriental desestabiliza la pretensión norteamericana de preservar su liderazgo imperial. El incremento del gasto militar chino -que saltó de la moderación a la expansión en la última década- es también un dato relevante.

El avance chino ha generado más desconcierto entre los diseñadores de la política exterior estadounidense, que la irrupción japonesa de los años 80. Hay varias estrategias abiertas, en un abanico de posturas beligerantes (promovidas por Pentágono) y conciliatorias (alentadas por las empresas transnacionales).

Un sector (Kaplan y Mearsheimer) propone retomar la guerra fría y crear un clima beligerante entre los aliados de la zona (Japón, Australia, Taiwán y Corea del Sur) para reproducir el hostigamiento que debilitó a la Unión Soviética. Otra postura (Pinkerton) promueve incentivar los conflictos con otras potencias (India, Japón), para lucrar con el debilitamiento de todos los competidores. Otra tesis (Kissinger y Brezhinski) sitúa la amenaza china sólo en el flanco económico y busca formas de asociación. Durante su gestión Bush no privilegió ninguna de estas opciones y esta vacilación persiste con Obama. (12)

Esta misma variedad de posturas se verifica en la contraparte china. Hasta ahora ha prevalecido la fracción de la elite costera, que promueve preservar estrechas relaciones económicas con Estados Unidos, con el propósito de mantener la primacía de las exportaciones y el financiamiento de un socio privilegiado. Esta orientación limita todos los ensayos de giro hacia el mercado interno, la mayor inversión en el agro y la apreciación del yuan.

La postura opuesta propone diversificar las acreencias y tomar distancia del deudor norteamericano. Propugna contrarrestar los desequilibrios que genera un esquema exportador, que descontrola la afluencia rural hacia las ciudades, mantiene los salarios contraídos y limita el consumo de los sectores más humildes. La influencia de este sector es mayor en las provincias del interior y no logra preeminencia entre los conductores de la política exterior oriental. (13)

Las indefiniciones de los grupos dirigentes de ambos contendientes acrecientan las tensiones que genera la expansión de China. Los aliados tradicionales de Estados Unidos en Asia soportan la desestabilización que impone un vecino arrollador, que tiende a convertirlos en proveedores de insumos.

Es evidente que China amplía su esfera de influencia con exportaciones de capital y mercancías.

Pero su perfil futuro no depende sólo del continuado despliegue productivo, sino también de un desenlace político, entre las estrategias en pugna en las elites dirigentes.

Presión sobre los aliados

Estados Unidos ejerce su liderazgo imperial con la resignada aprobación de Europa y Japón. Este aval ha sido muy visible en la crisis económica de los últimos años. Cada encuentro entre presidentes para ajustar medidas de socorro a los banqueros fue sucedido por reuniones de seguridad, auspiciadas por el Pentágono. En estos cónclaves se definieron las prioridades del imperialismo colectivo.

Japón mantuvo su status político subordinado a las necesidades del Departamento de Estado. Esta performance surgió al concluir la segunda guerra y se atenuó posteriormente, pero nunca evolucionó hacia formas de administración más autónomas. Por esta razón, los conflictos comerciales y financieros con la primera potencia siempre tuvieron desenlaces desfavorables para los nipones.

Japón ha sostenido la economía norteamericana desde los años 70, a través de múltiples concesiones en el tipo de cambio, los aranceles y las normas crediticias. Al carecer de poder militar, cuenta con un margen muy estrecho para negociar con mayor dureza. Apuntaló el dólar revaluando el yen, limitó las exportaciones, solventó el gasto militar norteamericano y accedió a la reestructuración industrial que propició su socio. (14)

El status de Europa es muy distinto, pero se encuentra también condicionado por el despliegue de bases militares yanquis, en todos los puntos estratégicos del Viejo Continente. Estados Unidos impuso desde la posguerra relaciones iniciales de subordinación (Alemania), dependencia (Italia), asociación (Gran Bretaña) y también enfrentó tensiones (Francia). Este cuadro tuvo una evolución muy dispar hasta la creación de Unión Europea.

A partir de esta asociación se ha forjado un nuevo escenario asentado en la existencia de una moneda común y el afianzamiento de un gran tejido comercial, financiero y productivo. Pero la Unión no ha logrado construir su propia estructura militar y tampoco comparte una orientación diplomática externa común. La influencia europea en Medio Oriente y Asia Central decrece y no se han establecido relaciones estrechas con Rusia. Esta impotencia deriva del enanismo militar que se auto-impone la Unión Europea, al mantenerse bajo el paraguas de la OTAN.

Esta irrelevancia salió a flote durante la guerra en la ex Yugoslavia (1999). Estados Unidos fijó los ritmos y las modalidades de la intervención externa, en el primer conflicto militar de proporciones dentro de Europa desde la Segunda Guerra. Estas acciones se articularon bajo el mando del Pentágono, luego del fracaso de todas las mediaciones ensayadas por las potencias del Viejo Continente. Las tropas que enviaron estos países se adaptaron también a las directivas norteamericanas.

La misma sumisión militar volvió a observarse en todas las negociaciones encaradas con el ex bloque soviético. Mientras que Bruselas dirige las tratativas de ingreso al Euro de cada candidato de Europa Oriental, Washington determina cuántos misiles deben desplegarse en Polonia, el Báltico y la República Checa.

La carencia de cohesión militar europea se acentuó con el regreso francés a la OTAN. Este retorno marcó el sometimiento del último discípulo a la primacía estadounidense. Francia había intentado durante décadas desenvolver su potencial atómico en forma autónoma y mantuvo serios conflictos con el Pentágono, para preservar la tradición gaullista de independencia. Pero este rumbo perdió

peso y parece agotado.

La Unión Europea brindó en los últimos años un sostén silencioso y disciplinado a todas las exigencias de su hermano mayor. Permitió que los aviones estadounidenses utilizaran su espacio aéreo, avaló operaciones encubiertas de Medio Oriente y aportó tropas para las invasiones dispuestas por el Departamento de Estado.

En cada cónclave de la OTAN se ultiman detalles de distintas incursiones. En Estrasburgo (2009) se acordó cómo contribuirá Europa a nuevos despliegues en Afganistán (que ya cuentan con efectivos de Francia, Alemania, España y Gran Bretaña). En Lisboa (2010) se reafirmaron los atributos de la organización que apadrina el Pentágono, para definir enemigos y estrategias de hostilización.

Pero lo más conflictivo es el pago de la cuenta. La crisis financiera abre serias dudas en torno a la financiación de los operativos. Todos los miembros europeos de la OTAN padecen monumentales desequilibrios de sus cuentas públicas y la organización se enfrenta con la cuadratura del círculo: postula aumentos del gasto militar sin recursos suficientes para solventarlos. (15)

La impotencia bélica europea tiene manifiestas consecuencias en el plano económico. Como los capitalistas advierten quién es su real protector en las situaciones de crisis, se recuestan sobre el dólar y los bonos del tesoro. Esta preferencia acentúa a su vez las debilidades europeas para gestionar la crisis, manejar la deuda pública y modificar la política conservadora del Banco Central Europeo (que obstruye con altas tasas de interés la integración productiva continental).

Existen muchos interrogantes sobre el futuro de la Unión Europea si la crisis económica actual se profundiza. La ausencia de un resorte militar unificador confirma hasta ahora las diferencias cualitativas con Estados Unidos. El Viejo Continente ha perdido el sostén imperial que utilizaba en el pasado para atenuar los efectos de las convulsiones capitalistas. La supremacía militar le aporta en cambio a Norteamérica, un gran instrumento para descargar las consecuencias de estos desequilibrios sobre sus rivales.

El test de la proliferación

Todas las tendencias y contradicciones que rodean a la supremacía imperial estadounidense se verifican en los debates sobre la proliferación de armas atómicas. Estados Unidos ya no afronta perspectivas de guerra nuclear con otras potencias. La confrontación con la ex URSS ha desaparecido, pero se ha creado un nuevo problema con el comercio de ese armamento. La prioridad del Departamento de Estado es la contención de ese explosivo intercambio y la estricta supervisión norteamericana de esta actividad.

Como ya existen nueve países con arsenal atómico (Estados Unidos, Rusia, China, Gran Bretaña, Francia, Israel, Pakistán, India y probablemente Corea del Norte), resulta casi imposible un bloqueo total de la proliferación. Por esta razón el Pentágono ha centrado todas sus exigencias en el control.

Esta supervisión no guarda el menor parentesco con la pacificación. Lo que está en debate es la racionalización y no la disminución del número de bombas. Mientras se negocia la reorganización del arsenal mundial se están desarrollando nuevos artefactos (X-51), que alcanzarían a cualquier país en menos de una hora. También se ultima el funcionamiento de un submarino, que transportará 6 bombas nucleares. Lo que se discute siempre es el destino de las ojivas obsoletas y no el uso de sus equivalentes almacenados. (16)

El Pentágono busca acelerar también estas tratativas, puesto que perfecciona la amenaza nuclear con nuevos desarrollos de fuerzas convencionales. En la medida que asegure su control del ajedrez

nuclear, podrá desenvolver esos armamentos, que constituyen su apuesta estratégica para el próximo período. (17)

Pero sólo reafirmando su liderazgo imperial, Estados Unidos puede contar con la última palabra, a la hora de definir quién accede al mortífero club atómico. Todas las exhibiciones de fuerza apuntan a mostrar ese poder de supervisión. Los expertos norteamericanos exigen derecho de revisión de todo el material dudoso y también reclaman un riguroso poder de veto para cualquier transferencia.

Estados Unidos ha desarrollado una doctrina para catalogar los países que amenazan la seguridad y los estados que reúnen todos los atributos para custodiar la paz. Con esa clasificación define quiénes están maduros para participar en la disuasión y quiénes deben ser excluidos de ese juego.

En la última reunión internacional que abordó el tema (Washington, principios del 2010), la primera potencia estableció la agenda nuclear debatida por 47 países. Exigió blanquear los arsenales atómicos para impedir transferencias indeseadas y propuso instaurar un control del stock de plutonio y del uranio enriquecido (dos ingredientes de la bomba), bajo estricto escrutinio estadounidense.

También exigió un plazo de cuatro años para someter todo el material sospechoso al control de un organismo manejado por el gigante del Norte (Asociación Internacional de Energía Atómica). Se suscribieron acuerdos de eliminación inmediata de esas sustancias con Chile, Canadá, Ucrania y México y se estableció un cronograma general, que Estados Unidos también acelera para reactivar el desarrollo nuclear, como fuente de energía alternativa al petróleo.

Un punto conflictivo es el blanqueo de las 200 cabezas nucleares que tiene Israel. Este reconocimiento es una prenda de negociación para someter a todos los países a las nuevas reglas de Washington. Como el estado sionista es también el principal artífice de un eventual ataque aéreo a las instalaciones nucleares de Irán, su caso ha quedado circunscripto a un tratamiento especial. Israel no quiere rivales en la disuasión atómica de Medio Oriente y tiene en la mira ese eventual bombardeo, antes de la maduración del proyecto nuclear de Teherán.

Este ataque se mantiene como opción, mientras Estados Unidos juega la carta diplomática, para disuadir a Irán de su desafío atómico. El método de presión de los norteamericanos para forzar este desarme se parece mucho al practicado por Bush con Irak. Resoluciones de la ONU condenando al país, exigencias de apertura a las inspecciones internacionales y finalmente, algún ultimátum de rendición. Para realizar este chantaje cuentan con la estrecha colaboración de Alemania y España.

Pero Estados Unidos necesita comprometer a Rusia y eventualmente a China en el cerco contra Irán, para tornar asfixiante esta presión y bloquear las transferencias de tecnología. Ambas potencias exigen fuertes contrapartidas a cambio de esa complicidad. Por esta razón, se han ensayado otros caminos de mediación, a través de Brasil y Turquía.

Durante el año 2010 ambos países transmitieron un ultimátum preparado por Estados Unidos que no prosperó. La pretensión de comprometer a Rusia, China o la India en esta mediación también fracasó, puesto que los tres países tienen sus propios intereses sub-imperiales en la zona. No quieren armas nucleares en Irán, pero prefieren abstenerse del ejercicio de presiones directas.

Estados Unidos necesita, además, el concurso de otros socios para ordenar la situación de ciertos aliados –como India y Pakistán– que han evitado suscribir el tratado de No Proliferación. Un conflicto entre ambas naciones podría derivar en el uso del material nuclear. Pero aquí el Pentágono acepta jugar con fuego, puestos que ambos países integran el círculo íntimo de sus asociados.

En cambio, las exigencias sobre Corea del Norte aumentan día a día. El Departamento de Estado busca imponerle a ese país una cuarentena más severa que a Irán, ya que su desarrollo atómico le permite comercializar algunas franjas menores del explosivo armamento. Este hostigamiento es permanente y requiere un activo concurso de China, que el gigante oriental mantiene en reserva.

Estados Unidos difunde la ridícula versión de un dictador loco que se resiste a desmontar su arsenal, a la espera de mayores retribuciones económicas. En los hechos el Pentágono ha reforzado la presencia de sus tropas en Corea del Sur y promueve todo tipo de incidentes militares para bloquear la distensión, que ensayaron en la última década los mandatarios de ese país. El rumbo actual está dictado por un simple incremento de las provocaciones, a fin de imponer el desarme del adversario.

Todas estas peripecias en torno al arsenal nuclear retratan la situación actual de la dominación imperial norteamericana. La primera potencia ejerce activamente la supremacía militar y busca reafirmar ese poderío contra cualquier adversario existente o potencial. Somete a Europa y Japón, negocia con Rusia y China, fija el calendario de las ofensivas y de los blancos.

Estados Unidos refuerza, por lo tanto, su papel de gendarme para contrarrestar los desafíos de viejos enemigos, nuevos adversarios y tradicionales aliados. Intenta bloquear el ascenso de las economías en crecimiento, mediante la cooptación de ciertos países y la presión militar sobre otras naciones. En todos los casos, ejerce un liderazgo imperial para asegurar la subordinación de sus asociados. Pero cada acto de reafirmación de ese poder enfrenta mayores y condicionamientos. Estos obstáculos se verifican en las zonas más calientes del planeta.

Notas:

- 1) En el video "Collateral Murder", filtrado por wikileaks en abril de 2010, se observa cómo operan este tipo de asesinatos de personas (y periodistas) que caminaban pacíficamente por una plaza. Ver: www.collateralmurder.org
- 2) Una de estas firmas (Blackwater) ha extendido con otro nombre (Xe Services) su oferta de trabajos sucios a la actividad civil, La Jornada, México, 1-10-2010.
- 3) Un informe militar reciente de esta política denominado "Army Modernization Strategy" ilustra esa estrategia. Clarín, Buenos Aires, 14-10-08.
- 4) Un informe de estas tensiones en Página 12, Buenos Aires, 25-7-10.
- 5) Un análisis en La Nación, Buenos Aires, 5-9-2010.
- 6) Una descripción de esta múltiple estrategia en: Tokatlian Juan Gabriel, "Una tentación imperial que aún no ha cedido", Clarín, Buenos Aires, 30-11-10.
- 7) Un análisis en Varadarajan Siddharth, "India ávida de reconocimiento", Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, Noviembre 2008.
- 8) Ver: Bond Patrick. "El imperio norteamericano y el subimperialismo sudafricano". El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- 9) Desarrollamos este tema en: Katz Claudio, Latinoamérica, "El peculiar ascenso de Brasil" en "Las disyuntivas de la izquierda en América Latina", Edición cubana, Colección. Nuevo Milenio, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.
- 10) Ver: Kagarlistky Boris. "El estado ruso en la era del imperio norteamericano". El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- 11) Un informe en The Guardian-Clarín, Buenos Aires, 17-8-2010.
- 12) La caracterización de estas estrategias es expuesta por: Arrighi Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, (cap 10).
- 13) Este análisis plantea: Hung Ho-Fung, "China: ¿la criada de Estados Unidos?", New Left Review 60, 2010.
- 14) Estos condicionamientos son retratados por: Murphy Taggart, "A loyal retainer? Japan, capitalism and the perpetuation of America hegemony Socialist Register 2011 The Crisis This Time Sep 2010.

15) Ver: La Nación, Buenos Aires, 20-11-2010.

16) Ver: Almeyra Guillermo, “El desarme nuclear de Obama”, La Jornada, México, 18-4-10.

17) Ver: Wetz Richard, “Obama entre el desarme y la supremacía atómica, Clarín, Buenos Aires 11-4-10.

Bibliografía:

- Chomsky Noam, “Genocide denial with a vengeance”, Monthly Review, vol 62, n 4, september 2010.

- De Pauw Freddy, “Patriotes, Ossetes et petrole”, Inprecor 541-542, septembre -octobre 2008

- Fiori José Luis, O poder global e la nova geopolitica das nacioes, Editorial Boitempo, 2007, Sao Paulo.

- Johnson Chalmers, “¿Es posible la liquidación imperial en el caso de USA”, www.rebelión.com 24-5-07

- Johnson Chalmers, “El significado del imperialismo”, www.prodavinci.com, 27-1-09

- Katz Claudio -“Las tres dimensiones de la crisis”, Número 37/38 de la revista Ciclos en la historia, la economía y la sociedad, Año XX, Vol. XIX, 2010, ISSN 0327-4063, Buenos Aires, FIHES-IDEHESI

- Katz Claudio, “Crisis global: las tendencias de la etapa”, Aquelarre, Revista de Centro de la Universidad de Tolima, Colombia, vol 9, n 18, 2010

- Klare Michael, “Guerre du Caucase”, Inprecor 541-542, septembre -octobre 2008

- Nanga Jean, “Après cinquante ans d’indépendance”, Inprecor 562-563, juin-juillet 2010.

- Tokatlian Juan Gabriel, “Estados Unidos persiste en el error”, Clarín, 16-11-10.

- Zinn Howard, “Foreword”, in Lends Sydney The forging or the American empire, Pluto Pres, Canadá 2003

VIERNES 24 DE JUNIO DE 2011

Las áreas estratégicas del imperio

Claudio Katz (especial para ARGENPRESS.info)

Resumen

Las agresiones de la última década han privilegiado las zonas tradicionales. Los ataques en Medio Oriente se explican por las reservas petroleras y la ubicación geopolítica. Pero en Irak influyó también el mensaje general de dominación, junto a imposiciones del lobby sionista y presiones neoconservadoras. Luego de un gran desangre, el resultado del atolladero permanece abierto.



La extensión de la guerra hacia Afganistán y Pakistán agrava la tragedia humanitaria, recompone a Irán, genera tensiones con India y recrea el fantasma de los talibanes. Estados Unidos sostiene a Israel como un apéndice colonial que impide la constitución del estado palestino. Esta opresión es encubierta con una falsa identificación del judaísmo con el sionismo y torna improbable la repetición del curso seguido en Sudáfrica. La resistencia de los palestinos converge ahora con una sublevación generalizada que cambia el escenario regional.

Estado Unidos continúa considerando al grueso de América Latina como su “patio trasero”. Jerarquiza la presión militar a través de la IV flota y nuevas bases de Colombia, que hostigan a los gobiernos antiimperialistas y redoblan las provocaciones contra Cuba.

El imperialismo militariza esa región con el pretexto de enfrentar al narcotráfico, cuando ha

utilizado esa actividad para financiar operaciones de la CIA. Pero ya se ha creado una narco-burguesía criminal, que rompe la cohesión de los estados.

La ocupación militar ha reaparecido en Haití y el golpismo clásico que resurgió en Honduras no pudo prosperar en Ecuador, Bolivia y Venezuela. Estados Unidos intenta una contraofensiva en América Latina para recuperar terreno económico frente a sus rivales, luego del fracaso del ALCA.

La intervención norteamericana en África ha crecido junto al repliegue de las viejas potencias coloniales y ante la creciente presencia comercial de China. Luego de una década de despojos neoliberales, la región se ha transformado en un escenario de disputas por el control de las materias primas. Pero también actúa una nueva burguesía africana que custodia sus propios intereses.

Las agresiones bélicas de la última década han privilegiado las zonas tradicionales de intervención imperial: Medio Oriente, América Latina y África. También en este plano Obama continúa con menos alardeos, la política de atropellos que implementó Bush. Evita las imprudencias de su antecesor, pero preserva la misma agenda militarista.

Las incursiones repiten un libreto conocido. Primero aparecen los discursos moralizadores y luego el hostigamiento del enemigo, que está invariablemente localizado en una región apetecida. Posteriormente se exige la rendición con chantajes diplomáticos de la ONU y finalmente aparece el bombardeo o la ocupación del país cuestionado.

La demolición de Irak

Los ataques en Medio Oriente obedecen a dos razones específicas: reservas petroleras y ubicación geopolítica. Estas motivaciones determinaron la continuada presencia imperial durante todo el siglo XX. Pero el ciclo iniciado en el 2001 se ha caracterizado por nuevos atropellos que alcanzaron proporciones dantescas en Irak.

Todavía se desconoce cuántas víctimas provocó la invasión norteamericana, aunque varias estimaciones computan 600.000 muertos, cuatro millones desplazados y dos millones exiliados. Aumentó la desnutrición infantil, el 43% de población recayó en la pobreza extrema, la mitad de los trabajadores quedaron desempleados, el 79% de los habitantes carece de agua potable y se perdió al 80% de los médicos. (1)

En Irak ha imperado el terror cotidiano y ya nadie recuerda los ridículos argumentos esgrimidos por Bush para lanzar el ataque. Todos los funcionarios han reconocido que nunca existieron las armas de destrucción masiva y con gran cinismo hablan de “errores de evaluación” o “fallas de información”. Es sabido que utilizaron un burdo pretexto para consumir una ocupación cuidadosamente planificada.

El control del petróleo fue la causa directa de la invasión. Es conocida la vinculación de la familia Bush con ese sector y la urgencia por ampliar el abastecimiento de crudo importado, ante el escaso desarrollo de las energías renovables. Todos los gobiernos norteamericanos han buscado incrementar esa provisión, privilegiando la región del Golfo, que concentra dos tercios de las reservas mundiales y aporta el 30% de la producción. Con el control de Irak se intentó contrapesar la excesiva dependencia de suministros sauditas y se buscó incidir en la evolución de las cotizaciones del crudo.

El recurso natural más codiciado por las potencias afronta un horizonte de agotamiento que acentúa la rivalidad por su acaparamiento. La transición hacia un patrón energético independizado del

petróleo será un proceso prolongado, que estimula la captura inmediata de todas las fuentes disponibles de crudo. Como ese abastecimiento es por otra parte imprescindible para el complejo militar-industrial, salta a la vista la influencia del Pentágono en el ataque a Irak. El petróleo es un insumo vital para el funcionamiento de la maquinaria bélica y garantizar su obtención en Medio Oriente ha sido un principio estratégico central desde la presidencia de Carter. (2)

Pero Irak no carga sólo con la desventura de riquezas petroleras que el imperio considera propias. Está ubicado en un punto de cruce entre China, India y Asia Central, que el poder norteamericano intenta rediseñar. Por esta razón Bush no repitió la acción punitiva de la “Tormenta del Desierto”, sino que optó por la ocupación permanente y la instalación de un gobierno títere. (3)

Algunos autores afirman también que el ataque fue también una imposición del lobby sionista, que ha buscado perpetuar un estado de guerra en toda la región. La “acción preventiva” pretendió convencer al mundo árabe del carácter invencible de Washington y la consiguiente conveniencia de aceptar las imposiciones del sionismo. Esta política desestabiliza el mercado petrolero y entraña conflictos con los emires del Golfo, pero asegura el amedrentamiento militar. (4)

Seguramente la enorme influencia lograda por los estrategas neoconservadores inclinó la balanza a favor de una incursión unilateral. Esta acción era recelada por los ideólogos tradicionales del establishment (como Kissinger o Brezinski), que advirtieron el peligro de repetir el pantano de Vietnam. (5)

La invasión fue un mensaje de dominación a todos los enemigos, adversarios, socios y aliados. Estados Unidos exhibió su decisión de aplicar la ley de la selva y envió una advertencia directa a todos los candidatos a sufrir alguna intervención (Corea, Irán, Siria). La primera potencia mostró los dientes a los países que despliegan su armamento en la zona (Rusia, China) y recordó a los aliados de la OTAN, quién ejerce el control efectivo de la fuerza. Este “efecto Hiroshima” ha sido frecuentemente utilizado por Estados Unidos. La devastación nuclear que sufrió Japón, inauguró un mensaje disuasivo del ejército que maneja un poder ilimitado de destrucción. (6)

La ocupación de Irak fue precipitada también por necesidades coyunturales de reforzamiento de la primacía del dólar, ante la amenaza de Hussein de comercializar el petróleo en euros. La invasión buscó brindar confianza a los países que acumulan bonos de Tesoro y financian los déficits gemelos de Estados Unidos. Todos los presidentes de la primera potencia han llevado a cabo alguna acción militar significativa, contra países que pueden ser derrotados con facilidad y en poco tiempo. De esta forma, el imperialismo hace valer su poderío a escala mundial. (7)

El plan inicial de Bush contemplaba destruir el viejo régimen, disolver su ejército e instaurar un régimen títere, pero fracasó por completo. La invasión creó un polvorín y desembocó en un atolladero, que demostró la imposibilidad de reducir a Irak a un status colonial. Estados Unidos no está habituado a comandar este tipo de administraciones y la preexistencia de un aparato estatal moldeado en tradiciones nacionalistas, bloqueó cualquier posibilidad de protectorado colonial. El caos que sucedió a la invasión confirmó la imposibilidad de gobernar el país, sin el concurso de milicias locales y alguna minoría étnica.

La ocupación enfrentó una resistencia insurgente que utilizó gran armamento, demostró experiencia de lucha y exhibió voluntad de sacrificio. El terror fue una respuesta insuficiente y Estados Unidos ha comenzado a repetir la política ensayada por los británicos a principio del siglo XX: propiciar guerras sectarias entre las distintas confesiones, para crear un ejército títere al cabo de un desangre colectivo.

Con esa finalidad tolera una violencia religiosa que amenaza la integridad del país. Pero esta

situación es ingobernable a mediano plazo y resulta imposible apoderarse del petróleo de una nación desgarrada. Estados Unidos ha creado un desastre, que no logra resolver.

La política de gobernar oponiendo grupos religiosos se instrumenta a través de los sectores sunitas financiados por Arabia Saudita, contra las fracciones chiitas solventadas por Irán. Pero esta reorganización confesional de Irak es una apuesta riesgosa, ya que abre el camino para otras fracturas (dentro de los chiitas) y nuevas acciones autónomas de la minoría kurda, que se ha divorciado del resto del país. Una partición definitiva en tres estados tornaría más difícil el manejo del petróleo y por eso Estados Unidos propicia algún tipo de federación bajo su arbitraje.

Ningún gobierno ha podido funcionar en el caos creado por el laberíntico clientelismo de una guerra de confesiones. Las elecciones instalan funcionarios sin poder de administración, las coaliciones nacionales no se trasladan a las regiones del interior y en el país impera el desgobierno. Por esta razón los invasores mantienen abierta la posibilidad de algún acuerdo con Irán o Siria, para tornar manejable la realidad política iraquí.

Este proceso dependerá del costo general de una ocupación, que no ha permitido la apropiación del petróleo, pero involucra un número acotado de bajas para el Pentágono. Hasta ahora no hay retirada a la vista, sino redistribución de las fuerzas ocupantes y adiestramiento de un ejército cipayo.

El resultado final permanece abierto. El imperialismo ha provocado un desangre interno que le permite permanecer en un atolladero, sin afrontar todavía la temida perspectiva de una retirada humillante. Pero esta perspectiva se reabrirá, si no logra alguna estabilización.

La extensión de la guerra

Obama ha intentado salir del pantano iraquí, ampliando las operaciones en Afganistán y abriendo un nuevo frente en Pakistán. Pero al saltar de una región a otra borrando las fronteras, acentúa la ilegitimidad de guerras sucesivas implementadas por gobiernos aislados e impopulares.

Frente a cada adversidad militar aumenta la apuesta bélica y se agrava la tragedia humanitaria. Los refugiados, las masacres y la destrucción de localidades repiten lo ocurrido hacia tres décadas en Indochina, cuando la ocupación de Vietnam fue seguida de una invasión a Laos y otra a Camboya.

Con esta expansión guerrera se intenta reforzar un eje pro-norteamericano en torno a Egipto y Arabia Saudita, en oposición a Siria e Irán. También se pretende retomar la política de ocupación occidental, que guió la primera guerra del Golfo. El objetivo norteamericano es lograr nuevas contribuciones financieras de Europa y Japón y nuevos contingentes de tropas, aportados por todos los miembros de la OTAN. Pero remendar el unilateralismo de Bush exige victorias en el campo de batalla, que los marines no están logrando.

Afganistán es la prioridad de una ofensiva concebida para obtener éxitos inmediatos. El país estuvo siempre en el camino de los conquistadores y es un punto de encuentro entre China, India, Rusia e Irán. Alberga grandes reservas de petróleo, gas, cobre y hierro. Pero los crímenes se suceden sin respiro en todo el país y las batallas privatizadas multiplican el descontrol de las milicias informales.

El nivel de corrupción gubernamental es tan delirante como el fraude electoral. El propio gobierno norteamericano ha debido emitir algunas reprimendas a su impresentable títere (Karzai). La intolerancia religiosa y la discriminación contra la mujer –objetadas a los talibanes- son la norma oficial en el territorio.

Pero lo más llamativo es la resurrección de Afganistán como centro de producción y comercialización de drogas. El cultivo de heroína ha vuelto a florecer, financia la guerra y alimenta la red de funcionarios que giran sus beneficios al exterior. La complicidad de la CIA en las guerras locales por el control del tráfico y la participación de los bancos norteamericanos en el lavado de dinero vuelve a cobrar relevancia.

Desde hace nueve años las tropas estadounidenses enfrentan serias dificultades para someter a los talibanes. Han probado infinitos planes, estrategias y jefaturas, sin ningún resultado. Se refugian en las ciudades, despilfarran pertrechos y acrecientan las víctimas civiles. (8)

Más problemática ha sido la extensión de la conflagración a Pakistán, como resultado del cruce generalizado de las fronteras. Un aliado de peso de Estados Unidos ha quedado involucrado en grandes enfrentamientos y soporta el éxodo de 2,5 millones de refugiados. En esta zona el imperialismo juega con fuego. Los militarizados gobiernos pakistaníes han seguido en las últimas décadas todas las órdenes dictadas por Washington. Pero el sostén de estos generales entraña peligros inconmensurables.

El país cuenta con armas nucleares y entrenó a los talibanes que terminaron en la trinchera opuesta. La CIA creó junto a sus socios pakistaníes ese ejército de fanáticos religiosos, que primero atacó al gobierno progresista de Afganistán (que sostenía la URSS) y luego se convirtió en el enemigo número uno del Departamento de Estado. Nadie sabe qué grado de intensidad mantienen las relaciones entre esos talibanes y sus viejos adiestradores pakistaníes.

Al desarrollar una guerra desde este país, el imperialismo refuerza su compromiso con un gobierno corrupto, que no socorre a las víctimas de las inundaciones para garantizar la continuidad de los bombardeos de la fuerza aérea. La animosidad de la población hacia Estados Unidos aumenta, al compás de los delitos que cometen los marines.

El ingreso de Pakistán en el escenario de la guerra implica, además, recrear las tensiones con la India, que ha sido su principal adversario militar en las últimas décadas. Ambos países multiplican las maniobras y desplazan tropas hacia la frontera más caliente de la zona.

El gobierno de India considera que su rival apaña a grupos comprometidos en atentados de gran porte (como Bombay en el 2008). Hay sectores que propugnan abiertamente la guerra para asegurar la ocupación de Cachemira y retomar el conflicto limítrofe.

Estados Unidos maniobra entre sus dos aliados, conociendo la enorme dimensión de los arsenales nucleares que acumulan ambos contendientes. Ensaya un juego a dos puntas para actuar como árbitro, recurriendo a la misma duplicidad que utiliza frente a Israel y Turquía (en el caso de Palestina) o ante Grecia y Turquía (en el conflicto del Mediterráneo).

Pero la India se perfila como el principal asociado, no solo por la envergadura de la sub-potencia regional. El giro pro-norteamericano de los grupos dirigentes induce a colocar al país en la primera fila, de la contención de China.

Este ajedrez solo puede funcionar si predomina un nivel de estabilidad, que el Pentágono erosiona al extender la guerra. Con esa ampliación se promocionan ejércitos, que posteriormente cobran vuelo propio y terminan chocando con el poder imperial. Estas secuencias siguieron los talibanes y Sadam Hussein. El gran peón que utilizaron los norteamericanos para acosar a Irán fue presentado posteriormente por los medios como un enemigo acérrimo de Occidente. Este tipo de conversiones se avizora también en otros países (como Yemen). (9)

La extensión regional de la guerra apunta a reforzar una dinámica de cerco, presión y negociación sobre Irán. Estados Unidos propició a través de Irak un devastador desangre de ocho años, que causó un millón de muertos y no logró destruir al régimen iraní. Esta matanza aniquiló la economía de ambos países, sin quebrar al gobierno de los Ayatolás. Al contrario, estabilizó la primacía de una teocracia frente a la hostilidad externa y ante el terrible escenario, que posteriormente impusieron las tropas norteamericanas en Irak.

Irán ha sido hasta ahora uno de los principales ganadores de la aventura de Bush. Aumentó su influencia directa en Bagdad, a través de los distintos clanes chiitas y conquistó un poder de veto sobre las principales decisiones que adoptan los frágiles gobernantes del país. Frente a este desastre, Estados Unidos oscila entre la amenaza y la negociación con el régimen persa.

Por un lado, exhibe el garrote para forzar el abandono del programa nuclear iraní por medio de eventuales bombardeos, actos terroristas o conspiraciones. Pero al mismo tiempo, el Pentágono necesita a Irán para estabilizar Irak y contener la degradación de Afganistán. Aunque privilegia la sociedad con Arabia Saudita y Egipto, puede requerir también el auxilio de su adversario iraní.

Las elites que gobiernan en Teherán están abiertas a ambas alternativas. Buscan mantener su dominación interna, frente al creciente descontento que genera su política totalitaria. La negociación con el enemigo norteamericano podría brindarles el oxígeno que necesitan para preservar su control del estado. (10)

El rompecabezas general de la región más ensangrentada del planeta continúa sin solución a la vista. Obama intentó disminuir el odio popular hacia Estados Unidos, pero autorizó masacres que incrementan esa hostilidad. Busca recrear una acción imperial colectiva, pero sus incursiones potencian la desconfianza de los aliados.

Palestina y el nuevo escenario

Toda la política imperialista en Medio Oriente se basa en el sostén de Israel, que no es sólo un aliado o socio de Estados Unidos. Ese estado constituye una prolongación directa de la primera potencia en la región. Los colonos que arrebataron Palestina comenzaron a ejercer este rol semi-imperial, cuando se convirtieron en un aparato militar victorioso, con capacidad de acción sobre toda la región.

Los ocupantes sionistas vetaron primero el retorno a su tierra de los pobladores originarios, que escaparon de la guerra perpetrada en 1947-49. Ese despojo fue posible por el clima de reparación internacional hacia los judíos que sucedió al holocausto. Pero la confiscación por éxodo forzado de la población no pudo repetirse en 1967, cuando los habitantes aprendieron la lección de los refugiados y se quedaron en sus hogares. Esa permanencia determinó el comienzo de una resistencia, que Israel ha respondido con mayor anexionismo.

La lógica de genocidio que impone el sionismo tiene poca viabilidad, en una era de descolonización. Ya no es factible repetir el exterminio que sufrieron los amerindios, la esclavización que padecieron los africanos o el destierro que predominaba en la Antigüedad. Frente a esta imposibilidad rige un dispositivo que reemplaza a la población local por inmigrantes seleccionados con criterios étnicos. Esta política imposibilita la coexistencia de las distintas comunidades.

La anexión se implementa con un ropaje de negociaciones de paz que en los papeles promueve la consolidación de dos estados y en los hechos obstruye ese objetivo. El futuro de Jerusalén, los derechos de los refugiados y el fin de los asentamientos quedan fuera de las tratativas, mientras que

la implantación de nuevos colonos anula la eventual formación de un estado palestino real.

La expropiación de tierras, el robo del agua, la creación de rutas exclusivas y la erección de muros separando a las ciudades bloquean esa posibilidad. Los Bantustán que el Apartheid diseñó en Sudáfrica han resucitado. Cisjordania ha quedado convertida en una prisión gigantesca, que obliga a los palestinos a elegir entre la emigración y la supervivencia en cantones aislados.

Israel sostiene esta política de ocupación con atroces campañas militares. La masacre de Gaza (2009) incluyó bombardeos a refugios de la ONU, ataques con fósforo blanco y demolición de escuelas, mezquitas y hospitales. Esta masacre fue perpetrada con el pretexto de eliminar cohetes de fabricación casera, que ni siquiera rasguñaron la fortaleza israelí. El ocupante mantiene un cerco sobre un millón y medio de personas en Gaza, que sobreviven entre la basura, la oscuridad y las aguas servidas. Como la anexión de este minúsculo territorio superpoblado se tornó inviable, hubo retiro de colonos y reforzamiento del terror.

Israel repite el libreto de todos los colonialistas. Porta la bandera de la civilización y esgrime derechos de defensa para ocultar su dominación. Pondera su “democracia moderna” y descalifica las costumbres de los pueblos árabes. Pero omite, por ejemplo, que la invasión a Gaza se concretó para desconocer un resultado electoral de Hamas, avalado por todos los observadores internacionales. Las libertades públicas que enaltecen los sionistas, sólo rigen para discutir la mejor forma de vulnerar los derechos en los territorios ocupados. Quiénes exaltan la tolerancia religiosa del estado hebreo suelen olvidar el carácter confesional de esa institución.

También omiten el fundamento bíblico utilizado para justificar ampliaciones territoriales inspiradas en los sagrados límites de Samaria y Judea. El alcance de las restricciones islámicas impuestas por los palestinos constituye un misterio, puesto que las bombas han impedido conocer esas limitaciones.

En la región no impera un conflicto entre “extremistas de los dos bandos”. Con ese criterio de neutralidad habría que equiparar a los marines con los vietnamitas, a los paracaidistas franceses con la resistencia argelina y a los realistas españoles con los criollos americanos. En las situaciones coloniales hay victimarios y víctimas. (11)

El doloroso legado del holocausto es frecuentemente utilizado para acallar la denuncia de un estado opresor. Esta censura se ejerce identificando al judaísmo con el sionismo e Israel y catalogando cualquier crítica como un acto de antisemitismo. Se olvida que esos tres conceptos difieren significativamente.

El judaísmo es una religión, una cultura o una tradición de un pueblo diseminado por muchos países. Israel es un estado construido con la explícita preeminencia de los hebreos, pero actualmente incluye varios grupos desconectados de ese origen. El sionismo es una ideología de apropiación colonial con ropaje milenario.

Es indispensable partir de esa caracterización para distinguir las posturas anti-judías, anti-sionistas y anti-israelíes. La primera actitud es racista, la segunda anticolonialista y la tercera no presenta un significado nítido (al igual que el antinorteamericanismo expresa un genérico rechazo al imperialismo). (12)

Israel necesita redoblar la apuesta bélica para perpetuar el colonialismo. Cada cese de hostilidades es utilizado para preparar nuevas incursiones, como lo demuestra la secuencia de Beirut (1982), Ramalá (2002) y el Líbano (2006). Estas agresiones han creado en el país una mentalidad de resentimiento, que es utilizado para justificar cualquier atrocidad frente a un mundo hostil. Con esos

mensajes se busca sofocar las demandas de la solución pacífica que emergieron durante los años 80.

Este belicismo también socava convicciones de una sociedad que debe escuchar dolorosas comparaciones con el salvajismo de los nazis. En el país se ha institucionalizado la tortura y un despliegue de terrorismo de estado, centrado en asesinatos selectivos de militantes y ataques a flotillas humanitarias de solidaridad con los palestinos.

Pero lo central es registrar que Israel no actúa solo. Opera en función de las prioridades geopolíticas de Estados Unidos, que transfirió al país centenares de bombas atómicas, sin ninguna exigencia de inspección o suscripción de tratados de no proliferación.

El ejército sionista cumple el mandato norteamericano de intimidar a los gobiernos árabes, para que refuercen su colaboración con la opresión que sufren los palestinos. Especialmente la monarquía jordana, los jeques sauditas y las autocracias egipcias han combinado el prudente silencio con la explícita complicidad. Complementan en el plano diplomático la acción armada de Israel. La lucha de los palestinos ha sido durante décadas una pesadilla mayúscula para las clases dominantes árabes. Temen la convergencia de ese combate con las demandas sociales de todos los oprimidos de Medio Oriente.

Cada acción de Israel recalienta el polvorín regional y afectan los equilibrios que su mandante norteamericano ha gestado con los gobiernos árabes pro-occidentales. El imperialismo sostiene a ambas partes mediante un tipo de duplicidades, que se extiende también a Turquía. Este país participa de la OTAN y alberga bases norteamericanas, pero tiene un gobierno islámico y enfrenta serios roces con el estado sionista.

El Departamento de Estado hace malabarismos para apadrinar a todos sus socios, pero privilegia a Israel, a través de un lobby que opera como una fuerza interior del sistema político norteamericano. Este grupo de presión no expresa a la colectividad judía, sino al aparato industrial-militar del establishment. Esta profunda integración diferencia a Israel del Apartheid y torna improbable la repetición del proceso que condujo al desmonte de la estructura racista sudafricana.

Israel tiene garantizada la protección diplomática de Estados Unidos en las Naciones Unidas. También cuenta con la cobertura de los grandes medios de comunicación, que mantienen un doble patrón de cobertura de los fallecimientos. Arden ante cualquier víctima israelí y no se perturban por el asesinato de miles de palestinos. Pero la heroica resistencia de este pueblo ha puesto sus demandas sobre el tapete. No recuperaron sus tierras, ni construyeron su estado, pero ya nadie puede borrarlos del escenario internacional.

Pero en los primeros meses del 2011 toda la política imperial en Medio Oriente ha quedado sacudida por una revuelta democrática generalizada, que conmueve al mundo árabe. Este levantamiento se propaga de país en país, reflejando la similitud de condiciones políticas imperante en toda la región. Todavía es muy prematuro evaluar los resultados de la sublevación, pero ya se registraron triunfos populares en Egipto y Túnez, prosiguen las movilizaciones en Yemen, se extienden los levantamientos a Barheim, Siria, Marruecos o Jordania y ha estallado una seria confrontación armada en Libia.

La OTAN ha comenzado a intervenir con bombardeos selectivos para iniciar un contraataque y dejar establecido un precedente de acciones militares. Como ya es habitual vuelven a utilizar el pretexto de la “intervención humanitaria”, olvidando el desastre apocalíptico de Irak y el infierno que padece Afganistán. Los bombardeos no protegen a la población civil y destruyen la infraestructura del país atacado. Apuntan exclusivamente contra los gobiernos poco confiables y

jamás afectan a los monarcas y tiranos subordinados a Occidente. Esta duplicidad alcanza proporciones escandalosas en Medio Oriente. Los ataques virulentos contra los adversarios circunstanciales contrastan con el encubrimiento de los crímenes que perpetran socios de las grandes potencias.

La sublevación árabe impone limitaciones a las incursiones imperiales que no existían durante la década pasada. El levantamiento se desenvuelve en una zona geopolítica vital para los intereses norteamericanos, creando una situación muy distinta a la predominante en Europa del Este después de 1989. Además, el nuevo protagonismo de los jóvenes y las mujeres introduce un distanciamiento potencial con el fundamentalismo islámico, reforzado por la centralidad de las banderas democráticas que encabezan todas las protestas. Hay muchos indicios del comienzo de un giro histórico por la irrupción de las masas. Este dato modifica el escenario futuro de Medio Oriente.

La dominación de América Latina

América Latina siempre ocupó un lugar especial en la estructura del imperialismo norteamericano. Fue el primer territorio de expansión yanqui y estuvo considerado por el establishment del norte como una posesión innegociable. La doctrina Monroe apuntó primero a limitar la presencia europea y buscó posteriormente asegurar la primacía estadounidense. La denominación “Patio Trasero” ilustra esta estrategia de sujeción. (13)

Esta orientación no ha cambiado con el fin de la era Bush. Obama sólo introdujo una diplomacia de buenos modales, para contrarrestar el desprestigio de su antecesor. Al comienzo de su mandato sugirió algún retiro de presos de Guantánamo, pero sin devolver el enclave a Cuba. Planteó aliviar las restricciones para viajar a la isla, pero sin levantar el embargo y buscó ciertos acercamientos diplomáticos en el ámbito de la OEA. Pero al poco tiempo retomó la tradicional combinación de la zanahoria con el garrote.

Obama recrea la acción diplomática (en la tradición de Clinton), pero no desecha la brutalidad. La búsqueda de consensos con la derecha podría incluso endurecer su política hacia la región. A mitad del 2011, la captura republicana de varios cargos estratégicos en las comisiones parlamentarias de política exterior, podría forzar ese giro.

La orientación imperial hacia Latinoamérica siempre jerarquizó la presión militar. Bajo el mandato de Obama los gastos bélicos destinados a la zona alcanzaron el nivel más alto de la década y han llegado al 47% de la “ayuda” total. (14)

El dispositivo bélico se asienta en la reactivación de la IV Flota, que maneja el Comando Sur de Miami desde el abandono del Canal de Panamá. Ese centro reúne más personal civil dedicado a la región, que todos los departamentos diplomáticos y comerciales de Washington. Monitorea una vasta red de instalaciones, que aseguran cobertura aérea y marítima para cualquier incursión eventual de los marines.

La nueva flota puede navegar ríos interiores, con un equipamiento equivalente a los barcos que operan en el Golfo Pérsico y el Mediterráneo. Actúa como complemento marítimo del control aéreo y territorial que Estados Unidos detenta de toda la zona y guía los ejercicios que despliega la armada por todas las costas. (15)

El segundo pilar de este arsenal son las nuevas bases de Colombia. Supervisan el rearme de los ejércitos títeres de la región y recrean operaciones secretas, con las técnicas desarrolladas durante la guerra fría. Muchas acciones que se practican en Afganistán son previamente ensayadas en Colombia. El Pentágono ejerce un mando directo sobre una zona del país, mediante el control de los

aeropuertos y del espacio radioeléctrico. También goza de plena inmunidad para la acción de tropas, que no deben rendir cuentas ante los tribunales colombianos.

Algunos analistas relativizan el peligro creado por estas bases, estimando que Estados Unidos jerarquiza la atención de otros frentes. Estiman que la burguesía del país está demasiado ocupada en manejar sus negocios o en controlar la actividad de un ejército local profesionalizado.

Pero esta tranquilizadora mirada desconoce la continuada gravitación que mantiene América Latina para el imperialismo norteamericano. También olvida el terrible prontuario de salvajismos que acumulan los discípulos colombianos del Pentágono. Este país continúa liderando todos los récords regionales de terrorismo de estado. En los últimos 15 años se registraron 20.000 desapariciones y desde mitad de los años 80 los paramilitares asesinaron a 30.470 personas. Sólo en el 2010 ultimaron a 40 sindicalistas e incluso consumaron masacres con la única finalidad de obtener las recompensas que ofrece el gobierno. Ya existen 4,5 millones de desplazados por la acción de bandas para-oficiales, que han cobrado sus servicios con la apropiación de 6 millones de hectáreas. (16)

Militarización y narcotráfico

En Colombia se descubren permanentemente fosas comunes de cuerpos descuartizados. Los gobiernos despliegan un discurso dual. Por un lado declaran victorias contra el terrorismo y el narcotráfico y por otra parte convocan a los marines, para impedir el incontenible avance de esos flagelos. Los cambios de presidente sólo han modificado la forma de gestionar el terror.

Otra función inmediata de las bases norteamericanas es hostigar a los gobiernos antiimperialistas (Venezuela y Bolivia) y amenazar a las administraciones poco confiables (Guatemala, Paraguay, Nicaragua). Desde Colombia opera una red de organismos de la CIA, que financia las acciones contra gobiernos, movimientos y personalidades antiimperialistas y refuerza las conspiraciones contra Cuba. Las pistas aéreas construidas en el país brindan, además, cobertura de largo alcance para ejercer un control total sobre el Amazonas.

Colombia ha sido el epicentro de todas las provocaciones imperialistas de los últimos años. Desde allí se montó la escalada bélica contra Ecuador y ya se lanzaron incontables agresiones contra Venezuela. Los gobiernos derechistas han quedado al frente de un colosal dispositivo militar, que los empuja a coquetear con guerras informales y eventualmente explícitas.

Estados Unidos militariza la región con el pretexto de enfrentar al narcotráfico. Pero al cabo de tantas patrañas, este argumento ha perdido credibilidad. Fue enarbolado por Reagan (1986), utilizado para invadir Panamá (1989) y resucitado para introducir el Plan Colombia (2000). A esta altura, es evidente que la intervención de los gendarmes sólo conduce a periódicas mudanzas de plantaciones y centros de distribución de un país a otro.

Este reciclado obedece a la persistente demanda de drogas por parte de los compradores del Norte, especialmente en las localidades que no despenalizan el consumo. Pero el narcotráfico también persiste por los multimillonarios ingresos que genera esa actividad para una vasta red de intermediarios estadounidenses.

Las monumentales ganancias que genera el tráfico han alumbrado también enriquecidas narcoburguesías locales, que ya imponen sus propias formas de administración territorial. Un sector de origen marginal adiestra su ejército de pandillas y actúa con sostén de amplios segmentos de la burocracia y las fuerzas armadas.

En varios países las clases dominantes coexisten con esta variedad de lumpen-burguesías, que

recurren al terror contra las protestas populares y utilizan la filantropía para blanquear el dinero sucio. El crecimiento desmedido de este grupo rompe la cohesión del estado, disgrega la vida social y genera todo tipo de tensiones.

México se ha convertido en el país más afectado por este proceso de descomposición político-social. Está corroído por una dinámica “afgana” de penetración de los carteles en la estructura del estado. Este avance genera incontrolables guerras entre bandas, apañadas por los funcionarios que se disputan el control del negocio.

En el último sexenio se produjeron en el país 22 mil muertos, 7009 desaparecidos y 20 mil detenidos. Los asesinatos ya incluyen a personalidades de la cúspide del estado. A diferencia de los años 70 el grueso de las víctimas no son activistas políticos, sino pobladores civiles que han quedado atrapados por el fuego de una guerra mafiosa. (17)

La guerra encubierta ha potenciado, además, una escalada de violencia que utilizan los gobiernos derechistas para hostigar a las comunidades indígenas y perseguir a los trabajadores que resisten los planes de ajuste. Estas ofensivas incluyen fuertes embestidas contra los bastiones del sindicalismo independiente.

En este contexto la CIA ha sugerido que México podría convertirse en un estado fallido y presiona por el ingreso de un mayor número de marines. Hay 6000 soldados norteamericanos en la frontera, mientras la DEA y el FBI entrenan fuerzas especiales. La presencia norteamericana aumenta, además, en una región acosada por el contrabando de armas y la furiosa represión al ingreso de inmigrantes.

Hasta el momento nadie se atreve a enviar tropas. Esta acción podría tener consecuencias explosivas, ya que existe una trágica historia de intervenciones yanquis en México. El fuerte sentimiento nacionalista que generaron estas incursiones no ha desaparecido de la memoria del país.

Invasiones y golpismo

La política imperial hacia América Latina incluye también el clásico expediente de la invasión, con cierta cobertura de ayuda humanitaria. Este recurso fue utilizado en Haití luego de un devastador terremoto, para justificar el masivo ingreso de los marines. Las tropas actuaron bajo la supervisión del Comando Sur y perpetraron una ocupación ensayada durante la catástrofe del Katrina. En lugar de equipos de rescate fueron enviados efectivos, que se dedicaron de inmediato a la ampliación de bases militares y al entrenamiento para el combate en Afganistán.

Las tropas yanquis consumaron una acción fulminante para asegurarse el manejo de los aeropuertos y el control de las provisiones provenientes de otros países. Bloquearon especialmente la ayuda organizada por Cuba y Venezuela y desplegaron un portaaviones para impedir la salida de refugiados hacia Miami. Para justificar las acciones policiales internas, los medios de comunicación exageraron la magnitud del desorden y los saqueos.

Estados Unidos volvió a implementar una ocupación colonial, que no contribuye a la reconstrucción de la economía haitiana. Al contrario, los muertos aumentaron con la represión de las manifestaciones de protesta contra epidemias de cólera, que muchas versiones de la población atribuyen a una contaminación producidas por los soldados ocupantes.

El golpe de estado es otro instrumento clásico de la intervención imperial que ha recobrado fuerza. La asonada de Honduras fue un típico episodio de este tipo y no habría prosperado sin el auspicio de la embajada norteamericana. Los golpistas fueron apadrinados por el Pentágono y las empresas

estadounidenses, que controlan la economía del pequeño país. Cortando algunas visas y bloqueando las remesas, el Departamento de Estado habría desecho el alzamiento.

Lo ocurrido en Honduras demostró que el golpismo no es una reliquia del pasado. Constituye un recurso utilizado para frustrar cualquier cambio político objetado por los socios oligárquicos del imperialismo. Las justificaciones expuestas para consumir la asonada fueron totalmente absurdas.

La escuálida clase dominante no le perdonó al mandatario desplazado su tenue ensayo reformista de aumentos salariales, control de las importaciones y ruptura del monopolio petrolero. El afianzamiento de los golpistas dio lugar a una terrible secuencia de asesinatos de periodistas y militantes, mediante escuadrones de la muerte que operan con el amparo oficial y el silencio cómplice de la prensa internacional. (18)

Obama dejó correr el golpe todo el tiempo requerido para asegurar su estabilización. Utilizó un doble discurso de rechazo formal y sostén práctico de los derechistas e hizo lo imposible para obligar al presidente derrocado a legitimar su propia destitución.

En Honduras se reeditó el golpismo que fracasó en Venezuela (2002) y Bolivia (2007). Pero incluyó situaciones más grotescas, como el secuestro de un presidente en pijama y la difusión de un inexistente texto de renuncia. Esta acción demostró que algunos sectores están tanteando la introducción de dictaduras de nuevo tipo en toda la región. El objetivo es imponer situaciones de hecho, una vez superada la adversa reacción diplomática internacional. Todos saben que la viabilidad de las nuevas tiranías depende de la resistencia interior. (19)

Otro episodio de esta escala fue el intento de asonada policial que abortó en Ecuador. Existe una intensa discusión sobre el alcance efectivamente golpista de una acción que incluyó la agresión física al presidente, el levantamiento armado de muchos gendarmes y el cierre de una base aérea. Resulta difícil determinar cuáles fueron los propósitos de una conspiración tan improvisada. Pero lo importante no es dirimir en qué medida ese golpe se atuvo o no a los parámetros clásicos. Hay que registrar cómo se inscribe una política estadounidense de alinear bajo su mando al mayor número de países de la región.

La política imperial ha envalentonado a muchos derechistas latinoamericanos. En los países históricamente manejados por dictaduras vandálicas, estos sectores propician el retorno del viejo padrinazgo neo-colonial. Suelen reaccionar en forma brutal ante cualquier alteración del status quo.

Paraguay es otro ejemplo de este acoso. Un presidente que gobierna con equipos neoliberales y mantiene ejercicios militares con el Pentágono, enfureció al establishment con tibias medidas de reformas y ha sido objeto de brutales intimidaciones macartistas. Estas presiones lo empujaron a decretar el estado de excepción y a otorgar a los militares la dirección de las operaciones policiales.

En otros países el militarismo yanqui alienta a los gobernantes neoliberales a reforzar la represión. Es el caso de Perú, donde el mandato de Alan García ha estado signado por la represión contra protestas sociales, que dejaron 70 muertos, 600 heridos y 1300 dirigentes gremiales enjuiciados. Luego de otorgar plena cobertura a las tropas norteamericanas para operar en distintos puntos del territorio, el presidente derechista consumó una brutal agresión contra las comunidades indígenas que resisten la privatización de los bosques.

Contraofensiva en varios frentes

Mediante el uso imperial de la fuerza Estados Unidos busca encarrilar una contraofensiva, para recuperar preeminencia económica, revertir el ciclo de rebeliones populares y limitar la autonomía

política de varios gobiernos sudamericanos. Intenta asegurar su provisión de recursos naturales y aumentar la colocación de exportaciones en la región. El gigante del Norte necesita los mercados de su patio trasero para acompañar la devaluación del dólar, con significativos incrementos de las ventas externas.

Desde el fracaso del ALCA Estados Unidos apuesta a reforzar su presencia, mediante la suscripción de tratados bilaterales. Estos convenios garantizan una relación privilegiada de la primera potencia, con todos los países que abren su economía a las importaciones del Norte. (20)

Estados Unidos intenta especialmente reconquistar el terreno perdido a manos del capital europeo, que sin desafiar la preeminencia militar (o el liderazgo político yanqui), aumentó sus negocios en la zona. Las empresas del Viejo Continente desplazaron incluso a las compañías norteamericanas en el monto de las inversiones externas y la Unión Europea suscribió tratados de libre comercio inspirados en el ALCA.

Las riquezas naturales constituyen un campo internacional de disputa, que el gigante del Norte no quiere compartir con sus rivales. La crisis financiera reciente ha sido vista incluso como una oportunidad para revertir esa influencia, reduciendo el papel de las firmas españolas que durante la oleada de privatizaciones, capturaron servicios, bancos y yacimientos

Estados Unidos pretende también frenar la llegada de China a una zona muy alejada del radio de acción oriental. Como esa presencia representa un desafío muy serio para la hegemonía del Norte, el Departamento de Estado impulsa la ratificación de nuevos tratados comerciales, especialmente con sus socios de la costa del Pacífico. Esta estrategia de recomposición estadounidense es aceptada por México, Colombia, Perú, Chile y varios países pequeños de Centroamérica.

La contraofensiva imperial tiene un nítido componente militar. El Pentágono observa con recelo la visita de la marina rusa a Cuba y los viajes de funcionarios iraníes a Venezuela. Estas misiones son percibidas por el establishment norteamericano, como invasiones a un territorio que consideran propio.

El propósito estadounidense es retomar el control pleno de Centroamérica, afianzando la dependencia de los pequeños países. Estas naciones tienen un alto porcentaje de su población en el Norte y han creado un importante circuito de sostenimiento familiar a través de las remesas. La misma prioridad tiene México, no sólo por la extensa frontera común sino también por el alto grado de integración de la economía azteca al capitalismo estadounidense.

Una meta más ambiciosa del imperialismo yanqui es contrarrestar el escenario político adverso, que se ha creado en los últimos años en Sudamérica. Como resultado de grandes conmociones políticas y sociales, gran parte de los gobiernos han tomado distancia de su vieja subordinación al Norte. Algunas administraciones son abiertamente antiimperialistas y han forjado un eje crítico en torno al ALBA. Otros gobiernos de centroizquierda del MERCOSUR simplemente han abierto negocios multilaterales con distintos países, profundizando la autonomía de los dictados norteamericanos.

La primera potencia utiliza la presión político-militar para acotar ese margen de independencia. La estrategia de Obama repite el multilateralismo liberal, que utilizaron sus antecesores Roosevelt y Carter. En ambos casos reorganizaron la supremacía estadounidense sobre América Latina en circunstancias críticas (depresión del 30 y derrota de Vietnam). El intervencionismo solapado es la forma de recrear ese liderazgo hegemónico. (21)

Este escenario refuta todas las expectativas en un aflojamiento de las presiones del Norte. No existe hasta ahora ningún indicio de ese desahogo y tampoco de la publicitada tesis de la indiferencia

yanqui hacia América Latina. La región persiste como plataforma central del imperialismo.

Los cambios en África

El continente negro es el tercer escenario de gran intervención imperial. A diferencia de Medio Oriente y América Latina, esta región constituyó durante mucho tiempo un área de dominación de las potencias europeas. Pero en las últimas dos décadas, África no sólo perdió su condición de colonia del Viejo Continente. Tampoco perdura como un área sometida al control de sus antiguos mandantes.

Durante el proceso de descolonización, Portugal, España y Bélgica resignaron por completo su preeminencia en ciertas regiones. Pero la gravitación de Francia y Gran Bretaña también decreció, a pesar de la enorme incidencia económica, política y cultural de estas dos viejas potencias sobre sus ex territorios.

Este retroceso continuó posteriormente y fue paralelo a la crisis descomunal que padeció el continente más empobrecido del planeta. El neoliberalismo generó un desmoronamiento agrícola y productivo brutal en todos los países africanos, que incluyó picos de hambruna y formas extremas de desintegración social. En este escenario de tragedia popular se perpetró el cambio de posiciones a favor de nuevos capitalistas.

Las compañías que tradicionalmente actuaron bajo el padrinazgo británico y francés, ya no cuentan con el mismo sostén militar. Primero se redujo el número de efectivos y desde 1998 los antiguos rivales comenzaron a operar más concertadamente, bajo el paraguas militar de la OTAN. Aunque siguen liderando la venta de armamentos a sus viejos clientes coloniales, Gran Bretaña recortó la estructura del antiguo Commonwealth y Francia comenzó el abandono de sus bases, en los lugares emblemáticos del antiguo imperio (como Senegal).

Este vacío ha sido ocupado de manera creciente por las tropas norteamericanas, que mantienen convenios de acción conjunta con 22 países. El Pentágono manejaba a mitad del siglo XX cierta presencia militar, pero habitualmente actuaba a través de sus aliados en la guerra fría.

En los últimos años sustituyó esa acción lateral por intervenciones más abiertas. En el 2007 formó el comando AFRICOM, que todavía no consiguió una sede local en el continente, pero ya realiza todo tipo de operaciones. La incursión en Somalia (1992-93) constituyó un ensayo general de invasiones norteamericanas al corazón de África.

El objetivo de estas agresiones es favorecer la presencia de las compañías norteamericanas en el saqueo de los recursos naturales. Existe una indudable correlación entre ambos procesos. Los marines brindan sostén a todas las firmas, que actúan en un entorno particularmente inseguro. La presencia de tropas es la principal garantía que tienen estas empresas para manejar sus inversiones de gas, petróleo y minerales. Las corporaciones norteamericanas están particularmente interesadas en los nuevos pozos petrolíferos que se han descubierto en el continente. Este rubro ya aporta el 92% de las importaciones africanas a Estados Unidos (2008).

Toda la región de África Sub-sahariana se ha convertido, nuevamente, en un escenario de disputas por el control de las materias primas. En este plano se repite una secuencia secular de trágicas competencias entre compañías extranjeras por la depredación de las riquezas naturales. Muchos países del continente han conmemorado el cincuenta aniversario de su independencia, afrontando este duro contexto. Los intentos de reconversión agrícola y modernización industrial han fallado sucesivamente, recreando la vieja inserción de la zona como exportadora de materias primas.

África es la región comercial más abierta de todo el planeta, puesto que desenvuelve internamente sólo el 15% de sus intercambios. La apertura internacional presenta todos los rasgos de un sometimiento primarizado. El ajuste neoliberal (1980-2000) acentuó este perfil, al introducir formas de recolonización que redujeron el margen de autonomía conquistado por movimientos nacionalistas durante la descolonización.

Muchas zonas del continente son escenario de guerras clásicas de rapiña. La tragedia más conocida es el genocidio que desgarró a los tutsi y hutus. Pero esta situación se repite en incontables localidades. En el Congo se libraron, por ejemplo, dos conflagraciones (1996-97 y 1998), que dejaron tres millones de muertos, un millón de desplazados y a toda la población sin agua, ni electricidad. Los grupos armados se disputan actualmente el botín, privilegiando la captura de importantes minerales para la fabricación de los celulares.

En estas masacres intervienen numerosas estructuras de mercenarios y ejércitos privados. Cada milicia africana opera al servicio de algún proveedor. Pero a escala continental, Estados Unidos hace valer el liderazgo de la OTAN para subordinar a sus viejos competidores europeos.

Los problemas que afronta la primera potencia despuntan por otro flanco. China comenzó hace pocos años un desembarco en África, que está alcanzando enormes proporciones. Su comercio con ese continente se multiplicó por diez, en tan sólo una década y ya alcanzó el status de tercer socio comercial de la región.

A diferencia de las viejas potencias europeas, China otorga créditos y realiza inversiones sin pasar por los organismos financieros. Busca el mismo aprovisionamiento de petróleo y minerales que sus competidores, pero evita el endeudamiento excesivo de sus clientes y asegura una mayor contrapartida de construcciones e infraestructura, a cambio de las materias primas.

Los enormes cuestionamientos que ha desatado esta penetración combinan objeciones genuinas (a un nuevo intento colonizador), con críticas hipócritas de las potencias occidentales (que han sido desplazadas de negocios muy lucrativos). En la disputa por los mismos recursos también se verifica la novedosa expansión de Sudáfrica, que aumenta sus inversiones en el continente a una tasa superior al resto de los países.

Al cabo de varias décadas de independencia se ha formado también una burguesía africana con recursos propios. Este segmento negocia con más fuerza su participación en el negocio de los bienes explotados y aprovecha las ambiciones de todas las potencias extranjeras, para lograr un aumento de la tajada en juego. (22)

Pero estas pujas forman parte de las nuevas tensiones que sacuden a una región que se ha transformado en escenario de disputas por el control de las materias primas. África comparte con América Latina y Medio Oriente el dramático privilegio de constituir una zona estratégica para las grandes potencias. En estas tres áreas se consuman las agresiones y despojos más virulentos del imperialismo contemporáneo. El significado de este proceso motiva intensa discusión teórica.

Notas:

- 1) Informe de OXFAM Internacional, Página 12, Buenos Aires, 19-8-2007 y 29-7-10.
- 2) Ver: Achcar Gilbert. "L'imperialisme US dans les braises orientales". Inprecor 495-496, juillet-aout 2004.
- 3) Ver: Harvey David. The New Imperialism, Oxford University Press, 2003, (cap 1).
- 4) Esta visión en: Petras James. "Estado imperial, imperialismo e imperio". Pensar a contracorriente. Volumen II, segunda edición, 2005.
- 5) Ver: Kennedy Paul, "Ningún estado es inmortal", Clarín, 20-6-07.

- 6) Ver: Callinicos Alex, "Imperialism and global political economy," *International Socialism*, No. 108, 2005.
- 7) Ver: Wood Ellen Meiksins, "Logics of Power: A Conversation with David Harvey", *Historical Materialism*, vol, 14.4, 2006.
- 8) Ver: Ali Tariq, A lógica mortal da guerra sem fim, 1-11-09 virgiliofreire.blogspot.com/2009
- 9) Ver: Gelman Juan, Página 12, Buenos Aires, 13-5-09, 26-11-09, 6-12-09, 11-4-10, 7-1-10,
- 10) Ver: Sepehr Houshang, "Ou va la Republique Isalmique"?, *Inprecor* 551-552, septiembre-octubre 2009.
- 11) Distintas variantes de la justificación sionista en: Deligdisch Ronaldo, "Centro hispanoparlante de estudios sociales y psicosociales en Israel", 5-1-09, americalatinaunida.wordpress.com/.
Movimiento social-sindical Fuerza Latina en Israel, "Ante la nueva situación en Gaza", 5-1-09.
Halevi Yossi Klein, "Ahora soy plenamente israelí", *Clarín*, 5-1-09, americalatinaunida.wordpress.com/ Sneh Perla, "Al este de las palabras", Página 12, 10-1-09.
- 12) Desarrollamos esta caracterización en: Katz Claudio, "Argumentos pela palestina" *Revista Outubro*, n 15, junio 2007, Sao Paulo. También Katz Claudio, "Incursiones para sepultar la paz", 18 Ene 2009, www.rebellion.org/noticia.php
- 13) Hemos expuesto este análisis en Katz Claudio, *Escenarios de la segunda independencia*, Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2011 (próxima aparición).
- 14) Ver: Página 12, 25-5-10, Buenos Aires.
- 15) Ver: Dufour Jules. "El regreso de la cuarta flota y el futuro de América Latina", www.Mondalisation.ca/, 28-8-08.
- 16) Ver Página 12, 27-7-10, Buenos Aires.
- 17) Ver: Cockcroft James, "México: Imperialismo, Estados fallidos, nuevas guerras y resistencia", *Memoria* 245, agosto 2010, México.
- 18) Ver: Gelman Juan, "USA-Honduras", Página 12, 30-7-09.
- 19) Aspectos de la nueva estrategia en O'Donnell Santiago, "Dictadura posbananera" Página 12, 2-8-09.
- 20) Un balance general de estos tratados presenta: Martínez Osvaldo. "Por la integración de los pueblos", ponencia al Encuentro Hemisférico de lucha contra los TLC, La Habana, 3 de mayo de 2007.
- 21) Distintos aspectos de esta estrategia indagan Rozoff Rick, "Estados Unidos intensifica los planos de guerra" y Grandin Greg, "¿Cómo será la doctrina Obama?", en *Memoria* 238, octubre-noviembre 2009, México.
- 22) Un detallado análisis en: Nanga Jean, "Aprés cinquante ans d'indépendance", *Inprecor* 562-563, juin-juillet 2010.

Bibliografía:

- Acchar Gilbert, "US imperial strategy" *Monthly Review*, vol 55, n 9, February 2004.
- Achcar Gilbert, "Les Etats Unis sement les graines d'une tragedie a long terme", *Inprecor* 539-540, juin aout 2008
- Alí Tariq, "Con Dilma, EUA continuarán sem policial na America do Sul", *Folha de Sao Paulo*, 25-11-2010
- Ali Tariq, "EEUU y la UE son cómplices de la masacre en Gaza", *The Guardian*, 2-1-09.
- Ali Tariq, "Looking at Bush in Babylon", *Against the Current* 108, January February 2004.
- Almeyra Guillermo, "Al grito de SME", www.jornada.unam.mx/ 8-11-2009
- Almeyra Guillermo, "La ofensiva de la derecha", *La Jornada*, 17-5-09
- Amin Samir, "US imperialism, Europe and the middle east", *Monthly Review* vol 56, n 6, november 2004.
- Anderson Perry. "Apuntes sobre la coyuntura actual". *New Left Review*, n 48, 2008.
- Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part I, *New Left Review*, no. 32, March/April 2005.
- Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part II, no. 33, May/June 2005.
- Ashman Sam; Callinicos, Alex. "Capital Accumulation and the State System" *Historical*

Materialism, vol 14.4, 2006

- Bilbao Luis, "Qué se dirime en Bariloche", ALAI 27-8-09
- Boron Atilio, "Gatopardismo imperial", Página 12, 21-1-09.
- Boron Atilio, "La IV flota destruyó a Imperio", ALAI, 21-8-08.
- Brenner Robert, "What Is, and What Is Not, Imperialism?", Historical Materialism vol 14.4, 2006.
- Carlsen, Un plan Colombia para México, 26-9-10
- Cirak Umit, Turquie: Le labyrinthe de la politique burogeoise", Inprecor, n 566, octubre 2010-12-02
- Editors. "Is another Viet Nam?", Monthly Review, vol 56, n 2, June 2004.
- Foster John Bellamy, "The new age of imperialism", Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-August 2003'.
- Foster John Bellamy, "The new geopolitics of Empire", Monthly Review, Vol 57, n 8, January 2006.
- Halevi Joseph, Varoufakis Yanis. "The global minotaur", Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-August 2003.
- Hobsbawm Eric. "La historia del siglo ". Clarín-Ñ, 9-6-07.
- Hobsbawm Eric. Desafíos de una nueva época. La Nación, 6-5-07.
- Katz Claudio, "Las disyuntivas de la izquierda en América Latina", Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2010 (últimos dos capítulos).
- Katz Claudio, -Singularidades de América Latina, Socialist Register, Toronto, 2011
- Katz Claudio. "El imperialismo en Irak". Imperialismo, guerra y resistencias a comienzo del nuevo siglo., Facultad de Ciencias Sociales, UBA-Imago Mundi, Buenos Aires, 2003.
- Klare Michael. "Sangre por petróleo". El nuevo desafío imperial, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.
- Natanson José, "Tensiones y pretensiones en Sudamérica", Página 12, 30-8-09.
- Pappé Ilan, "La furia auto-justiciera de Israel y sus víctimas de Gaza", Electronic Intifada, 4-1-09.
- Salingue Julián, "Offensive israélienne contre Gaza: une mise en perspective", Contretemps, 6-1-09.
- Petras James, "Latin America: social movements in time of economic crisis", August 2009.
www.globalresearch.ca/index.php
- Petras James, "The politics of fan Israeli extermination campaign", 2-1-09
- Petras James. "El neo-imperialismo". El mundo de los trabajadores, n 2, 2004.
www.geocities.com/revista
- Samara Adel, "De una decisión local independiente a una lucha internacionalista"
www.kanaanonline.org
- Tokatlian Juan Gabriel, "Neogolpismo", Página 12 13-7-09.
- Udry, Las falsas ventanas de una retirada 7 Sep 2010 www.insurrectasypunto.org/
- Wallerstein Immanuel. "El tigre acorralado". Página 12 14-9-06
- Waschawski Michael, "Criminal y abyecta", www.protection-palestine.org, 9-1-09.

Interpretaciones convencionales del imperio

Resumen

Los aportes de las teorías convencionales al análisis del imperialismo contemporáneo son limitados. Las cruzadas militaristas de los neoconservadores realzan las virtudes civilizatorias de la invasión imperial. Son reivindicadas por los teóricos hegemónicos, que proponen recordar al mundo la gravitación del poder norteamericano. Otra tesis más realista defiende esta acción con planteos pragmáticos, pero sosteniendo la misma política hobbesiana.



Con Obama han recobrado preeminencia las justificaciones liberales que disfrazan el militarismo con mensajes benevolentes. Se retoman los mitos paternalistas y la acción humanitaria se ha convertido en la principal justificación imperial. Pero se oculta la naturaleza selectiva de las intervenciones y el doble patrón utilizado frente a los aliados y los adversarios. Predomina una argumentación pluralista, que busca argumentos de gobernabilidad mundial. Omite que en lugar de criterios normativos, siempre predominan las prioridades imperiales.

Las justificaciones legalistas del intervencionismo imperialista postulan la vigencia de un nuevo derecho internacional para proteger a los pequeños países. Pero no explica el continuado monopolio que ejercen las grandes potencias, en la administración de esas normas. No existe una "sociedad civil global" que regule esas acciones, sino que impera el derecho del más fuerte. El humanitarismo militar convalida el orden imperial.

El expansionismo ha desatado reacciones críticas que proponen dismantelar el imperio, siguiendo el precedente inglés. Pero esta secuencia choca con la protección norteamericana del capitalismo global. El belicismo no es una carga indeseada, sino una ventaja utilizada por las clases dominantes estadounidenses. Constituye una necesidad y no una opción del sistema.

En lugar de identificar al imperialismo con la ambición de poder, el enfoque marxista asocia el fenómeno con la acumulación capitalista a escala global. A partir de este presupuesto, existe un intenso debate al interior de esta escuela.

El análisis del imperialismo contemporáneo se ha renovado con distintos enfoques. Pero los aportes de las teorías convencionales son en algunos casos limitados y en otros irrelevantes. Las interpretaciones dominantes incluyen diversas posturas de apologistas, propulsores, justificadores y críticos.

Los reivindicadores

Las cruzadas militaristas que introdujo Bush en la última década alimentaron el predicamento de los teóricos neoconservadores, que realzan las virtudes civilizatorias de cualquier invasión imperial. Algunos exponentes de esta visión reaccionaria -como, Kaplan, Ignatieff e Ikenberry- presentaron esas misiones, como mecanismos de pacificación mundial o instrumentos de la prosperidad económica. (1)

Estas caracterizaciones equipararon las expediciones norteamericanas al Medio Oriente, con la obra constructiva desarrollada por Roma al comienzo del primer milenio. También compararon su efecto con la expansión internacional de la modernidad, que llevó a cabo Gran Bretaña durante el siglo XIX.

En la misma línea de reflexión, otros autores (Kristol, Kagan,) realzaron la labor cumplida por las tropas estadounidenses en la difusión de los valores de Occidente. Ensalzaron especialmente el impacto positivo de esta acción, en sociedades sometidas al totalitarismo político, o carentes de pujanza mercantil. Alabaron sin eufemismos la función benévola del imperio para liberar a esas regiones del primitivismo. (2)

Estas concepciones florecieron durante el período de mayor soberbia unipolar de Bush. Cada brutalidad militar de los marines era exaltada como un aporte invalorable al género humano.

El primer fundamento de esta visión es el simple hegemonismo. Considera que Estados Unidos es una hiperpotencia militar, que debe recordar al resto del mundo quién maneja la fuerza. Entiende que sólo esa exhibición bélica le otorga sentido al manejo de la mitad del gasto mundial de armamentos. Esta apología de la supremacía coercitiva incluye la reivindicación de todas las agresiones necesarias, para reafirmar el poder norteamericano.

Las conexiones de estos planteos con los intereses del complejo militar-industrial norteamericano son evidentes. La intención es utilizar, además, los recursos del Pentágono para contrapesar las dificultades económicas de Estados Unidos. La estrategia de militarizar los conflictos presupone que una ventaja bélica sólo pesa en el escenario geopolítico, si atemoriza en forma permanente a toda la comunidad mundial.

Algunos teóricos de este intervencionismo retoman las viejas justificaciones de la acción imperial como actos de ordenamiento internacional, impuestos por la inmadurez de los países subdesarrollados. Estas naciones amenazan la estabilidad por la simple perdurabilidad de su atraso. Son estados pre-modernos (Bolivia, Colombia, países de África, Afganistán), que generan amenazas contra sus pares pos-modernos (democracias occidentales) y afectan el despertar de los emergentes (India, China). (3)

Se plantea neutralizar ese peligro con actos de fuerza, que adopten la forma de un “imperialismo voluntario”, para erradicar las amenazas que genera la continuidad del primitivismo. Esta acción debe inducir nuevas limitaciones al principio de autodeterminación nacional y permitir la constitución de protectorados regidos por la ONU. La invasión a Irak fue justamente presentada como un ejemplo de estos correctivos.

Las familiaridades de estas teorías con el colonialismo clásico saltan a la vista. Simplemente se actualiza el lenguaje, para evitar los términos que la hipocresía diplomática ha ubicado en el casillero de lo políticamente incorrecto. No se habla con desprecio de los indios, los negros o los árabes, sino de “poblaciones inmaduras” y en lugar de estigmatizar a los salvajes, se transmite pena por los conglomerados pre-modernos. Con excepción de estas diferencias decorativas, el planteo repite todos los lugares comunes de cualquier convocatoria imperial.

Los defensores contemporáneos del hegemonismo buscan nuevos argumentos para sostener su denigración de los pueblos invadidos. Recurren a la teoría del “choque de civilizaciones” que formuló Huntington para describir, por ejemplo, la intrínseca incapacidad de progreso que afecta al mundo árabe. De este diagnóstico deducen la necesidad de un auxilio modernizador de Occidente. (4)

Estas versiones del hegemonismo han perdido su parentesco inicial con las justificaciones, que en el pasado se postulaban para explicar la conveniencia de cierta supremacía. Se resaltaba especialmente la función disuasiva de las grandes potencias (Carr y Aron). Este argumento -que identificaba la estabilidad geopolítica con alguna primacía imperial- fue utilizado posteriormente, para subrayar la importancia del liderazgo norteamericano, como antídoto de la crisis económica (Kindleberger, Gilpin).

Pero este tipo de aprobaciones del intervencionismo, no constituye el único fundamento del belicismo estadounidense. Existe también un argumento realista, basado en las concepciones tradicionales de los consejeros del Departamento de Estado (Brezinski, Kissinger, Albright). En este caso, identifican cada movimiento imperial, con algún posicionamiento en el ajedrez geopolítico internacional.

Ese enfoque no se interesa tanto por los argumentos de cada invasión, sino que destaca su simple funcionalidad para asegurar la supremacía global. Es una visión basada en la indiferencia moral, que presta muy poca atención a las motivaciones de cada agresión. Sólo resalta la importancia de ganar nuevas posiciones en un escenario inexorablemente cruento, para mejorar la preparación ante las batallas del futuro.

La implementación de esta “realpolitik” exige impunidad total para los diplomáticos y militares. Nadie debe cuestionar sus acciones, ni exigir explicaciones de sus actos. Cuando estas interpelaciones abundan, el realismo pierde efectividad y debe incorporar razonamientos, pretextos o justificaciones para implementar la política imperialista.

Los hegemónistas y los realistas comparten la reivindicación descarada de la fuerza. Esta defensa los conduce al aval de guerras infinitas, sin límites definidos o escrúpulos jurídicos. Este enfoque es visible en las doctrinas recientes del Pentágono, que quebrantan las viejas restricciones de la “guerra justa”. Ya no contemplan proporcionalidad de la respuesta bélica, ni recurren a los viejos objetivos precisos de cada operación (rendición del rival, domesticar a los indígenas, organizar el comercio, garantizar la supremacía naval). En las cruzadas actuales contra el narcotráfico o el terrorismo estos propósitos y limitaciones están borrados.

Se busca potenciar el miedo, a través de incursiones que rompen las fronteras de la auto-contención. A veces no se identifica ningún estado o adversario nítido y la amenaza alegada es ubicua. En cada momento se puede definir un nuevo enemigo para propinarle un ataque preventivo. En este tipo de guerras infinitamente elásticas, el imperio busca golpear para demostrar poder.

Este despliegue retrata intenciones hobbesianas de ejercer la coerción en forma irrestricta, con prácticas de violencia adaptadas a las necesidades inmediatas de la supremacía norteamericana. Los nazis recurrían al genocidio y el Pentágono utiliza periódicamente las guerras irrestrictas.

Los rasgos genocidas que asume cada nueva invasión son consecuencia de esta compulsión a una agresión perpetua, que combina propósitos globales (compartidos por los socios del imperio) y objetivos específicos de Estados Unidos.

Los propulsores

La llegada de Obama a la presidencia atenuó la euforia imperial, diluyó los exabruptos y redujo la impudicia belicista, pero no alteró la defensa oficial de las misiones del Pentágono. Los estrategas tradicionales han recuperado el manejo de la política exterior, utilizan un lenguaje sobrio y preservan los códigos de la diplomacia, frente a la actitud de matón que adoptaron los neoconservadores. Pero este cambio de actitud no modifica el ejercicio coercitivo de la dominación

imperial.

En este nuevo clima han recobrado preeminencia las justificaciones liberales, que disfrazan el militarismo con mensajes benevolentes. La justificación de la intervención norteamericana en la periferia retoma los mitos paternalistas, que presentan estas acciones como actos de protección de un hermano mayor, sobre las desgarnecidas sociedades subdesarrolladas.

A diferencia de los apologistas corrientes, los liberales objetan los excesos y reconocen los fracasos de las acciones imperiales. Son muy críticos de las aventuras de Bush, exigieron un retorno a la gestión multilateral, cuestionan la conducta de las tropas norteamericanas en Medio Oriente y resaltan el escaso complemento civil de esas operaciones. Alertan, además, contra las consecuencias de la expansión militar excesiva y objetan el reducido auto-financiamiento del belicismo estadounidense. (5)

Esta mirada justifica las invasiones imperialistas con argumentos humanitarios. Destaca el socorro de los pueblos sojuzgados y el auxilio de las minorías perseguidas por los tiranos. Con ese planteo se aprobó, por ejemplo, la ocupación de Irak y Afganistán o el ingreso de los Cascos Azules en Kosovo y Bosnia.

Pero esos pretextos son tan arcaicos como el propio imperialismo. Sólo ofrecen una actualización a los viejos engaños coloniales. Ya no se menciona a los nativos, ni a sus salvadores de tez blanca. Pero el desembarco de las tropas, alegando el rescate de los pueblos desamparados no ha cambiado. Los imperialistas renuevan el libreto que utilizaban los ingleses para ocupar la India o que presentaban los alemanes para ingresar en Checoslovaquia. Una variante de ese relato expusieron los norteamericanos para auxiliar a Kuwait.

Las intervenciones humanitarias actuales son invariablemente precedidas de campañas mediáticas, destinadas a divulgar los padecimientos de cierto pueblo. En estas presentaciones nunca faltan las denuncias de limpieza étnica (Kosovo), persecución religiosa (Afganistán) o torturas a los opositores (Irak). Se transmite una sensación de urgencia, para que los marines detengan cuanto antes el derramamiento de sangre.

Pero esta sensibilidad hacia los pueblos más sufridos desaparece súbitamente luego de la ocupación, cuándo las tropas imperiales se encargan de continuar las masacres contra las mismas (u otras) víctimas. En todos los casos se oculta la naturaleza selectiva de las intervenciones extranjeras y el interés geopolítico, económico o militar que determina cada acción.

Los derechos humanos vulnerados en Irak, Yugoslavia, Somalia o Sierra Leona suscitan gran indignación, pero su violación en Turquía, Colombia o Israel es totalmente ignorada. Los “auxilios humanitarios” ocupan la primera plana cuando están referidos a regiones con petróleo o diamantes, pero pierden relevancia cuando involucran zonas sin grandes recursos. En esas áreas la opresión de las minorías, las mujeres o la juventud es totalmente omitida.

Este tipo de intervenciones cobró fuerza desde el fin de la guerra fría ante la desaparición del “peligro comunista”, que justificaba todos los despliegues del Pentágono. Los genocidios étnicos (Ruanda), los terremotos (Haití) y las hambrunas conforman las nuevas motivaciones alegadas para ingresar en los territorios ambicionados.

En todos los casos los derechos humanos son el bien supremo a custodiar. Cuando las evidencias de las atrocidades ya han sido propagadas, basta con una foto de la tragedia para enaltecer la llegada del ejército liberador. Pero los crímenes punibles están rigurosamente encasillados. Siempre afectan a los países de África, Asia o América Latina.

Los tribunales internacionales dependen de un mandato de Naciones Unidas, que bloquea cualquier causa contra los responsables de las grandes masacres contemporáneas. Se puede juzgar a Milosevic por los asesinatos en Serbia, pero no a Bush por la destrucción de Irak o a Kissinger por las matanzas de Vietnam. Los artífices de la acción imperial actúan como amos del universo y guardianes de la moral. Se auto-atribuyen el derecho a regir la vida del planeta y a comportarse como salvadores de la humanidad.

Un fundamento de estas intervenciones es la teoría pluralista (Nye, Keohane), que asocia la estabilidad con el predominio de una legislación mundial concertada. Se percibe a este sustento, como la fuente de legitimidad para cualquier acción militar global. Se supone que ese cimiento contrarresta las fragilidades de los distintos estados nacionales. (6)

Esta visión tuvo primacía durante la gestión de Carter y fue muy utilizada por Clinton, para identificar la globalización con una nueva modalidad de gobernabilidad mundial. Ha sido tradicionalmente defendida por los popes de la política exterior, que argumentan a favor de un poder global manejado por una sociedad de Estados Unidos con las potencias occidentales (Kissinger). (7)

Este enfoque cuestiona las adversidades que genera el hegemonismo y cuenta con el visto bueno del establishment, especialmente en los períodos de crisis del unilateralismo. En los hechos, las dos concepciones han ejercido una influencia pendular sobre la elite norteamericana. La primera teoría cobra importancia, cuando resulta necesario golpear los tambores de la guerra y la segunda visión gana terreno, cuando se requiere administrar una pacificación armada.

La opción por una u otra alternativa nunca está determinada por criterios normativos. Son cursos de acción seleccionados por su aptitud para reforzar la supremacía imperial. Las contradicciones de esta acción imponen una oscilación entre ambos polos, que se refleja en el predominio variable de guerras hegemónicas y globales.

Justificadores

Existe una corriente de autores que aprueba el intervencionismo imperialista con argumentos legalistas. Resalta especialmente la necesidad de auxiliar a los pequeños países, recurriendo a nuevas normas del derecho internacional. Afirman que el salto registrado en la interconexión mundial torna obsoletos los viejos principios de soberanía nacional. Interpretan que la legitimidad de cada guerra se asienta actualmente en criterios universales de justicia y ya no en violaciones fronterizas. Esta fundamentación fue muy utilizada para validar el ingreso de tropas extranjeras en los Balcanes y el Golfo, con el visto bueno de la ONU.

Estos planteos destacan que el avance de la mundialización anuló (o por lo menos restringió), el viejo derecho de cada estado a gobernar un territorio delimitado. Consideran que en la actualidad rige una internacionalización de todas las decisiones políticas y militares de envergadura. Proponen alcanzar un nuevo consenso para administrar el planeta, mediante acuerdos negociados en los organismos globales. (8)

Pero nunca se explica por qué razón estos principios son aplicados en forma tan desigual. Las grandes potencias ejercen un descarado monopolio, a la hora de resolver como se instrumentan los criterios de extinción de la soberanía. Recurren al socorro de los más débiles, mediante un ejercicio discrecional de la justicia por parte del más fuerte.

Algunos autores afirman que ciertas acciones militares son indispensables, para consolidar el desarrollo de una sociedad civil progresivamente mundial. Estiman que esas incursiones extienden

el radio de la modernidad y forjan -en el ámbito de las Naciones Unidas- los nuevos espacios de la democracia post-nacional. Sostienen que el sistema económico se ha globalizado, pero carece aún de correlato político equivalente. Consideran que el declive del estado-nación justifica la internacionalización de las decisiones militares, en la medida que promueve las ventajas del universalismo frente los resabios del particularismo. (9)

Pero estas caracterizaciones identifican la globalización con una era de paz, que sólo existen en la imaginación de los justificadores. Omiten la estrecha relación de este período con el agravamiento de las desigualdades sociales y nacionales y con el creciente despojo de las poblaciones más desfavorecidas..

Esta dramática realidad es encubierta con elogios a una ciudadanía cosmopolita, que adoptaría posturas progresistas junto a la construcción de una nueva “sociedad civil global”. Pero nunca se define con nitidez, quiénes son los integrantes de este último conglomerado. A diferencia de su contraparte nacional, esa entidad no puede aglutinar a los actores políticos diferenciados del estado, puesto que no existe un órgano de este tipo a nivel global. Esta ausencia de referente estatal torna muy difusas todas las nociones referidas a la opinión pública mundial.

Pero el principal inconveniente del concepto “sociedad civil global” es su total omisión de la naturaleza clasista de la sociedad. En cualquiera de sus dimensiones geográficas, esa entidad constituye bajo el capitalismo, un ámbito de dominación de los explotadores. El control político, militar, institucional que las clases opresoras ejercen a través del estado, prolonga la supremacía que detentan en la sociedad. El uso del aditivo “civil” simplemente oscurece este hecho.

La presentación de las intervenciones imperiales como ejemplos de “primacía del derecho internacional” tiene numerosos abogados. Algunos elogian las tesis kantianas que reivindican la supremacía de la ley en las relaciones interestatales, contra las visiones hobbesiana que avalan el imperio de la fuerza.

Estos enfoques realzan la utilidad del derecho internacional para regular el uso policial de la fuerza, a medida que se perfecciona una Constitución de alcance planetario. Esta norma permitiría asegurar la paz y erradicar el suicidio colectivo de la guerra, que perpetúa la continuidad de las rivalidades fronterizas. Con este razonamiento se justifica la sustitución del principio de no intervención por criterios de acción humanitaria administrados por la ONU. (10)

Pero cualquier balance de esas intervenciones refuta el universalismo abstracto de esa teoría. El orden internacional está regido por reglas que fijan las potencias imperialistas. Estas normas son despóticas y encubren con disfraces jurídicos la estructura totalitaria vigente. Los dominadores manejan la violencia en función de los intereses de las clases capitalistas, mientras sus voceros propagan convocatorias al altruismo y a la primacía de la moral.

El carácter manifiestamente fantasioso de estos razonamientos limita frecuentemente el alcance de las propuestas basadas en el derecho internacional. Ciertos analistas estiman, por ejemplo, que el ideal pacifista constituye tan sólo un objetivo de largo plazo. Consideran que esa meta forma parte de un proceso imperfecto de globalización, cuya maduración exigirá la democratización previa de los organismos internacionales. Este avance implicaría, a su vez, el otorgamiento de mayores poderes a la asamblea general de la ONU, en desmedro de las atribuciones de veto que monopoliza el Consejo de Seguridad. Para implementar las decisiones de esa renovada institución, entienden necesario conformar una fuerza militar independiente. (11)

Este enfoque considera que el humanismo militar tendrá legitimidad, cuando la asamblea de la ONU alumbre un real parlamento de ciudadanos. También pondera los pasos intermedios que ya se

han consumado en materia jurídica, para lograr esa meta (como las Cortes Internacionales de Justicia). Estima que en forma paulatina la democracia planetaria global comenzaría a despuntar, dejando atrás las desigualdades que imperan en el planeta. (12)

Pero es evidente que las instituciones globales solo han servido hasta ahora para ratificar el poderío imperial y la hegemonía militar de Estados Unidos. El orden vigente se perfecciona en la actualidad, mediante las tratativas secretas que desenvuelven las potencias en los ámbitos muy restringidos. No existe el menor indicio de un cambio de ese status opresivo. Es una ingenuidad suponer que esos principios -dictados por la capacidad económica, política y bélica de cada contendiente- serán sustituidos por criterios de respeto y consideración.

La democratización de los organismos internacionales es un objetivo inalcanzable bajo el capitalismo actual. Las instituciones de este sistema reflejan las desigualdades nacionales y sociales imperantes. Hay una dictadura del Consejo de Seguridad para viabilizar el poder asociado que ejercen las potencias gobernantes del planeta. Los cambios que se registran en los organismos mundiales preservan estos pilares.

Ciertamente pueden consumarse algunos pasos hacia la democratización de las Naciones Unidas, partiendo del foro que ofrece esa institución. Pero esas modificaciones serán efímeras, si no se remueve el poder imperialista que controla las decisiones de ese organismo.

Críticos

El brutal expansionismo de la última década, la sangría de Medio Oriente y la chocante reivindicación imperial de los neo-conservadores han desatado reacciones críticas, que desbordan el patrón liberal. Estos cuestionamientos no objetan sólo la oportunidad de las invasiones o sus excesos, sino también el propio accionar del imperialismo. Tal como ocurrió en la época de Vietnam, estos rechazos son promovidos por ciertos soportes tradicionales de la política exterior.

Algunos ex funcionarios han quedado conmocionados por la barbarie imperial y proponen medidas radicales para contener esa degradación. Postulan el retiro inmediato de Irak, el cierre de las bases militares y la anulación de los privilegios extraterritoriales de las tropas estadounidenses. También proponen introducir un férreo control democrático de los servicios secretos e ilegalizar las armas más peligrosas.

Este enfoque considera que el imperialismo es una desgracia. Ha corroído la vida norteamericana durante el siglo XX y conduce al declive del país. Destruye las tradiciones democráticas y conduce a la instalación de formas dictatoriales. Postulan detener esta involución eliminando paulatinamente la estructura imperial, mediante un camino que conduzca a repetir el curso seguido por el precedente británico. (13)

Pero esta solución omite que Inglaterra no se deshizo voluntariamente de sus posesiones de ultramar. Fue obligada a abandonar esos territorios por el debilitamiento sufrido durante la Segunda Guerra y por la sucesión de derrotas padecidas frente a la resistencia anticolonial.

Gran Bretaña pudo procesar su repliegue -sin renunciar por completo al intervencionismo externo- por la asociación gestada con un sustituto norteamericano, que actualmente no cuenta con esa opción. La reiteración del camino inglés choca, además, con el novedoso rol de superpotencia protectora del capitalismo global, que ejerce el Pentágono. Esta función dificulta su abandono de la primera escena.

Otros críticos con larga trayectoria en la historiografía conservadora (y experiencia personal en la

actividad militar), consideran que el expansionismo imperial conduce a la auto-destrucción. Estiman que las invasiones de los últimos años han enredado a Estados Unidos en una madeja de incontrolable belicismo. Este tejido genera enemigos desde la propia estructura militar (como lo prueba el caso de los talibanes) y destruye el espíritu de progreso que forjó a la nación. (14)

Pero ese militarismo no es tan sólo culpa de las últimas administraciones. Expresa necesidades económicas y políticas de las clases dominantes, que no pueden revertirse con simples advertencias. La política imperial norteamericana está determinada por el lugar que ocupa el país en el orden capitalista mundial. Este rol tiende a reciclarse por las ganancias que obtienen las elites estadounidenses. Estas clases dominantes lucran con los privilegios que genera el manejo de los resortes militares del planeta. Desde ese lugar pueden ejercer un chantaje mayúsculo sobre cualquier enemigo, rival o adversario.

Algunos analistas cuestionan la existencia de estas ventajas y subrayan las consecuencias negativas de cargar con responsabilidades imperiales. Entienden que esos efectos pesan en el plano económico (menor productividad) y político (creciente desprestigio). Señalan, además, que la renuncia a esas prerrogativas resultaría ampliamente conveniente. (15)

Pero esta deducción es tan abstracta como engañosa. Estados Unidos no sólo cumple un rol objetivamente dominante en el escenario mundial, sino que además usufructúa de esa supremacía. No es muy sensato suponer que ejercita esa función por una compulsión indeseada. El Pentágono y el Departamento de Estado actúan cotidianamente a favor de las empresas norteamericanas y custodian los beneficios que genera esa dominación.

La acción imperial es una necesidad y no una opción del sistema imperante. Estados Unidos cumple este rol para asegurar la reproducción del capitalismo y facilitar la primacía de sus propios intereses. Al igual que sus antecesores, el imperialismo contemporáneo necesita recrearse a través de la guerra. Lo que ha cambiado son los destinatarios y las formas de ese desenvolvimiento bélico. Las sangrientas confrontaciones entre las grandes potencias han quedado sustituidas por devastadoras invasiones imperialistas, que coordina el mando norteamericano.

Estas intervenciones se suceden con cierta periodicidad, para restablecer un orden socavado por la propia opresión. Un sistema de explotación de los pueblos oprimidos genera turbulencias y exige contar con un ejército siempre disponible para controlar el petróleo, los minerales y las materias primas, en las zonas más calientes del planeta.

Como estas acciones incrementan la desigualdad, desintegran las estructuras económicas y pulverizan los sistemas políticos, cada acción imperial acrecienta la cuota usual de violencia. La magnitud de estos atropellos cambia en las distintas coyunturas, pero el belicismo es tan estructural, como la competencia por beneficios surgidos de la explotación.

Marxistas

Todas las teorías convencionales del imperialismo se inspiran en caracterizaciones que asocian el fenómeno con las ambiciones de poder. Este anhelo es emparentado, a su vez, con las conductas de monarcas o presidentes y con las rivalidades por ensanchar territorios para reforzar la dominación internacional.

Estas concepciones presentan al imperialismo como una acción geopolítica determinada por decisiones de caudillos, que actúan por impulsos nacionalistas y anhelos de primacía regional. El hecho imperial es identificado con la expansión de un ejército fuera de sus fronteras nacionales. (16)

En estas teorías, la dominación es ejercida por estados que inicialmente disputaban territorios o capacidad de tributación y luego entablaron rivalidades por el manejo de las colonias, el control del dinero y el acaparamiento de las finanzas. Se considera que estas confrontaciones tienden a perpetuarse, en la medida que el triunfo de un bando prepara la reacción del otro.

Estos enfoques destacan que la batalla imperial reaparece permanentemente, puesto que al estabilizar su hegemonía cada potencia victoriosa pone en marcha tendencias corrosivas. Estos procesos recrean las disputas, puesto que despiertan el apetitivo de revancha de los derrotados y la ambición de poder de los emergentes. El equilibrio perdura mientras persiste el temor creado por cierto liderazgo militar y se diluye cuando se verifica la posibilidad de un desafío. Estas secuencias tienden a repetirse a la largo de la historia, con la simple modificación de las jerarquías imperantes en cada orden global. (17)

Las concepciones marxistas se han desarrollado con presupuestos muy diferentes y en polémica sistemática con los enfoques convencionales. En lugar de interpretar al imperialismo contemporáneo como una prolongación de luchas eternas por el poder (entre individuos, déspotas, etnias o países) se asocia el fenómeno con tendencias de la acumulación capitalista a escala global. Con esta mirada se plantea una visión opuesta a las tesis de los apologistas, los propulsores, los justificadores y los críticos de la acción imperial.

Este abordaje es un legado de los marxistas clásicos, que a principio del siglo XX indagaron el belicismo de las grandes potencias en función de las presiones creadas por la competencia, el beneficio y la explotación. La dinámica del imperialismo es siempre estudiada a la luz del funcionamiento y la crisis del capitalismo. Se busca establecer una distinción cualitativa entre el imperialismo contemporáneo -gobernado por la lógica de la acumulación- y los imperios precedentes, guiados por impulsos a la expansión comercial o territorial.

El enfoque marxista considera que todas las peculiaridades del imperialismo actual expresan transformaciones equivalentes del capitalismo. Por esta razón la era clásica, el período de posguerra y la etapa neoliberal han modificado las modalidades del fenómeno. Con cada cambio en el proceso de acumulación se alteran las jerarquías geopolíticas vigentes y se modifican las formas de la dominación mundial. Pero esta interpretación compartida por todos los marxistas suscita también intensos debates, en torno a múltiples problemas.

Notas:

- 1) Kaplan Robert, Tierra, Mar y Aire, Ediciones B, España, 2008. Kaplan Robert, Gruñidos imperiales, Ediciones B, Barcelona, 2007. Ignatieff Michael, Honor Guerrero, Taurus, 2004, Madrid. Ikenberry John, La ambición imperial de Estados Unidos, Foreign Affairs, otoño-invierno 2002.
- 2) Kristol William, Kagan Robert, Peligros presentes, Editorial Almuzara 2005.
- 3) Cooper Robert, "El nuevo imperialismo liberal", Estudios Políticos, n 21, julio-diciembre 2002, Medellín. Cooper Robert, "Por qué necesitamos imperios", Clarín-Ñ, 17-9-05.
- 4) Huntington Samuel, ¿Choque de civilizaciones?, TECNOS, 2005.
- 5) Ferguson Niall, Coloso, Auge y decadencia del imperio norteamericano, Debate, 2005, Madrid.
- 6) Keohane, Robert y Nye, Joseph, Poder e Interdependencia: La política mundial en transición, Grupo Editor Latinoamericano (GEL), Buenos Aires, 1988.
- 7) Kissinger Henry, La Diplomacia, Fondo de Cultura, México, 1994.
- 8) Este planteo en: Giddens Anthony. La tercera vía, Taurus, Buenos Aires, 2000, (cap 2, 3, 4)
- 9) Este planteo en: Iglesias Fernando, ¿Qué significa hoy ser de izquierda, Sudamérica, Buenos Aires, 2004, (Cap 4)
- 10) Ver: Habermas, Jurgen. Ensayos políticos. Península, Barcelona, 1988. Habermas Jurgen. La

globalización, Clarín-Ñ, 1-4-06.

11) Este enfoque en: Held David. La democracia y el orden global, Paidós, Barcelona, 1995, (cap 4, 12). Held David. "Administrar la globalización". Clarín-N, 12-8-06.

12) Iglesias Fernando. ¿Qué significa hoy ser de izquierda?, Sudamérica, Buenos Aires, 2004. (Cap 3, 4, 5, 13). Iglesias Fernando. "Los actores han quedado atados al carro de las naciones estado". Apertura Latinoamericana, 6-8-06.

13) Johnson Chalmers, Blowback, Costes y consecuencias del imperio norteamericano, 2004. Johnson Chalmers, "¿Es posible la liquidación imperial en el caso de USA?", www.rebelión.com 24-5-07. Johnson Chalmers, "El significado del imperialismo", www.prodavinci.com, 27-1-09.

14) Bacevich Andrew, Adiós siglo estadounidense, Rebelión, abril-mayo 2009, www.rebelion.com

15) Roubini Nouriel, "La decadencia del imperio americano", Global EconomMonitor, 9-08.

16) Esta concepción desarrollaron: Arendt Hannah, Los orígenes del totalitarismo, Imperialismo, Alianza, 1951, Madrid. Schumpeter, Imperialismo y Clases sociales, Tecnos, 1986.

17) Una presentación de estos enfoques en: -Fiori José Luis, O poder global e la nova geopolítica das nacioes, Editorial Boitempo, 2007, Sao Paulo.

Bibliografía:

-Achcar Gilbert. "Le choc des barbaries". Contretemps 3, fevrier 2002.

-Amin Samir, "US imperialism, Europe and the middle east", Monthly Review vol 56, n 6, November 2004.

-Amin Samir, El imperialismo colectivo, IDEP-CTA, Buenos Aires, 2004.

-Amin Samir, Más allá del capitalismo senil, Paidós, Buenos Aires, 2003. (Cap 5)

-Amin, Samir, "Geopolítica del imperialismo colectivo", en Nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

-Barholomew Amy, Breakspear Jennifer. "Los derechos humanos como espaldas del imperio". El nuevo desafío imperial, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.

-Beniés Nicolas. "Sur la crisis de l'etat-providence". Critique Comuniste, n 149, eté 1997, Paris.

-Bensaid Daniel. "Dieu, que ces guerres son saintes". Contretemps 3, fevrier 2002.

-Bensaid Daniel. Le nouvel Internationalisme, Paris, Textuel, 2003

-Bensaid, Daniel, Les discordances des temps. Les éditions de la passion, Paris, 1995, (cap 11)

-Borón Atilio, "La cuestión del imperialismo". La teoría marxista hoy, CLACSO, Buenos Aires, 2006.

-Borón Atilio. "Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional", en Nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

-Callinicos Alex. Contra la tercera vía, Crítica, Barcelona, 2002, (cap 1, 2, 3)

-Fine Robert, "Debating cosmopolitics", Capital and Class 88, spring 2006. estado". Apertura Latinoamericana, 6-8-06.

-Fiori José Luis. "Sobre o poder global". Novos Estudos 73, Novembro 2005, Sao Paulo.

-Foster Bellamy John, "El redescubrimiento del imperialismo", La teoría marxista hoy CLACSO, Buenos Aires, 2006.

-Katz Claudio -"Programas altergloables". Anuario EDI, n2, año 2006, Buenos Aires.

-Katz Claudio. "El imperialismo del siglo XXI". ESECONOMIA. Instituto Politécnico Nacional, número 7, año 2, verano 2004, México.

-Serfati Claude. "Violences de la mondialisation capitaliste". Contretemps, n 2, septembre 2001.

-Smith Ashley, "Liberal apologists for empire", Socialist Worker, june 5, 2009.

-Wood Ellen Meiksins, "Guerre infinie", Contretemps 3, fevrier 2002,

-Wood Ellen Meiksins, Empire of Capital, Verso 2003 (preface, introduction, cap 4, 7).

-Zolo Danilo. Cosmópolis. Perspectiva y riesgos de un gobierno mundial, Paidós, Buenos Aires, 2000, (cap 5).

Replanteos marxistas del imperialismo

Resumen

Todas las discusiones marxistas contemporáneas sobre el imperialismo parten del enfoque de Lenin, que resaltaba la sustitución de la libre competencia por el dominio de los monopolios. Los defensores contemporáneos de estas tesis olvidan el carácter complementario de ambos rasgos y la necesaria continuidad de la competencia bajo el capitalismo.



La mundialización neoliberal reavivó la pugna competitiva, confirmando que el comportamiento de los precios no está sujeto a reglas arbitrarias, ni a simples concertaciones. Sigue un principio objetivo de ajuste en función de la ley del valor.

La teoría de la hegemonía del capital financiero quedó cuestionada por la supremacía industrial durante el boom de posguerra. Esa concepción generalizó una situación peculiar de Alemania. Bajo el neoliberalismo los financistas han ocupado nuevamente un acotado rol dirigente, que favorece a toda la clase capitalista. Su papel en la acumulación que no se limita a la succión de beneficios.

Las tesis que enfatizan el rentismo improductivo sugieren una presentación simplificada del capitalismo como un casino regido por el azar. Omiten que los principales desequilibrios del sistema se generan en el área productiva y desconocen los cambios registrados en los países deudores.

Los teóricos del estancamiento tecnológico suponen erróneamente que la innovación radical ha desaparecido. No logran explicar la transformación informática en curso e ignoran que la renovación tecnológica es indispensable para sostener la rivalidad por el beneficio. Estas mejoras son el fundamento de la plusvalía relativa y siempre adoptaron modalidades constructivas y destructivas.

Las principales tensiones del capitalismo no provienen del parasitismo, sino de su descontrolado dinamismo. La concepción que postula la desaparición del ciclo olvida que los vaivenes periódicos son necesarios para procesar valorizaciones y desvalorizaciones del capital.

Las discusiones marxistas contemporáneas sobre el imperialismo parten del enfoque de Lenin y jerarquizan el estudio de las tendencias económicas del capitalismo. Se le asigna a estos procesos un papel determinante en la dinámica imperial. Los autores que postulan la validez de la visión leninista resaltan su actualidad. Destacan la preeminencia de los monopolios, la hegemonía rentista del capital financiero y la existencia de un bloqueo al progreso técnico que generaliza el estancamiento.

La centralidad de la competencia

Lenin identificaba el dominio de los monopolios con el control de los precios, a través de concertaciones entre grandes empresas. Coincidió con Bujarin en estimar que la competencia había perdido relevancia a escala nacional y sólo regía plenamente en el plano mundial. (1)

Este diagnóstico remarcaba el agotamiento de la libre competencia y la consiguiente disolución de la competencia plena. Consideraba que las empresas ya no rivalizaban entre sí para reducir costos, ampliar mercados y aumentar los beneficios.

Luego de un intenso debate en la entre-guerra, esta concepción fue reformulada en los años 50 por varios teóricos keynesianos. Ilustraron cómo los oligopolios ajustaban las cantidades producidas (en lugar de alterar los precios), para asegurar la continuidad de altas tasas de ganancia (Steindl). Estimaron que este comportamiento conducía a la sistemática sub-utilización de la capacidad instalada (Kalecki) y remarcaron los efectos nocivos de esa “competencia imperfecta” sobre el nivel de crecimiento (Joan Robinson). Consideraban que la fijación concertada de los “precios de exclusión” generalizaba el estancamiento e imponía fuertes barreras de entrada a la actividad de los rivales (Sylos Labini). (2)

Una corriente de teóricos marxistas (Sweezy, Baran) reivindicó este enfoque, describiendo como las corporaciones se repartían los mercados, creando situaciones de sub-inversión y sobre-capacidad permanente de las plantas. Los discípulos de esta escuela (Foster, Chesney) resaltan el peso dominante de los monopolios bajo el neoliberalismo y otros autores (Vasapollo), utilizan el mismo criterio para evaluar las tendencias del capitalismo contemporáneo. (3)

Estas miradas subrayan acertadamente los impactos generados por el incremento de la escala productiva. El desarrollo del capitalismo agigantó la dimensión de las firmas y la mundialización actual incentiva un salto en la envergadura de los colosos que operan a nivel global.

Pero este incremento del tamaño no es sinónimo de control monopólico, ni de supresión de la competencia. El capitalismo recrea la competencia y el oligopolio en forma complementaria y mediante reciclajes recíprocos. En los momentos de mayor rivalidad ciertas empresas introducen formas transitorias de supremacía, que no pueden conservar ante el resurgimiento de las batallas competitivas. Esta dinámica es constitutiva del capitalismo y perdurará mientras subsista a este régimen social.

El capitalismo no podría sobrevivir a la erradicación completa de la competencia, puesto que en ese escenario desaparecerían las normas mercantiles y quedaría regulada la asignación de los recursos. En el proceso de la acumulación, la rivalidad siempre genera nuevos gigantes que compiten entre sí. Lo que cambia en cada etapa del sistema es la modalidad de esta combinación.

La trayectoria del capitalismo no ha seguido una curva idílica desde prosperidades competitivas hasta nocivas concertaciones. Esta imagen romántica, olvida la enorme gravitación que tuvieron los monopolios en el debut de la acumulación. Por otra parte, la pugna contemporánea entre poderosos oligopolios, no difiere cualitativamente de las viejas rivalidades entre pequeñas compañías. Los principios que regulan ambas confrontaciones son muy semejantes.

Los acuerdos entre empresas para distribuirse los negocios son frecuentes. Pero estos arreglos siempre quedan socavados por violaciones internas o por la aparición de otro concurrente.

Este comportamiento rige en los mercados nacionales y mundiales. La suspensión de la competencia en el primer terreno e intensificación en el segundo (que describieron Lenin y Bujarín) fue un rasgo coyuntural, que no perduró como tendencia del capitalismo. Existe una discusión historiográfica sobre el acierto o error de esa evaluación a principio del siglo XX, pero la continuidad posterior de la competencia es un dato incontrovertible.

Los teóricos keynesianos de posguerra presentaban equivocadamente la desaparición (o debilitamiento) de este rasgo, como un defecto del capitalismo monopolista, frente a las ventajas de

la “concurrència perfecta” del pasado. Como localizaban los defectos del sistema en las falencias del mercado (y no en las contradicciones de la acumulación), convocaban a recuperar la vitalidad del capitalismo, introduciendo reglas de protección de la competencia. Desconocieron que esa concurrencia perduraba y que su eventual intensificación, sólo acentuaría la inestabilidad crónica del sistema.

Los marxistas que compartieron ese diagnóstico tendieron a prestar más atención a los acontecimientos secundarios de la esfera circulatoria, que a los procesos determinantes de la actividad productiva. También olvidaron que los cambios de precios son el principal instrumento que tienen los capitalistas para desenvolver su actividad. Sólo mediante aumentos y rebajas de esas cotizaciones, los empresarios pueden actuar en el mercado, ofreciendo nuevos productos en función de los costos de fabricación y obteniendo mayores ganancias en las disputas con sus concurrentes.

Perdurabilidad de la ley del valor

La tesis de total control monopolístico fue acertadamente objetada por varios autores marxista en los años 70 (Shaik, Clifton, Weeks, Semmler). Estos críticos restauraron la centralidad analítica de la rivalidad mercantil.

En sus cuestionamientos aceptaron la existencia de mayores obstáculos a la caída de los precios, pero atribuyeron estas barreras a la existencia de transformaciones económicas (mayor peso de la deuda pública) y cambios político-sociales (limitaciones a la reducción nominal de los salarios por la gravitación de los trabajadores). Estos rasgos limitan el vaivén de los precios, pero no anulan la preeminencia de la competencia. Este mecanismo continúa actuando a través de ajustes relativos, dentro de una dinámica más inflacionaria. (4)

El neoliberalismo revirtió parcialmente ese cuadro de ascenso generalizado de precios e introdujo un entorno de mayores vaivenes, junto a cierta reaparición de las tendencias deflacionarias. Este curso refutó adicionalmente, muchos supuestos de los teóricos del capital monopolista.

También la mundialización incentivó la pugna competitiva. Hay traslados de fábricas a las regiones que ofrecen salarios bajos, se recalientan las batallas por el control de las materias primas y se afianzan las rivalidades financieras por colocar préstamos o acaparar los negocios de alto riesgo. Esta renovada competencia de costos es ilustrada por numerosas descripciones periodísticas del “darwinismo mercantil” y la “competencia por la supervivencia” que impera entre las empresas.

La transferencia de actividades fabriles hacia el continente asiático y la reorganización de la división internacional del trabajo son nítidos indicadores de la continuada rivalidad de precios. Estas batallas desembocaron en las crisis itinerantes de las últimas décadas. La competencia fabril genera excedentes, la concurrencia financiera multiplica los capitales sobrantes y la pugna por acaparar negocios precipita desproporcionalidades sectoriales. Estas tensiones irrumpen por el carácter inviable que tiene la manipulación oligopólica de los precios.

Al considerar que el capitalismo ha quedado sometido a reglas arbitrarias de manipulación de los precios, los teóricos del capital monopolista modifican la interpretación que postuló Marx, para explicar la fijación de esas cotizaciones. El pensador alemán consideraba que ese proceso estaba objetivamente regulado por normas de costos, productividad y exacción de plusvalía, que guían la valorización del capital.

Marx estimaba que ese desenvolvimiento estaba regido por una ley de valor, que determinaba la distribución del trabajo social en las distintas ramas de la economía, en función de las expectativas de beneficio. Esa regulación definía a su vez el nivel de los precios, de acuerdo al trabajo

socialmente necesario para la producción de las diversas mercancías. La propia marcha de la acumulación ajustaba finalmente esas cotizaciones, a través de una sucesión de periódicos desequilibrios, que intercalaban la prosperidad con la crisis.

La teoría del capital monopolista sustituye este principio por otras normas, que explican la fijación de los precios por relaciones sociales de fuerza (poder de cada corporación para imponer sus exigencias) o por gravitaciones institucionales (intervención del estado para favorecer a uno u otro grupo). El poder de los monopolios es derivado de esas influencias, con criterios que se alejan del análisis marxista objetivo de la acumulación.

Se podría argumentar que la preeminencia de las grandes corporaciones afecta al propio desenvolvimiento de la ley del valor, al concentrar el poder económico en grupos reducidos. Pero esta transformación tampoco implica una preeminencia de manipulaciones monopólicas. Lo que está en juego es la distribución de plus-ganancias entre actores capitalistas, que sólo pueden disputar la captura estable de esos beneficios, mediante reducciones de costos o incrementos de la productividad. La batalla por esos lucros no sigue un curso contingente de astucias monopólicas. Obedece a los parámetros que impone la ley del valor, a la reproducción capitalista.

Este mismo principio ha extendido su alcance bajo la mundialización neoliberal, con la regionalización o internacionalización de muchos precios estratégicos de la economía. Junto al incremento de los movimientos de capital, la reducción de las barreras aduaneras y la implantación de las empresas transnacionales, los mercados internos son penetrados por competidores foráneos y la autonomía de cada estado (para fijar tasas de interés, manejar la moneda y modificar gravámenes) se reduce significativamente. Este cambio se refleja a su vez en los precios, que sufren mayor impacto de la competencia mundial.

En esta producción más globalizada, una porción significativa de la actividad económica se desenvuelve dentro del propio espacio de las transnacionales. Las filiales localizadas en distintos puntos del planeta utilizan precios de transferencia, que las gerencias administran en función de sus propios cálculos de rentabilidad. Pero tampoco estas cotizaciones son arbitrarias, ni provienen de maniobras concertadas entre grandes grupos. Las empresas continúan compitiendo a una escala más global y los resultados de esta concurrencia se expresan en una fijación de los precios, dependiente de la dinámica del valor.

¿Hegemonía del capital financiero?

La teoría de Lenin postula la preeminencia del capital financiero, a medida que los bancos controlan las operaciones comerciales e industriales y asumen la dirección de las grandes empresas. Se supone que también manejan los paquetes accionarios, la emisión de valores y la especulación inmobiliaria.

Esta concepción surgió del retrato que presentó Hilferding de la fusión que realizaron los bancos alemanes con la industria, a través de las sociedades anónimas y la digitación del crédito. También se basó en la descripción de Hobson de las altas finanzas inglesas, como estructuras receptoras de los dividendos aportados por el crédito externo. (5)

Esta visión fue muy discutida en su época y enfrentó cuestionamientos marxistas al concluir la entre-guerra. Algunos autores que postularon la existencia de una secuencia histórica inversa del poderío inicial y debilitamiento posterior de los financistas. Destacaron que la dominación de los bancos rigió tan sólo en las primeras fases de acumulación, cuándo la industria necesitaba obtener capitales para emprender un desarrollo acelerado. Una vez concluido ese despegue los empresarios recuperaron independencia y se sustrajeron de cualquier sujeción a los banqueros. (6)

La teoría de la supremacía financiera perdió seguidores en la posguerra, en la medida que el boom económico estuvo signado una prosperidad comandada por la industria. El florecimiento de este sector fue tan evidente, como el rol complementario jugado por los banqueros, durante el período de explosión de productividad y el consumo.

Este giro condujo a cuestionar la caracterización del imperialismo como una etapa de hegemonía financiera. Algunos autores estimaron que Lenin generalizó en forma incorrecta la descripción presentada por Hilferding para el caso particular de Alemania. Como en ese país el capitalismo se erigió en forma tardía fue necesaria una fusión forzada desde el estado entre los banqueros y los industriales, para acelerar el proceso de acumulación.

Pero esa amalgama no se extendió a otras economías. La gravitación lograda por los banqueros ingleses no era tan absoluta y en todo caso correspondió a un período peculiar de un imperio en declive. En las potencias ascendentes -como Estados Unidos- se observaba un nítido predominio del sector productivo junto a la ausencia de fusión con los bancos. Otros analistas objetaron también la extrapolación del caso alemán, destacando la inexistencia de una preeminencia perdurable de los banqueros, frente a los protagonistas de la acumulación. (7)

Pero el debate recobró intensidad en los últimos veinte años, ante la significativa gravitación financiera que acompañó al neoliberalismo. Este modelo introdujo drásticas transformaciones regresivas, bajo el comando de los bancos. Con esa dirección se impuso una ofensiva del capital sobre el trabajo, asentada en las exigencias impuestas a todas las empresas por los acreedores y los prestamistas. Los financistas volvieron a ocupar el mando de una armada burguesa que atropelló los sindicatos, redujo los salarios y potenció la informalidad laboral.

Los autores que remarcan esta función clave ubican el surgimiento del neoliberalismo en un golpe financiero, que determinó el ascenso de las tasas de interés (Paul Volcker en 1979-82). Esa acción otorgó a los banqueros un rol director de la arremetida patronal e introdujo una nueva pauta de disciplina regresiva en todas las actividades económicas. (8)

Este período inauguró una etapa signada por el protagonismo financiero de Nueva York, la proliferación de operaciones de alto riesgo y la expansión de los bancos de inversión y los fondos de pensión. Los circuitos financieros se internacionalizaron y se afianzó un nuevo rol global de los banqueros en la administración del riesgo, con los nuevos instrumentos de la titularización y los derivados.

Este papel determinante de los banqueros quedó confirmado en la crisis reciente. Los estallidos irrumpieron en la esfera financiera y se procesaron mediante monumentales rescates de las entidades a cuenta del estado. Esta socialización de pérdidas se llevó a cabo por mandato directo de la elite financiera.

Pero la renovada gravitación de los financistas presenta fechas de inicio y objetivos muy precisos. No ha sido un proceso continuado desde principios del siglo XX, sino un fenómeno específico de las últimas dos décadas, determinado por la función que cumple la banca en la ofensiva del capital. Este liderazgo sucedió a la supremacía industrial de posguerra y confirmó el carácter cambiante de los sectores que ejercen el comando de la acumulación capitalista.

Ninguna cronología (o razonamiento) justifica la existencia de un despotismo permanente de los financistas. Esa creencia presupone que el desenvolvimiento del capitalismo se ha mantenido invariable desde el comienzo del siglo XX

La “financiarización” reciente no constituye, además, un proceso que favorece exclusivamente a los banqueros. Ha sido un instrumento de todos los capitalistas para recuperar la tasa de ganancia, mediante generalizados aumentos de la explotación. En este campo se localiza la extracción de plusvalía que sostiene al sistema. La hegemonía de las finanzas puede interpretarse a lo sumo, como un aspecto de la reestructuración neoliberal, pero no como un dato estructural del capitalismo.

La etapa reciente de ascenso de los financistas ha empalmado, además, con un avance de la mundialización, que modifica las viejas formas del accionar bancario. Se ha consumado una expansión de empresas transnacionales, que mixturán distintas formas de capital y propician más la asociación que la dominación financiera.

En muchas áreas se diluyeron las fronteras que separaban a los industriales de los banqueros, puesto que numerosos conglomerados operan indistintamente como compañías financieras y productivas. En estas organizaciones los banqueros no actúan como simples succionadores de un lucro ajeno.

Los financistas participan de todo el dispositivo de la acumulación, mediante la canalización de los préstamos hacia los negocios más rentables. Al observarlos como meros penalizadores del resto de la economía -e identificarlos con la simple absorción del beneficio- se desconoce el estratégico rol que juegan en la generación de esas ganancias.

Capital rentista

La sustitución de conductas favorables a la acumulación por actitudes rentistas es otro aspecto de la tesis leninista, que retoman muchos seguidores de ese enfoque. Esta mutación fue atribuida por el líder bolchevique a una preeminencia del capital financiero, que disminuye las inclinaciones productivas de la burguesía y potencia el parasitismo de los banqueros.

Esta caracterización es actualizada por los autores que subrayan la presencia de los “capitales que hacen dinero con dinero”. Mediante este manejo conquistan posiciones e imponen sus exigencias de valorización rentista a toda la sociedad. Consideran que ese despojo rentista se exacerbó bajo el neoliberalismo, a través del acaparamiento de mayores ganancias por parte de financistas, que acrecentaron la improductividad y obstruyeron la acumulación. (9)

En las descripciones de este despilfarro se remarca la hipertrofia de las operaciones financieras, que no incorporan valor a la producción. También se resalta como estas actividades afectan al proceso productivo, a través de operaciones titularizadas y seguros emitidos para respaldar los bonos en circulación. En la gestión rentista, los riesgosos fondos de inversión han reemplazado a los bancos más conservadores. (10)

A diferencia de los economistas pos-keynesianos, este enfoque presenta el giro hacia la especulación como una transformación objetiva del capitalismo. No atribuye esta mutación a perversiones de los gerentes o a conspiraciones de Wall Street. Pero al evaluar que el sistema tiende a desprenderse de su basamento productivo, sugiere que la lógica de la explotación ha sido reemplazada por una dinámica de fraude.

Ese tipo de malversaciones ha estado presente en toda la historia del capitalismo y fue más dominante en el origen, que en la madurez de este sistema. Con el afianzamiento de la acumulación los financistas quedaron integrados a un modo de producción, basado en la confiscación del trabajo excedente de los asalariados y la conversión de plusvalía en capital. La distribución de ese beneficio entre los banqueros e industriales se consume mediante disputas competitivas.

Es importante subrayar la vigencia actual de estos procesos. La presentación simplificada del

capitalismo como un casino regido por el azar y administrado por una elite de jugadores, es desacertada. Esta visión desconoce que el sistema continúa regido por ciertas leyes favorables al conjunto de las clases dominantes y se encuentra socavado por contradicciones procesadas en el ámbito de la producción y la realización de la plusvalía.

Estos desequilibrios centrales no provienen del parasitismo de los banqueros. Los derroches de estos individuos sólo introducen trastornos adicionales, a las obstrucciones que genera la acumulación, en procesos de expansión motorizados por el beneficio. Este apetito insaciable por las ganancias genera excedentes invendibles, restricciones al consumo, desproporcionalidades sectoriales y declives tendenciales de la tasa de ganancia.

La comprensión de estas tensiones exige ir más allá de la esfera financiera y superar la mirada del capitalismo como un sistema gobernado por la renta improductiva. Este componente ha sido un dato del sistema desde su nacimiento, pero nunca alcanzó la primacía que tenía en los regímenes pre-capitalistas. El modo de producción vigente funciona en torno a beneficios surgidos de la explotación, cuya continuidad exige renovación de la inversión y confrontación entre competidores. Esta dinámica genera consecuencias nefastas para los trabajadores, pero no implica la existencia de una supremacía rentista.

Es por otra parte equivocado identificar simplemente a los financistas con el parasitismo. Esta asimilación sugiere una distinción con otros sectores de las clases dominantes, olvidando que la explotación industrial del trabajo ajeno no es un acto meritorio.

Los banqueros son algo más que estafadores y el endeudamiento es un proceso más complejo que el fraude. Los financistas cumplen una función estratégica para la reproducción del capital, al movilizar los créditos que amplían el radio geográfico y sectorial de la acumulación. La acertada denuncia de los especuladores no debe conducir a ignorar ese rol. Esta función explica por qué razón la tasa de interés no se equipara con la renta agraria. No constituye una punición al desenvolvimiento capitalista, sino un instrumento para organizar la inversión, en función de la rentabilidad diferenciada que ofrece cada negocio.

Las finanzas contemporáneas desenvuelven este papel mediante administraciones del riesgo que pueden derivar en todo tipo de desfalcos. Pero el proceso de titularizar bonos, mediante la compra-venta de créditos y el empaquetamiento de los títulos es una forma de organizar el crédito, contemplando la confiabilidad y el beneficio potencial de cada operación.

La presencia de los financistas en la cúspide de muchas empresas transnacionales no modifica ese rol. Más bien genera una mixtura de tendencias productivo-financieras, en conglomerados que tienden al auto-financiamiento y a la asunción parcial de muchas funciones, que anteriormente desarrollaban los bancos. A su vez los financistas actúan en estas corporaciones, amoldando su acción a las estrategias productivas de las compañías. Este rol desborda ampliamente la simple apropiación de beneficios.

Algunos teóricos estiman que el capital financiero desenvuelve su acción anticipando los lucros futuros que genera la actividad de los asalariados. Consideran que ese valor presente es una captura rentista previa de la plusvalía en gestación. (11)

Pero ese proceso sólo puede continuar si existe fabricación y venta de las mercancías. Si esta secuencia no se efectiviza, resulta imposible absorber una plusvalía que jamás será creada. Para que exista trabajo excedente confiscado a los obreros, debe regir algún proceso inversión y acumulación genuina de capital. Esta actividad no rentista es el fundamento de todo el sistema. Que los financistas anticipen la captación de una porción del botín en juego, no modifica su dependencia de

esa lógica material reproductiva.

La actualización literal de la tesis leninista también incluye la presentación del capital financiero como el nodo central de un sistema internacional de sometimiento de los países deudores a las naciones acreedoras. Se supone que esa atadura financiera de principios del siglo XX ha perdurado sin grandes cambios. (12)

Pero la alteración de ese paisaje salta a la vista. Basta observar el status actual de Estados Unidos. La primera potencia es la principal deudora de China y nadie podría afirmar, que se ha convertido en país sometido al látigo de los banqueros orientales. La teoría del capital rentista no logra captar las especificidades de etapa en curso.

Innovación tecnológica

Otros analistas actualizaron hace varias décadas la visión del estancamiento tecnológico, que Lenin dedujo de la fijación monopólica de precios y de la generalización de las patentes. Consideraron que las grandes innovaciones desaparecieron luego del vapor, los ferrocarriles y la electricidad. Estimaron que el automóvil, los plásticos y la energía nuclear ya no incluyeron transformaciones de envergadura. (13)

Esta pérdida de impulso innovador es proyectada hasta el presente por quienes relativizan la importancia de la informática. Sostienen que esa tecnología no encuentra oportunidades de inversión comparables al pasado. Consideran que el cambio tecnológico contemporáneo ya no es relevante y no permite contrarrestar el estancamiento. (14)

Pero si este proceso central del capitalismo ocupa un lugar tan secundario, también la plusvalía relativa ha dejado de operar como fuente decisiva del beneficio. Este razonamiento choca con el esquema analítico de Marx, que ubicaba el principal nutriente de la ganancia en la elevación de la productividad, generada por la introducción de nuevas tecnologías.

El filósofo alemán consideraba vital esa dinámica para el surgimiento y continuidad del capitalismo. No existe ninguna razón para modificar esta caracterización, restringiendo la influencia de la innovación a cierta etapa histórica de este sistema. El cambio tecnológico es un rasgo incorporado al modo de producción vigente, puesto que impulsa la competencia entre concurrentes para bajar costos y obtener mayores ganancias.

La renovación de la maquinaria es definitoria para la ubicación de cada empresa en el mercado. Si este principio dejara de operar, el poderío de cada grupo patronal ya no dependería de la plusvalía que extrae, sino de algún otro mecanismo que hasta ahora nadie ha expuesto.

Tampoco existen justificaciones convincentes del carácter irreproducible de las innovaciones que acompañaron al vapor o al ferrocarril. En todos los cambios posteriores estuvo presente alguna revolución tecnológica, gestada en torno a invenciones transformadas en innovaciones. Estos descubrimientos aparecieron en forma discontinua y en estrecha conexión con la irrupción de plusganancias, que se disolvieron con la generalización posterior de esos cambios tecnológicos.

Al desconocer esta trayectoria se ignora la relevancia actual de la informatización. Se puede discutir la etapa de esta transformación. Pero es innegable su impacto sobre los índices de productividad, las mutaciones del proceso de trabajo y la extensión de los mercados. La microelectrónica, la generalización de las computadoras y el uso de las redes han sido decisivos para la reorganización capitalista que introdujo la mundialización neoliberal. (15)

Una eliminación total del progreso técnico sería incompatible con la continuidad de la acumulación. Impediría a las empresas generar beneficios, mediante el incremento de la productividad. El papel puramente complementario que Marx le asignó a la plusvalía absoluta (surgida de ampliaciones e intensificaciones de la jornada de trabajo) no se ha modificado. Sólo las coyunturas de gran depresión detienen la innovación. Son suspensiones momentáneas, que no alteran las reglas del dinamismo tecnológico.

A veces se argumenta que la innovación presentó formas creativas en el origen del capitalismo y exhibe modalidades destructivas en la actualidad. Pero esta clasificación no define si las máquinas y los instrumentos de trabajo persisten como transmisores del trabajo confiscado por los patrones. Si ese basamento perdura, también se mantiene lo esencial de la innovación.

Además, conviene recordar que el capitalismo se nutrió desde su nacimiento de las tecnologías destructivas generadas en la esfera militar. El papel de esa rama no es novedoso, puesto que allí siempre se han experimentado las técnicas que posteriormente se transfieren a la órbita civil. Este componente destructivo de la innovación ha sido intrínseco al régimen social vigente en todos sus períodos.

Estancamiento y ciclos

El cambio tecnológico determina el carácter de todos los desequilibrios que afectan al capitalismo. Estas tensiones provienen del descontrolado dinamismo (y no del estancamiento) que rodea al sistema. El ejemplo reciente de este condicionamiento es la debacle ambiental, que ha irrumpido por una furiosa competencia entre las empresas que fabrican nuevos bienes, a cualquier costo ecológico.

Los males del capitalismo contemporáneo derivan de la intensidad competitiva y de la ambición por el lucro, que impone la expansión del sistema. El neoliberalismo ha confirmado plenamente este principio, al demostrar cómo el capitalismo vuelve a extender su radio reproductivo, cuando se restauran las condiciones favorables para la extracción de la plusvalía.

La principal sorpresa de este período ha sido la irrupción de China, que dejó atrás su status marginal para convertirse en una ascendente potencia. Si el capitalismo estuviera acosado por un estancamiento sostenido, no habría dejado espacio para avances de este alcance. Lo ocurrido con China es totalmente inexplicable en un marco analítico de regresión de las fuerzas productivas.

Es cierto que también se multiplicaron las actividades parasitarias. Pero esos despilfarros son complementarios. Hay guerras para asegurar el sometimiento de los oprimidos, se incentivan las necesidades de consumo artificial para realizar el valor de las mercancías y se amplían los préstamos para materializar los beneficios gestados en la producción. Es un error buscar en estas áreas las singularidades del capitalismo contemporáneo.

El declive innovador es postulado por algunos autores junto a la extinción del comportamiento cíclico del nivel de actividad. Se considera que han cesado de operar las fluctuaciones cortas y los movimientos largos, que rigieron durante el surgimiento y madurez del capitalismo. (16)

¿Pero cómo funciona el sistema sin ese fundamento? Los vaivenes periódicos permiten procesar la valorización y desvalorización de capitales, que necesita un modo de producción basado en el beneficio. Sin esa sucesión de recuperaciones y recaídas, la acumulación no podría desenvolverse.

En realidad no existe ninguna evidencia de esa desaparición de oscilaciones productivas. Tampoco hay signos de reemplazo de estas ondulaciones por secuencias continuadas de caídas del PBI. Una

pendiente de este tipo contradeciría la lógica del capital y no se ha verificado en ninguna crisis reciente. Las recesiones continúan precedidas por periodos inversos de crecimiento.

La desaparición del ciclo es tan inconcebible como la sub-utilización permanente de la capacidad instalada. Esa inmovilización se verifica en las fases de recesión y se revierte en los momentos de prosperidad. El uso de las plantas por debajo de sus posibilidades incorpora costos adicionales, que todas las firmas buscan eludir para amortizar la inversión y evitar las pérdidas.

El ritmo exacto de los ciclos constituye una incógnita. Algunos analistas evalúan la temporalidad de esas fluctuaciones, reconsiderado su determinación tecnológica o remarcado el peso de múltiples factores (comportamiento de los salarios, consumo de los sectores no productivos, precios de las materias primas, desproporcionalidades). (17)

Pero está fuera de discusión el carácter intrínseco de los ciclos en el desenvolvimiento del capitalismo. Las crisis siempre irrumpen entre fases de ascenso y descenso económico. Si las oscilaciones hubieran quedado reemplazadas por crisis permanentes, resultaría imposible diferenciar esos estallidos de cualquier otra circunstancia. No habría forma de evaluar la aparición de estos episodios como acontecimientos específicos. Lo que permite distinguirlos es la subsistencia de los ciclos.

Ningún investigador omite este fenómeno. Todos evalúan las fluctuaciones como contrapartes de la prosperidad, la reactivación o el crecimiento. En la eclosión del 2008-09 se verificó claramente la persistencia de ambos procesos. Las expresiones de la crisis salieron a la superficie (pánico bursátil, insolvencia bancaria, quebranto industrial), al concluir una fluctuación del ciclo (marcha ascendente de los negocios y auge de ganancias antes del temblor). La persistencia de ambos fenómenos es indispensable para un sistema que necesita digerir a través de oscilaciones periódicas, los procesos sucesivos de valorización y desvalorización del capital.

Notas:

- 1) Lenin, Vladimir Ilich El imperialismo, fase superior del capitalismo Buenos Aires, Quadrata, 2006. Bujarin Nikolai. El imperialismo y la acumulación de capital, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973, (cap 4 y 8).
- 2) Steindl Joseph, "Karl Marx y la acumulación del capital", Horowitz David. Marx y la economía moderna. Laia, Barcelona, 1968. Steindl, Josef, "Teoría del estancamiento y la política estancacionista", en Economía poskeynesiana, Fondo de Cultura Económica, México, 1988. Kalecki, Michal, "Las determinantes de las ganancias", en Economía poskeynesiana, Fondo de Cultura Económica, México, 1988. Sylos Labini, "La determinación del precio", en Economía poskeynesiana, Fondo de Cultura Económica, México, 1988. Robinson, Joan, La acumulación del capital, FCE, México, 1972.
- 3) Sweezy Paul, Magdoff Harry, "The crisis of American Capitalism", The deepening crisis of U.S. Capitalism, Monthly Review Press, 1981. Foster John Bellamy, "Interview", Klassekampen, 18-10-08. Foster John Bellamy, "The rediscovery of imperialism". Monthly Review, vol 54, n 6, November 2002. Vasapollo Luciano. "Imperialismo y competencia global", Laberinto n 18, segundo cuatrimestre 2005.
- 4) Ver: Shaikh, Anwar. Valor, acumulación y crisis, (cap 1) Ed Tercer Mundo, Bogotá, 1991.
- 5) Hilferding Rudolf. El capital financiero, Tecnos, Madrid, 1973, (cap 13, 14). Hobson John, Estudio del imperialismo, Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- 6) Grossman Henryk. La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista, Siglo XXI, México, 1979.(parte B)
- 7) Ver: Brunhoff Suzanne. La concepción monetaria, Ediciones del siglo, Buenos Aires 1973.
- 8) Dumenil Gérard, Levy Dominique, 1996, La dynamique du capital, PUF, Paris.
- 9) Foster John Bellamy, Chesney Robert, "Monopoly-finance capital and the paradox of

accumulation”, Monthly Review n 5, vol 61, October 2009

10) Chesnais Francois, “The economic foundations and needs of contemporary imperialism”, Historical Materialism vol 15, Issue 3, 2007.

11) Serfati Claude. “Imperialism et militarisme. Reponse a Antoine Artous”, Critique Communiste n 176, juillet 2005.

12) Serfati Claude. “La economía de la globalización y el ascenso del militarismo”. Coloquio Internacional Imperio y Resistencias. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6 de octubre de 2005.

13) Sweezy, Paul. "La economía keynesiana", en El capitalismo moderno, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1973.

14) Foster John Bellamy, Magdoff Fred, “Financial implosion and stagnation”, Monthly Review, vol 60, n 7, December 2008.

15) Hemos expuesto nuestra visión en: Katz Claudio, “Mito y realidad de la revolución informática”. ESECONOMIA. Instituto Politécnico Nacional, número 6, año 2, invierno 2003-04

16) Beinstein Jorge, “Las crisis en la era senil del capitalismo” El Viejo Topo 253, 2009, Madrid.

17) Martins sugiere el primer determinante y Astarita subraya la incidencia de los segundos componentes. Martins Carlos Eduardo. “Los impasses de la hegemonía de Estados Unidos”. Crisis de hegemonía de Estados Unidos. Siglo XXI, México, 2007. Astarita Rolando, El capitalismo roto, La linterna sorda, Madrid, 2009 (cap 3).

Bibliografía:

-Amin Samir, “Reflexiones sobre la teoría del imperialismo”, Nueva Sociedad, n 50, septiembre-octubre 1980, Caracas.

-Amin Samir. Crítica de nuestro tiempo. Los ciento cincuenta años del Manifiesto comunista.

-Arrighi Giovanni. El largo siglo XX. Akal, 1999 (cap 3, 4)

-Arrighi Giovanni. Geometría del imperialismo, Siglo XXI, 1978, México. (cap 4)

-Arriola Joaquín, “Crisis monetaria, crisis de acumulación”, El Viejo Topo 253, 2009.

-Artous Antoine. “Les nouveaux profils de l’imperialisme. Critique Communiste, n 175, Printemps 2005.

-Astarita Rolando Valor, mercado y globalización, Ediciones cooperativas, 2004, Buenos Aires.(cap 6, 7, 8 y11)

-Astarita Rolando Valor, mercado y globalización, Ediciones cooperativas, 2004, Buenos Aires, (Cap 7)

-Bina Cyrus, On rereading Lenin’s imperialism: a rejoinder

www.archives.econ.utah.edu/archives/ope-l 25 Jan 2010

-Callinicos Alex, “La teoría marxista y el imperialismo en nuestros días”, Razón y Revolución, n 56, Buenos Aires, 2010

-Carchedi, Guglielmo. Frontiers of political economy, Verso 1991.(cap)

-Chesnais Francois, “Alcance y rumbo de la crisis financiera”, 25-1-08, www.vientosur.info/documentos

-Chesnais Francois, “La recesión mundial: el momento, las interpretaciones y lo que se juega en la crisis, Herramienta 37, marzo 2008, Buenos Aires.

-Chesnais François, “Putting financialisation in its correct place: the truly global and historical nature of the crisis”, International Seminar: Marxist analyses of the global crisis, 2-4 October 2009, IIRE, Amsterdam.

-Guerrero Diego. Historia del pensamiento económico heterodoxo, (cap 6) Trotta, Madrid, 1997.

-Husson Michel, Capitalismo puro, Maia Ediciones, Madrid, 2009

-Katz Claudio, “Crisis global: las tendencias de la etapa”, Aquelarre, Revista de Centro de la Universidad de Tolima, Colombia, vol 9, n 18, 2010,

-Katz Claudio, “Sweezy: los problemas del estancacionismo”. Taller. Revista de sociedad, cultura y política, vol 5, n 15, vol 5, abril 2001 Buenos Aires

-Katz Claudio, La economía marxista, hoy. Seis debates teóricos, Maia Ediciones, Madrid, 2009

(cap 1 y 6)

- Katz Claudio. -“Desequilibrios y antagonismos de la mundialización”. Realidad Económica n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.
- Mc Nally David, “From financial crisis to world slump”, Historical Materialism Conference, London, November 2008.
- Palloix Christian, “Mondialisation et firmes multinationales a l’üne de la crise economique et financiere”, XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas de Desarrollo. La Habana, 2 de marzo 2009.
- Panitch Leo, Leys Colin. “Las finanzas y el imperio norteamericano”. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Panitch Leo, Gindin Sam, “Rethinking crisis”, Monthly Review 54, November 2002.
- Rude Christopher. “El rol de la disciplina en la estrategia imperial. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Shaik Anwar, “Explaining the global economic Crisis”, December 1999, homepage.newschool.ed/
- Sotelo Valencia Adrián, Imperialismo globalizado. Estado-Nación y ley del valor, Revista de Estudios Latinoamericanos, no 4, julio-diciembre 1995, México.
- Tavares Maria de conceicao, Belluzzo Luiz G de Mello. “Capital financiero y empresa multinacional”, en Lichtensztejn Samuel, Estévez Jaime. Nueva fase del capital financiero, ILET, México, 198
- Wood Meisksins Ellen, “A reply to critics”, Historical Materialism vol 15, Issue 3, 2007.

VIERNES 15 DE JULIO DE 2011

¿Etapa final o temprana del imperialismo?

Resumen

La visión del imperialismo como una etapa superior del capitalismo, caracterizada por la declinación histórica, estuvo condicionada por la catástrofe bélica de entre-guerra. Este enfoque introdujo el análisis de períodos históricos diferenciados, pero el simple contrapunto entre el auge y la decadencia omite las mutaciones ciclópeas del siglo XX y desconoce que la era clásica fue una etapa intermedia de la expansión imperial.



En lugar de analizar el imperialismo como un período único, conviene estudiarlo en función de las distintas etapas que atravesó el capitalismo. Esta visión es más esclarecedora que la óptica centrada en una mega-etapa de descenso histórico. Ese enfoque conduce a generalidades, exagera el alcance de las crisis y olvida el papel determinante de la acción política.

El contraste entre el progreso del pasado y la decadencia actual indaga al capitalismo con parámetros de otro modo de producción. Reemplaza el análisis de los desequilibrios objetivos por criterios de dominación y busca erróneas analogías con la Antigüedad. También confunde la denuncia con la interpretación y olvida que la violencia extrema acompañó al capitalismo desde su nacimiento. Resulta inconveniente idealizar ese pasado.

La crítica debe cuestionar la naturaleza de este sistema y no las desventuras de cierto período histórico. El capitalismo no constituyó en el pasado la única, ni la mejor opción para el desenvolvimiento de la humanidad. Este régimen social está afectado por crecientes contradicciones y no por un destino de desplome terminal. No se disolverá por envejecimiento y su

erradicación depende de la construcción de una alternativa socialista.

La visión de Lenin presenta al imperialismo como un período específico del capitalismo. Considera que los novedosos rasgos financieros, comerciales y bélicos del fenómeno expresan la vigencia de una etapa superior o última de ese sistema. Identifica además esa época con una declinación histórica, que agrava todas las contradicciones del capitalismo. Esa era de agotamiento es contrapuesta con el auge predominante durante la etapa ascendente. (1)

Gestación y madurez

La hipótesis de un período específico del capitalismo que debatieron los marxistas a fines del siglo XIX no figuraba en la visión de Marx. El pensador alemán evaluaba a ese sistema en comparación a otros regímenes sociales, estableciendo contrastes con el feudalismo o la esclavitud. Limitaba las periodizaciones del capitalismo a los procesos de gestación de este sistema (acumulación primitiva) y a modalidades de su desarrollo fabril (cooperación, manufactura, gran industria).

Un gran aporte de Lenin fue percibir la existencia de otro tipo de etapas e inaugurar su análisis, refinando las evaluaciones que suscitó entre los marxistas la depresión de 1873-96. Estos debates indujeron al líder bolchevique a introducir el novedoso concepto de períodos históricos diferenciados del capitalismo.

Su tesis de la decadencia estaba a tono con el clima de catástrofe, que desató el inicio de la Primera Guerra y que se extendió hasta el fin de la segunda conflagración. Durante esos años aparecieron muchas caracterizaciones semejantes, que asociaban la generalización del belicismo con el declive del capitalismo.

Este contexto impulsó a establecer una separación cualitativa entre la prosperidad del siglo XIX y la declinación de la centuria posterior. Pero lo más llamativo ha sido la persistencia de este criterio hasta la actualidad. Distintos autores marxistas mantienen esta visión para caracterizar el escenario contemporáneo.

Estas concepciones contraponen en forma categórica los dos períodos. Consideran que la pujanza de la primera etapa fue seguida por un continuado descenso, que perdura hasta el debut del siglo XXI. La caracterización que planteó Lenin para un momento peculiar es proyectada a toda la era posterior y el año 1914 es visto como una divisoria de aguas para el destino de la humanidad. (2)

Con este enfoque, la evaluación de Lenin se torna omnipresente y sus observaciones de un período específico se transforman en la norma de una prolongada época. Las monumentales transformaciones que se registraron durante esta centuria quedan reducidas a una continuada secuencia de equivalencias entre 1914 y el 2011.

Las enormes mutaciones que tuvo el capitalismo entre ambas fechas incluyen nada menos que el desenvolvimiento de distintos intentos de socialismo, en un tercio del planeta. Al suponer que durante este período “solo se profundizaron las tendencias de la era leninista”, se omiten estos giros ciclópeos que registró el curso de la historia.

Para comprender el imperialismo de nuestro tiempo es indispensable reconocer las discontinuidades con la época de Lenin. La visión del dirigente bolchevique incluía una expectativa de extinción del capitalismo, antes que este sistema arribara a su madurez en el plano internacional. Esta apuesta explica la presentación del imperialismo, como una etapa final de ese régimen social.

Durante el período clásico de 1880-1914 el capitalismo alcanzó por primera vez una dimensión

efectivamente mundial, que impuso la dramática rivalidad por acaparar las fuentes de abastecimiento y los mercados de exportación. Pero este alcance no implicaba plenitud capitalista, puesto que aún existían vastas regiones habitadas por poblaciones campesinas, que estaban divorciadas de la norma de la acumulación. Esta subsistencia explica por qué razón Luxemburg veía el límite del sistema en el agotamiento del entorno pre-capitalista.

El imperio total del capital sólo emergió posteriormente, cuando se afianzaron los tres principios de este modo de producción a escala global: imperativo de la competencia, maximización de la ganancia y acumulación basada en la explotación del trabajo asalariado. La conformación del denominado bloque socialista restringió este alcance, pero su implosión posterior reabrió un escenario de universalización casi completa del capital.

El imperialismo clásico constituyó una etapa del capitalismo y no su período final. Lenin tuvo el acierto de captar la posibilidad de una transición socialista, previa a la expansión generalizada del régimen precedente y buscó un camino político para concretar esa transformación. Pero al cabo de un sinuoso curso de la historia el capitalismo ha persistido. Soportó el cuestionamiento de levantamientos populares mayúsculos, que no fueron coronados con la erradicación del sistema.

El periodo analizado por Lenin no fue la última etapa del capitalismo. Constituyó tan sólo una era clásica del imperialismo que estuvo precedida por el colonialismo y fue sucedida por el imperio contemporáneo del capital. Esa fase es vista por algunos autores como un momento intermedio de la expansión global (Amin) y por otros analistas como una etapa temprana de esa ampliación (Harvey, Wood, Panitch). Pero en ningún caso constituyó un estadio terminal del sistema. (3)

Las mutaciones del siglo XX

Algunas evaluaciones cuestionan la tesis de una “etapa final”, objetando la visión del imperialismo como período singular del capitalismo. Postulan el análisis del fenómeno como un dato permanente del sistema. Con ese criterio subrayan las distintas modificaciones que registró el imperialismo, en función de las transformaciones análogas que tuvo el modo de producción. Reemplazan la visión tradicional del fenómeno como un momento cronológico, por su estudio como una forma de dominación jerarquizada del capitalismo a escala global. En lugar de observar tan sólo una etapa, consideran varios períodos de este tipo. (4)

Este enfoque contribuye a cuestionar el erróneo concepto de “etapa última” como un estadio que irrumpió en ciertas circunstancias y se ha perpetuado para siempre. Se plantea acertadamente que el imperialismo no es una noción inmutable, ni intocable.

Pero la idea de una variedad de imperialismo con anterioridad al siglo XX diluye la especificidad de este concepto, en comparación al colonialismo y debilita su conexión con una época de creciente consolidación del capitalismo. Lo más adecuado es destacar que el debut del imperialismo corresponde al momento señalado por Lenin y que desde ese surgimiento atravesó por tres períodos diferenciados.

Primero, el imperialismo clásico correspondió a una era de expansión económica, con gran protagonismo de la empresa privada, en un marco de importantes reservas territoriales. En ese momento la asociación mundial del capital era limitada y las crisis cíclicas devenían con cierta automaticidad, en aceleradas recomposiciones del nivel de actividad.

Posteriormente surgió el imperialismo de posguerra con el fin de las confrontaciones inter-imperiales y con el entrelazamiento de capitales de diverso origen nacional. En esta etapa el fenómeno estuvo muy conectado con el novedoso intervencionismo estatal, que aseguró la

continuidad de la acumulación. Desde la segunda mitad del siglo XX, las finanzas públicas socorrieron a los bancos en los momentos de urgencia y apuntalaron el desenvolvimiento corriente de estas entidades. El gasto público se transformó en un dato perdurable, que reflejó la necesidad de suplir las limitaciones reproductivas del sistema, con auxilios estatales.

Este cambio ilustró la pérdida de energías espontáneas que sufrió el capitalismo, para sostener su propio desenvolvimiento e introdujo un nuevo parámetro para establecer diferencias cualitativas entre el surgimiento y la madurez de este modo de producción. (5)

Esa transformación inauguró también la presencia de nuevos tipos de contradicciones, resultantes del funcionamiento más complejo que presentó el capitalismo de posguerra. Las dificultades que enfrentó la reproducción del sistema generaron desequilibrios más variados.

Finalmente, en el período neoliberal, se consumó otro giro de gran alcance, que dio lugar al surgimiento de otra etapa del capitalismo. La continuada intervención estatal ilustra la persistencia de muchos rasgos de la era precedente, pero el sentido de esa acción ha cambiado. Ya no apunta mejoras sociales o políticas keynesianas de inversión, sino que sostiene una reorganización regresiva atada a las normas de la mundialización neoliberal.

Estas tres etapas del siglo XX-XXI no son comprensibles mediante simples distinciones entre épocas ascendentes y declinantes del capitalismo. Incluir a todos los períodos (clásico, posguerra y neoliberalismo) en una mega-etapa de descenso histórico genera más problemas que soluciones. Dificulta la explicación de las enormes diferencias que separan a cada uno de esos momentos. La contraposición binaria entre auge y decadencia impide captar esas transformaciones y, al eludir ese análisis se navega en un mundo generalidades.

La tesis de la decadencia es habitualmente expuesta junto a teorías de la crisis permanente del capitalismo, que olvidan la localización o temporalidad circunscripta de esas disrupciones. La imagen de un estallido constante, sin fecha de inicio, puntos de agravamiento o momentos de distensión, conduce a evaluaciones indescifrables. Frecuentemente se realzan las tensiones contemporáneas como un dato totalmente novedoso, olvidando que la ausencia de armonía es un rasgo característico del sistema vigente. Las crisis constituyen solo un momento de quiebra del capitalismo y no una fase constante de funcionamiento de este sistema.

La identificación del imperialismo como una época terminal, conduce a suponer que el capitalismo se encamina en forma automática hacia su propio colapso. En lugar de captar los múltiples desequilibrios que genera un sistema de competencia por lucros surgidos de la explotación se estima supone que el sistema se desliza hacia algún desmoronamiento fatal. Ese desbarranque es atribuido a la simple regresión de las fuerzas productivas.

Pero esta visión omite que ningún régimen colapsa por acumulación intrínseca de desequilibrios económicos. Es la acción política de los sujetos –organizados en torno a clases dominantes y dominadas- lo que determina la caída o supervivencia de un sistema social. La vieja creencia en límites económicos infranqueables para la continuidad del capitalismo ha sido desmentida en incontables oportunidades. No es el agotamiento de los mercados o la insuficiencia de plusvalía lo que erradicará a ese régimen, sino la maduración de un proyecto político socialista.

¿Otro tipo de sistema?

La mirada del imperialismo contemporáneo centrada en contrastar una vieja etapa de progreso con un período actual de decadencia resalta la denuncia de un sistema que amenaza el futuro de la sociedad humana. ¿Pero es correcto abordar esa crítica contraponiendo ambas etapas? ¿Cuál es el

significado exacto de la noción declive histórico?

Algunas caracterizaciones interpretan a este concepto como una combinación de estallido financiero con deterioro energético, ambiental y alimenticio, en escenarios geopolíticos dominados por una pérdida de brújula del capitalismo. Estiman que la agonía del sistema obedece a la dominación de las finanzas, a obstrucciones en el cambio tecnológico y al reemplazo de las viejas fluctuaciones cíclicas por una declinación continuada. (6)

Pero la cronología de ese crepúsculo no queda establecida con nitidez. A veces se sitúa su inicio en 1914 y en otros momentos en los años 70, aunque la caída es siempre contrapuesta con la pujante era industrial del pasado. Se supone que el capitalismo languidece desde hace mucho tiempo, pero no se precisa cuándo comenzó la regresión.

Si esa declinación es fechada a principio del siglo XX se torna imposible explicar el boom de la posguerra, que involucró índices de crecimiento superiores a cualquier etapa precedente. Ubicando el debut del estancamiento en los años setenta, no se entiende cuáles fueron los acontecimientos que desataron ese ocaso.

Pero el principal problema de esta visión es su presentación del capitalismo como un sistema que funciona con los parámetros de otro modo de producción. Si las transformaciones que se puntualizan han alcanzado la envergadura descrita, el régimen imperante ha perdido las principales características de la estructura que analizó Marx. La discusión debe por tanto referirse más a la subsistencia del capitalismo, que a su estadio histórico.

Un régimen económico acechado por el estancamiento perdurable y sometido a la succión financiera de todos sus excedentes, ya no se desenvuelve en torno a la extracción de plusvalía. Este fundamento sólo tiene sentido, en una formación social regulada por la competencia en torno a beneficios surgidos de la explotación. En ese sistema los procesos de acumulación están centrados en la esfera productiva y se desenvuelven a través de fases de crecimiento y depresión. Si esta secuencia ha desaparecido, la ley de valor ya no cumple un papel rector y otras normas determinan las tendencias de la economía real. Con esa mirada, el viejo concepto de capitalismo ya no se amolda a la nueva realidad.

Existe un manifiesto distanciamiento entre el razonamiento de Marx y diversas concepciones posteriores del imperialismo. El primer enfoque resalta desequilibrios objetivos del capitalismo y el segundo se fundamenta en teorías de la dominación internacional. Estas visiones ponen el acento en el militarismo y diluyen las conexiones existentes entre la función opresiva de la violencia y la dinámica competitiva de la acumulación.

La teoría del declive terminal percibe con más acierto una peculiar contradicción reciente: la combinación de sobre-producción de bienes industriales y sub-producción de materias primas. (7)

Pero también aquí el problema es la valoración de ese desequilibrio. No es lo mismo asignarle un alcance específico derivado de múltiples desproporciones coyunturales, que interpretarlo como una expresión de resurgimiento pre-capitalista. Con esta segunda mirada se estima que la escasez de insumos básicos, tiende a crear una situación semejante a la observada en los siglos XVI-XVII.

Esta analogía refuerza la presentación del capitalismo contemporáneo como un sistema que opera con otros principios y por esta razón se olvidan algunas diferencias claves con los regímenes precedentes. Mientras que los trastornos de sub-producción que acosaban al Medioevo derivaban de calamidades climáticas, sanitarias o bélicas, las insuficiencias de la época en curso provienen de la concurrencia por explotar los recursos naturales con criterios de rentabilidad. Las carencias del

pasado obedecían a la inmadurez del desarrollo capitalista y los faltantes actuales expresan la vigencia plena de este sistema.

El contraste simplificado entre un período floreciente y otro decadente del capitalismo pierde de vista los rasgos del sistema, que han sido comunes a todas sus etapas. Al enfatizar esa separación se desconoce cuáles son las reglas de funcionamiento expuestas por Marx y se utilizan criterios más afines al estudio de otros regímenes sociales.

El uso de estos parámetros conduce frecuentemente a buscar pistas de esclarecimiento, en comparaciones con la Antigüedad y en analogías con el declive del imperio romano. Esta semejanza es particularmente tentadora, para quienes consideran que el capitalismo contemporáneo atraviesa por la etapa final de su decadencia.

Los principales parecidos entre ambos declives son habitualmente ubicados en el estancamiento productivo, la sobreexplotación de los recursos naturales y la depredación de los recursos estatales por parte de los grupos dominantes. Las adversidades generadas por la sobre-expansión militar del imperialismo norteamericano son también asociadas con lo ocurrido al comienzo del primer milenio.

Pero en estos paralelos se suele olvidar que el poder de Roma descansaba en la propiedad territorial y que el imperio del capital se asienta en la explotación del trabajo asalariado. De esta distinción surgen criterios de estudio muy diferentes. No es lo mismo la centralidad del cultivo agrícola que la preeminencia de la producción industrial, ni tampoco es equivalente el sobre-trabajo de los esclavos a la plusvalía de los obreros. Un modo de producción que sobrevive conquistando territorios, no tiene los mismos requerimientos que otro asentado en la productividad de las empresas.

El reconocimiento de estas distinciones no es una minucia historiográfica. Conduce a evaluar la presencia de regímenes sociales cualitativamente distintos y por lo tanto sometidos a cursos de evolución muy divergentes. Los ejercicios de futurología pueden ser estimulantes, si las similitudes formales no obnubilan esta disparidad de trayectorias.

¿Críticas al capitalismo o a su estadio?

El análisis del imperialismo fundado en la óptica de la decadencia presenta las atrocidades que despliega el gendarme norteamericano como un ejemplo del declive. Considera que el carácter brutal de las invasiones, las ocupaciones y las masacres que perpetra el Pentágono, ilustran esa declinación. (8)

Pero esta mirada confunde la denuncia con la interpretación. No es lo mismo repudiar con vehemencia los atropellos imperiales, que identificar estas acciones con la regresión histórica. Si se considera que esas monstruosidades son peculiaridades de la ancianidad del capitalismo, hay que imaginar su ausencia en las etapas anteriores de ese modo de producción. Los desaciertos de esa evaluación saltan a la vista.

Es sabido que la violencia extrema acompañó al capitalismo desde su nacimiento. Las ciencias sociales no han aportado hasta ahora ningún barómetro serio, para cuantificar si esa coerción se atenuó, incrementó o mantuvo constante en los últimos siglos. Sólo puede constatarse que los períodos de mayor cataclismo fueron seguidos por treguas pacificadoras, que a su vez prepararon nuevas masacres. La trayectoria que presentaron las distintas modalidades del imperialismo se ajustan a esta secuencia.

Cualquier otra presentación histórica de esta dramática evolución, conduce a indultar a un régimen

social que se ha reproducido generando incalificables tragedias, en todos sus estadios. Son tan ingenuas las creencias en la madurez civilizatoria del capitalismo actual, como los diagnósticos de mayor salvajismo en este período.

El problema que afronta la humanidad desde hace mucho tiempo es la simple permanencia del capitalismo. Cuando se cargan las tintas en identificar la barbarie sólo con el presente, queda abierto el camino para una idealización del pasado. Se olvida la trayectoria seguida por un modo de producción asentado en la explotación, que se edificó con terribles sufrimientos populares. La etapa en curso no es más atroz que las anteriores. Los tormentos de las últimas décadas han continuado la pesada carga de las devastaciones previas.

El capitalismo se gestó con la sangría de la acumulación primitiva en Europa, se erigió con la masacre demográfica de los pueblos originarios de América Latina, cobró forma con la esclavización de los africanos y se afianzó con el avasallamiento colonial de la población asiática. El simple punteo de estas carnicerías alcanza y sobra para desmentir cualquier supuesto de benevolencia, en el origen del capitalismo. Es totalmente arbitrario presentar las masacres contemporáneas como actos más vandálicos que esos antecedentes. El problema no es la decadencia, sino las tendencias destructivas intrínsecas de este modo de producción.

La imagen de un período ascendente de paz y progreso opuesto a otro declinante de guerras y regresiones, no se corresponde con la historia del capitalismo. Sin embargo, esta caracterización reapareció una y otra vez y logró gran predicamento en los períodos de mayor tragedia bélica. En esos momentos fue muy corriente la comparación con los momentos de menor militarización.

Este diagnóstico fue especialmente expuesto por los teóricos marxistas del imperialismo clásico, que reflejaron el clima de cataclismo de su época. El gran problema posterior ha sido la extrapolación mecánica de estas caracterizaciones, a circunstancias de otro tipo. Se ha ignorado que esos diagnósticos no fueron concebidos como fórmulas eternas.

La proyección de esas evaluaciones a distintos tiempos y lugares introduce una fuerte distorsión en la crítica del capitalismo. Este cuestionamiento queda localizado en un período histórico y no en la naturaleza del sistema. Por esa vía se propaga la denuncia de la declinación, en desmedro de las objeciones al funcionamiento interno de este modo de producción. No se cuestiona tanto la explotación, la desigualdad o la irracionalidad, sino la inoportunidad histórica de estas acciones. Lo más erróneo es suponer que la batalla contra el capitalismo sólo se justifica en la actualidad y que no tuvo fundamento durante la formación o consolidación de este sistema.

Esta última equivocación arrastra un pesado legado de razonamientos positivistas, que influyeron negativamente sobre el marxismo. Durante mucho tiempo incidieron las teorías que invalidaban cualquier acción contraria al “desarrollo de las fuerzas productivas” o al desenvolvimiento de una “etapa progresista” del capitalismo. Ciertas corrientes políticas situaban estos períodos en el siglo XIX y otras lo extendían a segmentos de la centuria siguiente. En este segundo caso enfatizaban especialmente la gravitación de estos procesos en los países dependientes.

Con estas clasificaciones se adoptó una mirada mecanicista sobre el devenir del sistema. Se omitió que esa evolución nunca estuvo predeterminada y que las posibilidades de mutación histórica a favor de los oprimidos, siempre estuvieron abiertas. Es equivocado suponer que en algunos estadios, el capitalismo constituyó la única (o la mejor) opción para el desenvolvimiento de la humanidad.

La trayectoria que siguieron los sucesivos modos de producción (y especialmente sus diversas formaciones económico-sociales) nunca estuvo preestablecida alguna ley de la naturaleza. En cierto

marco de condiciones objetivas, el curso prevaleciente siempre emergió de los desenlaces que tuvieron las luchas políticas y sociales.

Al observar el proceso histórico desde esta óptica se pone el acento en el cuestionamiento del capitalismo como régimen de opresión, sin ensalzar su ascenso, ni objetar su descenso. De esta forma se evita la presentación unilateral de ciertos acontecimientos contemporáneos como peculiaridades de la decadencia, cuando en realidad fueron rasgos corrientes del pasado.

El siglo XIX incluyó, por ejemplo, declives de potencias hegemónicas (Francia), oprobiosos actos de especulación financiera (desplome bursátil de las acciones ferroviarias), tormentosas situaciones de miseria popular (hambrunas y emigraciones masivas de 1850-90) y etapas de impasse de la innovación (antes de la electrificación).

Primacía de la acción política

La crítica al capitalismo como sistema en todas sus etapas es congruente con la mirada que tuvieron los marxistas clásicos del imperialismo, como un momento histórico de transición al socialismo. Atribuían esta evolución al creciente antagonismo creado por socialización de las fuerzas productivas a escala mundial y la persistente apropiación privada por parte de minorías privilegiadas. Este postulado ha sido actualizado por varios autores. (9)

Esta tesis mantiene su validez en términos genéricos, pero conviene precisar su alcance específico. No implica desemboques inexorables y su consumación es muy dependiente de la maduración alternativa de un proyecto socialista. El capitalismo es un régimen social afectado por crecientes contradicciones y no por un destino de estancamiento y desplome terminal. No tiende a disolverse por puro envejecimiento y carece de una fecha de vencimiento en la esfera estrictamente económica.

Esta problemática tiene importantes implicancias políticas. Al resaltar el carácter tormentoso del capitalismo se identifica su continuidad con perturbaciones constantes. Esas convulsiones se traducen en agresiones contra los pueblos, que desatan reacciones y una fuerte tendencia a la resistencia social. De esa lucha depende el futuro de la sociedad. Si las clases explotadas logran construir su propia opción política, también podrán avanzar hacia la erradicación del capitalismo. Pero si esa alternativa no emerge o no encuentra cursos de acción victoriosos, el mismo sistema tenderá a recrearse una y otra vez.

El problema de la sociedad contemporánea no radica, por lo tanto, en la declinación del régimen imperante, sino en la construcción de una opción superadora. Esta edificación ha estado históricamente rodeada por cambiantes contextos de mejoras populares y agresiones patronales. Quienes desconocen esta fluctuación, suelen suponer que en el “capitalismo decadente ya no hay reformas sociales”.

Esa visión impide registrar el contraste que históricamente se registró, entre épocas de reforma social (1880- 1914) y períodos de atropellos capitalistas (1914-1940). Este contrapunto avizorado por los marxistas clásicos, se repitió posteriormente. Una secuencia de avances sociales acompañó al estado de bienestar (1950-70) y otra escalada inversa de golpes patronales ha prevalecido desde el ascenso del neoliberalismo (1980-90).

El capitalismo no es un sistema congelado, que arremete sin pausa desde hace un siglo contra los logros obtenidos a fines del siglo XIX. Es un régimen sometido a la tónica que impone la lucha de clases y las relaciones sociales de fuerza imperantes en cada etapa.

Notas:

- 1) Lenin, Vladimir Ilich El imperialismo, fase superior del capitalismo Buenos Aires, Quadrata, 2006.
- 2) Esta tesis en: Rieznik, Pablo 2006 “En defensa del catastrofismo. Miseria de la economía de izquierda”, En defensa del Marxismo, Buenos Aires, N° 34, 19 de octubre.
- 3) Amin Samir. Capitalismo, imperialismo, mundialización, en Resistencias Mundiales, CLACSO, Buenos Aires, 2001. Harvey David, The New Imperialism, Oxford University Press, 2003 (cap 2). Wood Ellen Meiskins, Empire of Capital, Verso 2003, (cap 6.). Panitch Leo, Gindin Sam, “Capitalismo global e imperio norteamericano”, El nuevo desafío imperial, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.
- 4) Taab William. Imperialism: In tribute to Harry Magdoff, Monthly Review vol 58, n 10, march 2007. Amin Samir. Capitalismo, imperialismo, mundialización, en Resistencias Mundiales, CLACSO, Buenos Aires, 2001.
- 5) Esta tesis expuso: Mandel Ernest, El capitalismo tardío, Era, México, 1979, (cap 6 y 18).
- 6) Beinstein Jorge, “Las crisis en la era senil del capitalismo”, El Viejo Topo 253, 2009. Beinstein Jorge, “Acople depresivo global”, ALAI, 13-2-09. Beinstein Jorge, “La crisis es financiera, energética, alimentaria y ambiental”, Página 12, 3-5-09.
- 7) Beinstein Jorge. “El concepto de crisis a comienzo del siglo XXI. Pensar la decadencia”, Herramienta 30, octubre 2005, Buenos Aires.
- 8) Beinstein Jorge. “El concepto de crisis a comienzo del siglo XXI. Pensar la decadencia”, Herramienta 30, octubre 2005, Buenos Aires.
- 9) Ver: Sampaio de Arruda Plinio, Por que volver a Lenin, Imperialismo, barbarie y revolución, 9-7-2008 www.lahaine.org/amauta/todos

Bibliografía:

- Cliff Tony, Rosa Luxemburg, Galerna, Buenos Aires, 1971.
- Katz Claudio, “Los efectos del dogmatismo: catastrofismo y esquematismos”, Revista Espacio Crítico. Revista Colombiana de análisis, n 8, junio de 2008
- Katz Claudio, La economía marxista, hoy. Seis debates teóricos, Maia Ediciones, Madrid, 2009, (cap 6).
- Luxemburg, Rosa. La acumulación del capital. Editorial sin especificación, Buenos Aires, 1968, (cap 25-26-27)
- Mandel, Ernest, Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx. Siglo XXI, Madrid, 1985. Pags 143-151).
- Milios John, Sotiropoulos Dimitris, Rethinking Imperialism: A Study of Capitalist Rule 2009, www.heterodoxnews.com/htnf/htn
- Valier Jacques. “Las teorías del imperialismo de Lenin y Rosa Luxemburgo”. Comunicación n 26, Madrid.
- Van der Linden Marcel, Stutje Jan Willem, “Ernest Mandel and the historical theory of global capitalism”, Historical Materialism vol 15, n 1 Issue, 2007.

Los cambios en la rivalidad interimperial

Resumen

Algunos actualizadores de la teoría del imperialismo clásico avizoran un retorno de los choques bélicos entre potencias occidentales. Esa hipótesis no tiene corroboración. El chantaje nuclear es ejercido contra terceros y los conflictos económicos no se proyectan a la esfera militar. Nadie quiere desarmar el sistema de protección capitalista que controla el Pentágono.



La tesis clásica concibe un resurgimiento de la confrontación ruso-norteamericana. Pero ese choque no tuvo alcance inter-imperial en el pasado y es aventurado suponer que forma asumiría en el futuro. Es también especulativo imaginar que modalidad presentaría un conflicto entre Estados Unidos y China.

Las teorías que ponen el acento en el resurgimiento de la rivalidad económica no captan la restricción geopolítica de esa competencia. Tampoco perciben como la mundialización modifica el carácter de esa competencia. Al observar las ventajas imperiales de Estados Unidos como una carga, soslayan su utilización para reciclar el poder norteamericano.

La atención a la competencia entre potencias conduce a equiparar erróneamente las presiones proteccionistas con tendencias librecambistas más gravitantes. El neo-mercantilismo ha quedado obstruido por la mundialización neoliberal y la internacionalización contemporánea, no es comparable con su antecedente de principio del siglo XX.

La presentación del imperialismo actual como un cruce entre competencias económicas y geopolíticas, no resuelve los problemas de la tesis clásica. Hay conflictos entre lógicas capitalistas y lógicas territoriales, pero ambos principios no son equivalentes. La acumulación tiende a subordinar la dinámica espacial al imperio del capital.

La teoría del “nuevo imperialismo” busca interpretar las contradicciones generadas por tensiones entre la concentración y la dispersión geográfica. Los conflictos entre fijación y movilidad del capital se zanján a través de crisis itinerantes y procesos de desvalorización de la fuerza de trabajo.

Algunos autores que subrayan la continuidad del imperialismo clásico, también avizoran un retorno de los choques entre potencias. Consideran que esa reaparición ratificará las semejanzas con el período leninista y discuten quiénes serán los protagonistas de esos enfrentamientos.

Ciertos analistas estiman que las principales colisiones opondrán a Estados Unidos con un bloque ruso-europeo o con una alianza chino-asiático, al cabo de un proceso de fortalecimiento de las áreas monetarias de una u otra región (1). Otros enfoques desenvuelven un razonamiento parecido, sin detallar quiénes serán actores del futuro conflicto. (2)

¿Resurge la confrontación interimperial?

Estos diagnósticos no tienen corroboración empírica. Las tensiones comerciales y geopolíticas entre las potencias ha sido un dato cotidiano de los últimos 60 años, pero siempre desembocaron en alguna negociación. En ningún caso se vislumbró una reaparición de las situaciones de entre-guerra. Los conflictos económicos no se proyectaron al terreno militar y esa tendencia persiste en la actualidad.

La reaparición de las conflagraciones armadas dentro del bloque occidental, no es una hipótesis en discusión en ningún ámbito relevante. Un escenario de guerra entre Alemania y Francia, entre Estados Unidos y Japón o entre integrantes significativos de la OTAN está fuera de consideración. Este descarte ha quedado incorporado como un dato de la realidad contemporánea, olvidando que constituye un rasgo histórico relativamente reciente. Hasta la mitad del siglo XX, ese tipo de enfrentamientos constituía el hecho dominante del contexto internacional.

Como este viraje introduce un serio problema en la teoría clásica del imperialismo, algunos autores destacan la novedad creada por el armamento nuclear. Afirman que las grandes potencias son conscientes de la dinámica auto-destructiva que generaría un conflicto armado. Por esta razón desplazaron sus choques a los escenarios indirectos del Tercer Mundo. Mientras disputan sus divergencias en África, Asia Central o Medio Oriente, amplían el arsenal atómico como amenaza disuasiva. (3)

Pero las amenazas de incursión militar directa siempre se orientan contra terceros. La disuasión nuclear de Francia no está dirigida contra Gran Bretaña y las bombas que perfecciona Estados Unidos, no apuntan contra sus socios desarmados de Japón o Alemania.

Este mismo tablero se proyecta a la periferia. Cualquier invasión norteamericana en Medio Oriente constituye un mensaje de dominación para sus competidores. Pero a diferencia de lo ocurrido a principio del siglo XX, ese chantaje no prepara agresiones contra potencias del bloque occidental. Ningún marine ensaya en Irak la repetición del desembarco de Normandía. Esta realidad geopolítica ha quedado naturalizada, a pesar de su carácter histórico novedoso.

Algunos analistas subrayan acertadamente que las confrontaciones inter-imperialistas han quedado limitadas por muchos factores (entrelazamiento financiero entre las potencias, solidaridad política entre las clases dominantes) y un determinante decisivo: la aplastante superioridad militar de Estados Unidos. (4)

Esta primacía efectivamente disipa las viejas conflagraciones. Ninguna potencia puede desafiar al país que monopoliza la mitad del gasto bélico mundial, comanda la OTAN y controla la red global de bases militares. Pero una vez reconocido este rol del Pentágono, hay que analizar cómo esta supremacía modifica la teoría leninista del imperialismo.

Muchos autores perciben la trascendencia de este cambio, pero no logran conceptualizarlo. Consideran que el nuevo escenario abre un abanico indefinido de alternativas y relativizan la desaparición de las rivalidades militares inter-imperialistas clásicas. (5)

Esa reaparición de confrontaciones entre potencias es siempre posible, pero es altamente improbable. Exigiría anular primero todo el sistema de protección militar, que Estados Unidos construyó con el aval de sus aliados. Ese desmonte no se avizora en ninguna parte. Al contrario, todos los países de la tríada han reafirmado su aceptación del patrocinio bélico norteamericano.

Algunas tentativas de un escenario opuesto, que aparecieron en las últimas dos décadas se diluyeron con llamativa celeridad. El distanciamiento francés de la OTAN se revirtió y los disgustos de Japón y Alemania por la presencia de marines en sus territorios, no evolucionaron hacia el rearme

independiente. Tampoco Gran Bretaña adoptó iniciativas, sin el visto bueno de su hermano mayor.

Este equilibrio puede ser visto como una expresión simultánea de debilidad norteamericana e impotencia de sus rivales. Pero incluso ese balance de fuerzas no tiene efectos neutrales. Conduce a preservar una supremacía bélica estadounidense, que sus socios no cuestionan. Los aliados discuten los términos de ese liderazgo (y sobre todo sus costos), pero no objetan su continuidad.

Otros autores cuestionan el carácter perdurable de la hegemonía militar norteamericana, con razonamientos afines a la teoría clásica. Presentan numerosos ejemplos de continuidad de la rivalidad entre potencias y subrayan la intensidad de los choques comerciales, monetarios y financieros entre Europa y Estados Unidos. Estiman que la concurrencia por controlar las riquezas petroleras acrecienta, por ejemplo, las discrepancias geopolíticas. (6)

Pero nadie niega la existencia de esas disputas. El capitalismo es un sistema económico basado en la concurrencia y funciona mediante pugnas sistemáticas por el manejo de los negocios. El problema en debate es el alcance militar de esos choques. Mientras que en el pasado existía cierta proporcionalidad entre la rivalidad económica y bélica, en la actualidad esa relación ha quedado fracturada por la supremacía militar estadounidense. Los afectados por esa superioridad no intentan revertirla, por temor a perder la protección que ofrece el gran estabilizador del capitalismo global.

Todos los conflictos de los últimos años han confirmado esa predilección por regenerar el sostén militar norteamericano. Europa y Japón acompañaron las decisiones estadounidenses en los Balcanes, Somalia, Irak y Afganistán. Cualquier acción bélica occidental realizada por el Pentágono es avalada por sus aliados y aquí radica la gran diferencia del imperialismo norteamericano con su precedente británico.

El reconocimiento de estos comportamientos no impide a ciertos analistas concebir un retorno a los viejos parámetros de confrontación entre potencias. Argumentan que ese escenario no implica la vigencia de guerras permanentes, sino el acrecentamiento de las tensiones en múltiples órbitas. (7)

Pero lo distintivo del imperialismo clásico no era esa variedad de conflictos, sino la existencia de guerras en gran escala por el reparto del mundo. Estos enfrentamientos no se han repetido, ni tienden a reiterarse. Es más importante explicar este hecho, que especular sobre la hipotética recreación de esas situaciones.

¿Otros contendientes?

Algunos partidarios de la tesis clásica del imperialismo, estiman que una confrontación bélica semejante al pasado, podría enfrentar a Estados Unidos con Rusia o con China. Ambos países son contendientes militares de peso, controlan grandes arsenales nucleares y persisten como adversarios prioritarios del Pentágono.

Este conflicto es visto en algunos enfoques, como una prolongación de lo ocurrido durante la guerra fría. Se estima que los choques de ese período constituyeron rivalidades entre potencias por el control de áreas de influencia, en los puntos más estratégicos del planeta. (8)

Una caracterización semejante predominó en las escuelas convencionales de ciencia política desde el fin de la Segunda Guerra hasta el desplome de la URSS. Se observaba la pugna “entre el comunismo y el mundo libre” como una batalla entre equivalentes por la dominación mundial, que reproducía las rivalidades ancestrales de todos los imperios. Pero este diagnóstico fallaba en un aspecto central: la Unión Soviética no era un país capitalista y tampoco desenvolvía una política imperialista.

El sistema económico reinante en ese país incluía la presencia de relaciones mercantiles y salariales, pero operaba sin propiedad privada de los medios de producción y sin acumulación sostenida de capital. Existía una capa explotadora que erosionó las formas iniciales de la planificación e impuso una fuerte regresión de la conciencia revolucionaria. Dirigían formaciones burocráticas, totalmente alejadas del ideal socialista. (9)

Pero ese régimen político no implicaba vigencia del capitalismo o plenitud de mercado. Quiénes presentan a la ex URSS como una potencia imperialista (o social-imperialista), parten de una equivocada identificación de ese sistema, con alguna modalidad de capitalismo de estado.

Ese erróneo enfoque tiene importantes consecuencias políticas. Al aplicar criterios de rivalidad inter-imperial al conflicto entre Estados Unidos y el ex “bloque socialista” se supone que ambos contendientes eran igualmente reaccionarios. Siguiendo ese razonamiento correspondía denunciarlos en común y objetar cualquier diferenciación entre ambos.

Pero ese neutralismo chocaba con la dinámica que prevaleció durante décadas en los campos de lucha anticolonial y antiimperialista de Asia, África o América Latina. Durante ese período los movimientos revolucionarios criticaban el carácter insuficiente del apoyo político y militar brindado por la URSS a las batallas contra el gendarme norteamericano. En Vietnam, Cuba, Congo o Nicaragua nadie observaba a la Unión Soviética como un enemigo equivalente a los marines. A la cabeza del “bloque socialista” no se encontraba una potencia imperial asociada al Pentágono (como Gran Bretaña o Francia), sino un régimen que participaba en forma limitada e inconsecuente en el conflicto con Estados Unidos.

La incompreensión de este dato implicaba adoptar políticas de abstención en las batallas antiimperialistas de esa época. Esta visión era convergente con las teorías en boga que cuestionaban los “dos totalitarismos”, sin registrar diferencia alguna entre la URSS y los Estados Unidos. Esa identidad era postulada por muchos defensores del capitalismo, pero no congeniaba con la batalla contra ese sistema de opresión.

Las controversias de la guerra fría han perdido actualidad, luego de la restauración del sistema burgués en Rusia y de su avanzada reconstitución en China. Existen varios criterios para definir en qué punto de esta involución se encuentran ambos países, según se priorice el rumbo del poder político, el peso de las nuevas clases dominantes, el tipo de coordinación económica o las modalidades imperantes de crisis.

Pero incluso suponiendo que esta transformación estuviera completada, sería todavía muy discutible postular, el carácter inter-imperial de una eventual confrontación con Estados Unidos. Dado el carácter reciente de estos procesos de restauración sería todavía prematuro el uso de calificativos de este tipo.

Diagnósticos y pronósticos

Dada la regresión social e inestabilidad política que ha predominado en Rusia, muchos analistas consideran que China es el gran candidato a chocar con el dominador norteamericano. El espectacular crecimiento de la potencia asiática y su arrolladora tendencia a la expansión financiera y comercial han transformado a esa hipótesis, en una posibilidad evaluada por los estrategas del establishment.

Pero en las miradas más audaces China es vista todavía, como una potencia en constitución. Por esta razón ha sido bautizada con la denominación intermedia de “emergente”. Lejos de contar con

una historia imperial reciente fue víctima de un gran saqueo colonial antes de su independencia. Su asombrosa irrupción en la economía mundial es una novedad muy reciente. La utilización del término imperialista para caracterizar este despegue global debería, en todo caso, subrayar el carácter inicial de ese desenvolvimiento.

Las caracterizaciones leninistas del imperialismo clásico estaban siempre referidas a batallas por el reparto del mundo entre viejas potencias (Francia, Gran Bretaña) y nuevos contrincantes (Estados Unidos, Alemania, Japón), con probada vocación para invadir territorios y con ejércitos muy predispuestos para la guerra.

China no se encuentra en una situación de ese tipo. Su performance no es comparable a los protagonistas de la Primera Guerra y es actualmente imposible pronosticar si alguna vez alcanzara ese status. Es aventurado afirmar que el país ya está dirigido por una clase dominante con ambiciones de hegemonía global y consiguiente disposición al enfrentamiento con Estados Unidos.

La elite china ha demostrado hasta ahora una nítida inclinación por un curso opuesto de mayor asociación y convivencia con Norteamérica y Europa. El predominio de estas tendencias es incluso reconocido por los enfoques, que más resaltan la potencialidad conflictiva de las relaciones chino-americanas. Esta tendencia es acorde al alto grado de inversión extranjera que existe en el país.

Ciertamente el gigante oriental es un desafiante de envergadura de Estados Unidos, cuyo veloz desarrollo genera cursos imprevistos y parcialmente incontrolables. Pero la conversión de estos procesos en acciones imperiales no es automática. Se requiere una decisión política de confrontar con los rivales y la existencia de sólidos intereses expansionistas derivados de los beneficios gestados en el exterior. Como estos rasgos no están a la vista, la conversión simultánea de China en una potencia capitalista e imperialista es tan solo una posibilidad.

La tendencia a evaluar cualquier tensión entre potencias como un afianzado choque inter-imperialista es un error de razonamiento, en gran medida determinado por la atadura a los patrones del imperialismo clásico. El modelo leninista justamente subrayaba la preeminencia de estas oposiciones, puesto que efectivamente constituían el dato central de esa época.

La extrapolación de esa visión al contexto contemporáneo ya condujo a errores de pronóstico, entre quienes esperaban un inmediato reinicio de las rivalidades inter-imperialistas luego de colapso de la URSS. Esta fallida previsión no obedeció a sub-estimaciones de las relaciones de fuerza entre las potencias, sino a suponer que la realidad geopolítica de 1991 era semejante a 1914 o 1939. (10)

Competencia atenuada

Las teorías del resurgimiento de las rivalidades político-militares son objetadas por muchos autores distanciados de la visión clásica. Pero esta diferenciación no les impide postular otra hipótesis de reaparición de la competencia económica. Estiman que el agravamiento de las disputas comerciales y monetarias entre Estados Unidos, Europa o Japón constituye el dato central de las últimas décadas y describen esta competencia en el plano exclusivamente económico, evitando definir sus consecuencias en la esfera geopolítica. (11)

Este enfoque destaca que la economía norteamericana sufre un gran desplazamiento por parte de sus rivales. Recuerda que desde los años 60 Alemania y Japón lideraron la recuperación económica, aprovechando las desventajas que arrastra Norteamérica por su despegue inicial. Considera que Estados Unidos carga con los costos superiores y las tecnologías obsoletas que acompañan “al que llegó primero”. Sus seguidores aprovechan, en cambio, la rémora para ganar terreno.

Esta mirada señala también que la competencia en juego genera situaciones de sobreproducción que afectan a todos los actores. Como el capitalismo opera sin normas planificadas de ajuste de la producción al consumo, los excedentes irrumpen con fuerza, deteriorando la tasa de ganancia. En los años 50 y 60 el sistema lograba absorber esos sobrantes, pero en las últimas décadas ya no hay cabida para todos y la crisis asume formas perdurables. (12)

El mérito de esta óptica es describir cómo la competencia desestabiliza el funcionamiento del capitalismo. Este señalamiento introduce un importante correctivo a la concepción leninista de los monopolios. Resalta las contradicciones generadas por la primacía de la concurrencia y retrata acertadamente el proceso de reproducción del capital, como una espiral ascendente de acumulación y crisis.

Pero esta correcta observación no es complementada con un reconocimiento de las nuevas formas de asociación que enlazan a las empresas transnacionales. Se omite analizar cómo este dato ha transformado el escenario geopolítico de la competencia. No se toma en cuenta que la amalgama global de capitales ha generado procesos de integración, que limitan las conflagraciones tradicionales. Por esa razón se desconoce que la recuperación económica de Japón y Alemania nunca amenazó la primacía político-militar norteamericana.

Las conclusiones omitidas por esa tesis son vitales para indagar el sentido de la concurrencia contemporánea. No basta con intuir la existencia de una transformación radical en el funcionamiento del capitalismo. Hay que analizarla y destacar sus efectos sobre el perfil de la competencia. Al soslayar este problema queda abierto el escenario para todo tipo de tendencias. Se considera factible, por ejemplo, una evolución de las relaciones imperiales en el sentido avizorado por Kautsky y también un curso opuesto en la dirección resaltada por Lenin. (13)

Estas ambivalencias surgen de un razonamiento centrado en la competencia, que no evalúa los vínculos de esa concurrencia, con la mundialización económica y la supremacía militar norteamericana. Esta limitación impide notar que la rivalidad contemporánea adopta formas muy distintas al viejo aglutinamiento en torno a los estados nacionales.

La competencia entre potencias se procesa en la actualidad, como pugnas entre empresas, enlazadas con distintos estados y enjambres regionales. En lugar de desemboques militares y proteccionismos aduaneros, esa concurrencia conduce a fuertes procesos de desvalorización parcial de las existencias y recomposición regresiva del mercado de trabajo.

Estas reorganizaciones recrean el aumento de las ganancias y de la productividad, junto a la digestión parcial de los viejos excedentes. Pero este desenlace acrecienta la aparición de nuevas formas de sobre-producción. La visión que sólo subraya la intensificación de la competencia pierde de vista este dinamismo y tiende a vincular la sobreproducción con modalidades de estancamiento absoluto del capitalismo contemporáneo.

Por otra parte las rivalidades económicas contemporáneas no pueden ser analizadas en forma satisfactoria, si se abstrae la dimensión geopolítica de este proceso. Esta omisión impide percibir cómo Estados Unidos compensa sus desventajas productivas con acciones político-militares.

Este liderazgo le otorgó a la primera potencia no sólo instrumentos para contrarrestar su decreciente competitividad industrial, sino también herramientas para imponer estrictos techos al avance de Alemania y Japón. Como Estados Unidos fija las reglas generales de la acción imperial, siempre contó con mayor margen para definir las normas internacionales de aranceles o tipos de cambio. "Llegar primero" al mando global no sólo entraña costos. También brinda oportunidades para la recuperación hegemónica, luego de cada recaída. Las restantes potencias de la tríada no manejan

esa segunda carta.

Bajo el imperialismo actual la competencia se intensifica en un deliberado marco de restricción geoestratégica. Esta limitación modifica el sentido clásico de la rivalidad y exige incrementar la atención en los distintos elementos del contexto extra-económico. De lo contrario, surge una tentación de actualización de la teoría clásica en cierto terreno (competencia de costos) y no en otro (conquista de territorios). Estas insuficiencias obstruyen la caracterización del imperialismo actual.

La dificultad para poner en sintonía el diagnóstico económico con el análisis político, contrasta con uno de los grandes aciertos que tuvo Lenin. Al integrar ambos planos, el líder bolchevique formuló una concepción esclareció el carácter de la guerra y permitió postular políticas socialistas. La comprensión del imperialismo actual exige retomar ese método analítico, evitando la reducción del estudio a puras tensiones de competitividad entre las potencias.

Lo mismo ocurre con las luchas sociales. Las polémicas entre Lenin y Kautsky tuvieron trascendencia histórica por su conexión directa con la acción de la clase trabajadora. Buscar ese mismo enlace es decisivo para desenvolver una teoría satisfactoria del imperialismo contemporáneo, que enmarque las rivalidades mercantiles, en el cambiante escenario de la lucha de clases.

Proteccionismo y bloques

La atención en la concurrencia económica entre potencias es congruente con otras visiones, que resaltan la renovada gravitación de tendencias proteccionistas. Este curso es presentado a veces como una reacción neo-mercantilista, frente a las tensiones que genera la mundialización neoliberal. Se estima que la reintroducción de políticas comerciales unilaterales es particularmente utilizada por Estados Unidos, para contrarrestar la competencia europea. (14)

Este tipo de medidas apareció ciertamente en numerosas situaciones de las últimas décadas. Especialmente en los momentos de crisis han resurgido las iniciativas para penalizar las importaciones, incentivar el dumping o trampear los tratados de libre comercio, con restricciones para-arancelarias.

Un instrumento de estas maniobras es la guerra entre monedas. Estados Unidos ha presionado a China para que revalúe el yuan, con la misma intensidad que acosó a Japón en la década pasada para encareciera el yen. La primera potencia devalúa al mismo tiempo el dólar frente al euro, buscando mantener una cotización atractiva de su divisa, que garantice la afluencia de los capitales necesarios para financiar su déficit comercial y fiscal.

Sin embargo, el proteccionismo no es una tendencia predominante en la economía contemporánea. La presión opuesta hacia la liberalización comercial ha sido más relevante en las últimas décadas. Esta primacía es visible en el número de tratados suscriptos, en la tasa promedio de los aranceles nacionales y regionales, en el crecimiento del comercio y en la gravitación alcanzada por las empresas transnacionales, que funcionan intercambiando insumos a escala global.

La conformación de bloques proteccionistas constituía en la era clásica una antesala de la guerra. Esa secuencia ha desaparecido. Tampoco se repite el modelo alemán de List o el relativo aislacionismo norteamericano del siglo XIX. Incluso los esquemas de sustitución de importaciones que aplicaban los países subdesarrollados han perdido gravitación.

Las políticas neo-mercantilistas del pasado estaban en consonancia con la prioridad absoluta que tenían los mercados internos, en la estrategia de las grandes corporaciones. En ese período

prevalecía también una homogeneidad total, en el origen nacional de los propietarios de las grandes compañías.

Este rasgo tendió a modificarse en la posguerra, con el surgimiento de las empresas multinacionales y sufrió alteraciones mayores, bajo la mundialización neoliberal reciente. El crecimiento de China en las últimas dos décadas no siguió, por ejemplo, el viejo patrón de acumulación inicial interna, sino que estuvo directamente conectado con el avance de la internacionalización. El capitalismo contemporáneo opera con patrones más mundializados y crecientemente adversos al neo-mercantilismo. Esta dinámica expresa tendencias de largo plazo, derivadas de la necesidad de ensanchar los espacios geográficos.

Algunos enfoques no perciben esta evolución, al interpretar a la mundialización como un episodio cíclico de expansión internacional y retracción nacional del desenvolvimiento económico. Estiman que una globalización temprana (siglos XV-XVIII) fue seguida por etapas proteccionistas (XVIII-XIX) y que este encierro dio lugar a un período de mundialización (1870-1914). Posteriormente aparecieron fases de crecimiento doméstico (1945-1970), que a su vez desembocaron en aperturas posteriores. (15)

Esta mirada observa el desenvolvimiento histórico del capitalismo, como un vaivén de tendencias simétricas hacia la liberalización y el proteccionismo. Los períodos de prosperidad son acompañados por fases comerciales expansivas y las etapas de recesión imponen la sustitución del comercio internacional por transacciones locales. (16)

Ciertamente el ciclo económico determina un comportamiento oscilante del nivel interno de producción y esos vaivenes se extienden a nivel internacional. Pero en el largo plazo la mundialización predomina sobre la nacionalización a escala global, puesto que la continuidad de la acumulación necesita sortear la estrechez del marco doméstico.

Al desconocer esta tendencia se tiende a relativizar el salto actualmente registrado en la internacionalización de la economía, suponiendo que sólo repite estadios del mismo tipo ya alcanzados en el pasado. La comparación más corriente resalta una equivalencia entre la globalización neoliberal de fin del siglo XX, con la mundialización liberal de principio de esa centuria.

Esa analogía es equivocada, puesto que contrasta dos dimensiones incomparables. El grueso de la actividad económica en el primer período se encontraba totalmente al margen del circuito mundial y la internacionalización de la inversión o el comercio abarcaban territorios muy reducidos, en comparación al contexto contemporáneo.

Concurrencia económica y geopolítica

Otras visiones centradas en la rivalidad entre potencias consideran que el imperialismo contemporáneo está caracterizado por un cruce entre competencias económicas y geopolíticas. Estiman que la intersección de la concurrencia internacional de capitales con las pugnas territoriales de los estados, actualiza la tesis de Lenin. Subrayan la presencia de una unidad contradictoria e inestable entre ambos planos. (17)

Este enfoque reconoce que la competencia interestatal ya no presenta la nitidez del pasado. Por esta razón destaca la existencia de nuevas disociaciones entre la órbita económica y geopolítica. Pero a la hora de ilustrar cómo se manifiestan estas tensiones, solo destaca rasgos muy emparentados con la mirada clásica. Los ejemplos señalados son pugnas entre Estados Unidos y Europa por el control de los territorios y mercados de la periferia. (18)

De hecho, esta concepción presenta una versión aligerada de la visión leninista de las rivalidades inter-imperiales por objetivos simultáneamente económicos y territoriales. Este criterio es utilizado para subdividir la historia del siglo XX en tres sub-periodos de batallas entre potencias (1914-45, guerra fría, y post-1991).

Un razonamiento semejante presentan otros autores, para describir variantes atenuadas del imperialismo clásico. Resaltan también la vigencia de la tesis clásica, junto a la existencia de mayores obstáculos para la consumación de las viejas tendencias. Describen especialmente cómo la compulsión a la competencia se encuentra contrarrestada por presiones opuestas a la cooperación. Estiman que una combinación de ambos movimientos podría ser teorizada, mediante alguna noción de “cooperación”. (19)

Pero esta mirada no logra zanjar los problemas en debate. Más bien acepta que las principales tendencias del esquema leninista han quedado neutralizadas, pero no deduce ningún planteo de revisión del enfoque tradicional. Se limita a postular la genérica actualización de esa visión, mediante enunciados que no logra efectivizar. Esta imposibilidad deriva de su omisión de las causas que han modificado por completo el escenario vigente a principio del siglo XX.

El intento de modernizar la teoría clásica, destacando disociaciones entre competencias económicas y geopolíticas remarca parentescos con la tesis de Bujarin, que fue explícitamente expuesta como un choque de disputas competitivas y geopolíticas. También resalta familiaridades con descripciones más recientes de la oposición existente entre las lógicas capitalistas y territoriales. (20)

Un trabajo muy citado es la investigación de Harvey, que interpreta al imperialismo contemporáneo como una fusión contradictoria entre distintas políticas de estados y formas de acumulación de capital. Se destaca que estos dos procesos generan situaciones traumáticas, a medida que la expansión de los negocios desborda el territorio, imponiendo despliegues agresivos. (21)

Esta visión recoge un diagnóstico de Hannah Arendt que destacaba como el impulso a la acumulación ilimitada conducía a la acumulación ilimitada de poder. Esta visión destacaba que la reproducción del capital fuera de las fronteras nacionales tiende a imponer la necesidad de un sostén armado. El imperialismo es un resultado de la acción que desarrollan las potencias para enriquecerse con el auxilio de la fuerza.

Esta asociación entre economía y poder fue inicialmente utilizada por Arendt para interpretar las conflagraciones de entre-guerra. Posteriormente ese mismo enfoque sirvió para explicar el choque entre Estados Unidos y la URSS. Pero el problema radica en que ninguna de estas situaciones se corresponde con el imperialismo actual. Las confrontaciones clásicas por el reparto del mundo se han diluido y la guerra fría no constituyó una batalla inter-imperial. La proyección de los desequilibrios capitalistas a la esfera militar, ya no asume las formas que concebía Arendt.

La presentación del desborde de la acumulación y de las rivalidades político-militares, como un conflicto entre lógicas capitalistas y lógicas territoriales conlleva dos tipos de problemas. Por un lado, se describe a ambos procesos como equivalentes, cuando en realidad el desarrollo capitalista tiende a subordinar la dinámica espacial al imperio del capital. Por otra parte, se olvida que la confrontación territorial entre potencias ya no tiene el viejo sentido de oposición bélica. Además, si bien la lógica territorial y la lógica capitalista son distintas, no está claro en qué planos son contradictorias.

Nuevo imperialismo

El enfoque de Harvey es frecuentemente citado para respaldar actualizaciones del imperialismo clásico. Pero en realidad sólo contiene algunos elementos de esa concepción y se ubica en un terreno de superación de esa teoría.

Retoma la visión tradicional para destacar que el capitalismo ha funcionado durante siglos, contrarrestando las tensiones internas de las metrópolis, mediante expansiones al resto del mundo. El sistema se ha desarrollado buscando mercados externos para las mercancías sobrantes y los capitales excedentes. A través de estos desplazamientos, el capitalismo intenta superar en otras latitudes, las dificultades de rentabilidad que enfrenta en los centros. Esta dinámica genera reconfiguraciones espaciales sistemáticas de la acumulación. (22)

Esta identificación del imperialismo con desequilibrios suscitados por la expansión del sistema contiene el ingrediente clásico. Pero este rasgo es más familiar a la mirada de Luxemburg, que a la caracterización de Lenin. La revolucionaria alemana explicaba el fenómeno por la necesidad de realizar en la periferia, la plusvalía no absorbida en las economías centrales. Harvey reivindica parcialmente esta concepción, remarcando que “el capital necesita buscar su otro”, para completar el circuito de la acumulación.

El papel que a principio del siglo XX cumplían los territorios subdesarrollados de África, Asia o América Latina, fue ocupado por los ex “países socialistas” al concluir la centuria pasada. En lugar de incursionar en regiones agrarias y primitivas, el capitalismo contemporáneo encontró vastos mercados de consumo, con fuerza de trabajo adiestrada para la fabricación de productos complejos. Pero tal como ocurrió en el pasado, estos desplazamientos geográficos no eliminan las tensiones originales. Las contradicciones que el capital transfiere a la periferia tienden a repercutir posteriormente sobre el propio centro.

Harvey destaca estas continuidades con la era clásica, pero también reconoce el cambio introducido por la nueva asociación internacional, entre empresas de distinto origen. Subraya la consiguiente sustitución de las viejas rivalidades nacionales por competencias más mixturadas. Señala que estas transformaciones han introducido un nuevo perfil cosmopolita en las burguesías contemporáneas, que potencia el aspecto cooperativo descrito por Kautsky. Destaca también que este elemento de convergencia económica global, no conduce a la estabilización capitalista que imaginaba el líder socialdemócrata. (23)

Esta visión es opuesta a los enfoques que observan con temor cualquier revisión “neo-kautskianas”, olvidando que los dardos contra el dirigente de la II Internacional hay que situarlos en el terreno político del pacifismo y no en la percepción de las nuevas tendencias asociativas del capital. (24)

Las transformaciones significativas que observa Harvey en la caracterización del estadio actual, lo inducen a teorizar la existencia de un “nuevo imperialismo”. Con esta denominación resalta el mayor alcance global del fenómeno, en comparación al pasado y también la presencia de otro tipo de desequilibrios centrales.

La contradicción más subrayada es la ausencia de uniformidad de la acumulación y la consiguiente tensión entre concentración y dispersión geográfica. El capital necesita reproducirse en cierto lugar, pero está empujado a trasladarse a otros ámbitos. Una fuerza induce a la concentración, para generar plusvalía en economías de escala, centros urbanos y fábricas cercanas. Otra fuerza contrarresta el deterioro de la productividad creado por esa congestión, con nuevos impulsos hacia la dispersión geográfica. (25)

Harvey estima que estas dos tendencias se procesan a través de choques, entre grupos que lucran

con el mantenimiento de la localización original y sectores que se benefician con la movilidad. Tradicionalmente el capital industrial favorecía el primer comportamiento y el financiero el segundo. Pero el desarrollo de las empresas transnacionales ha creado una variada combinación de cursos hacia la centralización y la descentralización del capital.

Estos conflictos entre fijación y movilidad del capital se zanján a través de crisis itinerantes que estallan en distintas regiones, generando traumáticos procesos de desvalorización del capital y la fuerza de trabajo. El nuevo imperialismo intenta brindar nuevas salidas a este problema crónico del capitalismo, pero sólo multiplica la crisis del sistema. (26)

Harvey aporta con este enfoque una interpretación correlacionada con los desequilibrios espaciales. Brinda una explicación “horizontal” de las contradicciones del imperialismo, que complementa las aproximaciones “verticales” centradas en la dinámica del valor. Su visión pone de relieve la complejidad teórica que rodea al análisis contemporáneo.

Notas:

- 1) Vasapollo Luciano, “Imperialismo y competencia global”, Laberinto n 18, segundo cuatrimestre 2005
- 2) Yaffe David, “New imperialism, new opportunism”, FRFI 185, June- July 2005, www.revolutionarycomunism.org
- 3) Harman Chris, “Analysing Imperialism”, International Socialism, 99, Summer 2003.
- 4) Serfati Claude, La mondialisation armée, Textuel, Paris, 2001.
- 5) Chesnais Francois, “The economic foundations and needs of contemporary imperialism”, Historical Materialism vol 15, Issue 3, 2007.
- 6) Callinicos Alex, "Imperialism and global political economy," International Socialism, No. 108, 2005.
- 7) Yunes Marcelo, “Imperialismo y teoría marxista en América Latina”, Socialismo o Barbarie, n 23-24, diciembre 2009.
- 8) Harman Chris, “Analysing Imperialism”, International Socialism, 99, Summer 2003
- 9) Hemos desarrollado este tema en: Katz Claudio, El porvenir del socialismo. Primera edición: Editorial. Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004 (cap 2)
- 10) Ver el debate entre: Callinicos Alex, "Imperialism and global political economy," International Socialism, No. 108, 2005. Panitch Leo and Gindin Sam, “Imperialism and global political economy”, International Socialism, No 109, 2006.
- 11) Brenner, Robert "The boom and the booble", New Left Review, n 6, december 2000.
- 12) Brenner Robert, “The economics of global turbulence”, New Left Review 229, may-june 1998, London.
- 13) Brenner Robert. “What Is, and What Is Not, Imperialism?”, Historical Materialism, vol 14.4, 2006.
- 14) Petras James, “Los imperios euro-americano en la era neo-mercantilista”, Laberinto, n 7, octubre 2001, Málaga.
- 15) Petras James. “Globalización: un análisis crítico”. Herramienta suplemento, setiembre 1999.
- 16) Petras James, "The process of globalisation", Links n 7, september 1996.
- 17) Callinicos Alex, “La teoría marxista y el imperialismo en nuestros días”, Razón y Revolución, n 56, Buenos Aires, 2010
- 18) Callinicos Alex, "Making sense of imperialism”, International Socialism, no 108, 2006.
- 19) Rojo José Luis, “Cuando se prepara una recaída”, Socialismo o Barbarie, n 23-24, diciembre 2009.
- 20) Callinicos Alex, "Imperialism and global political economy," International Socialism, No. 108, 2005.
- 21) Harvey David, The New Imperialism, Oxford University Press, 2003 cap 6.
- 22) Harvey Los límites del capital, Fondo de Cultura Económica, 1982 (cap 7, 10, 12 y cap 13)

punto 7).

23) Harvey David. "In what ways is the new imperialism really new?", *Historical Materialism* vol 15, Issue 3, 2007.

24) Estos errores en: Yunes Marcelo, "Imperialismo y teoría marxista en América Latina", *Socialismo o Barbarie*, n 23-24, diciembre 2009. También: Chingo Juan, "El capitalismo mundial en una crisis histórica", *Estrategia Internacional*, n 25, diciembre 2008-enero 2009.

25) Harvey David. *A brief history of Neoliberalism*, Oxford University Press, New York, 2005 (cap 4)

26) Harvey Los límites del capital, Fondo de Cultura Económica, 1982, (cap 13, puntos 1 a 5, cap 13 punto 7). Harvey David. "In what ways is the new imperialism really new?", *Historical Materialism* vol 15, Issue 3, 2007

Bibliografía:

-Achar Gilbert, "Rethinking imperialism: past, present and future. www.isj.org.uk, 23-4-2010

-Amin Samir, *Más allá del capitalismo senil*, Paidós, Buenos Aires, 2003.(cap 5)

-Anderson Perry. "Algunas observaciones históricas sobre la hegemonía", *C y E*, año II, n 3, primer semestre 2010.

-Astarita Rolando Valor, *mercado y globalización*, Ediciones cooperativas, 2004, Buenos Aires.(cap 5)

-Borón Atilio. "Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional", en *Nueva Hegemonía Mundial*, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

-Brenner Robert. "What Is, and What Is Not, Imperialism?" *Historical Materialism* vol 14.4, 2006.

-Fine Ben. "Debating the 'New' Imperialism" *Historical Materialism* vol 14.4, 2006.

-Gindin Sam, "Turning points and starting points: Brenner, left turbulence and class politics", *Socialist Register* 2001.

-Gindin Sam, "Prospects for antiimperialism", "Imperialism Now", *Monthly Review*, vol 55, n 3, July-august 2003

-Gowan Peter, "US hegemony today", "Imperialism Now", *Monthly Review*, vol 55, n 3, July-august 2003.

-Katz Claudio, "Interpretaciones sobre la crisis", *Revista Espacio Crítico*, diciembre 2010, Bogotá.

-Katz Claudio. "Desequilibrios y antagonismos de la mundialización". *Realidad Económica* n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.

-Katz Claudio. "El imperialismo del siglo XXI". *ESECONOMIA*. Instituto Politécnico Nacional, número 7, año 2, verano 2004, México

-Katz Claudio. "La teoría de la crisis en el nuevo debate Brenner". *Cuadernos del Sur*, año 17, n 31, abril 2001, Buenos Aires.

-Postone Moishe, "Theorizing the contemporary World", in Albritton Rob, Jessop Bob, Westra Richard, *Political economy of the present and possible global future*, Anthem Press, 2007.

-Smith Murray, "The necessity of value theory", *Historical Materialism* n 4, summer 1999.

-Tombazos Stravos. "La mondialisation liberale et l'imperialisme tardif". *Contretemps*, n 2, septembre 2001.

-Walker Richard. "Capital's global turbulence". *Against the current*, n 78, january -february 1999.

-Wood Meisksins Ellen, "A reply to critics" *Historical Materialism* vol 15, Issue 3, 2007.

Fuente imagen: DDEES

Discusiones sobre el declive de Estados Unidos

Resumen

Los diagnósticos de declinación estadounidense destacan la regresión monetaria e industrial y el endeudamiento externo del país. Pero analizan la economía norteamericana con los mismos parámetros de cualquier otro país, olvidando el papel primordial de la primera potencia en la reproducción del capital global. Esa centralidad se verifica en la primacía de las finanzas estadounidenses.



El dólar ha perdido su reinado mundial, pero ninguna otra divisas se perfila como reemplazante y en las situaciones de crisis es el refugio más apetecido. El endeudamiento norteamericano es sostenido por varias potencias exportadoras. Para comprender el rol de una economía imperial hay que superar la perspectiva nacional comparativa.

El retroceso de la industria norteamericana está compensado por la localización externa de las firmas. Esta combinación es omitida por la teoría de la declinación, que también soslaya el liderazgo tecnológico de Estados Unidos. La primera potencia lucra con el neoliberalismo y se ha recompuesto en cada disipación de las crisis capitalistas.

El retroceso militar de Estados Unidos no se verifica. La primera potencia sufrió derrotas, pero también logró varios éxitos. Hay que distinguir la envergadura de cada episodio y registrar el ejercicio cotidiano de la coerción imperial. Estados Unidos no es un guerrero solitario, sino que encabeza un dispositivo de protección colectiva. La omisión de este dato conduce a observar “sobre-extensiones territoriales”, donde existen manejos capitalistas.

El intento norteamericano de introducir modalidades de gestión globalizada confirma la inconveniencia de evaluar su liderazgo con parámetros comparativos. No se deben confundir coyunturas con tendencias. Evitar la subestimación del gendarme es la condición para derrotarlo.

Muchas teorías de resurgimiento de la rivalidad inter-imperial se inspiran en diagnósticos de declinación estadounidense. Consideran que ese declive modifica drásticamente la configuración del capitalismo contemporáneo y tiende a reabrir la competencia por el reparto del mundo. Hay diagnósticos fuertes y moderados de esa evolución y distintas caracterizaciones sobre el retroceso estadounidense.

Los argumentos de la declinación

El enfoque más corriente remarca la regresión económica. Destaca que el gigante del Norte perdió la superioridad de posguerra, ya no controla el 50% de la industria mundial y no ejerce un reinado monetario. Señala que la in-convertibilidad del dólar (1971) acentuó el deterioro de Estados Unidos frente a Europa o Japón y estima que esa caída se profundizó en las últimas dos décadas de ascenso chino. Resalta la presencia de un generalizado repliegue de la producción norteamericana, que incluye desmoronamientos de la productividad, obsolescencia de la estructura manufacturera y creciente desindustrialización. (1)

En el análisis de este estancamiento se hace hincapié en la pérdida de empleos industriales, la expansión de los servicios y el déficit comercial, que son atribuidos a la masiva importación de bienes anteriormente fabricados en el país. Este desequilibrio externo es explicado por una descontrolada inclinación norteamericana al sobre-consumo, que favorece a las empresas foráneas. (2)

El retroceso del dólar es presentado como otro barómetro del declive. La pérdida de señorazgo de esa divisa es vista como un proceso irreversible. Se supone que concluirá con el reemplazo del billete que reguló durante décadas las transacciones internacionales, por otras monedas (euro, yen, yuan) o por la formación de una canasta de signos sustitutos. (3) Esta sustitución es también asociada con la transformación de un viejo acreedor mundial en el principal deudor contemporáneo. Estados Unidos es descrito como un agobiado prestatario, que depende del flujo de capitales externos para solventar su deuda pública. Esta atadura –que obliga al país a sostener tasas de interés atractivas para los adquirientes foráneos de bonos del tesoro- es identificada con otras experiencias de declive histórico. Se recuerda que la sofocación deudora determinó en el pasado, el fin de la expansión material y el comienzo de la regresión financiera de todas las potencias declinantes. (4)

Este retroceso es señalado, a su vez, como el principal causante de la segmentación económico-social que soporta Estados Unidos. La fractura que corroe la movilidad ascendente de posguerra ya sepulta al modelo de empleo e ingresos ascendentes, que caracterizó al fordismo. (5)

El ritmo de caída del imperio norteamericano suscita controversias. Algunos autores sostienen que ese desplome supera ampliamente la percepción corriente. Consideran que estuvo enmascarado durante la última década por el derrumbe del contendiente soviético y por los artificios de la globalización financiera. Estiman que una economía depredadora y dependiente de la exacción de recursos de otros países tiende al desplome y repetirá la trayectoria seguida por España durante el siglo XVII. Esa potencia disimulaba su quiebra con el oro sustraído del Nuevo Mundo. (6)

Otras visiones son más cautelosas. Reconocen que Estados Unidos logró posponer su caída, mediante un paréntesis de “belle époque” gestado durante el neoliberalismo. El país pudo reorientar los flujos financieros hacia su propio mercado y contó con recursos suficientes para doblegar a la URSS y domesticar al Sur. (7)

Pero este desahogo no alcanzaría y solo demoraría la decadencia que ya padeció anteriormente el imperio británico. Ese antecedente incluyó los mismos giros hacia la intermediación comercial y el refugio en las finanzas. Estados Unidos carga, además, con una orfandad de dominios territoriales, que le impiden repetir la administración de la regresión que logró Inglaterra a principios del siglo XX. (8)

De estas caracterizaciones surgen contundentes previsiones sobre el fin del liderazgo norteamericano, que algunos autores sitúan en una fecha precisa (año 2025) y otros imaginan en horizontes más indefinidos. Pero todos convocan a “desacoplarse” por cualquier vía del desplome estadounidense. (9)

Singularidades financieras

Las teorías que diagnostican el declive norteamericano analizan la economía de esa potencia con los mismos parámetros de cualquier otro país. No registran las peculiaridades de una estructura muy singular. Estos rasgos se forjaron durante la posguerra y se consolidaron en las últimas décadas de mundialización neoliberal.

A diferencia de otros países, Estados Unidos juega un papel primordial en la reproducción del

capital global. Resulta indispensable tomar en cuenta este dato, en cualquier evaluación. El simple contraste de índices de productividad, endeudamiento o gravitación monetaria del gigante del Norte con sus rivales olvida esta particularidad y se limita a extender la teoría realista de las relaciones internacionales al campo de la economía. Traza un contrapunto en el plano industrial, comercial o financiero entre países desarrollados, suponiendo que compiten en igualdad de condiciones por la dominación mundial.

Con esa mirada se supone que Estados Unidos pierde posiciones frente a sus rivales, desconociendo que esa batalla no se desenvuelve como una confrontación entre pares. Ningún adversario cumple el rol político-militar que juega el gendarme imperial, en la preservación del sistema que defienden todos los concurrentes.

Una mirada exclusivamente centrada en la competencia era válida a fines del siglo XIX, pero no sirve en la actualidad. Se ha consumado una internacionalización de la economía, un salto en la asociación mundial de los capitales y un incremento cualitativo en la gravitación de las empresas transnacionales que modifican el viejo escenario. En el contexto vigente, Estados Unidos ocupa un rol decisivo en la organización de la economía global.

Esa centralidad es muy evidente en el plano financiero y por esta razón los teóricos del declive son más cautelosos en los diagnósticos de este sector. Reconocen la continuada preeminencia de los bancos estadounidenses, que perdura como un factor determinante de la mundialización contemporánea.

Mediante la expansión de esas entidades se forjó inicialmente el mercado del euro-dólar que financió la internacionalización de las empresas norteamericanas y especialmente su asociación con las compañías europeas. Esa plaza se convirtió en el principal antecedente de los depósitos desregulados y las transacciones extraterritoriales, que posteriormente forjaron la mundialización financiera. Los bancos norteamericanos facilitaron un manejo autónomo de la liquidez mundial, que apuntaló el protagonismo de la City londinense.

Cuando la desregulación de esa actividad exigió mayor incidencia directa de la Reserva Federal, la centralización de las operaciones se trasladó a Nueva York. Este giro fue precedido por una gran depuración de los propios bancos estadounidenses, que sufrieron un recorte del 36% de sus entidades a fines de los 70 y una segunda limpieza de gran porte a principios de 90. Este ajuste se enmarcó en una ofensiva neoliberal que comenzó en Washington, con la decisión de encarecer la tasa de interés. (10)

Esta gravitación de las finanzas norteamericanas quedó confirmada durante las últimas dos décadas por el rol que ha jugado Wall Street (en el circuito bursátil internacional) y la Reserva Federal (en la circulación global del capital). Lo ocurrido en la crisis reciente ha sido muy ilustrativo de este poderío. Toda la política de socorro estatal a los bancos implementada a nivel internacional fue primero definida por los banqueros estadounidenses, luego asumida por el gobierno de ese país y finalmente adoptada por el resto de las potencias.

Esa preeminencia se verifica también en las negociaciones para reorganizar el sistema bancario. Estados Unidos le impuso a Alemania y a Francia la preservación del actual esquema de finanzas liberalizadas, con algún ajuste cosmético de los paraísos fiscales. Todo el reordenamiento de las normas bancarias internacionales ha quedado subordinado, además, al ajuste previo de las entidades norteamericanas.

El control sobre las calificadoras, la supervisión de los fondos buitres, la regulación de los capitales mínimos y las restricciones al apalancamiento que se dispongan en Estados Unidos fijarán la pauta

a seguir en todo el planeta. El modelo de la FED sería primero adoptado por el FMI y posteriormente exportado al resto de las naciones. Los tiempos de esta renovación dependen de las tensiones internas que afronta la administración de Obama.

La FED actuó durante la crisis del 2008-2010 como un Banco Central con influencia mundial y definió la política predominante de bajísimas tasas de interés. Japón volvió a exhibir sometimiento financiero al padrino estadounidense y el ente rector de las finanzas europeas fue incapaz de adoptar medidas significativas. Mantuvo una postura conservadora y restringió su radio de acción al Viejo Continente.

La gravitación de las finanzas norteamericanas obedece al rol estratégico que continúa cumpliendo ese sector en la internacionalización del movimiento de capitales. Esta circulación no quedó interrumpida por ninguna crisis de las últimas décadas. Al contrario, cada colapso bancario vigorizó la globalización de las finanzas, que impulsan todas las potencias, pero que asegura Estados Unidos. Este rol de garante no se verifica sólo observando la localización del capital. Hay que notar quiénes son los socios y custodios de los flujos financieros desperdigados por todo el planeta.

Divisas y endeudamiento

El lugar del dólar en este proceso es un tema más controvertido. Es evidente que esa divisa ya no tiene la supremacía indiscutida de los años 50. Pero su in-convertibilidad arrastra más de cuatro décadas y durante ese lapso no se registró el desplome incontenible de un signo carente de respaldo real. Predominaron sucesivos ciclos de ascenso y descenso de esa cotización, junto a la aparición de varias monedas de mayor alcance global. Ninguna de estas divisas se ha perfilado, hasta ahora, como reemplazante del billete norteamericano.

Lo ocurrido en la crisis reciente confirmó este panorama. El dólar se convirtió en el principal refugio monetario frente al desmoronamiento de los bancos. En la emergencia, los acaudalados del planeta optaron por proteger sus ahorros en esa divisa (en llamativo contraste con el euro). La moneda del Viejo Continente debió sostenerse con un anclaje, que el Banco Central Europeo sostuvo mediante tasas de interés superiores a las vigentes en Estados Unidos. Esa entidad actuó con muchas vacilaciones para apuntalar un signo creado durante la bonanza y sometido a su primer test de consistencia.

En la distensión financiera que ha sucedido al pico del colapso del 2008-09, el dólar ha vuelto a caer. Esta baja ciertamente refleja la búsqueda de un equilibrio monetario, que exprese las nuevas relaciones de fuerza vigentes entre la primera potencia y el resto del mundo. Estados Unidos intenta mantener cierta primacía, manejando una devaluación que le permita reducir el déficit comercial, sin afectar la afluencia internacional de capitales. Negocia con sus rivales estos dos objetivos contradictorios, mientras que sus competidores intentan aminorar la gravitación del dólar, evitando su completa sustitución por otra moneda.

La tendencia preeminente apunta disminuir la supremacía monetaria norteamericana, sin eliminar su gravitación. El euro no se perfila como reemplazante del dólar, el yen ni siquiera ambiciona disputar ese rol y el yuan no opera todavía libremente en los mercados internacionales. Nadie avala tampoco, un retorno a las áreas monetarias cerradas de entre-guerra.

Por esta razón se discute la formación de distinto tipo de canastas o billetes compartidos (como los Derechos Especiales de Giro), cuya viabilidad dependerá del carácter manejable o descontrolado que asuma la crisis actual. En general, los rivales buscan nuevas formas de asociación y no de confrontación (o reemplazo) de Estados Unidos. (11)

Este interés por preservar la estabilidad del dólar obedece a un propósito comercial: continuar la colocación de productos en el principal mercado del planeta. Mediante la importación masiva de bienes, la economía norteamericana mantuvo aceitado el ritmo de actividad mundial, durante la última década. Todos los exportadores intentan sostener su cuota de ventas en Estados Unidos y esa tarea exige mantener la gravitación del dólar.

En este contexto hay que analizar la conversión de Estados Unidos en un gran deudor. Este lugar puede ser interpretado como un signo de decadencia y subordinación a los rivales ascendentes es otro indicio del papel central que ocupa la primera potencia, en el ciclo mundial de los negocios.

Existen muchas discusiones sobre la magnitud real del endeudamiento externo norteamericano y del costo de su refinanciación externa, a partir de un déficit comercial que saltó del 1,7% (1982-97) al 5-6 % del PBI (2003-10). Las calificadoras han reducido el puntaje de confiabilidad de la deuda y los republicanos impulsan la formación de una comisión con plenos poderes, para monitorear una drástica reducción del pasivo. Estos datos son ilustrativos del debilitamiento interno de la economía norteamericana.

Pero el país mantiene su estratégica importancia como absorbente de las mercancías excedentes. La actitud de China durante la crisis reciente retrató el interés que mantienen las restantes potencias en el sostenimiento de ese mercado. El gigante oriental decidió refinanciar el déficit norteamericano para preservar su corriente de ventas. La posibilidad de sostener este circuito es muy dudosa y no resulta fácil continuar comerciando a puro crédito.

Pero los teóricos de la declinación norteamericana no logran explicar por qué razón, los concurrentes de la primera potencia apuestan al sostenimiento y no a la caída de su rival. A la hora de observar el endeudamiento externo hay que notar no solo la posición contable adversa de Estados Unidos, sino también la función movilizadora que tiene ese desbalance sobre el flujo internacional de capitales y mercancías.

Para capturar las tendencias en curso es necesario reconocer que la economía norteamericana no se equipara con las restantes. Las variables en discusión -cotización del dólar, magnitud del déficit comercial, envergadura del bache presupuestario- deben ser analizadas superando la perspectiva nacional-comparativa. Hay que estudiar esos indicadores desde una dinámica imperial, que sitúa a Estados Unidos en el corazón del capitalismo global.

Internacionalización y segmentación

En el terreno industrial los datos del retroceso norteamericano son más contundentes. La participación del país en la producción manufacturera mundial se ha reducido año tras año. Esta caída obedece a la irrupción de los competidores y a la creciente localización externa de las firmas estadounidenses.

La magnitud del retroceso es más discutible, si en lugar de comparar con lo ocurrido con las nuevas potencias, se traza un contrapunto con los viejos rivales de la tríada. En ese contraste, la tasa de crecimiento de Estados Unidos no ha sido inferior a Europa o Japón. La productividad supera a ambas regiones en las ramas más estratégicas, en el gasto de inversión y desarrollo y en el promedio de las ganancias. (12)

Tal como ocurre con las finanzas, la performance industrial norteamericana no debe ser evaluada con simples comparaciones internacionales. A diferencia del pasado, el índice de internacionalización de las grandes empresas constituye un dato insoslayable.

Si una firma estadounidense se traslada a un país asiático, su producción parece acentuar la prosperidad de Oriente a costa de Norteamérica. Pero en realidad, esa compañía remite ganancias a la nación de origen y forma parte de un dispositivo fabril globalizado, bajo el comando estadounidense. Esta mundialización constituye el cambio más importante de la industria norteamericana. Las compañías que fabricaban “made in USA” encabezaron desde fines de los años 60 un gran salto hacia la inversión externa directa.

Los teóricos de la declinación reconocen ese liderazgo, pero consideran que la internacionalización productiva ha erosionado indiscriminadamente el poder territorial de todos los estados. No perciben el carácter jerarquizado de ese deterioro y el continuado poder de presión que mantiene el estado norteamericano, sobre los países que reciben inversiones de esa metrópoli.

En la nueva división del trabajo que forjó la internacionalización productiva, muchas actividades de mayor relevancia (gerencia, diseño, investigación, control financiero, innovación de producto, administración comercial) han mantenido su vieja localización. Sólo abaratan costos, transfiriendo a las filiales la fabricación en masa. Esa producción sigue las pautas fijadas por una gestión global, que se diagrama en las casas matrices.

Este proceso constituye una reorganización más compleja que la simple desindustrialización, resaltadas por los teóricos de la decadencia estadounidense. Desconocen que la primera potencia ha liderado una transformación global que continúa generando significativos beneficios. Un indicador de esta tendencia es el aumento de las ganancias remesadas por las firmas que operan en el exterior. (13)

Este proceso de internacionalización ha dado lugar a una creciente segmentación de la industria norteamericana. Las compañías que operan a escala globalizada se han expandido y las firmas que actúan sólo a nivel nacional sufrieron sucesivos retrocesos. La ampliación del primer sector genera desequilibrio comercial y la regresión del segundo acentúa la pobreza y el desempleo.

Esta misma segmentación explica, a su vez, la recuperación que tuvieron los sectores globalizados que trabajan con tecnologías de punta, especialmente en las actividades de aeronáutica, informática y electrónica. La contraparte de esta prosperidad ha sido la sistemática caída de las ramas que operaban en torno al mercado interno.

La escandalosa polarización social que soporta Estados Unidos constituye un reflejo de esa fractura económica. La brecha no separa sólo a las familias enriquecidas de los trabajadores endeudados. En todo el país se ha producido una radical transformación entre zonas que mantuvieron su nivel de actividad y regiones que colapsaron por la reorganización capitalista. Basta recordar que en plena crisis del 2008-2010 continuaron floreciendo las ganancias de las empresas con fuerte localización externa, para mensurar la dimensión de esa reconversión.

Esta reorganización expresa la compleja y contradictoria situación que ha creado la internacionalización de la industria norteamericana. Esta transformación es omitida por los análisis que enfatizan la declinación. Observan la reestructuración como una prueba del declive, soslayando el análisis de la mundialización en curso.

Esos enfoques enfrentan un escollo particularmente duro a la hora de explicar el liderazgo norteamericano, en las nuevas tecnologías de la información. Este comando es indiscutible en cualquier esfera de la computación, las redes, la microelectrónica, los chips, el hardware o el software. Esta supremacía obedeció en su origen a la estrecha conexión del sector con la experimentación militar. Existen numerosas controversias sobre el impacto de la revolución tecnológica actual en la productividad de las empresas, aunque el paso del tiempo tiende a

confirmar la presencia de un giro radical.

Pero lo incuestionable es la incidencia dominante de Estados Unidos en ese proceso y este liderazgo en la innovación contrasta con el postulado de la declinación. En la historia del capitalismo los países que encabezaron revoluciones tecnológicas mantuvieron lugares preponderantes en la jerarquía internacional.

Algunos partidarios de la teoría del declive aceptan el carácter sinuoso del retroceso norteamericano. Comparan el respiro logrado por el país bajo el neoliberalismo, con el interregno que pospuso la decadencia británica a principios del siglo XX.

Pero la restauración del poder estadounidense no ha sido tan puntual. Desde los años 70 esa recomposición ha irrumpido en varias oportunidades, al cabo de severas crisis. Se observó después de la derrota de Vietnam y luego del desplome de la URSS. Cada vez que el capitalismo global logró emerger de una coyuntura crítica, se observó esa restauración estadounidense.

Los teóricos del declive simplemente presentan esa recomposición como un dato secundario e incluso sugieren que Estados Unidos se perfila en el largo plazo, como uno de los perdedores de la era neoliberal. Olvidan cómo ha usufructuado de la ofensiva del capital, la potencia que concibió, gestó y consumó esa agresión.

Las previsiones de caída norteamericana con fecha precisa son mucho más discutibles. Situar este desplome en el 2015, 2025 o 2050 es un dudoso ejercicio de futurología, que omite estudiar cómo la mundialización ha modificado la secuencia tradicional de sustituciones hegemónicas.

¿Pérdida del poder militar?

Existe otra caracterización más contra-intuitiva del declive norteamericano. Destaca que la primera potencia no sufre sólo regresión económica, sino también impotencia militar. Considera que el gendarme afronta desde hace varias décadas una secuencia de derrotas bélicas, que comenzaron con la retirada de Vietnam y culminaron con el fracaso de Irak. La primera adversidad marcó el inicio de la caída (“crisis señal”) y el último podría implicar el jaque mate del imperio (“crisis terminal”). (14)

Esta evaluación supone que los últimos cuarenta años han estado signados por continuadas frustraciones del Pentágono, tanto en guerras parciales (Nicaragua, Camboya, Angola, Afganistán), como en operativos contra blancos insignificantes (Granada, Panamá). Este mismo resultado adverso es atribuido a las acciones de hostigamiento aéreo (Libia en los 80), a las incursiones contra enemigos puntuales (Somalia) y a las misiones de coerción policial (Kosovo, Yugoslavia). Este balance deduce que los tropiezos yanquis facilitaron los desafíos tercermundistas (encarecimiento del petróleo) y las insolencias de Irán e Irak. (15)

Este enfoque considera que todas las reacciones estadounidenses afianzaron su debilidad. Sostiene que la primera potencia sólo obtuvo victorias contra adversarios irrisorios. Estima que esa elección de enemigos insignificantes ilustra el temor del Pentágono a confrontar con países de mayor porte. Esa cobardía es vista como un inequívoco síntoma de decadencia. (16)

Esta caracterización presupone que el síndrome creado por Vietnam continúa condicionando una postura débil del imperialismo norteamericano. Se supone que esta fragilidad no habría encontrado ningún contrapeso significativo en el último cuarto de siglo. Se estima que ni siquiera la caída de la Unión Soviética, revirtió la regresión militar de Estados Unidos. (17)

¿Pero se puede resumir la compleja relación de fuerzas de las últimas cuatro décadas en un sencillo veredicto de “derrotas norteamericanas”? ¿Ha estado marcado este período por invariables fracasos del Pentágono? El carácter unilateral de esta evaluación salta a la vista.

Tanto en la posguerra como en el período neoliberal, el imperialismo norteamericano soportó contundentes derrotas y logró significativas victorias. Los fracasos sufridos en Vietnam o Cuba coexistieron con los éxitos obtenidos en República Dominicana, Guatemala o Panamá. Entre ambos polos se verificó una amplia variedad de resultados mixtos.

Es erróneo colocar en una misma bolsa a situaciones tan diferenciadas. Los marines arrasaron a Granada, pero debieron escaparse de Somalia. En algunos operativos impusieron su agenda de ocupación y en otros no pudieron estabilizar tóteres confiables.

Cuando esa multiplicidad de resultados se reduce a un restrictivo concepto de “fracaso general”, la conclusión implícita es el triunfalismo ingenuo. Esa sensación no se corresponde con la ofensiva neoliberal de las últimas dos décadas.

Considerar que el derrumbe de la URSS acentuó el debilitamiento militar estadounidense es el corolario más extremo de ese razonamiento. Se pueden trazar muchos balances de la guerra fría y subrayar acertadamente que el “campo socialista” se derrumbó más por implosión interna, que por presión bélica externa. Pero no tiene ningún sentido presentar ese desmoronamiento, como una adversidad para Estados Unidos. Es evidente que constituyó exactamente lo contrario y que le brindó al imperialismo oxígeno requerido para implementar la ofensiva neoliberal.

Es importante reconocer que el desmoronamiento del principal adversario de la segunda mitad del siglo XX, tiene más envergadura que los tropiezos en Somalia. Al colocar en pie de igualdad acontecimientos de dimensiones tan divergentes, se abre el camino para la arbitrariedad.

Conviene no descalificar las operaciones que desarrolla el Pentágono con adjetivos menores. A través de esas acciones se concreta el rol de custodio cotidiano, que ejerce el imperialismo a escala mundial. Mediante el despacho de marines hacia pequeños lugares desestabilizados, Estados Unidos cumple el papel de gendarme que le han delegado las clases dominantes del planeta.

Las guerras imperialistas contra los pueblos indefensos siempre han seguido ese patrón de inequidad. En ese desparpajo se basa el ejercicio de la coerción. Estas acciones deberían incentivar la denuncia y no miradas épicas o morales que sugieren grandes fragilidades del opresor.

El principal test de la fortaleza o debilidad de una potencia no se verifica en las peripecias menores, sino en los desafíos de gran alcance. La pregunta eludida por los teóricos del fracaso militar es la ausencia de confrontaciones de peso con la primera potencia. Si Estados Unidos tiende a ser pulverizado en cualquier campo de batalla: ¿Por qué nadie aprovecha esta impotencia para desplazarlo?

Al evitar este interrogante básico, se puede presentar la extensa trayectoria que ha recorrido el capitalismo contemporáneo desde Vietnam a Irak, como una sucesión de desplomes militares estadounidenses. Lo que no se explica es por qué razón preserva su liderazgo bélico.

El retrato de sucesivas caídas del Pentágono da lugar a ese curioso resultado. Al cabo de cuatro décadas de invariables fallidos, Estados Unidos monopoliza la mitad de gasto bélico internacional, mantiene su red de bases militares, controla la OTAN y supervisa la proliferación atómica.

¿Aislamiento o asociación?

La sesgada óptica centrada en los fracasos norteamericanos se extiende al balance de Irak. Este operativo es presentado como una derrota militar superior a Vietnam. Se remarcan los aciertos que logró una resistencia con un armamento y experiencia guerrillera inferior al Vietcong y se resalta la impotencia de las tropas invasoras. (18)

Pero hasta ahora el resultado de esta incursión es mucho más incierto y el desenlace final permanece abierto. A un costo humano incalculable, los marines han creado en Irak una situación de desangre interno, que les permite permanecer en el país.

Una diferencia importante con Vietnam radica en la profesionalización de las tropas y el uso masivo de mercenarios. Esas modalidades acentúan la descomposición interna de los invasores, pero han evitado las protestas contra la guerra que imponía la conscripción obligatoria en los años 70. Este cambio le aportó a la comandancia yanqui un alivio político que no tenía el generalato anterior.

Al soslayar estos datos se tiende a vislumbrar a Estados Unidos como una superpotencia solitaria, carente del poder y los medios que se utilizaban en el pasado. Se supone que la influencia internacional norteamericana ha caído, junto al deterioro de los contingentes terrestres, que se necesitan para ejercer el mando mundial. (19)

Pero ese aislamiento no se ha verificado en los principales operativos de las últimas dos décadas. Estados Unidos forjó coaliciones para invadir regiones estratégicas con el concurso de la ONU (Golfo), aprovechó el implícito aval de sus socios para acciones unilaterales (Irak), contó con financiación y tropas externas para ampliar agresiones (Afganistán) y sustituyó a sus aliados en las intervenciones complejas (Balcanes).

El imperialismo no ha dado ningún paso significativo sin el visto bueno (o por lo menos la resignación) de sus socios. Es cierto que resurgen las tensiones con Rusia y con China, pero estas hipótesis están referidas al futuro. En el balance de lo ya ocurrido, no se observa ningún atisbo de soledad. Estados Unidos actúa al frente de una coalición de la triada, que se mantiene sin cambios.

En algunos trabajos se argumenta que la primera potencia ya no logra financiar sus guerras. A diferencia de su antecesor británico carece de una colonia para extraer riquezas (como era la India) y depende de préstamos internacionales para sostener su aparato bélico. (20)

Pero este apuntalamiento del resto del mundo ilustra el interés global que existe en el sostenimiento del gendarme yanqui. El Pentágono no desenvuelve solo guerras hegemónicas (como Inglaterra), al servicio exclusivo de su propia burguesía. Cumple un rol protector del sistema internacional de dominación. Si se omite esta diferencia, resulta imposible comprender la lógica de la política militar estadounidense. Esa orientación no está guiada sólo por los intereses de una potencia, sino por los propósitos más colectivos del capitalismo mundial.

Este cambio es ignorado por quienes razonan las hipótesis bélicas del futuro con los criterios de guerras inter-imperialistas. Con esa mirada suponen que Estados Unidos compensa la fragilidad económica con la expansión del poder militar, repitiendo un recurso de supervivencia utilizados por los imperios decadentes. (21)

Este enfoque conduce a estudiar en detalle cuáles son los recursos en disputa en cada incursión, perdiendo de vista la dominación colectiva que reafirman esas operaciones. Siempre hay reyertas por petróleo, minería o agua. Pero en la actualidad prevalece un tipo de unanimidad imperial, que no existía al principio del siglo XX.

Las dificultades para registrar este viraje conducen a vislumbrar a Estados Unidos como una potencia decadente, que abusa de “sobre-extensiones territoriales” para administrar su imperio. Ese sobredimensionamiento recrea las aventuras militares fallidas. (22)

¿Pero cómo se mide una “sobre-extensión imperial”? Este concepto supone que existe un radio de dominación manejable y otro que desborda las posibilidades de control. El conflicto es situado en el pasaje de la primera situación a la segunda, olvidando que el imperialismo capitalista contemporáneo no presenta contornos geográficos tan precisos. Estados Unidos domina a través de inversiones, asociaciones y empresas transnacionales. No gestiona un imperio territorial como Roma, sino que actúa en un mapa de 200 países formalmente soberanos.

En esa estructura no hay forma de discernir “sobre-extensiones”, puesto que la acumulación sigue un patrón de ampliación ilimitada. Lo mismo ocurre con el sistema de bases militares que el Pentágono mantiene en todo el planeta. Este dispositivo permite una gestión imperial colectiva, que no sigue normas territoriales de adecuaciones y desbordes. El mantenimiento de esa red bélica no es un hecho desafortunado para Estados Unidos. Implica mayores costos y riesgos, pero asegura todos los beneficios de ejercer el comando imperialista.

No subestimar al gendarme

Los teóricos de la declinación norteamericana atribuyen la debilidad militar de la primera potencia al impacto generado por numerosos fracasos políticos. Consideran que durante décadas Estados Unidos contuvo al bloque socialista, domesticó al nacionalismo y manejó el equilibrio nuclear, pero sin gestar proyectos políticos duraderos. Esta limitación se reflejó en la imposibilidad de forjar el estado mundial bajo dirección norteamericano, que concibió Roosevelt e intentó implementar de Truman. (23)

Pero con esta caracterización se reconoce que la intención imperial estadounidense difiere de todos los liderazgos anteriores. Gran Bretaña, Francia, Holanda o Japón sólo ambicionaban ampliar sus territorios y recursos a costa de sus rivales. No aspiraban a forjar ningún tipo de entidad planetaria. Comprender esta peculiaridad es vital para superar los simples contrastes nacionales, entre grados de supremacía y decadencia. Ese contrapunto no puede establecerse en forma tan directa en la actualidad.

En lugar de conquistar el planeta para su usufructo, Estados Unidos ha buscado erigir una forma de gestión imperial a escala mundial. Por eso intenta asociar a otras potencias a este proyecto, mediante mecanismos de imperialismo colectivo. En vez de indagar cómo funciona esa sociedad, la tesis de la decadencia continúa indagando comparaciones entre contendientes.

Es muy dudoso que la elite dirigente norteamericana haya intentado en algún momento la concreción de un gobierno mundial. Semejante administración es difícil de imaginar, sin un estado global. Pero no cabe duda, que auspició incontables modalidades intermedias de gestión globalizada en el plano económico (FMI), militar (ONU) y político (Triada). El énfasis en la decadencia no clarifica la marcha de este objetivo prioritario.

Ese enfoque estudia la regresión imperial, analizando las conductas mafiosas que adopta Estados Unidos para contrapesar sus fracasos militares. Se estima que ese comportamiento le permite extorsionar a sus aliados de la tríada. (24)

Europa y Japón han sostenido las agresiones norteamericanas por su propio interés y no por mera debilidad frente a un chantajista. Necesitan el apoyo de la primera potencia para su propia supervivencia. La geopolítica imperial efectivamente incluye patrones de extorsionador-

extorsionado, puesto que ordena las relaciones entre estados. Pero la existencia de chantajes en esos vínculos no clarifica ninguna modalidad imperial específica.

Algunos teóricos de la declinación imaginan escenarios de caos y anarquía. Prevén varias décadas de colapso y un sinnúmero de estallidos, hasta que las potencias sustitutivas de Estados Unidos establezcan un nuevo sistema mundo. (25)

Pero esa ausencia de equilibrios es un dato intrínseco del desarrollo capitalista y su agravamiento depende del nivel de las resistencias sociales y de las tensiones internas que afronten las clases dominantes. Estos elementos operan en forma inter-relacionada, determinando escenarios más volcánicos o más apacibles. El grado de conmoción que suscitan no depende de la decadencia de una potencia hegemónica.

En las últimas décadas se han sucedido coyunturas explosivas y controlables, en estricta correspondencia con las crisis económicas, la pujanza de la lucha popular y la falta de cohesión por arriba. El capitalismo recrea en forma periódica estos desequilibrios, más allá del destino declinante entrevisto para Estados Unidos.

La teoría del declive genera obsesiones por dilucidar el ritmo de la caída. Pero este tipo de profecías son más familiares a las creencias, que a la reflexión historiográfica. Sintonizan con los pronósticos del “mundo post-estadounidense”, que irrumpen en los momentos de calma y desaparecen en los picos de las crisis.

Los analistas de la decadencia buscan confirmaciones de su tesis en cualquier área de la vida social. Estiman por ejemplo, que la hegemonía cultural estadounidense perdió fuerza en las últimas décadas y consideran que el refinamiento de Nueva York y los patrones de comportamiento de Hollywood tienden a declinar. (26)

Pero esta hipótesis choca con el indiscutible impacto global del americanismo y la continuada gravitación de la ideología y las costumbres que exporta Estados Unidos. Los razonamientos centrados en el declive confunden coyunturas con tendencias. Por eso presentaron el mandato de Bush como un punto culminante caída yanqui. Identificaron la reacción belicista de los neo-conservadores con conductas desesperadas de un tigre acorralado por el shock del 11 de septiembre. (27)

Estas impresiones quedaron rápidamente desactualizadas con la euforia mediática que rodeó al ascenso de Obama. Los mismos periodistas que remarcaban la agonía de Estados Unidos resaltaron los atributos del nuevo presidente para restaurar el sueño americano. En este sube y baja, el fin del imperio y su resurrección continúan alternándose con sorprendente velocidad, demostrando cuán inconveniente es deducir un curso de largo plazo de las circunstancias que rodean a cada presidente. Para evitar ese vaivén anímico conviene invertir la problemática de la declinación norteamericana y explicar lo contrario: la continuada primacía de una potencia, que ejerce la custodia del capitalismo global. Reconocer esa gravitación es indispensable para encontrar estrategias, que permitan enfrentar y derrotar al principal opresor del planeta.

Notas:

- 1) Arrighi, Giovanni. “Hegemony Unravelling”, Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005.
- 2) Johnson Chalmers, “El significado del imperialismo”, www.prodavinci.com, 27-1-09.
- 3) Wallerstein Immanuel, “¿De quién es el siglo XXI?”, Página 12, 26-7-06.
- 4) Sutcliffe Bob, “Imperialism Old and New”, Historical Materialism, vol 14.4, 2006.
- 5) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de

sistemas- mundo, 2004, Akal, Madrid, (cap 26)

6) Todd Emmanuel, “El ilusorio poder ilimitado de EEUU”, La Hoja Latinoamericana rodelu.net 5-1-2004.

7) Arrighi Giovanni, Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid, (cap 5 y 6)

8) Arrighi, Giovanni. “Hegemony Unravelling”, Part II, no. 33, May/June 2005.

9) Wallerstein Immanuel, “El tigre acorralado”, Página 12, 14-9-06. Arrighi Giovanni, “Conceptos fundamentales para comprender el capitalismo actual”, Herramienta n 38, junio 2008.

10) Ver: Panitch Leo, Leys Colin, “Las finanzas y el imperio norteamericano”, El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005

11) Ver: Rude Christopher. “El rol de la disciplina en la estrategia imperial. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires, 2005.

12) Ver: Pantich Leo, Gindin Sam, “Rethinking crisis”, Monthly Review 54, November 2002.

13) Este tipo de ganancias pasaron del 22% (1999) al 49% del total de los beneficios (2008). Ver: Caputo Orlando, “La crisis actual de la economía mundial: una nueva interpretación teórica e histórica”, XI Encuentro Internacional sobre Globalización y problemas del Desarrollo, La Habana, 2-6 marzo 2009.

14) Arrighi, Giovanni. “Hegemony Unravelling”, Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005

15) Arrighi, Giovanni. “Hegemony Unravelling”, Part II, no. 33, May/June 2005.

16) Todd Emmanuel “El ilusorio poder ilimitado de EEUU”- La Hoja Latinoamericana rodelu.net 5-1-2004. Todd Emmanuel Después del Imperio, Foca, 2003.

17) Vasapollo Luciano. “Imperialismo y competencia global”. Laberinto n 18, segundo cuatrimestre 2005

18) Arrighi, Giovanni, “Hegemony Unravelling”, Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005. También: Wallerstein Immanuel, “América Latina puede contar más en la nueva geopolítica mundial”, Clarín, 23-9-07.

19) Arrighi Giovanni, Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid, (cap 6). Wallerstein Immanuel. “¿De quién es el siglo XXI?”, Página 12, 26-7-06

20) Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(cap 6 y 9)

21) Foster John Bellamy, “The new age of imperialism”, Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-august 2003. Foster John Bellamy, “The new geopolitics of Empire”, Monthly Review, vol 57, n 8, January 2006.

22) Wallerstein Immanuel. “América Latina puede contar más en la nueva geopolítica mundial”. Clarín, 23-9-07-Johnson Chalmers, “El significado del imperialismo”, www.prodavinci.com, 27-1-09

23) Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(cap 6 y 9)

24) Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(cap 9).

25) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas – mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 28)

26) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas – mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 32).

27) Wallerstein Immanuel. “El águila se estrelló al aterrizar” Página 12 17-10-05. Wallerstein Immanuel. “¿De quién es el siglo XXI?”. Página 12 26-7-06. Wallerstein Immanuel. “El tigre acorralado”. Página 12 14-9-06.

Bibliografía:

-Anderson Perry. “Apuntes sobre la coyuntura actual”. New Left Review, n 48, 2008

-Arrighi Giovanni “Linajes imperiales: sobre Imperio de Michel Hardt y Antonio Negri.

-Arrighi Giovanni. El largo siglo XX. Akal, 1999 (Cap 1, 4)

-Borón Atilio. “Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional”, en Una nueva Hegemonía Mundial, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

-Callinicos Alex, “La teoría marxista y el imperialismo en nuestros días”, Razón y Revolución, n

56, Buenos Aires, 2010

-Dumenil Gerard, Ley Dominique. El imperialismo en la era neoliberal. Revista de Economía crítica n 3.

-Fiori José Luis, O poder global e la nova geopolitica das nacoes, Editorial Boitempo, 2007, Sao Paulo.

-Fiori José Luis. "Crisis y hecatombes", Valor Económico, Sao Paulom 26-3-08.

-Gindin Sam, Panitch Leo, "Superintending Global Capital," New Left Review, 35, Sept/Oct 2005

-Halevi Joseph, Varoufakis Yanis. "The global minotaur", Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-August 2003.

-Katz Claudio -"Crisis global: las tendencias de la etapa", Aquelarre, Revista de Centro de la Universidad de Tolima, Colombia, vol 9, n 18, 2010

-Katz Claudio. -"Desequilibrios y antagonismos de la mundialización". Realidad Económica n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.

-Petras James, Veltmeyer. "Construcción imperial y dominación". Los intelectuales y la globalización, Abya-Yala, Quito, 2004.

-Petras James. "El neo-imperialismo". El mundo de los trabajadores, n 2, 2004.

www.geocities.com/revista

-Petras James. "Estado imperial, imperialismo e imperio". Pensar a contracorriente. Volumen II, segunda edición, 2005.

-Rojo José Luis, "Cuando se prepara una recaída", Socialismo o Barbarie, n 23-24, diciembre 2009.

VIERNES 5 DE AGOSTO DE 2011

Teorías de la sucesión hegemónica

Resumen

Los pronósticos de reemplazo estadounidense por Europa, omiten la subordinación político-militar del Viejo Continente. No registran las inconsistencias de la estrategia comunitaria y la escasa aptitud de las antiguas potencias coloniales para comandar el imperialismo contemporáneo. Las previsiones de liderazgo hegemónico asiático basadas en Japón fallaron por omitir la dependencia del custodio norteamericano. Las nuevas situaciones de multipolaridad no anulan la subsistencia de un ordenador del capitalismo global.



La sucesión de liderazgos ha sido un elemento de la dinámica histórica, pero no una pauta inexorable de la evolución social. La atención excluyente a ese elemento diluye las diferencias que separaron a los distintos modos de producción. Jerarquiza la "historia por arriba" y presta escasa atención a las confrontaciones sociales. La dialéctica entre condicionantes estructurales y circunstancias azarosas no es compatible con un presupuesto de invariable reemplazo hegemónico.

Es incorrecto remontar el origen del capitalismo al siglo XVI, olvidando la compatibilidad del capital comercial con distintos regímenes sociales. El capitalismo no tuvo origen mundial y se asentó en procesos de expropiación social. Es un sistema basado en el imperativo de la competencia, la maximización de la ganancia y la explotación de los asalariados.

Es necesario reconocer las diferencias que separan a los imperios que antecedieron y sucedieron al surgimiento del capitalismo. La coerción extra-económica, la conquista de territorios y el

establecimiento de colonias, difieren de las formas de opresión capitalistas. El imperio pleno del capital sólo irrumpió durante el siglo XX. Recordar esta cronología es vital desarrollar comparaciones adecuadas.

Algunos teóricos del declive norteamericano asocian cada etapa de la historia contemporánea con la preeminencia de una potencia hegemónica. Estiman que los candidatos a ejercer el futuro liderazgo emergerán de un eje europeo o de un centro asiático. Pero los indicios de este recambio son muy controvertibles.

¿Reemplazo europeo?

Los autores que vislumbran al Viejo Continente como la nueva región hegemónica estiman que la formación de la Unión, la consolidación del euro y las alianzas con Rusia afianzarán esa primacía. Consideran que este escenario podría cobrar forma antes del año 2025. (1)

Otra previsión destaca que Alemania abandonará su obediencia a Washington e impondrá un perfil dominante en Europa. Afianzará su capacidad para sortear las crisis, con productividad creciente y ausencia de derroches bélicos. También señala que Estados Unidos intentará frenar este ascenso, aunque sólo ha conseguido alineamientos ocasionales y pérdida de autoridad, en un marco de escasa influencia de su aliado británico. (2)

Un diagnóstico semejante es más cauteloso. Estima que Europa saldrá airosa si logra consolidar un mercado continental, gestionando su moneda, rivalizando con el dólar, recuperando preeminencia tecnológica y reactivando su presencia militar. (3)

Pero la corroboración de estas caracterizaciones choca con la sistemática debilidad que exhibe la Unión Europea. Mantiene un persistente sometimiento a la OTAN y acompaña todas las agresiones que resuelve el Pentágono. La crisis reciente puso de relieve, además, la fragilidad económica y heterogeneidad de la Unión. Cada estado privilegió la defensa de sus propios capitalistas a costa del vecino, mediante aumentos del gasto público que deterioraron las finanzas comunitarias. Algunos países privilegiaron la continuidad de sus negocios con el Este, otros apuntalaron su actividad en África y ciertos estados jerarquizaron los acuerdos con América Latina. Esta falta de cohesión volvió a ilustrar la ausencia de un capital plenamente europeo. El grueso de las firmas se ha internacionalizado con más operaciones a nivel global que a escala continental.

El euro debió testear por primera vez su consistencia ante una gran convulsión y su sostenimiento obliga a un fuerte ajuste de las economías más frágiles. El anclaje que impuso el Banco Central con tasas de interés superiores a Estados Unidos obstaculizó la salida de la recesión.

La Unión Europea continúa una evolución imprevista. Se expande hacia el Este sin estrategias claras y busca un perfil institucional que no logra definir. Los criterios geográficos, históricos y culturales utilizados para legitimar la Comunidad, tampoco obtienen gran consenso. En comparación a la agenda imperial norteamericana, las propuestas europeas son inconsistentes. Estas limitaciones no son definitivas, pero indican una tendencia que se ratifica en cada conflicto internacional.

Probablemente esas carencias obedezcan al legado localista de una construcción continental basada en pequeños estados-naciones, que comparten cierta cultura pero no logran forjar una identidad común. Se ha creado una moneda y un área de libre-comercio, pero sin coherencia productiva y mercados de trabajo unificados.

Por estas razones el paradigma estadounidense continúa gravitando dentro de la propia Unión.

Europa tuvo aptitudes para comandar el viejo colonialismo y el naciente imperialismo, pero no reúne por sí misma condiciones para liderar un estadio más global del capitalismo.

Las ventajas que mantiene Estados Unidos no provienen de la ética protestante, ni de la desregulación laboral. Esos rasgos no determinan la primacía imperial. Lo definitorio no es la superioridad militar que subrayan muchos comentaristas, sino la presencia de un estado acabadamente imperialista junto a la internacionalización de una clase dominante, más adaptada al contexto creado por la mundialización neoliberal.

Un período de mayores posibilidades de ascenso europeo quedó bloqueado con el fracaso del proyecto francés autónomo del gaullismo. Esa frustración fue seguida por consolidación del atlantismo, que generó el ingreso a la Unión del socio británico de Washington. Este desenlace reforzó a su vez la aplicación de políticas neoliberales, que tienden a destruir una arraigada cultura democrática. Ese legado mantuvo distante durante cierto período a Europa de las pautas político-sociales dictadas por Estados Unidos al resto del mundo. Pero en la actualidad esa tradición tiende a diluirse.

Las limitaciones del Viejo Continente para reemplazar la supremacía norteamericana se expresan, además, en la fragilidad de la política exterior europea y en las inconsistencias internas de la estrategia comunitaria. Hay dificultades para forjar un estado federal a escala continental y para erigir una clase dominante cohesionada, a partir de la unificación monetaria.

¿Sustitución asiática?

Los autores que localizan los desafiantes del poder norteamericano en la región asiática se apoyan en un dato incuestionable: el creciente desplazamiento económico del Atlántico hacia el Pacífico. Deducen de este viraje el surgimiento de un nuevo liderazgo imperial. Sus voceros estimaron durante la década pasada que Japón conduciría ese ascenso.

Esta evaluación se basaba en el comando nipón de un sistema de subcontratación manufacturero, compuesto por empresas integradas que externalizan sus actividades, aprovechando la baratura zonal de la fuerza de trabajo. Forjaron un modelo centrado en la exportación, la reducción de costos y la capacidad organizativo-empresaria. Se suponía que Japón transmitiría al resto de la región su esquema de productividad toyotista, inspirado en moldes patriarcales, rotaciones de equipos de trabajo y altísima disciplina laboral. (4)

Pero el predicamento que tuvo ese diagnóstico durante los años 90 decayó abruptamente al comienzo del siglo XXI. El giro hacia una localización industrial en Oriente ha quedado confirmado. Sin embargo, el nuevo desenvolvimiento asiático incluye la presencia de grandes transnacionales norteamericanas (y europeas), depende de mercados de consumo ubicados en la tríada y ha perdido el liderazgo inicial de Japón. Este último retroceso es un elemento decisivo en todos los debates sobre la sustitución hegemónica de Estados Unidos.

La incapacidad nipona para continuar su despliegue obedeció a la continuidad de un modelo exportador, que no logró complementarse con mayor centralidad del mercado interno. A lo hora de consumir un giro hacia esta nueva prioridad, salieron a flote los límites de un desarrollo históricamente asentado en la austeridad, la estrechez del poder adquisitivo y el escaso peso del gasto familiar.

El fallido viraje hacia el consumo local condujo a un largo período de estancamiento, deflación y burbujas inmobiliarias, que persiste hasta la actualidad. Las corporaciones niponas tampoco pudieron consolidar su incipiente penetración en Estados Unidos. La oleada de adquisiciones

empresarias que desató tantos escándalos en los años 90 concluyó sin pena, ni gloria y confirmó las dificultades del modelo nipón para la inversión foránea en gran escala.

Todas las expectativas de sustitución del modelo norteamericano por un esquema japonés quedaron desmentidas. Cuando la potencia asiática se transformó en la segunda economía del planeta y debió batallar con Estados Unidos, no encontró ningún camino para batir a su rival. Al cabo de varias reyertas, Japón sostuvo el dólar, revaluó el yen, limitó las exportaciones y aceptó la reorganización financiera sugerida por Washington. Los excedentes nipones solventaron incluso gran parte de la reestructuración industrial y el gasto militar norteamericano.

Este desenlace obedece a causas políticas. El viejo imperio del sol naciente emergió de la Segunda Guerra como un país ocupado, carente de personal dirigente autónomo y sometido al mandato estadounidense. Esta situación inicial de protectorado se disipó con el tiempo, pero el país nunca recuperó una gestión política totalmente propia. (5)

Japón representa un caso extremo de sometimiento a la protección militar del Pentágono. Carece de un ejército acorde a su desenvolvimiento económico y esta limitación explica la enorme debilidad del país frente a las presiones de su custodio. Es evidente que una potencia emergente no puede reemplazar el liderazgo establecido, renunciando al uso de la fuerza militar.

Este antecedente es importante a la hora de juzgar la actual irrupción de China, que es vista por los teóricos del ascenso japonés, como la nueva posibilidad de reemplazo norteamericano. (6)

Pero esa eventualidad debería superar los escollos que no logró atravesar Japón. El nuevo emergente tendría que asegurar la continuidad de un crecimiento regional coordinado, no sólo en terreno monetario, financiero e industrial, sino también en el plano político-militar. China debería sortear muchos obstáculos, antes de convertirse en la cabeza de un conjunto de potencias (Japón) y economías (Corea del Sur, Taiwán), que han dependido mucho más que Europa de la protección norteamericana. El futuro de China como hegemón mundial depende a su vez de la compleja variedad de procesos que acompañan al ascenso de las economías intermedias.

Muchos autores reconocen estas limitaciones y postulan diagnósticos más ambiguos. Estiman que la crisis del liderazgo estadounidense coexiste con la ausencia de un reemplazante a la vista. Consideran que esta situación abre un período de creciente desobediencia y multiplicación de las fuerzas centrífugas. (7)

Pero este retrato conduce a evaluaciones contradictorias, que relativizan todas las tendencias en juego. Supone una declinación norteamericana sin reemplazante en un escenario puramente caótico, que no es compatible con el ejercicio de alguna autoridad internacional.

El problema de esta indefinición radica en olvidar que la vigencia del imperialismo presupone la subsistencia de fuerzas capaces de asegurar la reproducción global del capitalismo. Si la expansión de este sistema continúa es porque hay una estructura de dominación, que tiene un mando y despliega acciones bajo los órdenes de Estados Unidos.

Una controvertible recurrencia

Algunos teóricos de la declinación norteamericana presentan un esquema historiográfico de auges y ocasos de las potencias. Destacan que estos liderazgos emergieron al cabo de sangrientas guerras y desenlaces entre dos aspirantes a reemplazar al dominador. Al perder la batalla, ese conductor concluyó aceptando un rol de asociado menor.

Este enfoque considera que los candidatos actuales a la sucesión (de Europa o Asia) repiten la disputa que opuso en el pasado a Gran Bretaña con Francia (para sustituir a Holanda) y a Estados Unidos con Alemania (para reemplazar a Inglaterra). Esta pugna debería durar tres décadas y culminar con el desplazamiento norteamericano. Aunque también cabe la posibilidad que Washington posponga con acciones agresivas, la larga agonía que sufre desde los años sesenta. (8)

Otro argumento semejante considera que los ascensos y las declinaciones concuerdan con fases de prosperidad material y expansión financiera. Ambos procesos conformaron ciclos sistémicos de acumulación, bajo hegemonía genovesa (siglo XV-XVII), liderazgo holandés (XVI- XVIII), supremacía británica (XVIII-XIX) y conducción americana (XX). (9)

Estas teorías aportan un fundamento para el pronóstico de caída estadounidense, pero no explican por qué razón la sucesión de liderazgos constituye una pauta tan inexorable. Indican un elemento cierto de la dinámica histórica, pero que no opera como regulador de la evolución social.

El principal problema de las analogías expuestas es la omisión de las diferencias cualitativas que distinguen a cada hegemonía. Suponer que Estados Unidos seguirá la trayectoria previa de Holanda o Inglaterra requiere también postular la repetición de las confrontaciones que precedieron al surgimiento de esos imperios. Esas batallas no se han repetido desde la mitad del siglo XX. Los candidatos europeos o asiáticos al reemplazo norteamericano deberían adoptar, además, la actitud desafiante de sus antecesores y no la inclinación contemporánea a la asociación imperial.

Frente a estas dificultades, algunos autores optan por una versión atenuada de la tesis del declive. Estiman que Estados Unidos ha demostrado mayor capacidad de resistencia y ha creado una situación análoga a la larga declinación que sufrió España. Esa decadencia insumió siglos y podría repetirse, puesto que el gigante norteamericano apela también a los recursos que utilizaron Gran Bretaña, Turquía y Austria para posponer su declive. (10)

Pero la presentación de procesos tan prolongados de regresión impide cualquier análisis concreto. Si el declive se consumará en el siglo XXIII: ¿qué sentido exacto tiene su caracterización actual? Es totalmente imposible analizar el significado de cualquier fenómeno en esos términos meta-históricos. Las magnitudes cronológicas en juego desbordan cualquier posibilidad de reflexión.

Un error metodológico más significativo proviene del tratamiento indiscriminado que se le brinda a modos de producción muy diferenciados. Para comparar el rol jugado por Roma, Holanda, Gran Bretaña y Estados Unidos, hay que reconocer la distancia que separa a los regímenes esclavistas, feudales y capitalistas. La atención excluyente en el auge y la declinación de estos imperios, suele omitir la brecha abismal que mantuvieron esos regímenes sociales.

Presuponer un destino predeterminado de sucesiones hegemónicas conduce a indagar todos los acontecimientos, en clave de auge y ascenso del comando mundial. En lugar de analizar el curso real del proceso histórico, se intenta registrar el cumplimiento de una ley pendular de la inexorable pérdida de gravitación del imperialismo norteamericano. En algunos casos este diagnóstico es postulado a partir de resultados coyunturales adversos para la dominación estadounidense. Pero se olvida que estos fracasos no revirtieron el continuado liderazgo de Washington.

El ascenso y declive de las potencias no es un proceso deductivo a priori. Tampoco puede evaluarse con estimaciones de los costos y los beneficios, que una u otra situación ocasiona a cada potencia. La perdurabilidad de una hegemonía global depende de condiciones políticas y sociales cambiantes, que no siguen pautas de liderazgos sustitutos. Presuponer esa secuencia implica vislumbrar todo el proceso histórico como un eterno retorno hacia lo mismo. Esta mirada es más afín a las filosofías fatalistas, que a los análisis materialistas de las causas que conducen a cierto liderazgo imperial.

Las hegemonías de las potencias han cumplido efectivamente un importante papel geopolítico, pero siempre presentaron un carácter limitado y dependiente de las relaciones sociales de fuerza. Por esta razón, el futuro papel de Estados Unidos no puede ser deducido de un destino de ocaso. Está directamente atado a la forma en que se mantendrá o no el sostén coercitivo del capitalismo.

La controvertida noción de auge y decadencia de las potencias está concebida en función del grado de adaptabilidad, que logra cada actor a cierto contexto geopolítico. Pero esta caracterización se torna muy unilateral cuando se observa sólo el comportamiento de las clases dominantes. Lo acertado es prestar especial atención al desenvolvimiento de la lucha de clases, en un marco de cambiantes condiciones objetivas.

El enfoque de las sucesiones propone muchas evaluaciones de la “historia por arriba”, que protagonizan las potencias rivales y aporta pocas observaciones de “la historia por abajo”, que procesan los sujetos populares. Esa mirada impide notar que la simple reproducción norteamericana de la declinación genovesa, holandesa o británica choca en la actualidad con la mayor gravitación contemporánea de las resistencias sociales.

Si se jerarquiza esta última dimensión, lo más importante es el análisis de la derrota del imperialismo estadounidense y no de su declinación. Ese primer resultado no surge de un devenir intrínseco de la historia, sino que emerge de la acción política popular. Lo que pone en peligro al intervencionismo norteamericano actual es justamente ese combate, cuyo estudio debe ser privilegiado al momento de evaluar el devenir de la primera potencia.

La teoría del declive contiene ingredientes de un determinismo muy extremo. En la discusión que suscita esa metodología frecuentemente se subrayan, también, los elementos de contingencia que incluye esa concepción. Se remarca que la transición de un liderazgo a otro está signada por un período de caos, con múltiples posibilidades de desenlace. El reemplazo de Gran Bretaña por Estados Unidos a fines del siglo XIX es presentado justamente como un ejemplo de influencias aleatorias, que pospusieron una secuencia de sustitución. (11)

Pero una acertada dialéctica entre condicionantes estructurales y circunstancias azarosas no es compatible con el presupuesto del reemplazo hegemónico inexorable. La supremacía norteamericana atraviesa actualmente por una crisis, cuyo desemboque final es desconocido. No está escrito en ningún lado que concluirá con el ascenso de un contrincante o con el reciclaje del propio liderazgo, en otro contexto de asociación imperial.

Debates historiográficos

La teoría de las sucesiones hegemónicas postula que las primeras conducciones se remontan a la formación del capitalismo como un sistema internacional en el siglo XVI. Algunos autores consideran que el imperialismo acumula también cinco centurias de existencia. Transitó por una etapa inicial de pillaje, un período posterior de supremacía comercial y una fase subsiguiente de liderazgo industrial-financiero. La reproducción global del capital no es vista como un estadio, sino un dato permanente del sistema desde sus orígenes. (12)

Otras interpretaciones atribuyen las hegemonías imperiales inauguradas en esa época, a distintas combinaciones de lógica territorial (supremacía militar y control geopolítico) y lógica económica (manejo de los recursos escasos). El predominio de las ciudades italianas (Venecia, Florencia, Génova y Milán entre 1340 y 1560) es explicado por el comercio de larga distancia, en complementariedad con el territorialismo ibérico. El liderazgo holandés (1560-1780) es presentado como una primacía de redes financiero-comerciales cosmopolitas actuando con sustento militar

propio. El ciclo británico (1740-1930) es caracterizado por la implantación de colonos y un control de mares, que permitió imponer la primacía del libre-comercio y el patrón oro.

Finalmente el largo período americano (1870-2000?) es evaluado como una forma de territorialismo doméstico (expulsión de los indios e incorporación de inmigrantes), en una economía auto-céntrica que alcanzó status mundial hegemónico con la supremacía del dólar y Wall Street. Se supone que esta variedad de hegemonías operaron dentro de un mismo sistema de acumulación mundializado, que estuvo comandado por sucesivas instancias de ciudades estado (Génova), estados proto-nacionales (Holanda), estados multinacionales (Gran Bretaña) y estados continentales (Estados Unidos). (13)

Con este mismo razonamiento, la teoría del sistema-mundo inscribe los distintos liderazgos imperiales (Holanda 1625-1672, Gran Bretaña 1815-1873 y Estados Unidos 1945-67), en un mismo soporte de economías capitalistas vigentes desde fin del Medioevo. Esta concepción define implícitamente al capitalismo por el predominio del comercio. Siguiendo a Pirenne y Braudel, ubica el nacimiento del sistema en el siglo XVI y le asigna un alcance mundial desde esa fecha. (14)

Pero, en realidad, el capital mercantil sólo constituyó una precondition del desarrollo capitalista. Posteriormente esa modalidad aseguró los intercambios que reprodujeron al sistema y complementaron la extracción de plusvalía. El capitalismo se forjó nacionalmente en torno a este cimiento y desarrolló paulatinamente un mercado mundial, articulando relaciones capitalistas, semi-capitalistas y pre-capitalistas. Un abismo histórico separa a los industriales que explotan a los asalariados de los comerciantes que intercambiaban productos en el siglo XVI.

Al identificar al capitalismo con el comercio se olvida que esa actividad es compatible con distintos modos de producción y no define la singularidad de un sistema basado en tres rasgos: imperativo de la competencia, maximización de la ganancia y explotación de los asalariados.

El capitalismo se constituyó mediante un proceso de proletarización, centrado en la evolución del mercado laboral y no en los avatares del comercio mundial. Su origen nacional justamente obedece a un basamento social en la expropiación de los productores directos. El sistema sólo adoptó formas internacionales en la madurez de la acumulación.

Las miradas centradas en el comercio privilegian los procesos de circulación en desmedro de la dinámica productiva y difunden una imagen de pan-capitalismo vigente desde siglo XVI. Estos enfoques conducen a observar los excedentes como simples resultados del intercambio y omiten su basamento en la plusvalía confiscada a los trabajadores.

La teoría del capitalismo mundial atribuye la supremacía lograda por cada potencia, a su aptitud para amoldarse a la combinación de lógica económica y territorial vigente en cada etapa. Pero en realidad el primer criterio ha prevalecido sobre el segundo, a medida que maduró el capitalismo. Ambos parámetros no son equivalentes, puesto que el peso de la coerción económica aumenta al expandirse la acumulación.

A partir de la supremacía norteamericana, el capitalismo se ha expandido sin necesidad de capturas territoriales equivalentes, ni imposiciones coloniales. Desde la mitad del siglo XX ya no rige el viejo paralelismo entre expansión económica y predominio geopolítico-militar. Comprender esta modificación es vital para caracterizar al imperialismo contemporáneo.

El imperio del capital

Es necesario reconocer las contundentes diferencias que separan a los imperios que antecedieron y

sucedieron al surgimiento del capitalismo. En las primeras variantes prevalecía la coerción extra-económica, la conquista de territorios y el establecimiento de colonias. En las segundas predomina una modalidad de dominación opaca, impersonal y poco transparente. Las formas de opresión tampoco pueden subsistir en este caso sin acciones político-militares, pero su cimiento son las relaciones capitalistas.

Esta distinción permite retomar la separación establecida por Lenin entre variedades imperiales pre y pro capitalistas. Esta diferencia evita las comparaciones que ignoran la brecha existente entre formas de opresión económicas y extraeconómicas.

Los antiguos imperios de la propiedad como Roma, eran muy distintos a sus equivalentes actuales. Estaban asentados en el dominio de una aristocracia latifundista, que absorbía las elites de las regiones conquistadas. Mediante esa red se administraron los nuevos territorios reforzando la esclavitud, hasta que las invasiones bárbaras provocaron la fragmentación feudal, el colonato y la subdivisión de la propiedad. Otro imperio del mismo tipo rigió en China, pero en este caso sostenido en una burocracia jerárquica y centralizada, que bloqueaba el surgimiento de los señores locales.

España constituyó un tercer caso del mismo modelo, basado en la ampliación de la propiedad. El otorgamiento de tierra a cambio de servicios militares permitió la Reconquista frente a los moros y brindó una pauta para gestar el imperio hispanoamericano. Ese sistema de encomiendas para utilizar la fuerza de trabajo de los indígenas perduró, hasta que las elites americanas socavaron la autoridad de la inmensa burocracia colonial en un contexto de grandes rebeliones indígenas.

En ninguno de estos casos rigió la dinámica capitalista de la competencia por beneficios surgidos de explotación. Predominaron formas de captura territorial afines al gigantismo de Roma, pero totalmente alejadas de las formas de dominación del capitalismo contemporáneo. Las frecuentes analogías entre ambas situaciones olvidan esas divergencias cualitativas.

Estas asimetrías se verifican también en el análisis de todos los imperios comerciales del Medioevo. El entramado gestado en torno al mundo árabe-musulmán vinculó a comunidades dispersas, que sustituyeron la cohesión política por pautas religiosas. Estas normas aportaron un código de acción comercial y cultural para las elites urbanas (Bagdad, Cairo), pero ese nexo no implicaba imperativos capitalistas, en sociedades mayoritariamente agrarias y gobernadas por la lógica coercitiva de los impuestos.

En este mismo cimiento se asentaron las ciudades-estado italianas (Génova, Venecia, Florencia), controladas por aristocracias acreedoras de los monarcas, que operaban en el Mediterráneo mediante mercenarios y monopolios comerciales. Ese fundamento nutrió también a la enorme población urbana de la república de Holanda, que manejó las rutas marítimas con compañías comerciales, en desmedro de los tributos y la dominación territorial.

Ninguno de estos tres imperios comerciales alcanzó un status capitalista. Se regían por el principio de comprar barato y vender caro, es decir por mecanismos diferentes a la competencia de precios por reducir costos, aumentando la productividad y explotando el trabajo asalariado.

Este tipo de imperios pre-capitalistas fue sucedido por las distintas modalidades del colonialismo, que emergieron junto a las nacientes potencias europeas. Estos modelos contribuyeron a consumir la acumulación primitiva de capital, mediante la expoliación de América, la esclavitud de África y el saqueo de ultramar. Recurrieron a la disputa militar por territorios y al exterminio de la población local, para consumir esa depredación. El imperialismo contemporáneo incluye también brutalidades del mismo alcance, pero persigue objetivos de lucro basados en la explotación y no en el genocidio.

Se desenvuelve apuntalando más la acumulación que el pillaje.

El colonialismo posterior asumió formas más próximas al capitalismo, especialmente en el modelo británico de establecimiento de poblaciones en las tierras apropiadas. Este esquema de asentamientos fue inaugurado en el laboratorio irlandés, junto a la introducción de novedosas reglas de beneficio, productividad e inversión en la agricultura. Esta forma de expansión alcanzó gran desarrollo en las colonias norteamericanas, donde una población huida de las guerras religiosas desarrolló prósperos farmers en conflicto con la metrópoli.

Esas modalidades pro-capitalistas sólo fueron instauradas por el colonialismo inglés en ciertas regiones. En el grueso del imperio se reconstituyó la esclavitud (Sur de Estados Unidos, Caribe) o se impuso la tributación colonial (India) para los asegurar mercados a la exportación manufacturera. (15)

El colonialismo constituyó un eslabón intermedio en el proceso de surgimiento del imperialismo clásico, que alcanzó dimensión mundial entre 1880 y 1914. Pero incluso en ese período ya capitalista, existían todavía regiones divorciadas de la norma de la acumulación y por esta razón, la conquista territorial gravitaba frente a los imperativos económicos. El imperio pleno del capital irrumpió solamente durante el siglo XX. Recordar esta cronología es vital para ubicar todas las comparaciones en un terreno conceptual acertado.

Notas:

- 1) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas – mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 28). Wallerstein Immanuel. “El tigre acorralado”. Página 12 14-9-06.
- 2) Todd Emmanuel “El ilusorio poder ilimitado de EEUU”- La Hoja Latinoamericana rodelu.net 5-1-2004.
- 3) Carchedi Guglielmo, "The EMU, monetary crisis and the single european currency", Capital and class, n 63, autumn 1997.
- 4) Esta tesis en: Freeman Christopher, Clark John, Soete Luc, De-sem-pleo e innovación tecnológica (cap 9), Ministerio Seguridad Social, Madrid, 1985. Castells Manuel, La era de la información, vol 1, La sociedad red, (cap 3), Alianza Editorial, Madrid, 1996. Coriat, Benjamín, Pensar al revés, Siglo XXI, 1992, México (cap 1).
- 5) Ver: Murphy Taggart, “A loyal retainer, Japan, capitalism and the perpetuation of America hegemony”, Socialist Register 2011 The Crisis This Time Sep 2010.
- 6) Es el enfoque de: Arrighi Giovanni. El largo siglo XX. Akal, 1999 (Introducción, Epílogo)
- 7) Yunes Marcelo, “Imperialismo y teoría marxista en América Latina”, Socialismo o Barbarie, n 23-24, diciembre 2009.
- 8) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas – mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 13, 16, 26, 28).
- 9) Arrighi Giovanni. El largo siglo XX, Akal, 1999 (introducción).
- 10) Kennedy Paul. “Ningún estado es inmortal” Clarín, 20-6-07. Ver tesis general en: Kennedy Paul, Auge y caída de las grandes potencias, Ediciones de Bolsillo, Barcelona 2004.
- 11) Arrighi Giovanni, “The winding paths of capital”, New Left Review 56, Mars-April 2009, London
- 12) Taab William. Imperialism: In tribute to Harry Magdoff, Monthly Review vol 58, n 10, march 2007.
- 13) Arrighi Giovanni. El largo siglo XX. Akal, 1999 (Introducción, cap 1, 2, 3, 4)
- 14) Wallerstein Immanuel Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas – mundo, 2004, Akal, Madrid. (cap 5, 7, 14,16, 32)
- 15) Una detallada comparación entre los distintos tipos de imperios presenta: Wood Ellen Meiskins, Empire of Capital, Verso 2003, (cap 3 ,2,4, 5).

Bibliografía:

- Amin Samir, "Beyond liberal globalization", Monthly Review vol 58, n 7, December 2006.
- Amin Samir, "US imperialism, Europe and the middle east", Monthly Review vol 56, n 6, november 2004.
- Amin Samir, Más allá del capitalismo senil, Paidós, Buenos Aires, 2003.(cap 5)
- Amin Samir, Capitalismo, imperialismo, mundialización, en Resistencias Mundiales, CLACSO, Buenos Aires, 2001.
- Anderson Perry, "Fuerza y consentimiento", New Left Review, n 17, septiembre-octubre 2002.
- Anderson Perry. "Apuntes sobre la coyuntura actual", New Left Review, n 48, 2008.
- Anderson Perry. "El papel de las ideas". Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales, CLACSO, Buenos Aires, 2004.
- Arrighi Giovanni. Adam Smith en Pekín, Akal, 2007, Madrid.(Cap 1, 8)
- Arrighi, Giovanni. "Hegemony Unravelling", Part I, New Left Review, no. 32, March/April 2005., London
- Bairoch, Paul El tercer mundo en la encrucijada: el despegue económico desde el siglo (Introducción, cap 8, 9).
- Bensaid Daniel. Le nouvel Internationalisme, Paris, Textuel, 2003
- Brenner Robert. "What Is, and What Is Not, Imperialism?" Historical Materialism vol 14.4, 2006.
- Callinicos Alex, "Capitalism, competition and profits", Historical Materialism n 4, summer 1999.
- Chingo Juan y Dunga Gustavo Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Michael Hardt. Estrategia Internacional, 17 2001.
- Ferguson Niall. "Ascenso y caída de los neoconservadores". Clarín, 2-5-0
- Fiori José Luis. "Entrevista". La Onda Digital, www.laondadigital.com
- Halevi Joseph, Varoufakis Yanis. "The global minotaur", Imperialism Now, Monthly Review, vol 55, n 3, July-August 2003.
- Hasner Pierre. "El comienzo de un siglo anti-norteamericano". Clarín-Ñ 22-12-07.
- Katz Claudio, "Crisis global: las tendencias de la etapa", Aquelarre, Revista de Centro de la Universidad de Tolima, Colombia, vol 9, n 18, 2010
- Katz Claudio. "Desequilibrios y antagonismos de la mundialización". Realidad Económica n 178, febrero-marzo 2001, Buenos Aires, Argentina.
- Katz Claudio. "El imperialismo del siglo XXI". ESECONOMIA. Instituto Politécnico Nacional, número 7, año 2, verano 2004, México
- Lenin, Vladimir Ilich El imperialismo, fase superior del capitalismo Buenos Aires, Quadrata, 2006
- Panitch Leo, Gindin Sam. "Capitalismo global e imperio norteamericano". El nuevo desafío imperial, Socialist Register 2004, CLACSO, Buenos Aires 2005.
- Petras James, Veltmeyer. "Construcción imperial y dominación". Los intelectuales y la globalización, Abya-Yala, Quito, 2004.
- Pollin Robert, "Contemporary economic stagnation in world historical perspective", New Left Review, n 219, October 1996.
- Robinson William, "The pitfalls of realist analysis of global capitalism", Historical Materialism vol 15, Issue 3, 2007. Una reseña de las divergencias en
- Sitel Francis. "Les Etats Unis et le monde. Les énigmes de la puissance". Critique Communiste n 174, hiver 2004
- Weber Jeff, Imperialism Book reviews . Review of Radical Political Economics, vol 38, n 1, winter 2006
- Wood Ellen Meiksins, "Logics of Power: A Conversation with David Harvey", Historical Materialism vol 14.4, 2006.
- Wood Meisksins Ellen, "A reply to critics" Historical Materialism vol 15, Issue 3, 2007.